3000
692
ANT
XIX
811

Neptuni tubicem Triton super æquora cernens
Ingentes classes, Marchio magne, tuas:
Hac illac tranans, hilaris sonat iô triumphe,
Hisque ejus reboant æquora vasta sonis.—
—«Vidimus æquales classes, Neptune; sed isti
Æqualem numquam vidimus ante ducem.»

R. 10206
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

CORONAS HERÁLDICAS, LÍRICAS Y ÉPICAS

EN LOOR DE

D. ÁLVARO DE BAZÁN

Marqués de Santa Cruz

CON ALGUNAS NOTICIAS Y DOCUMENTOS HISTÓRICOS

RECOGIDOS POR

D. EDUARDO DE NAVASCUÉS

MADRID — 1888

IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

Es propiedad del autor.

Á LA ILUSTRE MEMORIA

DEL

Excmo. Sr. D. Pedro A. de Navascués,

Y Á LA

EXCMA. SRA. DOÑA TERESA DE RIO

VIUDA DE NAVASCUÉS

Muerto mi amado padre, á quien tanto deben las letras, la política y la administración de nuestra patria, á su adorado recuerdo y á tu profunda ternura corresponde, madre mia, el primer libro que publica vuestro amantísimo hijo

Eduardo de Navascués.

Madrid, 1887.

INTRODUCCIÓN.

En los momentos en que España se preocupa de la reconstrucción de su marina de guerra, algunos entusiastas admiradores de las glorias de la patria, poseídos del claro instinto del porvenir, han iniciado la idea peregrina de celebrar en Madrid un centenario en honor de **D. Álvaro de Bazán y de Guzmán,** PRIMER MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MUDELA, *como el representante más ilustre de las hazañas marítimas de nuestra nación. Ni la idea ha podido ser más oportuna, ni la elección del héroe más acertada.*

Un país, como España, cuyas fronteras todas, ó al menos en su mayor parte, están limitadas por esos profundos fosos que se llaman el Océano; un país, como España, cuyo poder colonial todavía alcanza una de las primeras graduaciones entre las potencias que gozan la posesión de vastos territorios ultramarinos; ni puede considerarse fuerte, ni puede sostener la opulencia de sus colonizaciones, sino ostentando una considerable fuerza naval. Casi podría prescindirse de un numeroso ejército regular en la Península, á cambio de poseer

grandes escuadras que impusieran el respeto de nuestro nombre y llevaran las banderas de la patria por todas partes. La configuración geográfica del solar nacional; su situación en el mapa físico de la tierra, ponen el territorio de España fuera del alcance de las invasiones vecinas. Portugal, nuestra hermana y natural y tácita aliada, jamás abrigará el propósito de conquistarnos, aunque fuese auxiliada por cualquiera otra poderosa nación. El imperio de Marruecos, ocupado hoy por una raza incivilizada, nunca volverá á intentar sobre nuestras costas las sangrientas empresas de Tarik. Francia, que una vez ha inundado la Península por medio de ardides aleves más bien que por los triunfos de la espada, también ha de hallar en la muralla de los Pirineos un constante valladar á toda clase de aspiraciones conquistadoras y á todo sueño de compensaciones territoriales, cualquiera que sea la forma en que se establezca el equilibrio estático del continente.

Los ejércitos numerosos, por estas consideraciones, no serán, regularizados los tiempos y regularizadas las cosas, más precisos en nuestra península, que lo son en Inglaterra, donde solo se sostienen como símbolo de poder. Pero mientras España posea un vasto imperio colonial en Oriente; ricas posesiones, vestigios de su antigua omnipotencia, en América; provincias importantes, establecimientos estratégicos de gran porvenir, y plazas y presidios militares en una y otra costa de África; mientras abrigue pensamientos elevados de propagar y sostener por el mar la eficacia de sus relaciones políticas y comerciales con los demás pueblos y en todos los climas, la posesión de numerosos barcos, de bien distribuídas divisiones navales y de bien organizadas y formidables escuadras, será una exigencia vital, permanente y apremiante, de cuya

satisfacción solamente puede derivarse el papel político á que aspira en la consideración y concierto de las grandes potencias.

Los monarcas mejor imbuidos de las necesidades patrias, en los tiempos modernos de la historia, pusieron su preferente empeño en atender á estos deberes. Bajo el dominio de los reyes de la casa de Austria la marina española adquirió aquella vitalidad con que Carlos V, secundando los proyectos del cardenal Ximenez de Cisneros, intentó las no siempre afortunadas empresas de África; con que Felipe II llevó á cabo la derrota de la supremacía marítima que el imperio Otomano se había arrogado en todas las aguas del Mediterráneo, y con que, aunque con adversa fortuna, intentó obstruir en el Océano la naciente prepotencia que desde el reinado de Isabel, la Sangrienta, se obstinó en adquirir la Gran Bretaña. Finalmente, en el reinado, todavía no juzgado sin pasión, de Felipe IV, su gran ministro D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, con constante celo proveyó, durante su largo gobierno, á la formación de escuadras para sostener el honor de España, agredida á la sazón con persistente encono por corsarios turcos, franceses, holandeses y britanos y por escuadras poderosas de todas las potencias enemigas, en cuantos mares abrían senda y ponían en contacto á la metrópoli con sus riberas señoriales de Italia y Flandes, con las costas de África y con la vasta extensión de su imperio en América.

Bajo la casa de Borbón, cuando España ya había perdido las coronas de Italia, conquistas de Fernando el Católico, y los féudos de los Países Bajos, herencia de Carlos V, pero aun conservaba el portentoso aparato colonial del Nuevo Mundo,

Fernando VI y Carlos III, del mismo modo que Ximenez de Cisneros, Carlos V y Felipe II, creyeron que solo del sostenimiento de un incontrastable poder naval era lícito esperar la conservación de aquel peso con que todavía España gravitaba á mediados del siglo último en la balanza política del continente: propósito que no solo dió por resultado la creación de las escuadras en que militaron Barceló y Siscar, Alava y Churruca, Gravina y Galiano, sino motivo á la fama para dar á aquellos monarcas un nombre inmortal.

Solo cuando España vió deshechas las naves, que la muerte impidió mandar al adelantado de la Florida y al marqués de Santa Cruz en los mares del Norte y á consecuencia del oneroso desastre de la INVENCIBLE, *pudieron los ingleses intentar un golpe de mano por sorpresa sobre Cádiz y más tarde asentarse injustamente y á título de aliados sobre Gibraltar. ¡También en los comienzos de la actual centuria la derrota marítima de Trafalgar, no solo hizo sucumbir por largo tiempo el poderío que España alcanzaba en los mares, sino que aquel infausto suceso fué necesariamente el génesis de las insurrecciones de América y de la pérdida total de las colonias españolas, asentadas en aquel extenso hemisferio descubierto portentosamente por Cristobal Colón, conquistado con fabuloso heroísmo por los soldados intrépidos de España y abierto á la civilización por la Cruz redentora del misionero católico y por nuestro amplio genio colonizador!*

La celebración del centenario del MARQUÉS DE SANTA CRUZ *hase de considerar como la popularización de las ideas que dejamos vertidas. El propósito de asociar la noción de los intereses que despierta la resurrección de nuestra marina con el recuerdo glorioso del auge que en otros tiempos alcanzaba,*

nos pareció desde el primer momento digno de todo aplauso, y por nuestra parte no titubeamos en llevar nuestro modesto óbolo á la realización de un pensamiento á la vez oportuno y patriótico. La comisión iniciadora del centenario del marqués de Santa Cruz proyectó desde luego conceder un premio á la mejor memoria histórico-biográfica del ilustre conquistador de las islas Terceras. Además, en el programa de los festejos con que se ha de solemnizar este fausto suceso ya se consigna que las liras mejor templadas del Parnaso contemporáneo dedicarán inspirados acentos á la memoria del más renombrado marino español de la época de Felipe II. No aspiramos ciertamente á las palmas discernidas con tanto acierto ni como historiadores ni como poetas. Mas para hacer la compenetración de los tiempos, y sin otra ambición que la de rendir este tributo de amor á la patria que en todos los órdenes se regenera, y en cuya resurrección gloriosa á nuevos y grandes destinos abrigamos la ingenua fe de una profunda convicción, reunimos aquí en este libro, bajo el epíteto de CORONAS HERÁLDICAS, LÍRICAS Y ÉPICAS *algunos datos históricos que aclararán puntos inciertos de la vida de D. Álvaro de Bazán, refrescarán muchas de sus glorias, entregarán á la curiosidad erudita algunas anécdotas en olvido y coleccionarán las obras poéticas que sus contemporáneos dedicaron á ensalzar la excelencia de uno de los caudillos más esclarecidos de las grandes epopeyas patrias en el primer siglo de los Austrias.*

Por fortuna fué aquella la centuria áurea de la literatura nacional: de esta manera las CORONAS *que hoy me toca tejer á la memoria de tan ilustre soldado, compónense de los nombres más gloriosos también de nuestro antiguo Parnaso. Campean en ellas en primer término, Miguel de Cervantes Saavedra,*

D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, el licenciado Luis Barahona de Soto, el capitan Cristóbal de Virués, Fray Pedro de Padilla, Fernando de Herrera, el maestro Vicente Espinel, Cristóbal Mosquera de Figueroa, D. Luís de Góngora y Argote, Frey Félix Lope de Vega Carpio, el conde de Villamediana, D. Alonso Coloma, hijo del conde de Elda, D. Bernardino de Mendoza, D. Pedro de Guzmán, Benito Caldera, el prior de San Juan, Juan Ochoa de la Salde, que al marqués de Santa Cruz dedicó su hermosa CAROLEA, *el Teniente de General de la Artillería D. Juan de Venega Quijada, Juan Rufo, Gaspar García de Alarcón, Jerónimo Corterreal, Pablo Gumiel, y otra multitud de alumnos de las Musas de los que en aquel tiempo alcanzaban la alta reputación que les han conservado los siglos.*

Para la ejecución de esta obra no solo me he valido del aparato bibliográfico con que cierra el presente volumen, y en que están incluídos los muchos documentos inéditos que se citan del Archivo general de Simancas, la Real Academia de la Historia y la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, sino que debo el estímulo, la iniciación y los consejos para desempeñarla, á mi distinguido amigo el excelente escritor SR. D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN, *cuyos conocimientos en todo género de materias históricas y literarias es tan notorio, como su disposición ingenua y desinteresada, á despecho de injustas oposiciones, á ayudar en sus primeros pasos á los que, cultivando esta clase de estudios, se proponen contribuir al esclarecimiento de las antiguas glorias nacionales, base fundamental en que ha de formarse la conciencia pública para preparar el espíritu español á las nuevas empresas del tiempo y de los destinos iniciados para la patria desde el feliz adve-*

nimiento al trono del Rey **D. Alfonso XII,** EL MALOGRADO.

De las ilustraciones que adornan este libro, el retrato del marqués de Santa Cruz está tomado del original que pintó Felipe de Riaño en 1584, *del que habla Mosquera de Figueroa en el* ELOGIO DE D. ÁLVARO DE BAZÁN. *En la actualidad se conserva en la casa de los marqueses de Santa Cruz. El escudo es copia reducida del que se encuentra en la portada de* LA CAROLEA, *que su autor Ochoa de la Salde dedicó al héroe de las Terceras. Por último, el facsímile corresponde á la carta del marqués que se guarda entre los* AUTÓGRAFOS DE MARINOS ILUSTRES, *en el salón de manuscritos de la Biblioteca Nacional, con la signatura* P. V. *fol.;* C. 3; NÚM. 27.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

I.

LA LEYENDA DE LOS BAZANES.

La raza de los héroes desciende de los Dioses. El valor tiene su Olimpo. De él proceden las progenies ilustres, que surgen para llenar la tierra de hazañas y prodigios, y ejercen sobre los hombres la irresistible fascinación de las proezas legendarias. Todas nacen, como las fuentes, de las montañas enhiestas, cuyas altivas cumbres, que envuelven las nubes tempestuosas, se avecinan al cielo. Todas bajan, como los ríos, en impetuosa corriente, hasta afluir en el mar. De aquí las leyendas sublimes, las románticas tradiciones, que á la vez participan del poema y de la historia: excelso génesis de las estirpes

llamadas á despertar en los pueblos la fe ingenua de su destino inmortal.

Jauriguizar en el valle del Baztán, en el corazón de las montañas navarras, fué en la ruda noche de los siglos heroicos la cuna generosa de una estirpe esclarecida. De sus abruptas rocas tomó esta noble estirpe su ingénita braveza. El suelo nativo le atribuyó su nombre: la altivez señorial del viejo solar euskaro, el fiero amor á la libertad y á la independencia y el instinto de la gloria. Con el sentimiento profundo de la propia individualidad lidió con los Aznares, Sanchos y Garcías las primeras batallas de la emancipación, después de haber intervenido en las pindáricas maravillas que imprimieron en la imaginación del pueblo los hechos más portentosos que inspiraron á la anónima musa nacional los romances seculares de Bernardo en Roncesvalles. Prestó su ayuda á la creación de la patria independiente, y atalaya de la naciente nacionalidad, se sustentó en aquel histórico palacio *Jauriguizar (solar viejo)*, castillo inexpugnable á la invasión del extranjero; sagrado altar y fortaleza de la patria; espléndida estancia de señores y cuna nueva de una generación ilustre de intrépidos soldados.

Antonio de Barahona, rey de armas, en su *Rosal de Noblezas*, libro peregrino de linajes y blasones, escribe la primera hazaña legendaria de que hay memoria de los de este ilustre solar. Pedro

Gracia Dey, el poeta heráldico de reyes y señores, la testifica (1). Sancho Abarca, el rey restaurador de la independencia patria, en las montañas fronterizas á Francia, el vencedor afortunado del francés hasta el bajo Pirineo, del moro hasta Nájera, sobre el Ebro, prisionero de aquel duque de Borgoña que quiso levantarse con la diadema del hijo de Carlos el Simple, en noble reto personal de ilustres campeones alcanzó, por la victoria de estos, la ansiada libertad. Fueron paladines gloriosos del singular palenque Alonso González de Baztán y los señores de Moratín, de Aybar y de Lodesa. El rescatado Sancho los ilustró, dando á Baztán por armas el ajedrez, á Moratín los tres dados, el escudo de oro á Aybar, de donde salieron los mariscales de Navarra, y el escudo de lágrimas al último de sus caudillos.

Gracia Dey refiere así la romántica hazaña y el nuevo honor:

El desafío campal
Que los de este nombre hicieron
De aquel campo que vencieron,
Les dió blasón y señal;
Aunque sin este valieron.
Y así traen por memoria
En su escudo un hombre armado
Con su hacha el brazo alzado:
Que este blasón por victoria
Les fué del rey otorgado.

(1) *Libro de los ilustres reyes y claros varones de España.*—B. N.; Manuscritos K. 165; K. 178.

Azcárraga y Ochoa de la Salde, escritores heráldicos, reproducen la novela; Zurita y Garibay desdeñaron las poéticas tradiciones; pero Argote de Molina y Landa y Navarro (1), que escribieron sus *Nobiliarios*, aquel en Sevilla, bajo Felipe II, este en Pamplona, bajo Felipe III, despertáronla de nuevo como primera fuente de nobleza de los Bazanes.

López de Haro tampoco remontó su generación esclarecida sino hasta la época de D. Sancho el Fuerte (2), en los principios del siglo XIII, cuando los reyes de Aragón y de Navarra, confederados con el noble Alfonso VIII de Castilla, bajaron desde Tudela, Zaragoza y Burgos, á Sierra Morena, á ganar á los moros de la península, auxiliados por el rey de Marruecos, aquella inolvidable y sangrienta batalla del Puerto del Muladar, que comunmente se apellida de las Navas de Tolosa. El escudo de los nobles paladines navarros de aquella gloriosa epopeya quedó formando parte de la áurea cadena y de la verde esmeralda de los monarcas del ínclito solar navarro. Entre las doce casas de los ricos-homes, que á imitación de los doce pares de Francia, ennobleció Sancho el

(1) *Las armas del ínclito rey de Navarra y de sus doce ricos-homes.*—B. N.—Manuscrito Z. 45.

(2) *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España* (Madrid, 1622).—Tomo II, lib. X, cap. XXXIII, pág. 450.

Fuerte, se encontraba la de Bazán juntamente con la de los Almoravides y Guevaras, Aybar y Urroz, Let y Subiza, Rada y Vidaura, Cascante, Monteagudo y Monleón. Ya se hallaba por aquel tiempo ilustrado el escudo de los quince jaqueles de oro y negro de los Bazanes con la orla de ocho aspas de oro sobre campo rojo, que les otorgó el conde D. Lope, señor de Vizcaya, á par que á los demás jefes de casas euskaras que con él descendieron á los campos andaluces para ayudar al emperador Alfonso VII á la conquista de Baeza: con lo que la heráldica representación de los de esta casa quedó calificada entre las más ilustres de Navarra.

También Gracia Dey (1) por aquel tiempo enlaza á los Bazanes con otra ilustre casa del antiguo reino, la de Beamont, en quien se vinculó luego la alta condestablía, que pasados años y en la época del primer marqués de Santa Cruz, vino por los lazos del amor á perpetuarse en la casa ducal de los Toledos de Castilla. De los Bazanes y Beamontes escribió Gracia Dey describiendo su linaje:

BAZÁN. . .
Aunque reside en Castilla
Aquesta bien noble casta,
Sus jaqueles y cuadrilla,
De Navarra, do es su silla,
Trae sus líneas y esto basta.

(1) *Libro de los ilustres reyes:* lug. cit.

BEAMONT. Y de allí son naturales
Los Beamont, Sangre Real;
Pues aquel su escudo tal,
Do están las armas reales,
Hacen casa principal.

En el siglo XIII, á seguir á Argote de Molina (1), hallábanse los Bazanes distribuídos por las tres coronas cristianas de España, es decir, por Navarra, Aragón y Castilla. Juan Pérez de Bazán, en 1237, juró como rico-home las filiaciones que otorgaron Sancho VIII, en Navarra, y D. Jaime, en Aragón. Gonzalo Yañez de Bazán, su hijo, fué alférez mayor del reino de Navarra, y con su padre Gonzalo asistió á la jura del rey Teobaldo II y á las Córtes celebradas en Tudela en 1274. Pero en 1281, Juan González de Bazán, con D. García Almoravid, pasó al servicio del monarca aragonés con 500 infantes y 60 caballos, y ambos se hicieron vasallos del rey D. Pedro III, el Grande (2).

Un siglo más tarde aparecen los Bazanes en Castilla, señores y vizcondes del valle de Valduerna, por el matrimonio de Pedro González de Bazán con doña Isabel Alfaro de Benavides, dama ilustre castellana, de cuya unión nació otro varón del

(1) *Nobleza de Andalucía* (Sevilla, 1588).—Cap. LXXX.—De los linajes que en el reino de Navarra usan de la orla de las aspas en sus escudos.—Escudo de los Bazanes.—Pág. 74.

(2) ZURITA: *Anales de Aragón*, lib. VII, cap 33.—GARIBAY: cap. 20, lib. XXIV; cap. 25, lib. V; cap. 26, lib. I.

mismo apellido y nombre que sirvió á las órdenes del rey D. Juan I de Castilla, y que, aunque participó, al principio de su carrera militar, del desastre sangriento de Aljubarrota, tales fueron sus servicios, que el monarca castellano hubo de confirmarle en el vizcondado del antiguo palacio de donde era señor.

Tres fueron los vizcondes de Valduerna que se sucedieron desde D. Juan I hasta D. Enrique IV en el heráldico honor: D. Pedro González de Bazán, D. Juan González de Bazán y D. Pedro de Bazán. En este tiempo quebró otra vez la línea masculina, yendo la otra rama á confundirse en la casa condal de Miranda, cuna de grandes próceres del Reino. Mas del primero de estos vizcondes, casado con doña Mencía de Quiñones, había resultado un hijo que se llamó D. Álvaro. En este, el primero de los varios ínclitos varones que llevan sucesivamente en la historia el mismo nombre, resplandecieron todas las virtudes de su antigua raza, que estaban próximas á llegar á la cúspide del heroísmo en el tercero de los de esta generación.

Crióse el primer D. Álvaro en la corte de Enrique IV. Muy joven tomó parte en las luchas políticas y en las guerras civiles que surgieron por el casamiento del príncipe de Aragón D. Fernando con la princesa de Castilla doña Isabel, y cuando estos se ciñeron la corona de los dos reinos, otor-

góse á D. Álvaro de Bazán la cruz de Santiago con la encomienda de Castroverde, con cuya insignia por enseña asistió de capitán á las guerras restauradoras de Granada. Allí se le puso por Adelantado en la frontera de Baza. En 1485 riñó y ganó batalla en ella á Almandari, caudillo de la ciudad serrana por Muley Boabdil, rey de Granada, y en el mismo año conquistó la villa de Fiñana, fortaleza de mucha importancia, de la que se le dió la Alcaidía. Tras Fiñana tomó los lugares de Fonelas y Gorafe. Después de estas conquistas intimó más en la corte de los Reyes Católicos, cuando en 1490 contrajo matrimonio con la dama de la reina doña María Manuel, hija del duque de Badajoz, de tan calificada nobleza cuanto que su sangre se confundía con la de los monarcas, sus señores.

Del segundo, D. Álvaro de Bazán y Manuel, hay noticias más singulares. Después de haber servido al emperador Carlos V con 100 caballos á su costa, dióle aquel augusto monarca en 1533 el mando supremo, como general de las galeras de España. Acosó en los mares de Berbería á corsarios y turcos; ganó una de las ciudades marítimas en el reino de Tremecén; prendió al famoso corsario Jaban Arraez con once bajeles, y á otros bandoleros del mar, con presa de muchos galeotes turcos; hallóse con el emperador en Túnez en 1535, y después de esta jornada él fué quien re-

conoció la Goleta en medio del fuego de la artillería de los moros. Derrotó en 1544 las naves de Francia en las costas de Galicia, al frente de las 26 naos que comandaba, siendo mayor el número de las francesas, dirigidas por M. de Sannes y Alabardos, un corsario famoso de aquel tiempo al servicio de Francia. Finalmente fué gran marinero, inventor de los bajeles que se denominaron *galeones*, reformador de la artillería y la maniobra, y en la escuela práctica naval que él fundó, maestro insigne, no solo de sus hijos, que tan alto pusieron su nombre, sino de los marinos más ilustres que decoraron el siglo del gran Felipe.

Con sus hazañas llenó la historia de la marina militar de España de hechos portentosos, que solo pudo postergar algún tanto al olvido de la posteridad el recuerdo de las de su hijo, aquel soldado ilustre de Lepanto y Navarino, de Tetuán y el Estrecho, que después de haber llenado el Mediterráneo de la fama de sus empresas, hizo el Océano esclavo de su renombre con la brillante conquista de las Terceras.

II.

LA CUNA DEL HÉROE.

El segundo D. Álvaro de Bazán casó en 1525 con doña Ana de Guzmán, hija de D. Diego Ramírez de Guzmán, conde de Teba, y de la condesa doña Brianda Fernández de Córdova y López de Mendoza. Estos fueron los padres de aquel D. Álvaro de Bazán y de Guzmán que, andando el tiempo, dejó marcado su nombre en la historia con el glorioso título de marqués de Santa Cruz.

No se sabe por qué se han introducido ciertas dudas acerca del lugar del nacimiento de D. Álvaro, el ilustre marino cuyas glorias vamos á reseñar; pero es lo cierto que á poco de su muerte comenzóse ya á dudar de aquel dato, á pesar de que en su *Comentario de disciplina militar* el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa lo dejó bien determinado, refiriéndole al año 1526. En la información que en 1584 se abrió para el hábito de Santiago que el rey Felipe II había conce-

dido, á la raíz de la conquista de Portugal, al cuarto D. Álvaro de Bazán, hijo y heredero del marqués de Santa Cruz, ya los testigos titubearon, en la incertidumbre de que el ilustre padre hubiese nacido en la capital del reino granadino ó en el pueblo de la sierra de las Alpujarras donde los Bazanes habían fundado solar y señorío. En las pruebas que se hicieron en Granada, Benito Díaz, que declaró haber andado en las galeras de que fué General D. Álvaro, *el Viejo*, como vulgarmente se llamaba al padre del marqués para distinguirle de su hijo, manifestó que «conoce á don Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz y señor del Viso, natural de esta cibdad, aunque no saue si nasció aquí en Granada; pero su padre don Alvaro de Bazan viuió en Granada.» Otro testigo, D. Martín de Loaisa, dijo: «Conosce muy bien al dicho marques, el qual nasció en la dicha cibdad, y fué hijo de D. Alvaro de Bazan y de doña Maria de Guzman, á los quales conosció muy bien; y entiende que el dicho D. Alvaro fué natural de la dicha cibdad, porque lo ha oido, despues que los Reyes Catolicos hicieron merced á su padre en la dicha cibdad y ansi quedó en ella: y ha oido decir que desciende de la casa de Valduerna, que está incorporada á la casa de Miranda, y cuando el dicho marques casó la primera vez con hija del conde de Miranda, fué necessaria dispensacion.»

El testigo XXXVI, Diego Navarro, manifestó que «el dicho D. Alvaro de Bazan, *el Viejo*, fué natural de la dicha cibdad, porque en ella tuuo sus casas y asiento; y cuando este testigo uino á tener conoscimiento dellos, ya el dicho D. Alvaro de Bazan estaua en la dicha cibdad como naturalizado; aunque no saue decir ni lo ha oido qual de sus passados fué el primero que fizo asiento en la dicha cibdad y saue que en Fiñana, que está quatro ó cinco leguas de Guadix, tuuo el dicho D. Alvaro hacienda, porque ansi lo oyó decir.» Doña Beatriz de los Angeles, monja en el monasterio de Sancti Espiritus, nada dijo de la naturaleza del marqués, sino de D. Álvaro, *el Viejo*, á quien llamó «uecino de esta cibdad y que tvuo casas en ella», añadiendo que «está enterrado en este monasterio.» Andrés Navarro declaró que los Bazanes tuvieron casa y asiento en Granada; «pero no saue ni ha oido decir de donde fué su descendencia y naturaleza, mas de auer oido decir que era hacia Leon.» Alonso Velez de Mendoza, estante en la Alhambra, por alcaide de ella, en lugar del marqués de Mondejar, dijo que los Bazanes eran naturales de Granada, «porque en dicha cibdad tuuieron sus casas, haciendas y asiento, cuya hacienda y casa heredaron á lo que entiende de su padre, que ha oido decir se llamó tambien D. Alvaro de Bazan, del qual no supo decir de donde fué su naturaleza».

Con tantas declaraciones la cuestión hubiera quedado indescifrable si otra testigo, doña Leonor de Villalobos, no viniese á prestar luz definitiva sobre el asunto. En su declaración expresó esta señora que «conoció muy bien á D. Aluaro de Bazan, *el Viejo*, y á su mujer doña Ana de Guzman, los quales fueron padres del marques de Santa Cruz que hoy es, que llaman D. Alvaro de Bazan; al qual vido nacer, estando esta testigo con su madre, y se llama como el padre, el qual que tuuo su casa y asiento en la dicha cibdad de Granada, donde viuió hasta que fué á seruir al Rey en las galeras; y llamóse su madre doña Maria Manuel, que fué natural de Badajoz, hija de un cauallero que se llamaua D. Pedro de Solis, pero no supo decir como se llamó su madre; solo saue que tvuo su casa y asiento en Granada, y hacienda en Fiñana, en lo qual todo succedió el dicho D. Aluaro, su hijo.»

Pone fin á estas investigaciones la inscripción número 760, correspondiente al año 1584, que aparece en el tomo I del *Indice de los caballeros y monjas de Santiago desde* 1518, que se conserva en nuestro Archivo Histórico Nacional, en la que, refiriéndose al cuarto D. Álvaro de Bazán, primogénito y heredero del marqués, se consignan los siguientes datos:

1584.—*A D. Alvaro Bazan se le concedió la referida gracia en dicha villa, á* 11 *de Marzo.—Fue-*

ron sus padres el Marques de Santa Cruz, natural de Granada, y doña Maria Manuel, Marquesa de Santa Cruz.—Natural de Nápoles.—Abuelos paternos: D. Alvaro de Bazan, natural de Fiñana, y doña Ana de Guzman, hija del Conde de Teba, natural de alli ó de Malaga.—Abuelos maternos: Don Francisco de Benavides y doña Isabel de la Cueva, Condes de Santistevan: vivieron en dicho Santistevan.

En cuanto á la fecha del nacimiento, que se refiere al 12 de Diciembre de 1526, los biógrafos del marqués de Santa Cruz nada han tenido que objetar. De los datos anteriores se deduce que aún permanece incierta la cuna del primer Don Álvaro, soldado de la reconquista y conquistador del lugar de Fiñana. Que el segundo D. Álvaro, el general de las galeras de España, bajo Carlos V, nació en este lugar de su señorío, del que trasladó su residencia á Granada, y finalmente, que el tercer D. Álvaro, primer marqués de Santa Cruz, nació en esta última ciudad, como, á falta de documentos justificativos de otra autoridad, lo acredita doña Leonor de Villalobos, amiga y asistente de su madre en el acto del nacimiento.

El lugar de Fiñana pertenece en la actualidad á la provincia de Almería, de la que dista 10 leguas. Se halla situada en la falda S. de una cordillera que se une por O. con Sierra Nevada, y en la confluencia de las ramblas de Fiñana y Hue-

veja que desciende de aquellas sierras. Constituye este territorio un ameno valle con linda y frondosa vega entre las sierras de las Alpujarras, á las que sirven de límite las cúspides de Sierra Nevada y las de Baza. Su reconquista se verificó en 1490. La alcaidía de los Bazanes la conservó siempre leal y sumisa á los monarcas castellanos, y cuando en el primer año del siglo XVI ocurrió la primera insurrección de los moriscos, D. Álvaro de Bazán la defendió heróicamente y la mantuvo fiel, á pesar del daño que sufrió Fiñana de los rebeldes. Lo mismo aconteció en la segunda insurrección que bajó de Madrid á apaciguar el joven y heroico bastardo de Carlos V, D. Juan de Austria: primera vez que el héroe de Lepanto tuvo relación personal con aquel marino ilustre, que ya alcanzaba alta boga en el mar, y que había de compartir con él gallardamente las palmas de la renombrada naval empresa que ya comenzaba á prepararse en las aguas de los mares de Chipre.

III.

LA ALCAIDÍA DE GIBRALTAR.

El nombre de los Bazanes, desde principio del siglo XVI, comenzó á ir unido al de esta plaza, hoy ocupada por la dominación británica, á la que un escritor ilustre de nuestro tiempo con justicia ha llamado la Jerusalén de España. Los Reyes Católicos doña Isabel y D. Fernando, después de haberla concedido en 1502 las armas heráldicas de su escudo, como *llave de España*, agregaron su gobierno al corregimiento de Ronda y Marbella en 1503, dándolo, tanto en lo militar como en lo civil, á Luís Vanegas. Esta merced fué inmediata al acto de la restitución de aquella ciudad á la corona real de Castilla, para que se insertase entre los títulos de la soberanía Real, verificado por D. Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, de cuya casa había sido el señorío desde el fuero que en 1367 confirmó el rey D. Alfonso XI en Niebla á tenor del privilegio anterior de Fernando IV. No

fué enteramente pacífica esta restitución. Durante el interregno que sucedió á la muerte del Rey Católico D. Fernando, otro duque de Medina Sidonia, D. Juan de Guzmán, trató de revindicar su antigua posesión; pero con la venida del hijo de doña Juana, la Loca, vióse obligado el duque á satisfacer los daños causados á Gibraltar durante el sitio que la puso, y la población que le había resistido adquirió por nuevo premio el título de *la más leal*.

Á este tiempo se refiere el advenimiento de los Bazanes á la ciudad que sirve de atalaya al paso del Estrecho. En efecto, en 1507, separado nuevamente el corregimiento de Gibraltar del de Ronda y Marbella, fué nombrado corregidor de aquella plaza Rodrigo de Bazán, veedor que había sido en el reino de Tremecén. Sucedióle en 1513 Luís Mudarra; mas como en su tiempo hubiesen ocurrido en Gibraltar disensiones interiores y peligros de su seguridad, desde Worms, en cuya dieta se hallaba en Alemania, envió el emperador, en Febrero de 1520, nuevo nombramiento á favor de Rodrigo de Bazán, para que tomase el mando civil de la población y el militar de la fortaleza.

Á la muerte de Rodrigo recayó el corregimiento en poder del marqués de Berlanga, hasta que renunció este el título de alcaide y capitán de su distrito en 1535. Tenía á la sazón D. Ál-

varo de Bazán, futuro marqués de Santa Cruz, sobrino de Rodrigo é hijo del ya capitán general de las galeras de España D. Álvaro, *el Viejo*, nueve años de edad, lo que no fué óbice para que el emperador proveyese en él aquella alcaidía, con título de perpetuidad, que aún se conserva como honorífico entre los nobiliarios de la casa de Santa Cruz por él fundada. La cédula del emperador, expedida en Madrid á 2 de Marzo de 1535, refrendada por el Rey, mandada escribir por su secretario el comendador mayor de León, Francisco de los Cobos, y autorizada por los miembros del consejo de Castilla, licenciado Polanco y doctor Guevara, aún se conserva en el archivo de la casa. Su parte dispositiva dice así:

«Por quanto la tenencia y capitania de la fortaleza y cibdad de Gibraltar esta vaca, porque el marques de Berlanga, nuestro alcayde y capitan de ella, la renunció en nuestras manos, para que hiciesemos de ello lo que fuesemos servidos: Por ende, por hacer bien y merced á vos, D. Alvaro de Bazan, hijo de D. Alvaro de Bazan, nuestro capitan general que al presente es de nuestras galeras de España; acatando vuestra suficiencia y habilidad y los muchos y leales servicios que el dicho vuestro padre nos ha hecho, y esperamos que vos nos hareis: Y porque entendemos que asi cumple á nuestro servicio, es nuestra merced é boluntad, que agora ó de aqui adelante cuanto nuestra voluntad fuere, seais nuestro alcayde y capitan de la dicha fortaleza y ciudad de Gibraltar, y que hagais é lleveis con la te-

nencia de ella y con el dicho oficio de capitan en cada año el mismo salario é derechos é otras cosas que el dicho marques de Berlanga tenia y llevava con ellos: Y porque vos el dicho D. Alvaro de Bazan no teneis al presente la edad que se requiere para hacer el pleito homenaje que nos debeis hacer por la dicha fortaleza, entretanto que la teneis, é nuestra voluntad fuere; queremos que tenga la dicha tenencia y capitania y goce de salario y derechos de ello el dicho D. Alvaro de Bazan, vuestro padre: Y por esta nuestra carta mandamos á D. Luis Hurtado de Mendoza, marques de Mondejar, caballero y ome hijo-dalgo que luego que con ella fuere requerido, tome, é reciba del dicho D. Alvaro Bazan vuestro padre, el juramento, fee y pleito omenage y fidelidad que en tal caso se requiere é debe hacer. El qual asi hecho, mandamos al Concejo, Justicia, Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales é homes buenos de la dicha cibdad que lo hayan y tengan por nuestro alcaide y capitan de la dicha fortaleza, é ciudad, y le acudan é hagan acudir con los derechos é salarios é otras cosas á la dicha tenencia y capitania anexas é pertenecientes y le guarden y hagan guardar todas las honrras, gracias, mercedes, franquezas, libertades, exenciones, preheminencias, prerrogativas, é inmunidades, é todas las otras cosas que por razon de ser Alcayde de la dicha fortaleza debe haber é gozar, y le deben ser guardadas; segun que mejor é mas cumplidamente se guardó, recudió y debió é debe guardar é recudir al dicho marques de Berlanga como á cada uno de los otros alcaydes y capitanes que antes del fueron de la dicha fortaleza é cibdad, de todo bien y cumplidamente en guisa que le non mengue ende cosa alguna, é que en ello ni en parte de ello embargo ni contrario alguno vos non pongan ni consientan poner: Y manda-

mos al dicho marques, é á otra cualquier persona en cuyo poder está la dicha fortaleza, que luego que por el dicho vuestro padre ó por quien su poder para ello hubiere, fuere requerido con esta nuestra carta sin nos mas requerir, ni consultar, ni esperar otra nuestra carta, mandamiento, segunda ni tercer jusion, le den y entreguen la dicha fortaleza con todas las armas, artilleria y pertrechos y municiones, y las dichas cosas que en ella hubiere, y las recibieron al tiempo que les fué entregada por inventario é con testimonio; y le entreguen las llaves, y le apoderen en lo alto y bajo y fuerte de la dicha fortaleza y á toda su voluntad; lo qual asi haciendo nos por la presente les alzamos, quitamos, y soltamos qualquiera pleito omenage y fidelidad y seguridad que por la dicha fortaleza nos tenga hecha, y los damos por libres, é quitos de ello, á ellos, é á cada uno de ellos, é á sus bienes y herederos é subcesores para siempre jamas; no embargante que en la dicha entrega de la dicha fortaleza, no intervenga portero conocido de nuestra cámara, ni las otras solemnidades que se requieren, lo cual asi hagan é cumplan, so pena de caer en mal caso de traicion é rebelacion, é de las otras penas en que caen é incurren los que detienen fortalezas y no las entregan con cartas y mandamientos de sus reyes é señores naturales. E por esta nuestra carta mandamos á los nuestros contadores mayores, que quiten é tiesten de los nuestros libros, é nóminas que ellos tienen, los maravedis que el dicho Marques de Berlanga tenia asentados en ellos con la dicha tenencia y capitania para que desde el dia que al dicho vuestro padre, fuere entregada la dicha fortaleza, se le libre lo que hubiere de haber de ellos por rata hasta fin de este presente año, y dende en adelante en cada un año durante el tiempo que tuviere la dicha tenencia á los tiempos y

segun y quando y como se han librado hasta aqui; y que asienten el traslado de esta nuestra carta en los dichos libros, y vuelvan esta original sobre escripta de ellos y de sus oficiales, para que la tenga por titulo de la dicha tenencia y capitania. Y es nuestra merced, é voluntad, que luego que vos el dicho, D. Alvaro de Bazan, tengais la edad que se requiere para el dicho pleito-homenage que se acostumbra y debeis hacer por la dicha tenencia; lo hagais en manos de un caballero ome hijo-dalgo, y fecho por vos mandamos al dicho vuestro padre y á otra qualquier persona en cuyo poder estuviere dicha fortaleza y capitania, que la dé y entregue á vos, ó á quien vuestro poder hubiere, segun y como la recibieron, para que la tengais, y lleveis, y se os libren los salarios y derechos á la dicha tenencia y capitania anexos, y gozeis de todas las otras cosas á ellas pertenecientes por el tiempo de nuestra merced é voluntad fuese, segun y como por esta nuestra carta mandamos que se haga con el dicho vuestro padre, entre tanto que vos teneis la dicha edad.» (1)

Comenzaba á tener Gibraltar á esta sazón una importancia extraordinaria como centinela avanzado contra los corsarios del Mediterráneo, como llave de Castilla y puerta del Estrecho. Por ella había venido la pérdida de España. Frente á sus baluartes toda la costa africana servía de albergue á los turcos, que eran á la sazón los dueños casi

(1) Publicó esta Real Cédula D. Ignacio López de Ayala en su *Historia de Gibraltar* (Madrid: por A. de Sancha, 1782); pág. xxxvj de *Documentos inéditos*.

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

exclusivos del mar; á los franceses, que en toda ocasión fueron solapados auxiliares de nuestros enemigos; á los moros de los diversos Estados pequeños que se extendían desde el reino de Tremecén hasta el bajalato de Trípoli, y á todos los merodeadores del mar, malteses, italianos, albaneses, chipriotas y demás griegos que hacían sus correrías, en busca de presas y cautivos, desde las más lejanas regiones del Oriente hasta bien entradas las márgenes del Océano. Con esta clase de gentes entendíanse los moriscos de Valencia y Andalucía, mal sometidos siempre á la coyunda de España, que establecían en el interior una fuerza considerable con que amparaban los continuos rebatos y sorpresas de que eran víctima los pueblos de la costa de Levante, y que muchas veces con formidables conspiraciones pusieron en peligro la seguridad y aun la integridad de la patria.

A pesar de los lirismos de la historia, en la época en que ya exploraban el camino abierto por Cristobal Colón hacia el Nuevo Mundo las naves de Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa, Ponce, Pinzón y Díaz de Solís, la marina de España hallábase en la cuna, y la defensa de la frontera marítima del Mediterráneo dejaba mucho que desear respecto á aquellas agresiones, no obstante la organización militar de las provincias de la costa, en las que al menor toque de rebato todos los habitantes útiles formaban milicias bajo las banderas

de los nobles que tenían en aquellas sus estados, ó de los capitanes de guerra que ejercían en las poblaciones realengas una y otra autoridad.

Cuando á D. Álvaro de Bazán, aún niño, se le encomendó la guarda de la fortaleza de Gibraltar bajo la tutela de su padre, hallábase esta plaza desguarnecida hasta de murallas. Trató D. Álvaro, el Viejo, de elevar su defensa á su debida consideración, y en 1539, habiéndose retraído temporalmente del servicio de las galeras, no solo trasladó á ella su residencia en compañía de sus hijos D. Álvaro y D. Alonso, á quienes desde la edad más temprana asoció á sus empresas militares y náuticas, sino que llevó consigo todos los cautivos turcos y moros que había tomado en sus batallas navales y en la jornada de Túnez, y que ahora destinaba á los trabajos de la fortificación (1). Sin embargo, antes de que lograra asentar la artillería y perfeccionar la defensa, los deberes de su cargo, como general de las galeras, volvieron á reclamarle al mar, y en su ausencia ocurrió aquella insurrección de sus esclavos que estuvo á punto de entregar la plaza al famoso Aradino Barbarroja *(Ali-Baba-Arrux)*, habiendo llegado la audacia de sus tenientes Maho-

(1) Alonso Fernández de Portillo: *Historia de la muy noble y muy leal ciudad de Gibraltar.*—(Ms. inédito de la Biblioteca de D. Juan Pérez de Guzmán), pág. 187 y siguientes.

med y Mami, Alicaur y el arraez Daide, que había bogado en las galeras de D. Álvaro, hasta penetrar en la ciudad, conducidos por Caramani, otro esclavo del de Bazán, que había sido la cabeza de aquel complot. Bastóse la población, aunque con cruentos sacrificios, para defenderse á sí propia, haciendo huir á los turcos y argelinos, que tratando de llevarse en su retirada la galera bastarda que D. Álvaro tenía anclada en el puerto, y no logrando remolcarla á pesar de haber cortado las amarras, prendiéronla fuego (1).

Los efectos de esta sorpresa fueron que D. Álvaro de Bazán representase al emperador la importancia militar de aquella plaza y los peligros continuados que ponía sobre ella la vecindad de enemigos tan tenaces y tan astutos como numerosos é intrépidos. Entonces se alcanzó que Carlos V enviase al milanés Juan Bautista Calvi, célebre ingeniero, para atender á la fortificación de Gibraltar. Así pudo resistir mejor en 1558 otra incursión de turcos por su comarca, y aunque tampoco esta vez se hallaron presentes á la defensa los dos Bazanes, la situación militar de la plaza

(1) Pedro Barrantes Maldonado: *Diálogo... en que se cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar. Y el vencimiento y destruycion que la armada de España hizo en la de los turcos. Año* 1540. (Alcalá de Henares: por Sebastián Gutiérrez, 1566).—(De la biblioteca del Excmo. Sr. Marqués de San Román.)

había mejorado y la defensa fué por todo extremo sencilla y satisfactoria (1).

No pueden dejarse en el olvido estos primeros recuerdos de la infancia del marqués de Santa Cruz. En los hombres superiores parece que todo es providencial, y aunque la edad de D. Álvaro no era aún á propósito para calificar estos hechos como propios, en el curso de estos estudios se verá qué peregrino enlace tienen con el desarrollo de la misión personal que en la marina y en la historia de España llenó el marqués de Santa Cruz durante todo el siglo XVI, los sucesos que dejamos relatados. De todas maneras, debe hacerse notar que el primer acto memorable á que se asocia el nombre del ilustre marino es el de la guarda, fortificación y defensa de Gibraltar, no como *llave del Estrecho*, como ahora se la llama (2), sino como *llave de España*, conforme admirablemente lo calificó la incomparable Reina Católica doña Isabel, al otorgarle aquel escudo de sus armas, donde campea el castillo y la llave de oro sobre el campo de gules, que simboliza su importante papel en la configuración geográfica y en la defensa estratégica de nuestra Península.

---

(1) López de Ayala: *Historia de Gibraltar*, páginas 223, 229, 245, 247, 251, y XXXIX de *Documentos inéditos*.—Montero: *Historia de Gibraltar y de su campo* (Cádiz, 1860), part. III, cap. II y III, pág. 207-230.

(2) José Navarrete: *Las llaves del Estrecho*. (Madrid, 1884.)

IV.

LA POLÍTICA DEL MEDITERRÁNEO Y EL PODER MARÍTIMO DE ESPAÑA.

DESDE la unión de las dos coronas más importantes de la Península, la conquista de Granada, Navarra y Nápoles, el descubrimiento del Nuevo Mundo y el establecimiento militar de España en algunas ciudades importantes del vecino litoral africano, se habían transformado absolutamente las condiciones políticas todas en que hasta el final del siglo XV había vivido la sociedad española. La interrupción fatal de la rama masculina para la sucesión de la antigua casa de Castilla en el trono, el advenimiento de la dinastía imperial de Alemania con los feudos patrimoniales en el corazón del continente que la casa de Austria trajo á engarzar en la corona de España, fueron al mismo tiempo sucesos imprevistos, que acabaron de trastornar todos los principios en que se basaba el sistema político planteado por el genio previsor de Fernando el

Católico, el entusiasmo fervoroso de la reina Isabel, la honda mirada y la intuición del porvenir del cardenal Ximenez de Cisneros y el heroismo épico del Gran Capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba.

La base fundamental de la política de la reina Isabel estribaba en la unidad de la Península; la de Fernando el Católico en el imperio sobre el Mediterráneo, y la de Ximenez de Cisneros en la expansión del genio militar de España por toda la vasta extensión de la ribera de África, á fin de oponer un muro perpetuo de acero á las irrupciones mahometanas, que salvase para siempre la Península del peligro de una nueva cautividad y que difundiese los triunfos de la Cruz sobre la Media-Luna hasta los ardientes arenales del desierto. El conjunto de sucesos extraordinarios que dejamos relatados tuvo necesariamente que modificar en su esencia la dirección impresa al giro de los negocios por el claro talento, el sólido tesón y el espíritu emprendedor de aquellos monarcas de imperecedero recuerdo y del regente purpurado de la corona en los días tristísimos de su orfandad. Muertos los príncipes D. Juan y D. Miguel; incapacitada la princesa heredera Doña Juana por una enfermedad enteramente incurable; abandonada la sucesión á un príncipe en quien, por estar llamado al honor de la dignidad imperial más codiciada de Europa, el cetro de la Península, tan

apartada del centro de sus intereses, habría de ser graduado en un rango inferior á sus grandes merecimientos y á sus recientes destinos; se cambiaron, al dilatarse el campo de acción, los ejes de la política enteramente nacional de los Reyes Católicos y del primado eclesiástico de España, y natural fué que hubieran de modificarse también los objetivos y aun los resortes para alcanzarlos.

Hubo, en efecto, durante el reinado de Carlos V un gran desequilibrio en los medios de atender á las nuevas necesidades de los vastos territorios que llegó á reunir bajo su cetro. El núcleo de los intereses más importantes de la casa imperial de donde procedía hallábase en el centro de Europa, donde tenía que sostener con las armas todas las rivalidades concitadas contra el poder inmenso que vino á representar. Sin embargo, no por esto el genio español en la Península olvidó de todo punto las direcciones marcadas por la política de los Reyes Católicos y por la inspiración superior de sus intereses vitales. Lo que ocurrió fué que las cosas, los problemas por resolver no estaban todavía perfectamente definidos, y fué preciso esperar á que las exigencias del tiempo determinasen mejor el rumbo que había de llevar la atención solícita que demandaban los nuevos intereses que se desenvolvían.

Durante la guerra de la reconquista toda la política de las diversas monarquías peninsulares ra-

dicaba en establecer el equilibrio de las fuerzas dentro del territorio peninsular. Por mucho que se ponderen las hazañas marítimas españolas, desde el siglo XI hasta el XV una crítica severa no puede menos de hallarlas desprovistas de aquella importancia que en los siglos posteriores tuvieron nuestras empresas, revistiendo un carácter de universal interés. Los Bonifacios, los Yañez, los Loaisas, los Tenorios, los Bocanegras de Castilla, que ilustran aquellos tiempos confusos, no son sino deidades de un Olimpo que solo atañe á la ingenua fe de la religión nacional. Las treguas del rey Eduardo de Inglaterra, pactadas en 1351 con nuestros navegantes vascongados armados en corso; los auxilios prestados por las escuadras de Enrique II á las de Francia, su aliada, contra las naves inglesas del conde de Penbroke; el triunfo del merino Ruy Díaz de Rojas sobre los mismos ingleses en la Rochela; las empresas temerarias del ilustre Pero Niño bajo los reinados de Enrique III y Juan II; el terror que infundía en las costas de Inglaterra el intrépido Fernan Sanchez de Tovar, son como puntos de partida y capítulos de una leyenda que en el Mediterráneo hicieron más romancescos los catorce soberanos de Aragón, desde Raimundo de Berenguer hasta Fernando el Católico, que consecutiva y personalmente dieron el ejemplo, único en la historia, de gobernar por sí mismos sus expediciones marítimas; los soldados

animosos de los combates de Nicotera, Malta y Partenope, de Sorrento, Rosas y Alaguer, y las poéticas aventuras que en Oriente hicieron famosos los nombres de Bernardo de Cabrera, Roger de Lauria y Conrado de Lanza. De este sinnúmero de hechos aislados, por prodigiosos y admirables que fuesen, ¿qué quedó permanente y práctico á las ventajas del poder peninsular?

Unificada la patria; expulsado el dominador extranjero de tantos siglos; adquiridos por la herencia, el descubrimiento y las conquistas, territorios vastísimos en el corazón y en las riberas de Europa, en las costas de África y en el nuevo dominio de las aún inexploradas Indias, la acción militar de España dejó de cumplir su misión histórica dentro del limitado solar patrio para ejercer su poderosa influencia en un teatro más extenso y ante la admiración universal. No eran nuestras, aunque intervinimos gloriosamente en ellas, las cuestiones que el César sostuvo con valor y tenacidad en todos los campos que se extienden desde los afluentes del Rhin hasta los del Danubio; pero sí lo eran las que en la frontera de Bélgica, del Franco Condado y del Milanesado nos suscitaba Francia, y muy particularmente las que atañían á toda la política del Mediterráneo y á toda la política, á la sazón naciente, del Océano.

La política mediterránea representaba no solo la dilatación de nuestras relaciones políticas y co-

merciales en el mar menor, sino la seguridad de nuestras costas y la integridad de nuestro poder. La política del Océano también importaba esencialmente á nuestros intereses, tanto por la comunicación que nos abría con los mares del Norte y con las ciudades marítimas de los Países Bajos, cuanto porque nos aseguraba el camino por donde Colón, Vasco Núñez de Balboa, Magallanes, Elcano, Legaspe y toda la legión brillante de nuestros grandes descubridores iban estableciendo la luminosa estela que había de servir de norte á los soldados y á los misioneros sublimes de España para la colonización de aquellas remotas partes del mundo que habían permanecido por tantos siglos ignoradas para nuestra cultura.

Tres eran, por lo tanto, los campos capitales de nuestra acción al advenimiento de la casa imperial de Austria á la corona de España. Justo es confesar que el emperador Carlos V no dedicó á todos ellos el interés que demandaba la corriente de la inspiración nacional. El palenque de sus luchas estuvo constituído en el centro de Europa. Aunque abordó la política de los mares, no le inspiró, no obstante, la misma satisfacción á las pasiones de rivalidad, de superioridad, de personal grandeza que inflamaron su ánimo, así cuando luchó en Pavía contra Francisco de Francia como cuando venció en Mulberg al elector de Sajonia, y sus campañas en el Mediterráneo, ponderadas por

la poesía, no pudieron ser afortunadas, porque no habían sido dispuestas con aquella precisión, abundancia y oportunidad de medios de donde siempre surge la victoria.

Era el Mediterráneo por aquel tiempo un verdadero lago mahometano, donde casi exclusivamente imperaba el poder colosal del imperio turco. Para contrarrestar esta supremacía y defenderse de sus continuas agresiones, las potencias católicas no habían logrado, bien que por diversas veces se intentase, constituir un núcleo de fuerzas bastante poderoso, ni por su número, ni por la cohesión que hubiera podido imprimirles una mutua inteligencia de acción y de intereses. Extendía Solimán II, que á la sazón ceñía la diadema otomana, su dominio no solo por las provincias interiores de la Rumelia, la Bulgaria, la Valaquia, la Servia, la Bosnia y la Herzegowina, sino por las ribereñas de la Albania, por toda la Tesalia, por toda la Grecia propiamente dicha y por casi todas las islas del Archipiélago; en Asia por la Anatolia, la Armenia, la Mesopotamia y el territorio de Bagdad, las costas de la Arabia, la Siria y la Palestina, y en África por el Egipto y los reinos de Argel y de Trípoli, ejerciendo á la vez un protectorado efectivo sobre los demás Estados mahometanos hasta el último extremo de las provincias gobernadas por los reyes de Fez y de Marruecos. Dominaba, por lo tanto, una ex-

tensión de más de 120.000 leguas cuadradas, pobladas por más de 100 millones de habitantes, establecidos sobre todas las orillas del Mediterráneo, al cual, desde 1534, inundaba no solamente con sus escuadras regulares sino con sus intrépidos corsarios, que llevaban el terror del pillaje y la muerte por todos los países no sometidos á la coyunda del sultán.

Frente á este aparato prodigioso de poder y de fuerzas, ¿qué oponía la Europa marítima cristiana? Las marinas de Venecia, Pisa y Génova, eran insuficientes para sostener el peso de la supremacía naval. Los caballeros de San Juan, arrojados de Rodas, acogidos en Malta por la munificencia de Carlos V, no eran menos impotentes. Francia, que nunca ha sido nación marítimo-militar, aunque algunas veces haya demostrado conatos de serlo, encontraba más llano para sus intereses entenderse solapadamenre en sus planes políticos con los turcos y con los piratas, que crear escuadras numerosas que en último resultado había de emplear más bien contra sus vecinos y adversarios de su propia raza latina, España é Italia, que contra el lejano emperador muslim. España, recién salida de las largas guerras de la reconquista; Nápoles y Sicilia, que acababan de ofrecer en su propio suelo palenque sangriento á la rivalidad de España y Francia, que se disputaban el honor de imponerla el yugo de

su dominación, tampoco se encontraban dispuestas para sostener con el poderoso imperio otomano el duelo de que dependía la libertad de Europa.

En este conflicto España era la que llevaba la peor parte. Acababa de arrojar de la última trinchera de Andalucía la población árabe, que por ocho siglos había acampado en sus comarcas. La parte no expulsada que había quedado en la Península, hipócritamente se mantenía en espectativa insidiosa de rebelión. Para sonrosar los sueños que de emanciparse halagaban todos los moriscos serviales de poderoso auxiliar la proximidad de las costas de África, adonde los expulsos se habían amparado; y sostenían el fervor y la esperanza del éxito la frecuente presencia de las escuadras turcas que venían á hacer alarde por nuestras costas de Levante, y las correrías ominosas de los corsarios que, como Kaireddin Barbarroja, Aluch Alí, Mahomet Bey y Dragut, fueron por mucho tiempo el azote de las poblaciones pequeñas. Moriscos había en España no solo en las sierras de la Alpujarra y de Ronda, y en toda la costa que se extiende desde Gibraltar á Cartagena. Desde los tiempos de D. Jaime el Conquistador, los reinos de Aragón y Valencia se hallaban poblados de ellos en virtud de los solemnes pactos de 1238: de modo que no solo por mar recibían los auxilios extranjeros para sus conspiraciones y levantamientos, sino que por las montañas de Aragón, comuni-

cándose con Francia, sostenían con esta monarquía, rival histórica de España, aquellas relaciones de infidencia que ponían en perpetuo peligro la quietud y la seguridad de nuestra península.

La emulación de Francia contra España sostenida en Nápoles en 1501 entre Luis XII y Fernando el Católico, extremóse extraordinariamente cuando vino á reinar en la Península el emperador. Primeramente intentó sublevarle el reino por medio de aquellas turbulencias populares de los comuneros de Castilla y los agermanados de Valencia, que intentaron detener el curso del engrandecimiento nacional, convirtiendo á España en una república feudataria del monarca francés. Abortado este proyecto, la política francesa persistió en deshacer la unidad que España había logrado fundar después de tantos siglos de luchas heroicas, valiéndose del espíritu rebelde de los moriscos, del instinto de rapacidad de los piratas y corsarios argelinos y de la ambición del Gran Sultán, que, como en documentos de la época se consigna, halagó alguna vez el pensamiento de apoderarse de nuestras costas del Sur para fortificarse en ellas y cerrar las puertas á la entrada del Mediterráneo. Toda la política interior de España durante el siglo XVI y hasta la expulsión de 1609 se redujo, respecto á la situación interior de los moriscos, á deshacer estas conspiraciones, siendo explicación de un sistema que se proponía no llegar hasta el

rigor que al fin se impuso á Felipe III, la ordenanza de expulsión de 1525 neutralizada por la concordia de 1528 y la pragmática de 1545, que volvió á romper aquella concordia, paliada con los edictos de gracia de 1565, 1567, 1574, 1588, 1593 y 1597, que alternaron con los procesos, las cárceles, los tormentos y los patíbulos, después de haber sostenido dos guerras de rebelión tan sangrientas como la de 1501 y la de 1570 en el antiguo reino de Granada

Para desarrollar una política eficaz en el Mediterráneo que asegurara la innumidad de nuestras costas, la conservación de las coronas que poseíamos en Italia y la preponderancia política á que aspiraba España en dicho mar, era absolutamente indispensable establecer una fuerza naval omnipotente que sirviera de apoyo. Ya el rey Fernando V quiso echar las bases de esta política por medio de la ocupación de las ciudades más importantes de la inmediata costa africana. Intérprete fiel de tan noble pensamiento, el cardenal Ximenez de Cisneros mandó en 1505 una potente escuadra, que bajo el gobierno militar y náutico del famoso conde de Oliveto, Pedro Navarro y del alcaide de los Donceles, D. Diego Fernández de Córdoba, se apoderaron de Mazalquivir, cuya conquista constituyó uno de los más altos timbres así del estadista célebre como del ingeniero afamado y del general heroico. Á la toma

de Mazalquivir, perdida otra vez en 1507, sucedió en 1509 la conquista de Orán, llevada á cabo por el mismo cardenal en persona, con la restitución además de aquella plaza. En 1510 se tomó á Bujía y Trípoli. Pero ya en el mismo año se sufrió el desastre de los Gelves, tan costoso á la casa ducal de Alba, en la juvenil persona de su intrépido primogénito D. García de Toledo; las empresas posteriores sobre Argel no fueron tan afortunadas, y cuando para proseguir el rumbo de la política marcada por su ínclito predecesor, en 1541 intentó Carlos V la expedición desgraciada contra aquella fortaleza, el éxito no correspondió á las esperanzas y la derrota fué tan completa que causó la impresión más penosa y tenaz sobre el ánimo de aquel hombre arrojado y valeroso.

De esta desventurada fortuna en las empresas marítimas del Mediterráneo algo tocó en suerte al rey Felipe II, que en 1558 tuvo que sufrir la aciaga jornada del conde de Alcaudete á Mostagán, y en 1560, en lugar de recuperar á Trípoli, ganada á los malteses por los turcos, sufrió en los Gelves otra pérdida de su armada y aun la de aquel castillo, á cuyos defensores no pudo librar de la crueldad de Rali-Bey la diligencia del general D. Juan de Mendoza y del príncipe Andrea Doria. No obstante, Felipe II fué el primero que supo plantear la política del Mediterráneo en todo

el conjunto arduo de la cuestión. No era únicamente forzoso adquirir las atalayas de África que sirvieran de centros de vigilancia y de base de operaciones contra turcos y argelinos, auxiliados por todos los vagamundos de Europa y por todos los intereses rivales de España. Se hacía indispensable constituir una fuerza naval adecuada á las necesidades de aquella empresa, crear una escuela militar y marinera de donde saliesen los arrojados caudillos que habían de dirigirla, establecer arsenales propios donde se fabricasen los instrumentos de defensa y de combate, y organizar la inteligencia entre las naciones cuyos intereses eran comunes y se hallaban del mismo modo comprometidos, para oponer á la supremacía que el sultán se arrogaba sobre el Mediterráneo en su propio provecho, una gran fuerza civilizadora y expansiva que representase el principio del interés general.

Monopolizaba por aquel tiempo el prestigio exclusivo, tanto de la construcción como de la táctica naval, entre las naciones católicas de Europa, la república de Génova, cuyos arsenales proveían de toda clase de vasos, así mercantes como de guerra, á los demás pueblos marítimos, cuyos adelantos en la arquitectura naval se ponderaban extraordinariamente, cuyos medios para la construcción se consideraban únicos, y cuyas naos estaban reputadas como las más sólidas para la resistencia así del mar como de las balas. Sus pilotos

alcanzaban el mismo preeminente privilegio, y sus generales de mar teníanse por los más hábiles en las maniobras. No estaban de todo punto desprovistas de razón estas apreciaciones, aunque cada país, á semejanza de España, que contaba con teóricos tan aventajados, como Martín Cortés, Pedro Ciruelo, Pedro de Medina y otros, se vanagloriase con sus hombres famosos en la navegación y en el arte. De Génova, en efecto, había salido algunos años antes el inmortal Cristóbal Colón, el navegante más famoso que han conocido los mares, y á Génova pertenecía aquella raza de los Dorias que en los anales marítimo-militares ocupará siempre un puesto de la mayor distinción. Unos y otros vinieron á servir los intereses de España. Pero un espíritu como el de Felipe II, tan imbuído de las ideas del prestigio nacional, había de aspirar necesariamente á que los elementos patrios se bastasen á sí propios para dejar de pagar aquel tributo á la superioridad extranjera (1). Las naciones, como los individuos,

(1) La política del Mediterráneo la inauguró en 1504 el rey D. Fernando el Católico, cuando envió á tomar á Mazarquivir al Marqués de Comares D. Diego Fernández de Córdova, y luego, en 1508, cuando el Conde Pedro Navarro, de vuelta del socorro de Arcila, sitiada por el rey de Fez, fundó el presidio del Peñón de Velez de la Gomera. Continuóla en 1509 el Cardenal Jiménez de Cisneros con la conquista de Orán y de Bugía. Carlos V trató de proseguirla, en presencia de estos hechos, y del éxito de la armada que D. Hugo de Moncada había llevado sobre los Gelves en 1518; pero el infructuoso socorro que se quiso prestar á Rodas cuando

que no cuentan como propios y no deducen de sí mismos, los elementos necesarios á su manutención, defensa y autoridad, ¿á qué papel pueden aspirar en la vida?

---

los turcos arrojaron de esta isla á los caballeros de San Juan; la derrota del mismo D. Hugo de Moncada en las aguas de la Provenza frente á la escuadra de Francia comandada á la sazón por el genovés Andrea Doria; la aflicción en que este general puso á Génova, aliada de España, haciendo ocupar por los franceses algunas de sus posesiones; la muerte de Moncada en la batalla naval en que quedaron prisioneros los célebres Ascanio Colonna y el Marqués del Vasto; el estéril resultado de la liga del papa, el emperador y la serenísima república de Venecia, de que no se obtuvo más ventaja que la toma de aquella fortaleza de Castilnovo de la Bosnia, tan costosa después á la sacrificada guarnición española; la ruidosa derrota del mismo emperador en su expedición á Argel, no compensaron ciertamente la efímera ocupación de Petraso y Coron en el Archipiélago griego por las naves unidas del príncipe de Melfi y D. Álvaro de Bazán, el Viejo; ni la expedición más gloriosa que eficaz en resultados prácticos del emperador á la Goleta y Tunez con el Conde de Tendilla y el referido D. Álvaro para restituir en su trono al rey Muley Hassan; ni la victoria de Colibre que el de Bazán alcanzó sobre las galeras unidas de Francia y del bey de Argel.

La política del Mediterráneo imponía un objetivo más seguro, y en este tiempo puede decirse que el hecho más importante bajo el aspecto político fué el de la restitución de la isla de Córcega, que los de Francia habían quitado á los genoveses, porque con este acto nos conquistamos la amistad perseverante de aquella república, que nos servía de paso para las posesiones centrales de España en el continente, de escala de seguridad y refresco para nuestros buques, y de una base más de operaciones para nuestra estrategia en el mar.

V.

LAS GALERAS DE BAZÁN.

El más resuelto colaborador en la noble empresa de Felipe II, así para la restauración de la marina militar de España, como para el planteamiento de la política general del Mediterráneo, fué sin duda el tercer D. Álvaro de Bazán, á quien en reconocimiento de esta cooperación le fué otorgado el título nobiliario de marqués de Santa Cruz en 19 de Octubre de 1569.

Ya hemos dicho que hasta su tiempo los marinos españoles habían carecido de una escuela militar propia de donde se derivase la sucesión continuada de aquellas generaciones que acreditan la eficacia de una sólida institución. La famosa infantería española, la célebre táctica militar y la sorprendente estrategia de nuestros ejércitos, que causaron la admiración del mundo durante todo el siglo XVI y toda la primera mitad del XVII, había tenido su base de educación en el ejemplo y en

los principios sustentados por el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdova, en su épica expedición de Italia. De aquella escuela, no solo salieron los ilustres españoles que se llamaron el Sr. Antonio de Leiva, después vencedor de Pavía; D. Ramón de Cardona, el que cañoneó á Venecia; el conde Pedro Navarro, conquistador de Trípoli, Orán y Bujía; el gran conde de Melito D. Diego de Mendoza; el Sr. Hernando de Alarcón, marqués de la Valle Siciliana; Diego García de Paredes, el de las grandes fuerzas, y el discreto Juan de Urbina, á quien Nápoles erigió estatuas, sino aquellos capitanes extranjeros de las huestes de Carlos V, Próspero Colonna, el marqués de Pescara, D. Fernando Dávalos, el duque de Mantua, D. Fernando de Gonzaga, el príncipe de Parma y el belga Carlos de Lanoy. El gran duque de Alba D. Fernando Álvarez de Toledo, que desde la expugnación de Fuenterrabía hizo colegir el signo de la superioridad que le ha hecho inmortal, no fué sino el mero continuador de aquella sólida academia, cuya eficacia todavía sostenían á fines del siglo XVI el conde de Fuentes D. Pedro Enriquez de Guzmán, en Doullens, y en la primera mitad del siglo XVII el hermano del duque de Sessa, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, en la campaña del Monferrato y el heroico cardenal infante D. Fernando, hermano de Felipe IV, en la famosa batalla de Norddlinghen. La marina de

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

España necesitaba de un liceo semejante, y este lo estableció el marqués de Santa Cruz, con las doctrinas de su padre, en que se inspiró aquella especie del catecismo náutico de su tiempo, el *Breve compendio de la sphera y de la arte de navegar*, de Martín Cortés (1).

Antes de acometer las acciones militares á que dió cima y nombre durante el discurso de su vida,

(1) El resumen de lo que D. Álvaro de Bazán, *el Viejo*, representó en la escuela militar y marinera, que fundó y dejó al cuidado de su hijo practicar y propagar, se contiene en las siguientes frases del prólogo en que Martín Cortés le dedicó su libro: «lo que los antiguos predicaron de su Neptuno, escribe Cortés al viejo Bazán, podrian dezir los españoles de su D. Aluaro. ¿Quien como V. S. alcanzó el primor de la nauegacion y su subtileza? ¿Quien con vna sexta ó compas y con vna pequeña carta sabe assi rodear el mar y, por mejor dezir, el mundo?» Los elementos de transformacion y progreso que constituían la base de la nueva escuela, tambien los explicaba el mismo Martin Cortes en el mismo libro, en otra dedicatoria *al inuictissimo Monarcha Carlo Quinto, Rey de las Hespañas*, en que decía «En vuestros felicissimos tiempos paresce que España se ha renouado y en todas las cosas mechánicas se ha pulido y mejorado: ha florescido en libros y hase encumbrado en armas... No quiero decir que el nauegar no sea antiguo, pues uemos que los argonautas fueron á Colcos y Danao trajo de Egipto á Grecia la primera nao; mas digo hauer sido yo el primero que reduxo la nauegacion á breue compendio, poniendo principios infalibles y demonstraciones euidentes, escriuiendo práctica y theoria della, dando reglas verdaderas á los marineros, monstrando camino á los pilotos, haziendo los instrumentos para sauer tomar la altura del sol, para conoscer el fluxo y refluxo del mar, ordenar las cartas y brúxolas para la nauegacion, auisandoles del curso del mouimiento de la luna, relox para el dia, y tan cierto, que en todas las tierras señala las horas sin defecto alguno, otrosi relox infalible para las noches, descubriendo la propiedad secreta de la piedra iman, declarando el nordestear y nouestear de las agujas etc.» (MARTÍN CORTÉS: *Breue compendio de la sphera y de la arte de nauegar, con menos instrumentos y reglas, exemplificado con muy subtiles demonstraciones.*—Sevilla: por Antón Álvarez, 1551.)

hay que considerar á D. Álvaro de Bazán como talento organizador y de profunda iniciativa. Desde que en 1561 recibió el mando de las primeras galeras como general, á todas partes llevó un espíritu de inspección muy minucioso, pues encontró que la situación de nuestra marina, bien entrado ya el reinado de Felipe II, estaba lejos de corresponder á las necesidades de nuestro importante papel marítimo en el orbe. En 4 de Abril de 1564 dirigió desde Laredo una información á S. M. dándole cuenta del examen y visita hecha á los navíos que había en el canal de Bilbao, Portugalete, Castro Urdiales y Laredo. Aunque había tomado ciertas disposiciones para estimular á los armadores y constructores de buques, D. Álvaro representaba que estas medidas eran insuficientes y que habia que construir nuevas naves para guerrear, por ser pocas y pequeñas y hallarse en mal estado las existentes (1). En 30 de Abril del año siguiente de 1565, otra carta dirigida desde Gibraltar al secretario Francisco de Eraso le hacía observar que las galeras de Levante con que prestaba el servicio de la custodia del estrecho y de la costa, hasta la capital de Cataluña, estaban tan destrozadas que daba pena verlas, además de hallarse sin proveer por no hacer caso el prior y los cónsules

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Legajo 444.—Armadas y galeras: fol. 198.

del puerto de Málaga á las órdenes reales. Era tal su situación que al menor asomo de mal tiempo ya no podían salir de los puertos (1). En otro informe al rey, suscrito en el Puerto de Santa María á 27 de Marzo de 1566, también representaba que aunque había puesto toda la diligencia posible en aderezar las galeras para poder salir á cruzar hasta los mares de Italia, lo habían impedido así el mal tiempo como el estado de las naos, y pedía que se comunicase al embajador de Génova que de las galeras que tenía, recientemente construídas para el servicio de España, se le mandase entregar una, para sustituir otra de la división que D. Álvaro mandaba y que se hacía apremiante desguazar (2).

Tal era, en efecto, la situación de nuestros buques y escuadras, que el mismo rey D. Felipe escribió desde el Bosque de Segovia otra carta, en 13 de Agosto del mismo año, en que, sabiendo que el de Bazán se hallaba en Malta y necesitando que acelerase su regreso á estos reinos, por ser necesaria su persona, le mandaba hacerlo con secreto, para que las fustas y galeras de Argel no se apercibieran; pues indudablemente D. Álvaro no disponía de fuerza bastante con que hacer frente á una

(1) *Archivo general de Simancas.*—Lugar citado, folio 224.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Legajo 445 sin foliar.—Armadas y galeras.

agresión de los argelinos, que tan vigilado tenían todo el mar desde las bocas del Estrecho hasta las aguas de Italia (1).

La estancia de D. Álvaro de Bazán en Mesina, Nápoles y Malta, le había hecho conocer las flaquezas de que adolecían las naves que se sostenían en nuestras provincias de Italia, en medio de las guerras continuadas de que aquellas posesiones solían ser predilecto blanco, de la necesidad de custodiar sus costas, perennemente acosadas por la vecindad peligrosa de los turcos, y de las exigencias inexcusables de mantener la relación continua entre las dos penínsulas. D. Sancho Martínez de Leiva, gran marino que á la sazón tenía el cargo de capitán general de las galeras de Nápoles, iba á ser relevado de aquel cargo, para emplearlo en el puesto inmediatamente superior, es decir, en el gobierno supremo de las galeras de España. Pensóse en Madrid en D. Álvaro de Bazán á fin de que le sustituyese en tan elevado destino, para lo cual en 29 de Febrero de 1568 se le dió, no solo el Real nombramiento de *Capitán general de las galeras de Nápoles*, con el sueldo de 4.800 ducados al año (2), sino una instrucción muy minuciosa sobre el desempeño de tan importante car-

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Legajo 445.—Armadas y galeras.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 445, folio 57.

go (1). No retardó D. Alvaro en tomar posesión de él, y en 11 de Agosto del mismo año escribía desde Nápoles al cardenal de Sigüenza, presidente del Consejo de Castilla, diciendo que luego que llegó se hizo cargo de las galeras, y que si no había salido ya era por estar esperando á Juan Andrea Doria, aunque sentía ver transcurrir el tiempo sin hacer servicio alguno al rey (2). Como en el mar Cantábrico, en el Norte y en el mando del Estrecho de Gibraltar, D. Alvaro elevó informe al rey Felipe II sobre las galeras y armada de S. M. en Italia. En este luminoso documento, se ocupaba individualmente de la situación de poder y resistencia de cada buque, y además emitía su autorizado dictamen acerca del número de los que convendría tuviese el servicio de aquel reino y las partes en que habían de estar situados (3).

Este solícito celo por el fomento y conservación de nuestros buques constituyó durante toda la vida de D. Álvaro de Bazán una de sus más perseverantes preocupaciones. Entre el aparato numeroso de los documentos que quedan relativos á sus mandos y servicios, su cuidado se revela con

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 445.—Armadas y galeras.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 445.—Armadas y galeras.

(3) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 445.—Armadas y galeras.

una constancia notable de que hizo al cabo partícipe, del mismo modo, á aquellos bajo cuyas órdenes sirvió, como el ínclito D. Juan de Austria, después de la batalla de Lepanto y de la jornada de Túnez (1), que al embajador de Venecia Guzmán de Silva, que atendía desde la ciudad de los Dux al armamento de las galeras, á la provisión de las escuadras y á la vigilancia política del Adriático y demás mares del Mediterráneo Oriental (2).

Estos informes no quedaban reducidos á una mera observación crítica, á una simple aspiración platónica de mejoras y á una pura exposición de deseos sin eficacia. Aun limitada su posición en la milicia del mar, cuando mandaba la pequeña división de galeazas, destinada á asegurar desde los mares del Norte de la península las costas y navegación de las Indias, su estancia en los mares de Cantabria sirvió para imprimir un impulso extraordinario, dentro de la parca esfera de sus atribuciones y de los regateados medios pecuniarios que le facilitaba esta hacienda de la nación siempre preñada de estrecheces y dificultades, á las construcciones navales á que se podía dar cima con

(1) *Archivo general de Simancas.*— Secretaría de Estado.—Leg. 448 sin foliar.—Armadas y galeras.

(2) *Archivo general de Simancas.*— Estado.— Diversos de Venecia.—Legajo 1.518.

los recursos de aquellos astilleros. Con esto logró hacer diversas entregas de embarcaciones menores á varios marinos famosos de su tiempo, como la de las quince chalupas que otorgó á Martín de las Alas en 6 de Junio de 1564, dotadas del número de hombres de que habían menester, así marineros como artilleros, oficiales, grumetes y pajes, y si no le dió estandarte, bandera de campo y gallardetes, fué por carecer de orden real (1).

En Nápoles su acción reconstructora llegó al más alto grado de la humana capacidad. Tratábase de hacer la liga católica contra el poder insultante del gran turco; mas se luchaba con el recuerdo de la liga pactada en tiempo del emperador, cuyos resultados fueron tan infructuosos, y se abrigaba grande desconfianza en los recursos marítimos de que podía disponer España. D. Álvaro de Bazán, arrebatando á Génova el monopolio exclusivo que se arrogaba de la construcción de los grandes buques de combate, improvisó en el arsenal de Nápoles los talleres y el material mecánico necesario para emprender grandes obras de arquitectura naval. Procediendo con no menos celeridad que acierto, bastóle un año para poner sobre el mar treinta y ocho nuevas galeras que fueron la admiración de Europa. La impresión causada por esta

(1) *Archivo general de Simancas.*—Estado.—Leg. 444, fol. 205.—Armadas y galeras.

maravilla fué el principio de los grandes éxitos de su fortuna. Ya estaban dispuestas las liras de los poetas para cantar algunas de sus hazañas en Lepanto y Navarino y en el tardío socorro de Nicosia; pero la empresa llevada á cabo por el capitán general de las galeras de Nápoles se consideró en Madrid por Felipe II superior á los temas populares de las expansiones líricas, y para que de aquel servicio quedase á la posteridad imperecedera memoria y honor perpetuo á su descendencia, en 19 de Octubre de 1569 le otorgó el título de marqués de Santa Cruz, con que desde aquel momento fué designado á la historia como uno de los españoles más gloriosos y que había de poner en el mar el nombre militar de España á la altura en que por tierra le sustentaban por el mismo tiempo el gran duque de Alba y otros insignes capitanes (1).

(1) *Archivo general de Simancas.*—Registro general del sello de Castilla.—Leg. del mes de Octubre de 1569.

VI.

DESDE EL ESTRECHO Á NÁPOLES.

Si como organizador y político rayó el marqués de Santa Cruz á una altura considerable, como soldado de mar primero, como general después, se señaló desde su juventud, en todo el curso de su larga vida, con una suma de condiciones que le elevan al heroísmo. Poseía el valor intrépido que no mide las dificultades, pues inspirándose en una segura confianza en sí mismo á todo se arroja, sin titubear en nada. Su impavidez se hizo proverbial: en ninguna ocasión ni trance de la suerte perdió su serenidad. Hería como el rayo. No más pronto adivinaba el peligro que se lanzaba á él para superarle. Tampoco midió jamás el número ni la disposición del enemigo á quien tenía que acometer. En casi todas sus empresas navales luchó ordinariamente en inferioridad material de medios, en la proporción de dos tercios menos de fuerza. Jamás fué vencido. Nunca tuvo que pronunciarse

ante el enemigo en retirada. Realizó cuantos objetivos se propuso en la guerra, ora con el valor, ora con el arte. Nunca dejó de contar con la fortuna, convertida bajo el yugo de su voluntad de hierro en el primer elemento de sus éxitos, y á nadie pudo en las vicisitudes militares aplicarse con más razón el dictado proverbial de Horacio: *Audaces fortuna juvat, timidosque repellit.*

Dieciocho años de edad tenía D. Álvaro cuando asistió á la primera función de guerra, no pudiendo considerarse en este rango las escaramuzas y combates frecuentes contra corsarios que presenció á bordo de las naves de su padre en las costas del Mediterráneo y en el paso del Estrecho. El Sr. Fernandez Duro así describe este primer bautismo de sangre: «Hallábase la armada en las costas del Norte cuando D. Álvaro de Bazán, el *Viejo*, tuvo aviso de haber pasado á la vista de Fuenterrabía treinta naos francesas, con dos presas vizcaínas, dirigiéndose á la costa de Galicia, donde habían empezado sus depredaciones. Corría entonces el verano de 1542 (1544 según López de Haro) y fondeados los enemigos sobre Muros, cobraban contribución de guerra impuesta á la villa, cuando el ilustre Bazán los alcanzó con veinticinco naos el 25 de Julio, dia del Apóstol Santiago. Embistió á la capitana francesa con tal furia, que la echó á pique con toda su gente, y arribando otra nao la rindió en breve tiempo, con

lo cual disminuyó la superioridad de los franceses, acometidos con igual bizarría por toda la armada. Trescientos muertos y ahogados tuvo en las dos horas que duró la pelea, al paso que excedieron de tres mil los enemigos que perdieron la vida, con más sus embarcaciones, que en triunfo llevó á la Coruña el vencedor. Admiróse más que el denuedo de D. Álvaro, el desinterés con que destinó el cuantioso botín que le correspondía á resarcir á los pueblos de la costa de los daños y exacciones del enemigo, reservando una parte que personalmente llevó como ofrenda á la basílica del Apóstol: notable ejemplo de generosidad que coronaba la enseñanza dada á su hijo» (1). Aquel ejemplo del padre heroico, reflejándose en el corazón animoso del entusiasta joven, indudablemente le dispuso á los arranques prodigiosos de sus propias empresas que tuvo la gloria de marcar con los caracteres del genio.

No tardó D. Álvaro, el *Mozo*, en recibir la investidura que le ponía en capacidad para sus hazañas. En 1554, joven aún de veintiocho años, obtuvo el título de general y el mando de una escuadra de galeazas y naos para la vigilancia y guarda de las costas meridionales de la Península.

(1) Fernandez Duro: *La conquista de las Azores*. (Madrid: Rivadeneyra: 1886, pag. 165.)

Estos buques se agregaron á la escuadra de D. Álvaro, el *Viejo*, para servir de escolta al príncipe D. Felipe, que acababa de tratar su segundo matrimonio con María Tudor, reina de la Gran Bretaña y de Irlanda, y que á 11 de Junio del referido año embarcóse en la Coruña con sesenta y ocho navíos en que iban cuatro mil españoles del tercio de D. Luís de Carvajal, acompañado de toda la nobleza de España, para desembarcar en Inglaterra. Desde las costas británicas volvió á su cargo en los cruceros del Estrecho por cuenta de averías, y en 1557 acometió aquella ilustre hazaña sobre el cabo de Aguer que ha quedado como testimonio de su arrojo.

En efecto, habiendo tenido Bazán aviso que hacia las costas de Marruecos se aproximaban dos naos inglesas cargadas de armas, arcabuces, lanzas y cotas de malla para hacer el contrabando de guerra con los moros de Fez, salió á darlas caza. Apresuráronse ellas á ponerse al abrigo de las fortificaciones marroquíes; pero Bazán, sin detenerse ante el vivo fuego de cañon que se le disparaba desde el castillo, con súbita resolución penetró en el puerto, se aproximó á las naves fugitivas, picólas las amarras, y enviando sus botes á poner brea inflamada sobre siete chalupas y carabelas que tenían allí ancladas los moros y con que hacían sus correrías contra los pescadores cristianos de Cabo Blanco, las sacó al remolque, llevándoselas cau-

tivas á Gibraltar. Por este y otros servicios nombrósele en 1561 general de diez galeras en el mismo Estrecho, ampliando con el nuevo mando el teatro de sus proezas. De su vigilancia solícita en este mando fueron testigos y víctimas todos los aventureros del mar que por aquel tiempo merodeaban no solo en el Mediterráneo sino en la carrera de las Indias: de modo que alcanzó ricas presas y lisonjeros trofeos de los más temerarios corsarios ingleses, franceses, berberiscos, argelinos y turcos.

En esta serie de continuadas aventuras distínguense las del año 1564, en que llevó á cabo acciones dignas de especial mención. Había salido en 1563 de Sevilla con cuatro galeras para el socorro de Orán; mas el duque de Fernandina, Don García de Toledo, capitán general de las de España, quiso asociarlo á la conquista del Peñon de la Gomera, aunque las relevantes prendas del carácter genial que distinguían á D. Álvaro daba ocasión á que los viejos marinos de la escuela que él estaba llamado á reformar tildáranle de poco advertido, algo confuso y sumamente arriesgado. ¡Calificación eterna de las medianías escrupulosas, que no alcanzando á salir de la norma admitida por la generalidad, nunca logran elevarse á la independiente originalidad del verdadero talento! No obstante, la empresa del Peñón de la Gomera no fué en este año la que más alto elevó su con-

cepto (1). Él mismo, en carta que á 21 de Junio dirigió á la majestad de Felipe II, refiere el primer hecho de armas personal y propio, que conceptuó digno de su nombre, después que tomó el mando de las galeras. Decía así:

«C. M.ª=De malaga auisé á V. m.ª de todo lo que se offrezia: despues aca lo que ay que dezir es que en el puerto de ginoueses, biniendo de biage, descubrió el bergantin que estaua a la guardia vna galeotta de turcos, sperandola hasta que fué tiempo de salir á ella. Dieronsele de caça sesenta nudos y al fin se tomó. Los turcos hyrieron algunos soldados y dellos murio el Arraez de vn arcabuçaço y otro turco. Tomaronse entre heridos y sanos quarenta y çinco turcos y moros: libraronse de la cadena ochenta xpianos y quatro mochachos, y vmbiejo que avian tomado en los alffaques, por yndustria de vn françes, que se los spio, del qual mandé oy hazer justicia. La galeotta es de argel, de diez y siete bancos, y a tanto que salieron de allá, que no pueden dar ninguna nueva fresca, y por esso no he hecho ninguna ynformaçion. De lo que siempre hubiere de que dar abiso, lo haré.

»Por el despojo que los soldados an auido de la galeotta, pareze que venia Rica de pressas que auian hecho. Yo se lo he dexado todo, por ser la primera ga-

(1) En el *Archivo general de Simancas* (Estado: Armadas y galeras, legajo 444, folio 210), se halla la comunicación dirigida al rey desde el Peñón de la Gomera por D. Álvaro de Bazán, diciendo que, á la partida de la armada, D. García de Toledo le mandó de orden del rey que se quedase en el Peñón con siete galeras de su cargo y con la *Lupiana* y *Serafina* además, y que cuando saliese para Málaga, en esta población hallaría la orden de lo que había de hacer.

leotta que an tomado debaxo de mi mano. Spero en dios que en la buena bentura de V. m.d se haran otras muchas pressas en que se pueda hazer partiçion entre nosotros, conforme á la merced y horden que V. m.d nos tiene hecha: y Guarde Nuestro Señor la Catholica y Real persona de V. m.d con acrecentamiento de muchos Reynos y señorios como sus Basallos y criados deseamos. De cartagena xxi de junnio M. D. L. X. iiij años.

»Supplico á V. m.d se acuerde de mandar proueer de Bituallas estas galeras de mi cargo, por que lleuan pocas y ternán muy presto neçessidad dellas. D. V. mag.t cryado y vasallo que sus muy Reales manos besa—don alvaro de baçan» (1).

En este mismo año ocurrió la obstrucción de Río Martín, cerca de Tetuán, que ha quedado también como otra de las hazañas legendarias de D. Álvaro de Bazán. Para este fin dispuso con todo secreto embarcaciones viejas cargadas de piedra, arena y cal; reforzó sus galeras, y, simulando su ataque por Ceuta, llegó inopinadamente á la embocadura de Río Martín; desfondó los navíos que llevaba cargados de aquel lastre é impidió el paso al mar, levantando de orilla á orilla tal muralla, que los historiadores de aquel tiempo dicen que permitían por encima de ella el paso en seco. Era Río Martín el nido donde se acogían los pi-

(1) *Archivo general de Simancas.*—Estado.—Armadas y galeras.—Legajo 444, fol. 207.—(De la colección de documentos históricos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

ratas que hostilizaban nuestras naves y caían de improviso sobre nuestras costas. Aunque el alcaide de Tetuán, Sid Hamet Bohalli, salió inmediatamente con mil arcabuceros moros y turcos y mucha gente de á caballo para impedir la maniobra de D. Álvaro, aceptó este la escaramuza, que le valió una nueva ventaja militar sobre sus enemigos.

Con este hecho, después de la reciente conquista del Peñón por el duque de Fernandina, quedó por algún tiempo pacificada la embocadura del Estrecho y en seguridad las poblaciones de nuestra costa de Levante. Entonces D. Álvaro recibió la orden del rey de alargar su rumbo hacia Barcelona, donde le esperaban nuevas instrucciones para sus primeras jornadas militares en Italia (1).

(1) En el *Archivo general de Simancas* (Estado.—Leg. 444, fol. 225), se halla una carta de D. Álvaro de Bazán fechada en Cartagena á 27 de Junio de 1565, en que informa á S. M. de haber escrito al virey de Cataluña manifestándole su salida para aquellas aguas con las galeras de su cargo.

VII.

LA MISIÓN DE D. ÁLVARO DE BAZÁN EN ITALIA.

DESDE la elevación de D. Álvaro de Bazán al mando superior de las galeras de Nápoles, la cuestión de la supremacía política de España en el Mediterráneo vino á tomar un nuevo aspecto. Asegurado el paso del Estrecho, obtenida la tranquilidad de las costas de la Península, los dos puntos esenciales del problema se reducían á contener la audacia de los turcos disminuyendo su poder y su influencia en los mares y á conseguir el establecimiento de la preponderancia de España en las costas de Berbería. Felipe II aspiraba á obtener en el mar la misma superioridad que disfrutaba en el continente en virtud de las sólidas posesiones que tenía España en toda la línea que se extiende desde el paso de Calais por las Provincias Unidas de los Países Bajos, el condado de Flandes y el gobierno de Milán hasta el centro del Mediterráneo por los reinos de Nápoles y Sicilia. Para estas aspiraciones

no solo se luchaba con las dificultades militares inherentes á la grandeza del asunto, sino con los celos que su proyecto despertaba en las potencias que le eran rivales y hasta en el mismo emperador.

La empresa contra los turcos no era posible llevarla á cabo sino con la alianza general de Europa. Era una nueva cruzada contra la media luna. Representaba al mismo tiempo el más alto sentido civilizador y el acto de más heroica resistencia contra la amenaza aterradora del poder muslímico, convirtiéndose por lo tanto en una guerra general de seguridad y de defensa. Mas entre todos los soberanos de Europa solo el Papa, San Pío V, la acogía con entusiasmo. Venecia, cuyas posiciones en el mar helénico se veían decrecer de día en día ante la insaciable rapacidad de los turcos; Venecia, cuya marina militar se hallaba en el más lastimoso estado de vituperable abandono, debiendo ser la más inmediatamente favorecida por los éxitos de la Liga, titubeaba entrar en ella por prestar demasiado favorables oídos á los intrigas de Francia que la persuadían de que para sus intereses, su situación de todas maneras iba á ser comprometida, puesto que había de fluctuar su comercio marítimo, en que consistía todo el peso de ellos, entre la ferocidad del turco con quien Francia ofrecía su mediación para entenderse, y entre el despotismo de España, que, abatida en el mar la media luna,

posesionada de Argel, de Tunez y de Trípoli, impondría sus ominosas leyes á todas las naciones cristianas ribereñas al Mediterráneo.

Consistiendo en esto los consejos de Francia á la señoría de Venecia, excusado es manifestar cuál sería su propia actitud, siendo tan perseverante y tan viva su enemiga contra España. El emperador de Alemania, quien desde la conquista de Belgrado, que allanaba al turco las fronteras de Hungría, debiera abrigar un gran temor por su propia seguridad, andaba más que reacio, hipócrita y disimulado, tratando solapadamente con el Padishak á fin de buscar en los vínculos de la benevolencia del poder osmanlí, la imperturbable quietud de su imperio. La lejana Polonia y la vecina Portugal, si no negaban su atención á las solicitaciones de que eran objeto, miraban la cuestión no desde el punto de vista de los intereses católicos, sino Portugal bajo el aspecto de su no participación en los intereses políticos que se debatían y Polonia bajo la perspectiva incierta de su posición lejana y aislada que la hubiera abandonado á las venganzas del otomano, á haber sido de este la suerte del vencedor. Quedaba, pues, el problema de las alianzas circunscrito, al Papa en quien se representaba el principio civilizador del triunfo de la cruz sobre la media luna y el principio humanitario de la defensa y de la libertad de los pueblos cristianos; al rey de España á quien impulsaba el

interés personal político de su pretendida preponderancia militar en el Mediterráneo, y, finalmente, á la república de Venecia, acosada en su poder colonial y en su comercio marítimo por la persecución continua de su sangriento vecino, cuyos propósitos eran avanzar hacia el Adriático y ganar las posiciones que le erigieran en único dominador del mar de la civilización.

Las negociaciones para esta alianza habían sido casi continuas entre las tres potencias desde los últimos años del siglo XV, pues la amenaza de los turcos sobre la Europa cristiana iba siendo cada vez más extremada desde que en 1453 Mahomet II se apoderó de Constantinopla (1). La Liga concertada por Fernando el Católico, la Liga suscrita por el emperador Carlos V, ya hemos dicho el fin estéril en que sucumbieron. Para la intentada de nuevo por Pío V en inteligencia con Felipe II, surgían tantos obstáculos de ejecución como temores de ineficacia. La empresa militar que de ella había de suscitarse tenía que ser

(1) Las noticias de la primera Liga, que era una verdadera cruzada, se contienen en la *Crónica da Francesco Muralto di Como*. La negoció en primer término el papa León X y se adhirieron á ella el emperador Maximiliano, el duque de Borgoña, el Rey Católico, el de Inglaterra, los de Hungría y Bohemia, el de Polonia, el de Francia, Venecia, Saboya, Florencia y los demás potentados de Italia, la confederación helvética y el rey de Portugal. En la distribución de las fuerzas aliadas á España correspondía contribuir con 1.600 soldados, 3.000 genízaros á la italiana, 20.000 españoles y 30 naves de Vizcaya.

esencialmente marítima y abrazar los dos puntos culminantes de la cuestión: es decir, la derrota del turco en su propio territorio y las conquistas de Berbería (1). Problema de no menor importancia era el de los mandos supremos de la armada (2), y finalmente términos indeclinables de la negociación representaban el número proporcional de las naves de transporte y de pelea, el de soldados y combatientes, el suministro de víveres y pertrechos y los grandes gastos que todo este conjunto de cosas exigía.

En interés de España estaba que la campaña de la Liga comenzase por los territorios vecinos de la costa africana. Venecia reclamaba la súbita defensa de sus intereses en Oriente, cuando ya la nube mahometana descargaba sobre su angustiada isla de Chipre. En estas controversias Juan Andrea

(1) «Et primo, quod hujusmodi fœdus quod ad ejusdem Turcarum immanissimæ, Deo Omnipotente adjutore, destruendas præfati contraentes inter eos initum esse voluerunt, sit perpetuum, et non solum ad ipsorum contrahentium et eorum qui eadem conventioni adherebunt, statuum dominiorumque ad eadem Turcarum gente defensionem, sed etiam ad ipsius gentis ab omni terra marisque parte offensionem atque invasionem, Algerio, Tuneto et Tripoli etiam contrahensis.» —*(Capitulaciones para la Liga contra el Turco:* BIBLIOT. DE LA R. AC. DE LA HIST.—Miscelánea del conde de Villaumbrosa; tom. xxxvj.)

(2) «Convenía crear cabeza con supremo grado ejecutor de las deliberaciones, obedecido de los generales. Venecia alegaba competerla el nombramiento por ser la guerra publicada contra ella. Contradecían los del rey por la reputación de la corona y poner más fuerzas.»—(CABRERA DE CÓRDOBA: *Felipe II rey de España.* Madrid, por Rivadeneyra, 1876.—Tom. ij, lib. jx, cap. xx, pág. 87.)

Doria que ejercía, por el rey Felipe II, el cargo de generalísimo de las armas navales de España en los mares de Italia, y á quien se hallaban sometidos los almirantes de nuestras escuadras de las coronas de Nápoles y Sicilia, no solo era partidario de que la acción común se llevara á las costas de África antes que al encaje de mares del archipiélago griego, sino que, perdida con los años la impetuosidad intrépida de sus primeras aventuras, comido de emulaciones y contrariado en el papel que le tocaba desempeñar en el ejército de la Liga, oponía á toda definitiva resolución una fuerza de resistencia inmensa, decorada con la necesidad previa de adquirir todos los datos estadísticos y estratégicos de la situación real del enemigo á quien se había de combatir (1). Por otra parte, Venecia, que tenía sus naves de guerra desprovistas de gente militar y marinera, viejos los

(1) «... L'havermi detto che conviene più alla grandezza di Sua Maestà il perdere questa armata in battaglia, che lasciando di andar a combattere, ritornangliela salva ai suoi regni, nasce da quel zelo che ella et tutta la casa sua ha sempre tenuto del servizio di Sua Maestà: però come il lasciar di combattere non può causare dal defetto della detta armata, ma si ben da quella di signori vinetiani, per non essere ad ordine, et V. E. me ne potra esser buon testimonio non potentosi in ciò a me attribuire alcuna colpa, havendo in darno aspettato tanti giorni che essa si provvedesse et si facesse quello che era più conveniente, mi risorverò, come ho detto, per non essere astretto dalla tempesta, in fin del mese prenarrato, ritornarmene ai regni di Sua Maestà, non parendomi di poter più in niuna maniera attendere in quelli mesi di questa stagione, senza avventurar le galee in cosi lunga navigatione á manifesto pericolo di fortuna.» —*Parere del Sign. Gio. Andrea Doria in torno ai soccorsi di Cipro:* Bibliot. del Escorial: IIJX. 15.)

cascos y mal dotada su defensa, mostraba dudas de que España pudiese contribuir con número suficiente de barcos á la organización de una escuadra tan numerosa. Finalmente, y como antes hemos dicho, la designación del jefe militar de la empresa y de los generales que habían de cooperar á ella, suscitaba un sinnúmero de rivalidades difíciles de obviar.

La presencia de D. Álvaro de Bazán en las aguas de Nápoles, su fama de gran navegante y de gran soldado que ya tenía adquirida, tanto por sus personales merecimientos, cuanto por ser hijo de aquel ilustre marino que Martín Cortés comparó á Neptuno y de quien dijo que nadie alcanzó como él «el primor de la navegación y su subtileza» y, con «la sexta ó compas y una pequeña carta», la habilidad para rodear el mundo; el incremento que desde luego comenzó á dar á las construcciones navales para aumentar la escuadra de su mando y la continuada serie de hazañas militares con que rodeó de gloria el prestigio de su mando, fueron hechos que bien á las claras dejaron entender, que su designación para aquel puesto envolvia de parte del previsor Felipe II pensamientos ulteriores relacionados con las negociaciones para la Liga y con su plan de miras políticas sobre el Mediterráneo.

De algunas de estas previsiones dan relativa idea las dos cartas dirigidas por el rey al ya mar-

qués de Santa Cruz en 24 de Abril y 13 de Julio de 1570 respectivamente, que D. Martín Fernández de Navarrete dió á conocer en la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, soldado heroico aunque oscuro de las ilustres empresas que se proyectaban. Dice así la primera de estas cartas:

«El Rey:—Marqués, pariente; habiendo enviado Su Sant.d á Don Luis de Torres, clérigo de camara, á tratar conmigo de su parte, algunos negocios de importancia y entre ellos á pedirme sea yo servido de dar órden que se junten en el nuestro reino de Sicilia la mayor banda de galeras que se pudiera de las nuestras y de las que andan á nuestro sueldo, para lo que se podrá ofrecer, abajando la armada del turco este verano, como se tiene por cierto; he holgado mucho de ello, por complacer á Su Sant.d; y asi envio á mandar á Joan Andrea que con todas las galeras que hubiere juntado, conforme á la órden que se le tiene dada de antes para atender á lo de la Goleta, asista en el dicho reino de Sicilia y por aquellas partes: de lo cual os he querido avisar para que lo tengais entendido, y para que en todo lo que se ofreciere de nuestro servicio sigais la órden que él os diere, conforme á una cédula nuestra que le habemos mandado enviar; que yo seré de ello muy servido y de que me aviseis de todo lo que se ofreciere.—De Córdoba á 24 de Abril de 1570.—Yo el Rey.—*Antonio Perez.*» (1)

La otra carta descubre aún más los pensamientos de Felipe II, aunque todavía no estaba firmada

(1) *Archivo del marqués de Santa Cruz:* Núm. xviii, leg. 6.

la Liga con el Papa y Venecia para la guerra contra el turco. Su contexto es el siguiente:

«El Rey:—Marqués, pariente:—Habiendo entendido por cartas de mi embajador en Roma lo mucho que Su Sant.d desea que con las galeras que se ha ordenado á Juan Andrea Doria que se junten en Sicilia y estén á punto para lo que se ofreciere, vaya á juntarse con las que S. S. ha mandado armar para socorro de los venecianos y con las de aquella república; con el deseo que tengo de complacerle en todo, me he resuelto en ordenar á Juan Andrea que asi lo haga y que obedezca á Marco Antonio Colonna como á general de las galeras de Su Sant.d y siga su estandarte el tiempo que durare dicha junta: de lo cual os he querido avisar para que lo tengais entendido y encargaros, como lo hago, que con las galeras de vuestro cargo hagais lo que el dicho Juan Andrea os ordenare en nuestro nombre, teniendo cuidado, como vos le teneis, que vayan proveidas de todo lo necesario como conviene para semejante jornada.—Del Escurial á 15 de julio de 1570.—Yo el Rey.—*Antonio Perez*» (1).

La empresa de 1570 fué el socorro de la isla de Chipre. De lo que las galeras de Nápoles habían ejecutado en aquella estéril jornada, siguiendo las órdenes del rey, el marqués de Santa Cruz dió cuenta á Felipe II en cartas de 5 y 17 de Setiembre, 13 de Octubre y 10 y 15 de Noviembre. Á principios de Diciembre las naves y su

(1) *Archivo del marqués de Santa Cruz.*—Núm. xviii, leg. 6.

general regresaron á Nápoles. Se despachó la gente de buena boya y de cabo que no era menester y se pusieron las galeras á invernar; mas aunque esto podía argüir algún desaliento, en otra esfera á la sazón se trataba, en medio de grandes debates, de las bases de un concierto más estrecho en que se determinarían menudamente los puntos que había de abarcar el planteamiento de la acción común para debilitar el poder de los turcos en Oriente, librar de la perpetua amenaza de su yugo al corazón de Europa y quebrar la preponderancia ultrajante de los otomanos en el mar á cuyas orillas se hallaban asentados los pueblos que caminaban al frente de la civilización.

VIII.

REQUESENS.—GUERRA DE CHIPRE.—NICOSIA.

NA de las acciones militares con que D. Álvaro de Bazán sentó mejor su prestigio en Italia, luego que se hizo cargo de las galeras de Nápoles, consistió en el auxilio que prestara á la escuadra de D. Luís de Requesens, llamado á la Península de orden del rey para conducir infantería española y proteger desde el mar las operaciones del ejército enviado á Andalucía, bajo el mando supremo del joven bastardo de Carlos V, D. Juan de Austria, con motivo de la sublevación de los moriscos de las Alpujarras y de la serranía de Ronda. Un furioso temporal había dispersado la naves de Requesens, cerca de la isla de Cerdeña. D. Álvaro con sus catorce galeras de combate corrió al socorro, las recogió, mandó aderezarlas, reparar sus averías, proveerlas de armas, municiones y bastimentos, y después de tenerlas listas en solo cinco días, las dió escolta, vigilando su marcha hacia las aguas

de la Península, y las condujo hasta Mallorca. Allí supo el peligro que corría Requesens con su almiranta, pues habiendo puesto su proa á recogerse en Barcelona bajo los fuegos del Montjuich, en Palamós presentáronse á perseguirla algunas galeras argelinas y en poco estuvo que se alzasen con ella. Celebrada esta acción por su nobleza y por la diligencia y celo que D. Álvaro desplegó en ella, volvió á las aguas del mar de Parthénope, á continuar el impulso dado á las nuevas construcciones navales que habia puesto en ejecución, á vigilar sin descanso por las costas, así del Tirreno como del Adriático, y á negociar con solicitud y maña con el virrey D. Perafán de Ribera, duque de Alcalá, con el cardenal Granvela, con el cardenal Pacheco, con el embajador de España en Roma D. Juan de Zúñiga, con el de Venecia, Guzmán de Silva, con Juan Andrea Doria, generalísimo de nuestras armadas en Italia, con D. Juan de Cardona, capitán general de las galeras de Sicilia, y con los ministros y los capitanes de mar del Papa y de la Señoría, para contribuir á la conclusión de aquella anhelada Liga militar con el pontífice y el dux, de que D. Álvaro de Bazán se prometía tantos prósperos resultados y tantos venturosos beneficios.

Dió ocasión á acelerar las definitivas resoluciones diplomáticas sobre aquella alianza el amago del turco sobre Chipre, que sucedió á la muerte

del dux Pedro Loredano, y para cuya conquista mandó reunir Selim II considerables fuerzas navales al mando de sus más hábiles almirantes. De la población de la isla, diezmada por la peste, empobrecida por el casi total abandono en que la metrópoli la tenía y desprovista de fortificaciones, se apoderó gran miedo al aproximarse el general de los otomanos, Mustafá, con ciento sesenta galeras y multitud de barcos de transporte, llevando á bordo cincuenta y seis mil hombres de armas, cincuenta falconetes y treinta piezas de artillería de grueso calibre. Opinaban algunos que la primera ciudad contra que iría la saña de los turcos debería ser Famagusta por su posición sobre el mar: otros estimaban que Nicosia, la capital de la isla, sería el blanco de la ambición de los osmanlies. Astor Baglione, de Perusa, que servía el cargo de gobernador, temiendo por el peligro que la primera de estas dos ciudades pudiese correr, dejó confiado á Nicolas Dandolo la custodia de la capital, mientras él se aprestaba á la defensa en Famagusta. Mas ni Dandolo, ni Baglione poseían las dotes necesarias á su gobierno, ni experiencia de hechos de guerra, ni resolución, ni autoridad. Mustafá, que se dirigió á Nicosia no encontró para sentar sus reales frente de la ciudad grandes obstáculos. Desembarcó su gente, la atrincheró bien y estableció formalmente el sitio con cierta jactancia del éxito y mucha ostentación de poder.

Á todo lo que los sitiados se atrevieron fué á hacer algunas salidas no del todo infortunadas, y con esto lograron dilatar la terrible hora del asalto en la grata esperanza de que viniesen socorros inesperados, aunque hacia un año se hablaba de la conclusión de la Liga entre el Padre Santo, España y Venecia y que sus fuerzas unidas se encaminaban á salvar á Chipre.

No debía ser, efectivamente, de todo punto infundada esta esperanza. Así, pues, mientras el general de las armadas vénetas, Jerónimo Zanne, y su lugarteniente, el capitán Marcos Quirini, reclutaban de qualquier modo y por todos los medios gente abyecta é indisciplinada, recorriendo el archipiélago y las Cícladas, entrando en el golfo de Anfialeo, arribaban á Candía las escuadras de la tres potencias. Iban las naves de España, las napolitanas y sicilianas ó tomadas de los genoveses á sueldo en servicio del rey, mandadas por Juan Andrea Doria, que de segundos llevaba al Marqués de Santa Cruz y á D. Juan de Cardona. Á decir verdad los soldados y la marinería española poco satisfecha del general italiano. Suponíanle descontento desde la designación del joven D. Juan de Austria para generalísimo de la Liga, poniendo inmediatamente á su lado á Marco Antonio Colonna: bien que esta hubiera sido exigencia de Su Santidad. Esforzábase él por distinguirse; mas no contaba ya enteramente con el favor de la for-

tuna, y la plebe soldadesca y la chusma de los barcos convertían en chacota el hecho de habérsele frustrado la sorpresa que preparó en la isla de Zambano contra el bey de Argel, Uluch Alí. En efecto, esperábase el paso de este con las veinticinco galeras moriscas que gobernaba, y Doria se ocultó en la isla, mientras mandaba que el marqués de Santa Cruz y D. Juan de Cardona salieran con dos de las suyas y se dejasen dar caza por el contrario, fingiendo huir en dirección contraria á la isla. Los denodados generales españoles cumplieron con su cometido, pero la astucia del argelino burló el intento del italiano.

Entre tanto las escuadras combinadas habían llegado al puerto de Suda. Componían un total de ciento ochenta galeras sutiles, doce gruesas, catorce naves y multitud de embarcaciones de transporte, de cuyos buques cuarenta y nueve pertenecían á Juan Andrea Doria, siendo suyas once tomadas á sueldo por el rey: el marqués de Santa Cruz llevaba veinte de Napoles; diez de Sicilia D. Juan de Cardona, cuatro de Negron, dos de Lomelin, una de Mari, una de Vendineli Sauli, doce del Papa y las demás de venecianos. Como se había criticado de la tardanza de la llegada de Doria, celebróse inmediatamente consejo de generales y jefes, con el propósito de resolver á qué parte convendría dirigirse con preferencia. Hubo pareceres muy encontrados. Zanne, el general de

los vénetos, opinaba que convenía atacar á los turcos inmediatamente y donde quiera que se les encontrase; Doria, por el contrario, que era aventurar demasiado ir á defender á Nicosia y que de todas maneras no se debían precipitar inconsideradamente los sucesos, pues él, como responsable al rey de la conservación y gloria de la armada que conducía, no debía consentir se acometiesen proyectos irrealizables. El marqués de Santa Cruz con los demás jefes españoles sostenían los deseos de los venecianos, arguyendo que se había llamado demasiado la atención del mundo y reunido excesivo número de galeras para poder retroceder sin combatir: lo que sería en grave descrédito de las armas de S. M.

Después de emplear mucho tiempo en estas ardientes deliberaciones, Doria aparentando contemporizar, pero resistiendo siempre, convino en un medio paliativo: el de enviar exploradores á tomar lenguas y aprovecharse de su ausencia para hacer nuevos acopios y reunir nuevas gentes. Partieron con este objeto Marco Quirini, Luís Bembo, Angel Suzzano y Vicente María de Priuli. Mas cuando después de varios días de indeterminación la escuadra surcaba el canal de Rodas con dirección á Chipre, salióles al encuentro de retorno Marco Quirini con la noticia de que Nicosia la capital de la isla, había caido, después de un riguroso asedio, en poder de los turcos el 9 de Se-

tiembre de 1570. Todos los cargos de aquella empresa frustrada recayeron sobre Juan Andrea Doria, que se vió en la necesidad de sincerar su conducta desde Candía en 5 de Octubre, por medio de una representación, al anunciar al mismo tiempo su deseo de abandonar el cargo que se le había dado y restituirse á la corte de España con objeto de dedicarse á otros servicios de S. M. (1).

Aunque el marqués de Santa Cruz había sido de los que animosamente desearon medir en las aguas de Grecia su reluciente espada con el curvo alfanje mahometano, no dejaron de llegar á sus oídos las quejas de los soldados españoles embarcados en sus buques, que habían visto con dolor aguárseles la ocasión que habían concebido. Formaba parte de estos el famoso capitán Cristobal de Virues, ilustre poeta valenciano que compartía con Cervantes Saavedra los honores militares de las empresas de Oriente, y hay un soneto en sus *Rimas* que por poco conocido hemos de reproducir y que retrata el estado moral en que quedaron los que concurrieron á la abortada expedición á Chipre. El soneto dice así:

(1) *Giustificatione dil Sr. Gio. Andrea Doria di tutte l' attioni sue di quel tempo che si unì l'armata papale et venetiana per il socorso di Cipro.*—Bibl. Nac.—Mss.—E 52; fol. 387 v.

Á LA ARMADA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

SONETO (1).

Flaco y cansado del camino largo
De Lombardía, y Alpes y Alemaña,
Puéstome habiendo en la áspera montaña
Muerte más de una vez en trance amargo,
No menos que á Levante el paso alargo,
Hasta el mar que la gran Bizancio baña,
En la armada honrosísima de España
Que el buen marqués Bazán lleva á su cargo.
Príncipes y señores, capitanes,
Y soldados, la armada lleva, cuales
Pudieran desear huestes cristianas.
¡Remedio á Hungría y Grecia en sus afanes!
¿Y triunfos esperábamos navales?
¡Ay esperanzas de los hombres vanas!

---

(1) Cristóbal de Virués: *Obras trágicas y líricas.*—(Madrid, por Alonso Martín, 1609).—Fol. 274.

No fueron estas las únicas sátiras que nuestros poetas, soldados de la expedición, Cervantes, Padilla, Corterreal, Balbi de Correggio, escribieron á aquella poco afortunada empresa.

Otro soneto de Cristóbal de Virués (fol. 274 v.), satiriza del mismo modo y en los siguientes términos la abortada primera expedición de los coaligados á Oriente:

Montes Marte de horror, montes de guerra,
En Levante levanta en alto estruendo
Preñados de él, á España prometiendo
Tras Grecia y Tracia la sagrada tierra;
El gran punto del parto que en sí encierra
Tan alto bien, el mundo está atendiendo,
La armada de Felipe y Malta viendo
Que los puertos de Grecia y Tracia aferra.
Y viéndola de gentes soberanas
Llena, y de capitanes valerosos,
Y de mil invencibles Rodomontes:
¡Hay esperanzas de los hombres vanas!
Este parto esperábamos gozosos,
Y fué un ratón el parto de los montes.

La noticia de la pérdida de Nicosia, con el cruento espectáculo de las crueldades que en ella cometieron los turcos, equivalía, en efecto, á una verdadera derrota para las armas combinadas que habían ido á su defensa, á pesar de no haber combatido. Con la retirada de Juan Andrea y la del marqués de Santa Cruz y D. Juan Cardona, la escuadra quedó deshecha, é inútil era que la de los venecianos y la del Papa, privadas de su cooperación, discurriesen en llevar á cabo proyecto alguno. De un buen número de galeras que el general véneto, Jerónimo Zanne, expidió al puerto de la Suda, sorprendidas por un horrible temporal, zozobraron las de que eran capitanes Pedro Zanne, Jerónimo Gritti, Carlos Quirini, Simón Guoro, Nicolás Donado y Alvisio Lando, todas de Venecia; la de Luis Cicuta, de Vegia; la de Jerónimo Guisanto, de Cátaro, y las de Jerónimo Minotto, Alejandro Feretti y Domingo de Massini, de Su Santidad.

Para mayor terror de estas armas, desde Candía, donde había quedado en observación, llegó Marcos Quirini, Mercurio de aciagas nuevas, con noticias de la aproximación de la armada de Mustafá. Á poco arribó también azorado y con su galera desmantelada Angelo Suriano, que con Vicente María Priuli había salido al archipiélago á tomar lenguas del enemigo. Aún fué más desdichada la suerte trágica de este. Perseguido por

unas naves turcas, después de un obstinado combate, pereció con todos los suyos, quedando completamente destrozada su galera. Á Pedro Justiniano, general de las de Malta, le acaeció lo mismo. Sorprendido en su paso hacia Candía, los turcos le apresaron dos de los cinco bajeles que gobernaba. Los otros tres, reforzando la boga desesperadamente, pudieron librarse y llegar á la Suda, donde acabaron de sembrar el pánico. De modo que no creyéndose ya seguros en aquel puerto, resolvieron trasladarse á la Canea, hacia donde todos pusieron sin vacilar las proas.

Los generales pontificios no fueron más afortunados. Reducida su pequeña escuadra á la nulidad, aún así trataron de ganar las costas del mar Tirreno, para llevar á Roma la relación de tantas desventuras. Mas no bastó que los temporales les obligasen á permanecer encerrados todo Diciembre en el puerto de Casopo. Continuando al fin su navegación llegaban ya á las bocas del Cátaro, cuando asaltándoles otra tormenta furiosa, un rayo que cayó en la capitana de Marco Antonio Colonna la redujo en breve tiempo á cenizas, teniendo él que trasbordarse apresuradamente á la de Francisco Trono, que llevaba en conserva. Otra galera se le estrelló á la violencia de las olas en la costa de Ragusa. Con todo, á pesar de tanto desastre, en la capital de la cristiandad fué recibido Colonna con demostraciones de júbilo.

El fracaso de la expedición hubiera indudablemente hecho abortar todo proyecto de concluir los pactos para la Liga, si Venecia no continuara amenazada en Famagusta y en las costas de la Albania, si el Papa Pío V, defensor de la humanidad, hubiera mostrado menos tesón en su propósito de salvar á Europa del yugo de la media luna y si al inmutable carácter de Felipe II fueran capaces de hacerle vacilar en sus resoluciones las mayores contrariedades. De manera que la pérdida de esta campaña solo sirvió para entablar con más empeño en Roma las negociaciones para la Liga. En cuanto al honor de las armas, si la reputación de Doria quedó tal vez injustamente en entredicho, la de los generales españoles marqués de Santa Cruz y D. Juan de Cardona no pudo rayar más alto, así por haber sostenido el primero en los consejos la opinión de que debía buscarse y combatirse la armada turca, cuanto por haber regresado á Italia con la integridad de sus navíos.

IX.

LA ARMADA DE LA LIGA.

Viene el socorro con bandera blanca
Por media popa, y tan valiente viene,
Que con ánimo insigne ardiendo arranca,
Mostrando el general que dentro tiene.
El mar parece que pasada franca
Le da, sin que, temblando de él, resuene;
Este es á quien el mar tributo ofrece
Marqués de Santa Cruz que lo merece.

D. Pedro Manrique: *La Naval.* — Cant. xvi, estr. xxxi.

Mientras que en San Pedro de Roma se celebraban las sesiones diplomáticas para la conclusión de la alianza perpetua entre el Papa, el Rey Católico y la señoría de Venecia, para contener el ímpetu y disminuir el poder de los turcos y echar las bases permanentes de la política de la civilización en el Mediterráneo, bajo la hegemonía de España, Europa mantenía sobre aquellos sucesos la mas viva é interesada expectación. «*Gli stati, le potenze del mondo siano quasi tutti uniti sotto questi diu gran monarchi, il turco et il re di Spagna:*» decía con razón un embajador

véneto, Tomás Contarini, en la relación de su embajada á España dirigida al Senado hacia el final del siglo XVI. Esta opinión era común hacia 1570 á todos los Estados rivales de nuestro poder. De modo que no fué extraño que en aquella expectación palpitase un sentimiento recóndito de temor, y aún que por algunas potencias se tratase de dificultar las negociaciones entabladas en Roma. El Papa Pío V llevaba el hilo de la cuestión con el cardenal Alejandrino; mas para entenderse con los cardenales Granvela y Pacheco, que con el embajador D. Juan de Zúñiga, representaban á España, y con el embajador de Venecia Miguel Suriano, nombró una comisión de cardenales, compuesta de Monseñor Morone, Celsis, Grasi, Aldobrandino, Rusticuce y Chiesa, que vino á sustituir á Celsis por su muerte, y en la que hubo que eliminar al cardenal de Santa Cruz á instancias de Granvela, por tener noticia de hallarse en inteligencia con Francia y dispuesto á diferir con obstáculos el logro de la estipulación. En Venecia las influencias francesas no se ejercían con menor empeño, cultivando la rivalidad cada vez más viva entre los generales de la república, principalmente la del anciano Sebastián Veniero y el arrojado Agustin Barbarigo contra el genovés Juan Andrea Doria, á quien se creía enemigo de la república, y aun contra Marco Antonio Colonna, general del Papa, que en la vida militar del

mar no gozaba la antigua nombradía de estos dos ilustres marinos.

Todas estas intrigas refluían necesariamente en la negociación de Roma; pero así en el Vaticano como en la corte de Madrid claramente se entendía que en el fondo de todas las dificultades lo más arduo de resolver era la designación del jefe supremo de las armas de la Liga. El mismo Marco Antonio Colonna, duque de Pagliano y condestable de Nápoles, había participado de la derrota de la reciente frustrada campaña en las aguas del mar de Grecia. Felipe II, para obviar todos estos inconvenientes propuso, y el Papa aceptó, á su hermano D. Juan de Austria, el bastardo de Carlos V, aunque demasiado joven, pues no tenía mas que 24 años, en quien la ambición de gloria era tan viva como el valor heredado con la sangre, y que ya había adquirido una gran celebridad militar por la fortuna con que redujo á término la rebelión morisca de la Alpujarra. Además, la jerarquía suprema á que le elevaba la augusta estirpe y sangre de donde procedía, quitaba el señuelo de la emulación á todos los demás pretendientes, entre los que la division de los mandos podía establecer, salvada la cuestión de la jefatura, una base de igualdad que satisficiera todas las exigencias de los amores propios. El duque de Pagliano quedaba segundo de D. Juan, pero este nombramiento era más honorífico que efectivo, porque

conservando Colonna el mando de la armada del Pontífice venía á desempeñar idéntico papel al del comendador mayor de Castilla D. Luís de Requesens, al de Juan Andrea Doria, al de Sebastián Veniero, al del marqués de Santa Cruz y al de Agustín Barbarigo.

En cuanto á la persona de D. Juan, poco experimentado, á pesar de sus magnánimos alientos, en las cosas de mar, Felipe II cuidó de poner á su lado la cohorte mas ilustre que era posible escoger entre los grandes hombres que á la sazón decoraban la marina militar de España. Formaban el consejo y la guardia personal del príncipe, como elementos netamente españoles, el ya citado D. Luís de Requesens, hombre de acrisolada prudencia, de grandes hábitos de gobernante, de mucha experiencia en asuntos de guerra y mar, de consejo profundo y de honda reflexión, y á su lado el marqués de Santa Cruz D. Álvaro de Bazán, en quien el ímpetu del valor, la impavidez en los peligros y el arrojo en los combates no aminoraban la serenidad del juicio, la minuciosidad en la vigilancia y el certero punto de vista en los más arduos lances de la batalla. Requesens representaba junto al animoso D. Juan la templanza del consejo; el marqués de Santa Cruz la confianza del valor; pero uno y otro llevaban el encargo, recibido á boca de labios del rey mismo, de no perder ni un instante de vista la persona de su her-

mano, y en todos los azares de la batalla veremos cómo D. Álvaro de Bazán cumplió gallardamente este mandato.

Desde la salida de las aguas de España á mediados de Junio de 1571 ya los dos ilustres generales se agregaron al estado mayor de D. Juan de Austria para no abandonarle en el curso de toda la expedición. D. Luís de Requesens, nombrado lugarteniente de capitán general de la mar, esperábale, con toda la nobleza, en Barcelona. D. Álvaro de Bazán con todas las galeras de Nápoles se hallaba estacionado en Cartagena, de donde salió con rumbo á la capital del principado á la noticia de la aproximación de D. Juan. En Barcelona embarcó los tercios de la infantería española que mandaban D. Lope de Figueroa y D. Miguel de Moncada y dejando al cuidado de D. Sancho de Leiva, general de las galeras de España y al del comendador Gil de Andrada con las de Mallorca correr las costas y proteger la navegación del príncipe hasta Génova, se adelantó á Nápoles para disponer en esta ciudad la gente y demás aprestos y comunicar á Doria y Cardona las órdenes de D. Juan para que en sus respectivas galeras recibiesen los tudescos del conde Alberico de Lodrón y los italianos de la coronelía de Segismundo Gonzaga, antes de partir para Mesina, punto de cita para la congregación de todas las escuadras que habían de formar la gran armada de la Liga.

Cuando D. Juan de Austria llegó á aquella ciudad de Sicilia, su espíritu quedó encantado á la contemplación de tantas naves. Formaban la parte de España noventa galeras reales, veinticuatro naves y cincuenta fragatas y bergantines, y en carta que escribía de su mano el virey de Cataluña D. García de Toledo, le expresaba que «eran las mejores que en tiempo alguno se habían visto» (1). Catorce de estas galeras eran de España, treinta de Nápoles, diez de Sicilia, once tomadas de Juan Andrea Doria, cuatro de Pedro Bautista Lomelin, cuatro de Juan Ambrosio Negrón, dos de Jorge Grimaldi, dos de Estefano Mari y una de Vendinelo Sauli en que consistían todas las asoldadas, más tres de Malta, tres de Génova y tres del duque de Saboya, todas bajo la mano militar de Doria. La armada del Papa se componía de doce galeras y seis fragatas y la de los venecianos de ciento seis galeras, seis galeazas, dos naves de nueve mil salmas de porte, y veinte fragatas. Cabrera de Córdoba dice que «en la reseña halló D. Juan las de Venecia mal en orden; culpó al Veniero y mandó meterles dos mil quinientos españoles y mil quinientos italianos de sueldo del rey católico con harta ma-

(1) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España.*—Tomo III, pág. 15.

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

ravilla por mano del marqués de Santa Cruz» (1). En efecto, D. Juan de Austria escribía también sobre esto al duque de Fernandina, quejándose no solo del mal estado de los buques miserablemente aparejados, sino de su poca gente de pelea y aun chusma y esta toda con poca disciplina (2).

Á bordo de tan gran armada la fuerza militar de combate llegaba al número de treinta mil soldados: veinte mil de estos á sueldo del rey de España, dos mil por el Papa y cinco mil por la república de Venecia, pudiéndose calcular en tres mil el de los aventureros. Nuestros capitanes, á cuyo cargo iban las fuerzas españolas, eran el maestre de campo D. Lope de Figueroa, soldado del duque de Alba en las campañas de Flandes, el comendador de Santiago D. Pedro de Padilla, D. Miguel de Moncada, caballero valenciano, y D. Diego Enríquez, maestre de campo y hermano de D. Enrique Enríquez. Las letras españolas no solo estaban representadas en Miguel de Cervantes Saavedra soldado de la compañía de Diego de Urbina; Jerónimo Corte Real, el capitán Cristóbal de Virues, Pedro de Padilla, D. Luís Carrillo, cuatralbo de las galeras de España, fueron con Don

(1) Cabrera de Córdoba: *Felipe II, rey de España.*—Tomo II, lib. IX, cap. XXIII, pág. 102.

(2) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España.*—Tomo III, pág. 17.

Juan de Austria á Oriente á compartir con él los laureles de Marte y á dejar en épicas canciones á la posteridad el loor de sus proezas. Los aventureros que también acompañaron al bastardo de Carlos V en aquella empresa, no pudieron pertenecer á cunas más ilustres ni llevar nombres más distinguidos en la historia. En las galeras de Juan Andrea Doria iba embarcado Octavio Gonzaga, príncipe de Molfeta, capitán de alto renombre é hijo del duque de Mantua; Vicencio Vitelo, yerno de Chapín Vitelo y D. Juan Vicencio Carrafa, prior de Hungría. En la capitana del Lomelin se había embarcado Paulo Jordan Orsino, cuñado del duque de Florencia. En las de Saboya, M. de Leni con Francisco María Montefieltro, príncipe de Urbino. En la capitana de Génova, el príncipe de Parma Alejandro Farnesio. Á D. Álvaro de Bazán seguían en las galeras de Nápoles el primogénito del conde de Jabalquinto D. Manuel de Benavides; D. Felipe de Leiva, hijo de la princesa de Asculi; D. Agustín Mejía, hermano del marqués de la Guardia; Pompeyo de Lanoy, hermano del príncipe de Sulmona; D. Juan de Guzmán, hermano del conde de Olivares; D. Diego López de Mendoza, hermano del duque del Infantado; un hijo del virey de Mallorca, y los hermanos del conde de Nieva, del conde de Castellar, del conde de Priego y otros caballeros á este tenor.

Dispuesto el día de la marcha, 16 de Septiembre, se dió la orden para la distribución de las fuerzas. Abrían la vanguardia ocho galeras de D. Juan Cardona, general de las de Sicilia, y seis gabarras de Francisco Duodo, repartidas de dos en dos en las tres escuadras de combate. Mandaba el centro ó batalla S. A. en persona, con sesenta y cuatro galeras con gallardetes azules en el calcés de cada una, y la real con una flámula de igual color en el mismo punto. Llevaba D. Juan el estandarte de la Liga y á su derecha, y, como su segundo, á Marco Antonio Colonna y á Sebastián Veniero á su izquierda. Del cuerno derecho tenía el mando Juan Andrea Doria, cuya capitana enarbolaba una flámula de tafetán verde en la punta de la pena, y las demás banderillas triangulares del mismo color sobre las mismas penas. Al tercer escuadrón lo gobernaba Agustín Barbarigo, con banderas amarillas en las ostas, y la capitana con una flámula en la pena. Finalmente, á la espalda de D. Juan venía formando la retaguardia la escuadra de socorro del marqués de Santa Cruz, con treinta galeras con gallardetes de tafetan blanco en una pica sobre el fanal, y el marqués una flámula en la pena. Al flanco derecho de la escuadra de socorro iba D. Alonso de Bazán, hermano cuatralbo de D. Álvaro, y al izquierdo D. Martín de Padilla. Carlos Dávalos desplegaba, además, sus naves en guerrilla, mitad á mano dere-

cha, mitad á izquierda, con orden de enviar esquifes con soldados para socorrer prestamente en la batalla. También el marqués de Santa Cruz debía advertir en cuál parte anduviese más flaco el combate para cargar allí como mejor le pareciera, según su prudencia y discreción y la mucha práctica que tenía en todo.

En esta disposición caminó la escuadra hasta los últimos días de Septiembre, en que fondeó en Corfú, donde debía celebrarse aquel consejo que precedió á la presentación de la batalla á la armada, aún más numerosa que la de la Liga, que el turco había reunido en los mares de Grecia.

X.

BATALLA DE LEPANTO.

El de Austria así decía:
—¿Qué os parece, mis señores?
Vuestro parecer se diga:
¿Será bien que acometamos
A la gente de Turquía?
Algunos digeron:—No:
Que cierto no convenía,
Que pusieran tan en riesgo
Armada de tal valía.—
. . . . . .
. . . . . .
A D. Álvaro Bazán
A llamar también envía,
Y le dijo:—Buen marqués,
Vuestro voto se me diga.—
El valeroso español
Con ánimo respondía:
—Demos, señor, la batalla,
Que Dios nos ayudaría:
Y yo más quiero ser muerto
Que volver atrás la vía.

MIGUEL MADRIGAL: *Segunda parte del Romancero General.*

En la *Svma de la instrvcion que sv Magestad dió al Serenissimo Señor Don Iuan de Austria para exercer el cargo de Capitan General de la Mar* (1), nada se le dijo acerca

(1) JUAN DE MALARA: *Descripción de la Galera Real del Serenísimo Sr. Don Juan de Austria.*—(Sevilla: por Alvarez y Compañía, 1876), pág. 54.

del orden de las personas con quienes había de celebrar consejo en casos arduos y arriesgados; pero Cabrera de Córdoba, al referir su designación para el mando supremo de las armas de la Liga, consigna que «habíale mandado el Rey que, siguiendo el parecer del Comendador mayor D. Luís de Requesens, de Juan Andrea Doria y del marqués de Santa Cruz, pelease, si necesario fuese» (1). No faltaban votos de lo mucho que se arriesgaba, si se perdía la Armada; mas aun prescindiendo del fogoso deseo de D. Juan de medir su espada con la del turco, como el mismo Cabrera de Córdoba escribía: «tocaba á la reputación pelear, estando lleno el mundo de esperanzas y el mar de bajeles.»

Al consejo de D. Juan asistieron Marco Antonio Colonna, Sebastián Veniero, D. Luís de Requesens, Juan Andrea Doria, Agustín Barbarigo, el marqués de Santa Cruz, el maestre de campo de la Liga Ascanio de la Corgna, D. Juan de Cardona, los príncipes de Parma y de Urbino, el conde de Priego, el prior de la orden de San Juan, D. Miguel de Moncada, Octavio de Gonzaga, el conde de Santa Flor y otros jefes ilustres. Los votos más importantes fueron el de Juan Andrea Doria, el del marqués de Santa Cruz y el del

(1) Cabrera de Córdoba: *Felipe II, rey de España*, tom. II, lib. jx, cap. xxiij, pág. 102.

conde de Priego. El primero sustentaba que «batalla de poder á poder se ha de dar ó cuando la necesidad aprieta ó es la ventaja conocida: lo demás es temeridad poner á una vuelta de dado, en poder de la ciega fortuna, más poderosa en la guerra que en otra parte, vidas y señoríos. Aquí, añadía, tan lejos estamos de ser superiores, que nos aventajan: en barcos, porque son más los turcos; en fuerzas, porque las galeras de Venecia están faltas de gentes y mal sanas; en experiencia, porque nuestros soldados son bisoños, y si hay alguno viejo, es nuevo en este género de batallas por mar; en gallardía y ánimos, porque los de los turcos con recientes victorias están muy levantados. Necesidad de pelear no la hay: basta estorbar al enemigo que haga daño, pues los acometidos no deben más que defenderse. Combatámosle con dilaciones: que las grandes fuerzas mejor las quebranta el tiempo que la espada. Si somos vencidos, queda Italia desarmada para despojo del enemigo. Si vencemos, el invierno amenaza tan de cerca, que será sin fruto la victoria. Mi voto es socorrer á Chipre sin afrontarnos al enemigo, usando del remedio de la diversión, molestar las costas de Grecia y de la Morea y forzarle á que divida la atención en muchas partes.»

El marqués de Santa Cruz, hombre de singular ánimo, atrevimiento y fortuna entre los capitanes de nuestra edad, como escriben los historia-

dores italianos contemporáneos, tomó el hilo de su discurso en sentido muy diverso. «No se han juntado nuestros príncipes, decía, con tantos aparatos de guerra para ningún efecto. Si habíamos de huir del enemigo, valiera más no hacer este alarde ni imponer á los pueblos tantos sacrificios. Más honrosamente dejáramos de pelear quedando en nuestras casas, que después de haber meneado todo el mundo y henchídole de vanas esperanzas. No quiero se aventure la armada sino con necesidad y ventaja. Pero ¿no es necesidad defendernos? Decís que está orgulloso el enemigo por cuatro pueblos sin defensa que abrasó: ¿quién domará su ferocidad cuando vea que las fuerzas juntas de la cristiandad rehusan la batalla? Si el sustentar nuestra honra no es bastante, temamos perder la reputación de animosos. No libraremos á Famagusta con molestar la Morea; pues si hemos de huir de la armada turquesca con ella nos echarán de donde estuviéremos y el campo que está en Chipre proseguirá su cerco. Mi voto es que peleemos buscando al enemigo, para que tras el imperio del mar quitemos al tirano el de la tierra.»

El conde de Priego, llegando á dar su voto, se contentó con decir que: «Pío, de cuya santidad venía admirado, mandaba se pelease.» Aprobóse este parecer en conformidad de la mayor parte y se dispuso por D. Juan el orden de la marcha

para ir á buscar la armada del otomano (1).

Llegaron en esto las naves de ojeo que se habían enviado con el comendador Gil de Andrade para averiguar el lugar y el poder del enemigo, y ya se habían pasado las islas Gomenizas, las Cefalonias donde se encuentra Itaca, la patria antigua de Ulises, y se había penetrado en el canal hacia la clásica Samos, cuando por un bergantín apresado en las aguas de Candía, que traía á remolque una de las fragatas de la ínclita orden, túvose noticia de la rendición de Famagusta y de los inhumanos excesos cometidos con sus heroicos defensores por Mustafá. El 7 de Octubre se navegaba delante de la costa de la Albania y cerca de las antiguas islas Equinades, en quienes la mitología pagana personificó la fábula de las ninfas y de Aqueloo, por desembocar cerca de ellas este río. Al doblar la vanguardia el cabo para entrar en el golfo de Lepanto, el vigía subido en el calcés de la galera real gritó: *¡Vela enemiga!* y á poco tiempo dió mayores voces de que venía toda la armada turquesca. Mandó D. Juan poner la entena derecha por proa y una flámula en lo alto de la pena, enarbolando el estandarte de la Liga. Todos los jefes dieron órdenes para que las naves ocupasen

(1) D. Antonio de Fuenmayor: *Vida y hechos de Pío V, con algunos notables sucesos de la cristiandad del tiempo de su pontificado.*—(Zaragoza, 1633.)—Lib. VI, fol. 177 v.

sus puestos respectivos, y el mismo D. Juan, en una fragata velocísima, armado solo de una gola á la tudesca y acompañado de D. Luís de Córdoba y del secretario Soto, salió á recorrer las naves del cuerno derecho mientras Requesens revistaba las del izquierdo.

Todavía no faltaron representaciones para que se esquivase el combate, y Fernando de Herrera (1) hace constar que el mismo Sebastián Veniero, cuya opinión en los consejos era tan bélica, ahora, en presencia del enemigo, se mostraba algo indeciso y temeroso de un mal suceso. Á las representaciones contrarias al propósito de combatir, D. Juan objetaba: —*Señores, ya no es hora de consejos, sino de combates.* Á los venecianos decíales para animarles: —*Hoy es el dia de vengar vuestras afrentas.* Á los españoles: —*A morir hemos venido: á vencer si al cielo place.* Y á todos á su paso añadía: —*Muertos ó victoriosos, este es el dia de la inmortalidad.* Habiéndose retrasado á reconocer un bajel que se descubrió lejano y á recoger algunas galeras rezagadas, el marqués de Santa Cruz no se hallaba á la sazón en su puesto; pero la capitana de Ali-Bajá, al aproximarse lentamente las escuadras pidió á la nuestra el combate disparando un cañonazo, al que la real de D. Juan contestó con

(1) Fernando de Herrera: *Relacion de la guerra de Chipre y Batalla naual de Lepanto.*—Sevilla, 1572.

otro aceptando el desafío; la onda marina llevó á D. Álvaro con el eco de los disparos la noticia de que la acción estaba próxima á trabarse, y tendiendo velas corrió volando á ocupar su lugar en la refriega.

Venía la armada del turco á caer á boga arrancada contra la de la Liga y la chusma de la primera, según su antigua costumbre, alzando espantosa gritería. El primer encuentro se verificó entre las naves de Mahamet Siroco, gobernador de Alejandría, que mandaba el ala derecha de la armada de Alí contra el cuerno izquierdo de que era general el veneciano Agustín de Barbarigo. Casi simultáneamente Uluch Alí, bey de Argel, que mandaba el ala izquierda otomana trató de envolver la derecha católica al mando de Juan Andrea Doria y como este se desviase largo trecho, D. Juan le envió á advertir que no se extendiese tanto, porque dejaba desabrigada la batalla. Entre tanto el joven hermano de Felipe II gallardamente se adelantó con su galera real á recibir la capitana de Alí que enarbolaba el estandarte del Sanjàc. El general turco respondió también animosamente al reto. Volaron uno contra otro y con tal furia y ahinco se embistieron, que siendo la real de Alí de proa más eminente, metió el espolon hasta el cuarto banco de la cristiana. Espantoso fué el choque de ambos bajeles; pero más temible aun el estrago que la artillería y arcabuces del

nuestro movieron en el del enemigo. Á la segunda descarga había ya desaparecido de su popa y crugía la muchedumbre que las llenaba. Su porfía era mayor y más sangrienta que en las demás naves donde la batalla se había generalizado, por realzar el empeño la presencia de los generales y el número y valor de los combatientes. Rodeaban á D. Juan defendido por sus trescientos arcabuceros españoles, las naves de Requesens, Colonna y Veniero y los príncipes de Parma y de Urbino. Con Alí-Bajá peleaban Pertev-Bajá y Mahamut Saiderbey, Caracush y Mustafá Esdey, los genízaros de Mamur Arraez y los archeros de Giaur Alí, célebre corsario. D. Juan esgrimía su espada con ánimo codicioso de peligros, aventurando á cada instante su persona con el generoso ardor de sus pocos años.

Acosaban á nuestra galera real los enemigos multiplicando sobre ella el número de los bajeles otomanos y el furor de las acometidas. El marqués de Santa Cruz vigilaba y combatía á la retaguardia, más en un momento de terrible apuro para la real de D. Juan, arrancando contra una de genízaros que se allegaba á su popa, la deshizo con su artillería, y aferrándose con otra pasó la gente á cuchillo perdiendo alguna de la suya, y recibiendo dos balazos uno en la rodela de acero y en la escarcela el otro.

Tres acometidas sucesivamente sufrió el escua-

drón de D. Juan. Mas en el último, alcanzando una bala de arcabuz en la frente de Alí-Bajá, derribóle muerto, al mismo tiempo que su real se tomaba por los nuestros al abordaje. Aquel fué el momento de la victoria. Torres y Aguilera así la describe: «ganada que fué la real turquesca, le fué cortada la cabeza á Aly-Baxá, por un forçado de la Real de los que aquel día fueron desherrados; y trayéndola á su Alteza se le cayó en la mar, donde se hundió y nunca más paresció: y fué enarbolado en la Real turquesca por los nuestros un estandarte con una cruz, quitando el que estaba del Gran Turco (1).» Á la muerte de Alí

(1) Jerónimo de Torres Aguilera. *Chrónica y recopilacion de varios sucesos de guerra... desde que el turco Selim rompió los venecianos.* (Milan, 1579.)

No permite la índole de este libro que nos detengamos á hacer una relación más extensa de la batalla de Lepanto, tantas veces descrita por nuestros historiadores nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, en prosa y verso; pero no podemos dejar de publicar, como cuadro pintoresco de la jornada de aquel día memorable, un trozo en que admirablemente la describe el genio poético del maestro *Vicente Espinel*, á la sazón estudiante de la Universidad de Salamanca, en un romance todavía inédito que tituló *Historia de la naval de D. Juan*. He aquí un extracto:

Esto dijo, y subió luego
En su fuerte capitana,
Y desde allí á las galeras
Dalas preceptos y trazas,
Para el acomodamiento
De la sangrienta batalla.
Los contrarios ya se acercan,
Puestos, á su antigua usanza,
A modo de media luna
No menguante en gente brava;
Aunque un temor frío dádoles
Toda la sangre les cuaja,
Viendo tal atrevimiento
De buscallos en su casa.
De esto un sobresalto roba
La color á dos mil caras,
Arguyendo que vendria
En una empresa tan ardua
Mucha gente occidental
A subirse así á las barbas.
Su capitan los anima
Con las mejores palabras
Que en tal fuerte coyuntura
Les puede infundir la saña.

sucedió la derrota total del centro de la armada mahometana; mientras los caudillos que mandaban las alas se precipitaban en la fuga. Llevaba Uluch

---

Aquí entre sí dudan mucho
Del fin de aquella batalla;
Pero en el rostro y afectos
Muestran valor y esperanza.
Ya se juntan, ya se allegan;
Ya los corazones saltan;
Ya se embrazan las rodelas;
Ya se sacan las espadas;
Ya los fuertes arcabuces
Se ceban de gruesas balas;
Tambien los anchos alfanjes
Aprisa se desenvainan;
Y ya tan cerca se tocan
Que las pelotas se alcanzan
Pegan fuego bullicioso
A los tiros y lombardas,
Y ellos escupen con él
Plomo convertido en brasa.
Aquí los comendadores,
Codiciosos de la fama,
Como en nobleza primeros,
Lo fueron en la batalla,
Y en desatar con la muerte
El ñudo de cuerpo y alma.
Allí, do se ahogan otros,
Ellos en fuego se abrasan:
De suerte que los mató
Más el fuego que no el agua.
Llueven flechas por el aire;
Atruenan las huecas cajas;
Suena la ronca trompeta,
Sembradora de cizaña;
Crujen casi á competencia
Las banderas tremoladas,
Ondas haciendo con ellas
A imitacion de las aguas.
En humo se vuelve el aire;
Con la pólvora arrojada
Hácese una nube espesa
Que con el fuego se cuaja.
El sol, de temor de ver
Tan espantosa batalla,
Apresura su carroza,
Y el mar todo desampara,
Azotando sus caballos
Y dándole rienda larga.
Aférranse las galeras
Con fortísimas amarras,
Y mezclándose unas y otras
Los de unas en otras saltan.
Cuál de temor de morir
Con la punta de una espada,
Al salado mar se arroja
Y de agua ahito da el alma.
Este lucha con aquel,
Y luchan allá en las aguas,
Aun teniendo bien que hacer
Con la muerte que los mata;
Y acabándose su vida,
La del otro aqueste acaba,
Teniendo en mucho la suya
Porque acaba la contraria.
Aquel esgrime el montante;
Aqueste, la partesana;
El otro, con el alfanje
Cercena, corta, maltrata;
Cuál al arcabuz da prisa
Pasando el casco y coraza;
Cuál mueve con ligereza
La poderosa alabarda.
Allí la muerte gastó
Todo el resto de su aljaba,
Y de ver muertos ya tantos
El arco deja, cansada.
Ya arrebata prestamente
Una terrible guadaña,
La cual, hasta que se embota
En gente humana, no para.
Y crece el fuego en los pechos;
Enciéndense en ira y rabia;
Levantan los turcos voces,
Pensando con algazara
Llevar victoria de aquellos
Que ya apellidan: *¡España!*
Y gritando: *¡Santiago!*
¡Santiago! ¡España! ¡España!

Alí cautiva la capitana de Malta con su prior Justiniano y el estandarte de la religión. Arremetió contra él el marqués de Santa Cruz, cortó los

---

Se la dan en las haciendas
Y en los tesoros que ganan;
Porque el cielo ya les muestra
Alegre y serena cara,
Y los vientos parciales
Contra turcos se levantan.
Ellos mismos con sus tiros
Tristes se ciegan y acaban.
Allí brazos españoles
Nunca de matar se cansan,
Hunden galeras, cautivan,
Aprisionan, prenden, matan,
Cercenan, magullan, muelen,
Rinden, destruyen, devastan,
Acuchillan, hieren, cortan,
Rompen, esparcen, maltratan,
Apuñean, azotean,
Dan estocadas, desangran.
Unos á nadie perdonan;
Otros prisioneros atan;
Que ya la victoria está
Por nuestra parte bien clara.
El uno pide clemencia
Con las manos levantadas;
Pero alguno hay tan crüel
Que lo cose con la espada,
Y regüelda por la herida
Vida, vino, sangre y alma.
El otro, pecho por tierra,
Se arrodilla y avasalla,
Rogando á los piés del otro
Que con la muerte le amaga.
Pídele misericordia,
Y con sus piernas se abraza;
Pero lo más que de aquí
El triste cautivo saca,
Es que le otorguen la vida
Sin vida, la vida esclava,
Y quede perpetuamente
A servidumbre obligada.
Cuál, viendo el negocio roto,
De rabia arroja las armas,
Y sojuzga el cuello humilde
A la mortal cuchillada.
Los nuestros van á los barcos
Y cristianos desamarran,
Que, condenados por serlo,
A perpetuo remo estaban.
Suena una sonora voz:
¡Victoria! ¡Victoria! ¡España!
Y atemorizados de ella,
Vuelven muchos las espaldas:
Que es ala el temor de muerte
Que hace volar por el agua.
El mar rojo hiende aprisa
Ya la vencida canalla,
No mirando que al pasar
Mil cabezas descalabra
De turcos, que al mar echados.
Luchan con la muerte y agua.
A Don Juan luego le traen
La cabeza en una lanza,
Del capitan general
De aquella bárbara escuadra,
Con lo cual más se confirma
La victoria publicada,
Y se levantan las voces:
¡Victoria! ¡Victoria! ¡España!
Todos hincan la rodilla,
Y á nuestro Dios dan las gracias,
Por trofeo tan glorioso
Con que á su iglesia regala,
Mostrando á vista de ojos
Cómo de su parte estaba.

(El *Cancionero* inédito de Espinel que contiene este romance, es propiedad del Excmo. Sr. Conde de Benahabis; la copia de donde lo hemos tomado, de la «Colección de documentos históricos y literarios» de D. Juan Pérez de Guzmán.)

cabos con que la remolcaba atada á su popa, y sin volver el rostro la arrastró trás sí hasta ponerla en salvo; mas sin darse punto de reposo volvió sobre el general argelino, que después de haber recogido los más bajeles que pudo retirábase á ganar seguridad en el golfo, y saliendo á darle caza seguido de la real de S. A., de la patrona de Juan Andrea Doria, de la capitana de Nápoles mandada por su hermano D. Alonso de Bazán y de la galera del David Imperial, se propuso tomarle una punta que debía doblar. No pudiendo conseguirlo, por llevar poca gente de remo y esta fatigada, se satisfizo con rendirle la capitana del escuadrón y algunos otros navíos, con la que de los treinta buques fugitivos de Aluch Alí, solo se salvaron cinco, zozobrando las más en la costa ó encallando y estrellándose en las playas.

Terminada la batalla, no terminó hasta muy anochecido la persecución, el rendimiento y saco de los bajeles enemigos; y cuando la escuadra vencedora echó el ancla en el puerto de Petala, todos convenían, comenzando por los venecianos propensos á atribuirse toda la gloria del combate, que D. Juan en la batalla y el marqués de Santa Cruz con el socorro, pelearon como hábiles y esforzados capitanes: el primero, apresurándose á embestir al enemigo, sosteniendo el ataque con impertérrita constancia, anticipándose en el triunfo á las escuadras de sus costados y después acu-

diendo á estas, comunicando á todos su entusiasmo y no empleando sus fuerzas en los débiles y en los rendidos; el segundo, asistiendo con presteza y generosa decisión á cuantos necesitaban sostén y ayuda: como pudo certificarlo el general de las galeras de Sicilia D. Juan de Cardona, el cual, hallándose muy apretado de ocho naves enemigas, peleando con gran furia y estrago, su capitana muy maltratada, muertos ciento veinte combatientes españoles, y él mismo atormentado de un pelotazo en el pecho y herido de flecha y de peligro en un brazo, recibió el socorro de D. Álvaro, con cuyo auxilio, de acorralado vencido pasó á triunfante vencedor. Así consta en la *Relación de lo que hizo la Armada de la Liga cristiana desde* 30 *de Setiembre de* 1571 *hasta el* 10 *de Octubre después de la victoria*, que autorizado por D. Juan de Austria trajo á Felipe II D. Lope de Figueroa, en la cual se dice que «el Marqués de Santa Cruz socorrió el cuerno diestro con valentía, como lo hizo antes á la real de S. M., que cuando estaba más apretada por una galera capitana de turcos, se puso delante de esta y no la dejó hasta que la entró y degolló la gente, habiendo quedado herida mucha de su galera y herido el Marqués de dos arcabuzazos, de que le defendió la rodela» (1).

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Sicilia.—Legajo 1.134.—Batalla de Lepanto.

XI.

LA HAZAÑA DE NAVARINO.

El eco de la victoria de Lepanto resonó inmediatamente por toda la Europa cristiana. ¡Hasta en Francia se hicieron grandes festejos públicos para celebrarla (1)! El Papa, la Señoría de Venecia, el gran duque y el príncipe de Toscana, el emperador y otros soberanos escribieron á D. Juan la enhorabuena. En Roma fué recibido Marco Antonio Colonna con los honores de los triunfos clásicos; y si el comendador D. Luís de Requesens no los recibió iguales, fué porque, sabiéndolo con oportunidad, apresuró su llegada de incógnito para evitarlos.

---

(1) «No pensé llegar, segun quisieron hacer reliquias en Italia y Francia, de hombre embiado por V. Exc..... Fiestas se están apercibiendo; no sé lo que serán; que en Francia las an hecho delante de mí, y en Aviñon mas procession que fiestas en el Andalucia; aunque en muchas partes della an hecho grandes juegos de cañas.» Así escribía á D. Juan de Austria desde Madrid á 28 de Noviembre D. Lope de Figueroa, que vino á dar la noticia de la victoria á Felipe II.—Bibl. Nac.—*Mss.*—G. 45, fol. 104.

Veniero y Barbarigo fueron objeto en Venecia de frenéticas demostraciones de entusiasmo. No hay memoria de recepción semejante á la que Messina dispensó al heroico joven D. Juan de Austria. Nápoles tuvo arcos de triunfo, iluminaciones, simulacros y panegíricos calurosos para el marqués de Santa Cruz.

Á Madrid llegó la noticia comunicada primero por un correo despachado al embajador veneciano, y después por las cartas á la mano que trajo Don Lope de Figueroa para el rey. Felipe II no se cansaba de pedir particularidades del combate, «donde tres veces, escribía D. Lope, me hizo referir algunas y otras tantas me llamó después de haber acabado.» Otro que tal sucedió con la reina, y con la princesa harto más. El duque de Sessa se mostraba desvanecido de alegría, lamentando y maldiciendo de quien fué causa de que en la jornada no se hallasen mil gentes. El obispo de Córdoba juraba que de mejor gana fuera á servir de capellán á S. A. que á tomar su obispado. El príncipe de Éboli decía que muchos de buen grado dejaran hijos y mujeres: que no querían más que ir á morir en servicio de D. Juan. La reina se mostraba celosa de que D. Juan no le hubiera escrito, y D. Lope de Figueroa disculpaba al heroico bastardo diciendo que la mitad de las cartas había perdido. Eran tantos los que le asediaban con sus cumplimientos, que es-

cribía: «Asta aora no tuvo V. A. tantas visitas en su real, como yo; aunque tengo más banquetes y mejores que los que V. A. hizo sin fogon la noche de la batalla, de que se siente acá mas que allá el bizcocho y pocos regalos de aquella noche.» Y en otro lugar advertía que como el rey le hubiese declarado que á la primavera diera Dios salud á D. Juan *para lo que queda*, «sería menester hacer mil galeras para los que querían ir á servir á S. A. (1).»

No obstante, no faltaron juicios críticos que sutilizaron, así los superfluos efectos de la victoria, como el apresuramiento del joven caudillo en volverse á Italia, donde deseaba «aficionadamente pagar su amor á las damas.» Cabrera de Córdoba, que no puede tildarse de sospechoso, no titubeó en escribir desabrochadamente que «ninguna victoria mayor, más ilustre y clara, abriéndoles camino para una gran fortuna; ninguna más infructuosa por el mal uso de ella (2).»

No había razón para semejantes censuras, ni la tienen los que posteriormente han abundado en estos pareceres, arguyendo que la ventaja fué únicamente para los intereses de la república de Ve-

(1) *Carta de D. Lope de Figueroa á D. Juan de Austria.*—Bibl. Nac.—*Mss.*—G. 45, fol. 104.

(2) Cabrera de Córdoba: *Felipe II, Rey de España.*—Tom. ij, lib. ix, cap. xxv, pág. 120.

necia. En Lepanto recibió golpe de muerte la preponderancia militar y marítima del Imperio otomano, que era á la sazón el árbitro de los mares. Si España no pudo realizar su objetivo enteramente, y en lo que respecta á la conquista de sus naturales fronteras africanas desde las faldas del Atlas hasta la margen del Nilo, no fué porque se frustrase el éxito de aquella victoria por no haberse sabido recoger inmediatamente el fruto. Toda política de coalición siempre ha sido funesta, pues lleva en su seno el germen de su ineficacia. La alianza que presidía el Papa no pudo sustraerse á esta triste condición de la historia, y la campaña de 1572 y las paces firmadas, por mediación de Francia, entre Venecia y el turco en 1573, fueron testimonio de esta inevitable realidad.

Hallábase muy adelantada la estación al conseguirse el triunfo de Lepanto. No podía la numerosa armada de la Liga abrigarse, repararse y mantenerse, con el ejército que llevaba á bordo, en las costas ni puertos de Levante en la larga invernada. Fué cosa indispensable la dispersión de las escuadras y hubo que remitir á la campaña siguiente el recoger la miés de las ventajas obtenidas. Por desgracia la política de la emulación pudo meter su acicate en este tiempo en los acuerdos de la Liga. De Roma comunicaba, en 10 de Noviembre, nuestro embajador D. Juan de Zúñiga al duque de

Alba, que por allá se discurría que el turco había ofrecido gran suma de dineros á los franceses para que rompiesen con S. M., y á los protestantes de Alemania para que inquietasen á nuestro insigne gobernador en Flandes (1). En efecto, Francia tomó, desde que se supo la rota del turco, una actitud sospechosa para España. De público se susurraba en todas partes que remitía auxilios á los que en los Países Bajos guerreaban con los españoles, y que, recientemente acabada la insurrección de los moriscos de la Península en Granada, andaba en tratos secretos para promover otra rebelión en los de Valencia, alentando las ambiciones de un D. Cosme Aben-Amir y de su hijo D. Hernando, que se jactaban de ser descendientes de las antiguas estirpes regias mahometanas, sojuzgadas por las armas del conquistador Don Jaime (2). Con misión diplomática, cuyo objeto era concertar al veneciano con el turco, enviaba á Venecia primero y después á Constantinopla á monseñor de Aix, y en la Rochela armaba cincuenta velas, cuyo mando debía confiarse á Felipe Strozzi, para amenazar las costas septentrionales de España, mientras se hacía alarde de intentar una invasión en la Península por la parte de Navarra.

(1) Bibl. Nac.—*Mss.*—G. 45, fol. 146.

(2) Archivo general central de Alcalá de Henares.—*Inquisición de Valencia.*—Procesos.

En las conferencias diplomáticas que se celebraban en Roma por los representantes de la Liga, Francia había logrado ingerir del mismo modo la indisciplina. En la carta del embajador D. Juan de Zúñiga al duque de Alba, de que hemos hecho referencia, manifestaba que «á Su Santidad le parece que con haber rompido la armada, se había abierto el camino para poder ir á Constantinopla y aun á Hierusalem, y los venecianos también le facilitaban mucho las empresas de Levante, porque no viniera en que S. M. haga las de Berbería.» Todo el punto de la cuestión radicaba en esto. «Como parece que el emperador no se moverá—escribía D. Juan de Zúñiga—parece que se puede esperar poco efecto de lo que nuestra armada podrá hacer en Levante, y que sería muy buena ocasión para hacer la jornada de Argel, aunque S. M. la hubiese de emprender con solas sus fuerzas y dexar á venecianos que con la ayuda de Su Santidad hiciesen alguna empresa en su golfo ó en Levante, pues podrán sacar armada que sea superior á la que el turco tendrá (1).» Tratada esta cuestión por el embajador de España y su hermano el comendador mayor de Castilla, D. Luís de Requesens, en la congregación de los cardenales Morone, Chiesa, Celsi, Aldobran-

(1) *Carta de D. Juan de Zúñiga al duque de Alba.* (Roma 10 de Noviembre de 1571.)—Bibl. Nac.—*Mss.*—C. 45, fol. 146.

dino y Rusticuce, para explorar sus ánimos, estos se limitaron á manifestar que «conforme á lo capitulado (para la Liga), no podría dexar de ser la jornada de aquel año en Levante;» aunque «no se les dejó de apuntar que, sin contravenir á la Liga, se podría comenzar por lo de Berbería (1).»

Lo particular del caso era que el marqués de Santa Cruz coincidía con aquella opinión que en Roma sustentaban los representantes del Papa y que á todo trance defendían los de la Serenísima de Venecia. D. Luís de Requesens así se lo escribía á D. Juan de Austria, partidario de dar un golpe súbito sobre Argel ó Túnez (2). En estas disputas y en aquellos temores se pasó el invierno, no sin atender solícitamente al reparo de las galeras propias y á la habilitación de las tomadas al turco en Lepanto, á los aprovisionamientos y á las levas de soldados. Hubo importantes cambios, así en el Consejo, como en los generales que debían acompañar á D. Juan, á consecuencia de haber nombrado al comendador mayor de Castilla para el gobierno de Milán, vacante por muerte del duque de Alburquerque. Por último, el

(1) *Carta del comendador mayor y su hermano Don Juan de Zúñiga á S. M.* (Roma 12 de Diciembre de 1571).—Bibl. Nac.—*Mss.*—C. 45, fol. 121.

(2) «El marqués de Santa Cruz desea mucho que no se desbarate la jornada de Leuante este hebrero.» *Carta de D. Luis de Requesens á D. Juan de Austria.*—Bibl. Nac.—*Mss.*—C. 45, fol. 134.

generalísimo, desde Messina y Palermo, designó á Corfú para la reunión de todas las fuerzas navales de la Liga.

La carta que con este motivo escribió D. Juan de Austria al marqués de Santa Cruz, así decía:

«Palermo 16 de julio de 1572.—Illustre señor.—Las órdenes que e tenido de la corte han ydo variando de manera que a sido nesçesario mudar paresceres, segun que se abrá visto por mis despachos passados y se verá por el presente. El Rey, mi señor, teniendo más cuenta con el benefficio uniuersal que con las cosas particulares, se ha resuelto de mandarme que vaya con su armada en leuante á daño del comun enemigo, y assi me partiré de aquí á Messina dentro de tres dias, y dende alli á Corfú lo antes que fuere possible. Despacho la presente fragata en diligencia para que Vm. lo tenga entendido, y para decir que donde quiera questa mi carta le alcanzare, se buelua con toda la armada, assi de naves como de galeras, la vuelta de Corfú sin perder un momento de tiempo; que yo me partiré, como arriba digo, para essas partes muy en breue, donde espero en Dios que se harán effectos tales, con que se venga á ganar el mucho tiempo queste año se ha perdido, y que Vm. por su parte me ayudará de manera que merezca mayor merced de S. M. de la que le ha hecho en la encomienda de Don Gerónimo de Padilla, de la qual le doy el parabien.

»Y porque podria ser que Vm. se hallase tan çerca de tierra de Otranto y Bari que pudiera recoger alguna parte de la infanteria que allí abrá quedado de la que ha de yr en el armada y no se a embarcado por falta de nauios, en tal caso podrá recoger en las galeras y naues toda la que pudiere para llevar á la dicha Corfú,

que no se puede screvir esto más distintamente por no tener entendido qual parte se a embarcado y qual se ha dejado de embarcar.

»Paresceme que será bien procurar, en llegando á Corfú que los griegos entiendan mi yda, para que se sustenten en fee entretanto que llego, sobre que scribo á Marco Antonio Colonna para que lo haga diuulgar. Vm. hará por su parte cerca desto las diligencias que verá ser convenientes; que çierto me paresçe punto de sustancia. Guarde etc.

»M. P.—*Para que Vm. vea tanto mejor la merced que S. M. le a hecho, le envio copia de la carta que me scrive sobrella. Cierto me e holgado en extremo por la sperança que me queda de que se han de hacer otras mayores cada dia. Lo demás que scrivo en esta conviene executar luego con toda la diligencia y mas que la possible; que con la misma procuraré yo despacharme*» (1).

Tan premiosos como fueron los preparativos para la campaña de 1572, fué la jornada. Á fines de Julio se levaron de Corfú las escuadras de la Liga con ciento veintiseis galeras, seis gabarras y veinte naves, formando tres cuerpos: el de la derecha, conducido por el marqués de Santa Cruz; el de la izquierda, por el proveedor Jacobo Soranzo, y la batalla por el generalísimo D. Juan con los tres generales Gil de Andrada, Marco Antonio Colonna y Jacobo Foscarini. Á la banguardia caminaba el prior de Mesina y general de

(1) Bibl. Nac.—*Mss.*—C. 45, fol. 249.

Malta Fray Pedro Justiniano, y á la retaguardia D. Juan de Cardona.

Cerca de tres meses transcurrieron sin hacer otra cosa que vigilarse mutuamente las armadas católica y otomana. El mando de esta última se había dado por el sultán Selim al bey de Argel Uluch Alí en pago de haber sido el único que en el dia de Lepanto fué capaz de arrancar á los vencedores un trofeo en el estandarte de Malta. Uluch Alí, que había cambiado su nombre por el de *Kilich*, que quiere decir *Espada*, y su mando militar por el de *Kapudan Bajá*, ó gran almirante, circunscribió toda su táctica á entretener al enemigo sin presentarle ni aceptarle la batalla. Siempre encerrado en posiciones estratégicas de reconocida ventaja; siempre moviendo sus naves de uno en otro lugar; quiso con la astucia ganar una verdadera victoria, como lo era dejar llegar el invierno y obligar á la escuadra de la Liga á retirarse sin haber obtenido el menor resultado de su perdida campaña.

Así sucedió, en efecto. Llegó Octubre. Las naves cristianas preparaban ya su necesario regreso, y nada hubiera quedado que referir de la jornada sin el lance particular de Navarino, cuyo honor correspondió enteramente al marqués de Santa Cruz. Fray Miguel Servio, religioso Francisco y confesor de D. Juan de Austria, así lo refiere en una especie de diario que escribió de la guerra de

Levante, titulado *Relacion de los sucesos de la armada de la Santa Liga, y entre ellos el de la Batalla de Lepanto, desde* 1571 *hasta* 1574.

«A 7 (Octubre de 1572) hora y media despues de anochecer mandó S. A. tocar á leva y salió con la armada la vuelta de Modon á dar una vista al enemigo entretanto que las naves zarpaban y salian del puerto. Y siendo fuera la armada del puerto, descubrió á 15 millas á la mar una nave que la combatian veinte galeras. Nuestra armada pusose á caza, pasando delante de Modon á tiro de cañon y fué la vuelta de la punta de la isla de la Sapiencia para tomar el paso á las 20 galeras para que no entraran en Modon: las cuales viendo nuestra armada dejaron de combatir la nave y se vinieron á la punta de la Sapiencia. Su Alteza viajando en derecho de Modon, hizo alto con la batalla para recoger toda la armada que venia rezagada, porque el enemigo salió con 15 galeras á bombardear nuestra armada para dar calor á las 20 galeras que venian huyendo y dejado la nave: y no les aprovechó, porque Su Alteza mandó á D. Alvaro de Bazan fuese con su cuerno á tomar el paso de la punta de la Sapiencia, y por ser las 20 galeras reforzadas, se escaparon. Salió la mejor de ellas que por querer recoger á las otras, la alcanzó Don Alvaro Bazan con su capitana: era la galera enemiga capitana de fanal, y de 50 galeras de la armada enemiga: era capitan de ella el hijo de Hazan Bajá, bey de Argel, nieto de Barbaroja, el cual por bizarria se perdió. Las otras galeras se escaparon entre la isla y tierra firme y se metieron en Modon. Tuvieron libertad 200 cristianos y cautivaron 200 jenizaros. Murió el nieto de Barbaroja: era de edad de 22 años: matólo el espalder suyo antes que los soldados entraran en la galera: criabase un gran perro

enemigo de cristianos. La nave era de venecianos que venia de Candia. Fué Dios servido que ya que el enemigo estaba distraido en Modon desunido de nuestra armada, que el mismo dia de la jornada pasada, que fué á 9 de octubre del año de 1571, hiciese cabo de año Su Alteza á 7 del mismo 1572. Tomada la galera, volvió al puerto de Navarino y las naves se fueron la vuelta de Zante.»

Pero más expresiva que esta relación fué la carta que el mismo D. Juan de Austria escribió al rey Felipe II, en que le dió noticia del mismo hecho. El documento á que nos referimos, dice así:

«S. C. R. M.—E aguardado á despachar correo propio, dando quenta de los progresos desta armada, á que se hiziese con ella algun effeto tal de que rresultasse seruicio á dios nuestro señor, beneficio comun de la Liga y particular satisfacion de V. M.; pero aunque esto se a procurado por mi todo lo que ha sido possible, y á la mayor parte de las personas graues que están en esta armada pareçe que es mucho lo que se ha hecho, en hauer tenido encerrada la del enemigo tantos dias debaxo de la artilleria de modon, representandole la batalla diuersas vezes, prouocandolo á pelear y solicitandole con la artilleria á que saliesse fuera del puerto donde estaua con mas número de nauios de los que yo tenia á cargo, sin que haya osado salir de su fuerte. Yo confieso que no puedo acabar de satisfazerme de que me aya de voluer á inuernar sin hauer hecho alguna cosa notable, pareciendome que la puerta que el año passado fué dios, nuestro señor, seruido de abrirnos para dañar al enemigo, fué de manera que no nos deuemos contentar con verle al presente tan tímido y cobarde,

que en sus propias tierras, reciuiendo tanto desonor, se encierre á no querer combatir como lo ha hecho. Mas al fin soy forçado á conostarme con lo subcedido, pues no es más en mi mano, y supplicar á dios, nuestro señor, como le supplico, guarde á V. M. por muy largos años, que con su gran valor y poder no se deue dudar que aya de abaxar las fuerças á este tirano, de suerte que la christiandad se satisfaga de la esperança que a concebido: que por esta parte se le ha de restaurar el daño que por otras a reciuido y reciue.

Escriví á V. M. últimamente del puerto de nauarino, á primeros del presente, el estado en que se hallauan las cosas desta armada que era en sustancia como hauian llegado allí las naues que se quedaron en la ysla del zante, en las cuales venía la artilleria, municiones y otros pertrechos, con que se pensaba emprender alguno de los efectos que se juzgase ser más conveniente; á saber, ó sacar artilleria en tierra dos millas mas acá de Modon, en un lugar llamado santa veneranda, y lleuandola á la montañuela que esta sobre la misma Modon, batir dende alli la fortaleza y las galeras y quitarles el agua de los poços que hay en algunos jardines, que están cerca; ó passando con la armada por una de las bocas de las yslas de sapiencia y á tomar otra colina que esta sobre la misma modon, á la parte de leuante, en la qual el enemigo hauia puesto artilleria, y dende allí batir su armada y una Ysleta que está entre la dicha colina y vna punta que hace una de las dichas islas, en que asi mismo hauian puesto artilleria; que ambas á dos estas cosas se pusieron en plática y hauia pareceres que se deuian intentar, aunque tan pocos que apenas llegaron los votos de los consejeros de V. M. a quatro, porque todos los demas fueron de paresçer que lo vno ni lo otro no se intentasse, como cosa

de manifiesto peligro, sino que nos bolviesemos atras, Juzgando por temeridad y demasiado atreuimiento combatir una armada tan numerosa de baxeles, debaxo de las bocas de cuatrocientas pieças de artilleria, que se entendia por relacion de algunos sclavos huidos de aquella armada, que Aluchale le hauia hecho poner en tierra para se defender.

Tratandose y disputandose en los consejos si se deuia emprender alguna de las dichas cosas ó retirarnos con la armada, conforme al parezer de los mas, para intentar de tomar algun lugar á la parte de poniente, hauiendo yo ordenado que el Maestre de Campo D. Pedro de Padilla con algunos capitanes platicos y experimentados en la guerra y hasta 230 soldados escojidos, puestos en fragatas fuessen á reconoçer si en el lugar que arriba se dize de santa veneranda, se podrá desembarcar la gente y artilleria y lleuarla de alli seguramente á poner sobre modon, se gastó el tiempo de manera que fue imposible poder embiar la dicha gente, y assi por no perderle, se començó á poner la mano en juntar dos galeras y hazer vna máquina de ambas, para que poniendo en ellas ocho pieças de artilleria se batiesse dende la mar vn lienço de modon, que está á la parte de poniente, por tenerse entendido que no hauia en él terrapleno y que por alli se podria hazer daño al lugar, fuese prosiguiendo en labrar en la dicha Máquina; y perseuerando el tiempo de mal en peor, paresciendo que era bien hazer alguna cosa, y hauiendo propuesto el general de la señoria de venecia diversas vezes que se tomasse el lugar de nauarino, aunque se consideró ser el sitio del dicho lugar fuerte, por estar puesto en vn monte alto y tener dentro buen número de gente y artilleria, por complazer á los venecianos, despues de hauerlos dicho que no era cosa de

sustancia, me resoluí de embiar, como embié, á reconoscer el dicho lugar, del qual tuve relacion por los mas paresçeres, de los quales reconoscieron ser empresa de tres ó quatro dias: y assin ordené á los dos del presente en la noche, se hechase gente y artilleria en tierra para la tomar y di cargo de la empresa al príncipe de parma, paresciendome ser seruicio de V. M. Sacóse la dicha gente que fueron hasta ocho mil hombres, cinco mil españoles y tres mil italianos, y doçe pieças de artilleria, hauiendo yo dado primero órden que en la boca del puerto se pussiesen las naues y galeaças y las galeras que me paresció, con tan buena órden que, aunque el enemigo viniera por mar, no pudiera haçer ningun daño.

Despues de hauer encaminado la dicha artilleria y yendola tirando al lugar donde se hauia de plantar sucedió la noche de los tres tan gran fortuna de mar y agua y tempestad en tierra, que ni fué possible passar adelante toda la artilleria, ni poder acabar de desembarcar las municiones, vituallas y otros pertrechos necesarios, y como la gente salió la noche que se desembarcó sin tiendas, padesció infinito por el agua, porque ya quando llegaron diuerso número de trinquetes y tres galeras que yo les embié, estauan muy mojados y con gran fatiga por no hauer leña hallí çerca para hacer fuego con que poderse enxugar. El mismo dia de los tres en la noche tuue auiso por un christiano que se hauia huydo de cautiuo de los enemigos, como hauian llegado Uçeyn Baxá, sexto consejero del turco y el Belez bey de la Grecia, con cuatro mil cauallos, y sin tocar á Modon se hauian acampado á vista de Nauarino, y yban biniendo de ora en ora el restante de veinte mil cauallos que trayan al socorro de aquella tierra y de su armada.

A las quatro por la mañana me desembarqué y fuí á resconosçer como estaua el campo y mirar lo que le faltaua para se lo mandar proueer, y antes que llegase á él me mostraron, como entraua en nauarino mucho número de gente de pie y de á cauallo, sin que se les pudiese estoruar, por estar la nuestra debaxo de la montaña, en donde está puesta la dicha nauarino á la parte del medio dia, y entrar el socorro por la banda de tramontana donde no podian nuestros soldados descubrirles y eran amparados de los del lugar. Visto esto, hauiendo reconocido el campo y que los mismos que hauian primero reconoscido el lugar y héchole empresa de tres ó quatro dias con la gente que de antes tenia, le juzgauan mas dificultoso, pudiendo el enemigo meter el socorro que quisiese; considerando que la plaça no era de Ymportancia por no poderse fortificar bien sino en muchos dias, y que me hallaua á los quatro de otubre con poco pan, y tenia comision de V. M. de no alexar la armada de las costas de Italia, y que era necesario tener quenta con que quedase vitualla para voluerla en salud; me resoluí, con pareçer de los del consejo de V. M. que aquí estan, de voluer á la dicha armada la artilleria y municiones que hauia desembarcado, como se hizo el mismo dia de los quatro y toda la noche y el siguiente de los cinco, la noche del qual mandé que se retirase el principe con la infanteria, por debaxo del lugar, como lo hizo con muy buen orden; y á los seis, antes que amaneciese, estaba puesto con su infanteria sobre el rio donde se hacian aguadas y la tenia repartida por los lugares fuertes convezinos, de manera que estaua con gran seguridad.

La misma mañana, en esclareciendo el día, se descubrió, menos de tres millas de nuestra gente, vn gran numero de tiendas de los enemigos, que pareció co-

munmente ser alojamiento de más de diez mil cauallos. Començaron á salir muchos de ellos á esçaramuçar con nuestros soldados, y yo ordené que se les tirase con la artilleria dende las galeras. La escaramuça se trauó de manera que anduvo vn rato bien reñida; mataronse en ella algun numero de camellos de los enemigos, y muy pocos soldados de los nuestros, los quales, verdaderamente, mostraron tanto animo y valor que se vio en campaña rasa, sin ningun arbol ni fosso arcabucero, hacer huyr cauallos, cosa, que segun entiendo, pocas vezes suele acaecer. Hizose en este medio la aguada muy segura y quietamente: á la tarde mandé recoger toda la gente, sin que el enemigo lo pudiese estoruar y me retiré de tierra al anochecer, con la armada mas adentro del puerto. Tratóse aquella noche si seria bien volver otro dia é hechar infanteria en tierra y yr á tomar el alojamiento á los dichos camellos; pero despues de diuersos paresceres concurrieron quasi todos en que no era menor temeridad que querer combatir la armada del turco debaxo la artilleria de Modon, y assi se començó á platicar, qué era lo que conuerniah azer con prosupuesto, que en aquel puerto no se podia estar mas, siendo el enemigo tan potente en campaña, que podria estoruarnos las aguadas, pues se hazia quenta que tenia mas de treinta mil hombres, considerando que por tierra podria traer de Modon artilleria á la boca del puerto, con la qual, facilmente nos desalojasen de alli. Por las dichas causas se tomó resolucion ser conueniente boluernos con esta armada, la buelta de poniente. A mi me pareció que era bien antes de partirnos boluer de nuevo á tentar el enemigo y representarle la batalla debaxo de Modon, para ver si con el socorro que le hauia llegado hauia cobrado ánimo tal que ossase salir á la batalla, pues no

era inferior de numero de Baxeles. Ayudó á mi intento la ocasion de vna naue que á los siete del presente á la mañana, dia en el qual cierto tube mayor esperança de lo que fué el sucesso, por cumplirse el año de la batalla pasada, amaneció sobre las Yslas de sapiencia de parte leuante doce ó quince millas lexos á la mar, porque en descubriendo Aluchali la dicha naue, començó á embiar número de galeras á ella, y de mano en mano yrlas reforçando con otras para asegurarlas.

Siendo yo auisado desto por los guardas, salí luego con la galera real fuera del puerto, y di orden á toda la armada que me siguiesse, é hize señal de batalla, pareciendome cierto que aquella naue hauia de ser occassion para que Aluchali no la pudiesse huyr, sino fuesse con gran verguença y afrenta suya. Yban saliendo las galeras del puerto y yo solicitandolas con gran diligençia para que me siguiessen: di orden á Marco antonio colona que fuesse con su galera, y algunas otras de las mas ligeras la buelta de las del enemigo, que en número no mas de quarenta estauan ya fuera del puerto de Modon y de las bocas de la Ysla de sapiencia, y algunas dellas tan cerca de la naue que la acañoneauan. Ordené assi mismo dende á poco al Marques de Santa Cruz que fuesse á cortar el camino á las galeras del enemigo que se recogian, y á Don Juan de Cardona que caminase á la misma buelta. Yo quedé ordenando y recogiendo el resto de la armada á tiro de cañon de modon, y procurando de cortar el camino á las galeras del enemigo que hauian salido fuera del puerto, para no dexarlas boluer á él. Con todo esto Aluchalí no se resoluió de salir á combatir; antes hizo recoger todas las galeras de su armada que andauan fuera por aquella parte del puerto de Modon, y las puso debaxo de su artilleria, con la qual nos trabaron muchos tiros, sin

que ninguno dellos, con passar muchos por encima de nuestras galeras, hiciera daño.

En este medio los que arriba digo que hauian embiado á socorrer la naue, la saluaron, y se vió que era vna de las de nuestra armadá, que hauia quedado atrás, quando partieron del zante para uenir á nauarino, y dando caça á las galeras de los enemigos que hauian salido á tomar la dicha naue, y se retitauan á Modon por las bocas de las Yslas de sapiençia, y otras se yban fugando á poner debaxo de la artilleria de coron, el Marques de Santa Cruz, con su galera capitana, embistió vna galera de fanal de Mahamud-bey, nieto de Baruaroxa con mucho valor, y la rindió. Murió el dicho Mahamud á manos de vno de sus forçados, como meresçia, porque todos diçen que era cruel y inhumano hombre, y saluaronse de la dicha galera doscientos veinte christianos.

Entraron algunas galeras por las bocas de sapiencia tras de las de los enemigos. No les hizieron daño, y segun dize el vulgo, el qual siempre habla en estas cosas como le paresce, por no atreuerse á embestirlas; aunque yo creo que si paresciera á los que lleuauan cargo de nuestras galeras poder hazer algun efecto, que lo hizieran.

Paréme á la vista de Modon con toda la armada en batalla, donde estuue hasta las quatro oras de la tarde cañoneando la del enemigo, sin que della ossase salir galera ninguna. Viendo que venia la noche, me començé á retirar la buelta del puerto de nauarino, y embiando, como embié, orden á las naues que hiziessen vela la buelta del zante, me estuue toda la noche en el dicho puerto dando orden á deshazer la maquina que arriba digo que se hauia hecho para lleuarla, por no dejar cosa ninguna en aquel puerto. Desta manera se

me acabo el dia de los siete de otubre del año presente, hauyendo tenido no menos esperança en él de Gran victoria que el del passado. Viendo, pues, que era imposible hazer combatir al enemigo por fuerça, á los ocho del mismo en la mañana me partí con toda la armada en orden la buelta de la Ysla del Zante, adonde llegue al amaneçer para los 9 y me detuue aquel dia por esperar á que venecianos diessen orden de dexar gente y otras cosas en aquella fuerça, para seguridad della, y despues por tiempo contrario hasta los 12 por la mañana que parti para la chefalonia. Aquella misma noche, al amaneçer, para los 13, llegué al puerto del valle alexandre, que es en la dicha isla, donde izo agua toda la armada, y á los xiiij por la mañana, que el tiempo dió lugar á ello; salí con ella por el canal que va por entre las dos chefalonias, grande y pequeña; pero el tiempo se gastó luego de manera que nos fué forçado parar en porto picardo, que esta á treinta millas, hasta los 17 del mismo por la mañana, que hauiendo embiado las naues delante, salí con toda la armada de galeras y galeaças la buelta de corfú, y con algun trauajo de las borrascas de viento y agua que succedieron, llegue la noche siguiente al puerto de santo nicola, y esta mañana me é benido á este de las Gumenizas, del qual saldré para corfú en teniendo tiempo y desde alli despacharé correo propio á V. M. con quien escriuire lo demas que me ocurriere: y no lo hago agora por no dilatar este despacho para que V. M. salga del cuydado con que estará en no hauer tenido cartas mias, cuya S. C. R. persona y estado guarde nuestro señor con acrescentamiento de mas Reynos y señorios como yo deseo. Del puerto de las Gumenizas á 18 de otubre de 1572.=De V. M. hechura y mas humilde seruidor que sus reales manos besa.=D. JUAN DE AUSTRIA.

P. M.—*Algunos hay que juzgan y tienen por cierto que si quisieran embestir galeras del enemigo á los 7 algunas personas fuera de las que siruen á V. M. que es tan cierto hicieran su posible y particularmente muy bien el Marques de Santa ✝, á quien suplico á V. M. se lo mande agradesçer: que sin duda ninguna se tomaran de ocho á mas galeras, y yo asi lo creo* (1).

Á esto quedó reducida la campaña de 1572. Verdad es que no debieran esperarse otros resultados. La desconfianza que el año anterior se abrigara contra los venecianos, creció en ella de punto, pues se sabía, que por mediación de Francia se negociaba la paz en Constantinopla, siendo anuncio cierto del éxito de esta negociación la actitud espectante y pasiva en que se había encerrado el general de la armada otomana, obedeciendo el mandato del sultán que le había prohibido aceptar el combate y reducirse solo á entretener la de la Liga.

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado—Leg. 448.—(De la colección de Documentos históricos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

XII.

LA CAMPAÑA DE TÚNEZ.

Los hechos memorables que contienen las tres campañas marítimas que acabamos de relatar, y en las que el heróico marqués de Santa Cruz desempeñó un papel tan importante como se ha visto, han sido juzgados de muy diverso modo por los historiadores que después se han sucedido. Cada uno los ha considerado bajo su estrecho punto de vista particular, y pocos sucesos en la historia han alcanzado, como la guerra de Chipre y la batalla de Lepanto, el privilegio de que sobre él se emitan tantas opiniones como juicios. Principalmente los escritores de Francia, desde Voltaire en su *Essai sur les mœurs* hasta Darú en su *Histoire de Venise*, son los que han sostenido el equivocado dictamen de que la batalla de Lepanto, que compendia todo el éxito de las campañas de la Liga, fué de todo punto infructuosa por sus inmediatos resultados. Este es un juicio mezquino, parcial, anticrítico,

del que otros escritores franceses, como Bonald, han tratado de salvar el honor científico de su patria, elevando el concepto de aquella proeza á la altura majestuosa de los progresos generales de la civilización en Europa, y haciendo constar, en vista del descenso que en su poder sufrió desde entonces el preponderante aparato del imperio otomano en el Mediterráneo, que *la Turquie ne s'est pas relevée depuis la bataille de Lepante. Elle perdit ce jour-la*, añade, *l'ascendant moral qui avait fait sa force depuis trois siècles et demi* (1).

Indudablemente para los resultados inmediatos, cuya falta se ha echado de ver, fué una gran contrariedad que tuvo que devorar España la mala fe con que procedieron los venecianos. En el largo curso de la historia, las alianzas de Italia siempre han tenido este lado flaco que censurar, pues son muy repetidos los ejemplos en que su fe política en este género de pactos no ha tenido más elasticidad que la que estrictamente ha exigido la medida de su interés, de su ambición ó de sus necesidades del momento. Venecia, agredida por el turco en Chipre, amenazada en Candía, hostiga-

(1) BONALT: *Legislation primitive.*—POUJOULAT: *Histoire de Constantinople.* —Un escritor, cuya autoridad en esta controversia es irrebatible, el historiador turco HADSCHI CHALFA, en su *Historia del imperio otomano*, después de referir la guerra de Chipre y la batalla de Lepanto, comienza el capítulo siguiente con este significativo epígrafe: «*Época de la decadencia del poder otomano.*»

da en la otra costa del Adriático, é impotente para defenderse, buscó en la Liga, con el Papa y con el rey de España, su salvación. No logró, al componerse con el sultan de Constantinopla, reivindicar á Chipre ni aun prevenir á título perpetuo la seguridad de Candía. De cualquier manera su situación era difícil. La expedición de 1570 no obstó para que el turco entrara á sangre y fuego en Nicosia. La de 1571, á pesar de los laureles de Lepanto, completó la pérdida de Chipre en los sangrientos excesos que acompañaron á la entrada de Mustafá en Famagusta. Aunque culpados de infidelidad, que después confirmaron los hechos, en la de 1572, lo cierto fué que de la última expedición á Levante, ó por sobra de sagacidad en el turco, ó por falta de lealtad en los venecianos, ó por exceso de irresolución en todos, D. Juan de Austria tuvo que regresar á Nápoles en las galeras del marqués de Santa Cruz, cuando los primeros días de Noviembre iniciaban ya las furiosas tempestades del invierno, sin traer engarzado en su estandarte ni más trofeo ni más conquista que la heróica hazaña llevada á cabo en Navarino á bordo de su *Loba* por el insigne D. Álvaro de Bazán. Inútiles fueron los preparativos para la cuarta campaña. Pío V desde el 1.° de Mayo de 1572 ya no existía. El boloñés Gregorio XIII, aunque mostró el mismo celo que su predecesor para continuar la guerra contra el turco, tampoco

sentía el fervoroso estímulo de la propia iniciativa. La misma paz firmada por la señoría de Venecia con la Sublime Puerta no produjo idéntica desesperación en el reposado espíritu de Felipe II que en el alma apasionada de su ínclito hermano, tan ambicioso de gloria y de laureles. Hubo que variar el objetivo en el procedimiento para la prosecución de la política española en el Mediterráneo. Pero siendo este el punto de la dificultad que levantaba contra España tantos recelos en las naciones asentadas en su ribera, en ella tenía que estrellarse el empeño magnánimo de aquel rey, como se estrelló el de su augusto padre Carlos V, y como hasta hoy mismo se han estrellado los propósitos de cuantos poderes preponderantes en Europa han tratado de acrecentarse con la conquista de esa vasta ribera líbica, que se extiende desde las vertientes del Atlas hasta las fáuces del Nilo, y cuyas arenas debieran estar bañadas por olas de sangre humana, según la que en ellas ha derramado la espada en una serie de guerras de rivalidad sin término.

La derrota del turco en Lepanto, aunque había abatido en el fondo el preponderante poder de la media luna, no por eso había logrado desvanecer como por encanto su prestigio ni los medios de acción que aún le quedaban en la superficie. Así, pues, bien que interrumpido en los progresos de sus conquistas con que sembraba el pánico en

Europa, todavía disponía de un núcleo de fuerzas bastante poderosas con que defenderse y resistir los golpes que para aminorarlo contra él se asestaban. Por otra parte, el poder naval de España, compartido entre los dos mares y aun entre los dos mundos, y abandonado en el Mediterráneo á su propia potencia, puesto que el auxilio del Papa, de los demás potentados italianos, nuestros amigos, y de los caballeros de Malta, era más ideal que efectivo, no contaba con fuerza numérica bastante para acometer empresas tan lejanas como las de los mares de Oriente. Verdad es que enfrente de las riberas de Sicilia y sobre la base militar de la posesión de la Goleta, las conquistas de Berbería nos brindaban con un campo de acción tanto más atractivo cuanto que sobre nuestros establecimientos en África se hubieran cifrado los más generosos sueños de nuestra ambición desde los gloriosos días de los ilustres monarcas aragoneses.

Desde que D. Juan de Austria, al conocer la infidencia de los venecianos, arrió en su galera real el estandarte de la Liga, enarbolando el ilustre pendón donde campean los dorados castillos y el rojo león de España, la conquista de Túnez apareció á su vista con la insinuante espectativa de una halagada y recóndita esperanza. Desde 1570 Felipe II había deseado aquella expedición. Sin embargo, los puntos de vista bajo los que la con-

sideraba el prudente monarca y el entusiasta caudillo no eran los mismos. Felipe II, que solo por respeto á la venerable memoria del emperador, su padre, había conservado á costa de grandes sacrificios la fortaleza de la Goleta, solo pretendía desmantelar á Tunez, y las demás fortificaciones de aquella parte del África, frontera á sus reinos de Italia, para quitar á los turcos la guarida de sus naves al abrigo de sus fuegos. D. Juan de Austria, por el contrario, aspiraba á una conquista permanente, con el interior deseo de obtener de su hermano una corona feudataria para sus sienes.

Gobernaba á la sazón en Túnez Ramadan Bey, sostenido por una numerosa guarnición turca, puesta en aquella ciudad desde 1570, en que el menor de los Barbarrojas, aprovechando una de aquellas revoluciones que eran tan frecuentes entre los moros africanos, destronó al rey Hamida. No había sido este amado de sus súbditos, á pesar de ser el moro más valiente que tuvo el mundo, según la calificación que de él hizo nuestro Cervantes (1); porque á cambio de estas prendas de valor, era de una crueldad desapiadada, que hasta en sus propios súbditos ponía espanto. Mas Felipe II ordenó á D. Juan llevase en su compañía á Muley Mohamed, hermano de

(1) Cervantes Saavedra: *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha.*—Part. j, cap. xxxjx.

Muley Hamida, para que quedase por gobernador de los moros, con nombre de infante de Túnez. Designada la Goleta como cuartel general, á ella se dirigió desde Nápoles la expedición de 1573, que dió por resultado la conquista de la renombrada plaza de Berbería. Los términos en que se hizo aquella expedición y aquella conquista, mejor que ningún otro autor, los concreta el propio D. Juan de Austria en la carta que á 11 de octubre del mismo año dirigió desde Túnez al rey su hermano. Dice así:

S. C. R. M.ª=Miercoles en la noche que fueron 7 del presente á quatro oras despues de Anocheçido, dende la isla de la fauiñana, despaché á V. Mg.ª dando auiso como me partia con toda la Armada, que se hallaua entonçes comigo la buelta de la Goleta, para la empressa desta çiudad. Hízeme á la vela á la misma ora. Nauegué toda la noche, y el jueves siguiente, á puesta de sol, llegué á la dicha Goleta con la mayor parte de las galeras y naues, que fué el número que auisé con el dicho correo á V. Mg.ª y las que faltauan, que fueron pocas, acabaron de llegar á otro dia viernes de mañana. En llegando á la dicha goleta, embié á llamar á D. Pedro puertocarrero y á los capitanes que alli se hallauan, para informarme de las cosas de esta çiudad. Con su relaçion me paresçió conuenir al seruiçio de V. Mg.ª que yo me desembarcasse el mismo dia, en amanesçiendo, y me fuesse, como me fuí, á la Goleta, y lleuando en mi compañia todos los capitanes generales, y particulares y otros hombres de consejo que çerca de mi persona andan, fuí luego á reconosçer los lu-

gares donde se podia desembarcar y aloxar el exército; porque conforme á los auisos que tuue del gran temor que los turcos tenian aquí á la armada de V. Mg.ª, me paresció ser conueniente no perder vn momento de tiempo en la execucion de lo que se huuiesse de hazer.

El mismo dia por la mañana, en acabando de reconosçer el dicho sitio, di orden que el exercito se començase á desembarcar, y hasta la noche se desembarcó y aloxó quasi la mayor parte dél; y la que quedó por desembarcar, fué por causa de los vientos ponientes que entraron muy frescos.

Hallé en la Goleta al Rey hamida, el qual me dixo lo mucho que hauia padesçido por serviçio de V. Mg.ª y yo le respondí que V. Mg.ª, como prinçipe justíssimo, tendria cuenta de mandarle gratificar conforme á sus seruiçios.

Ayer de mañana, que fué sabado, á los 10 del presente, continuando las nueuas de que los turcos estauan todauia con tanto miedo que se yban saliendo de la çiudad, juzgando que la perfiçion de esta empresa consistia en la breuedad, me partí con todo el exérçito en orden para aqui con hauer ordenado que algunos soldados que se iban desembarcando se entretuuiessen en la Goleta y viniessen por el Estaño á Tunez á tal que los moros no los pudiessen danificar. Antes de partir dexé mandado que toda la Armada de galeras y naues se pussiese debaxo de la Goleta en parte que si la del enemigo viniesse no la pudiesse offender, y ordené á D. Juan de Cardona que quedasse en mi lugar, paresciendome que Antonio soria y el Marqués de Sancta Cruz me podrian ayudar en la jornada como lo an hecho. Caminé hasta ora de vísperas que llegué al Aloxamiento que tuue anoche, que fué junto al lugar de la Diana, quatro millas desta çiudad. Embié luego dende

alli al Marqués de Sancta Cruz, maestro de campo, Don diego Enriquez y al castellano Andrés de salazar con hasta dos mill y quinientos infantes, de los questauan en la Goleta, para que no hallando dificultad en la entrada se pussiesen en esta fortaleza y se asseg urasen del lugar, y me auisassen lo que hallassen en él. Llegaron con la gente antes que anochesçiesse; hallaronle desabitado con solos algunos hombres y mujeres, tan viejos que no se hauian podido yr, y en este castillo hasta veynte moros con un alcayde, el cual dixo que le tenia por el Rey hamida. Pero abrió las puertas al Marqués y á la gente y entraron sin ninguna contradiçion.

Madrugué esta mañana y hauiendo puesto al exerçito en horden, caminé con él hasta junto á las puertas de la çiudad, donde le dexé, hauiendo mandado que ningun soldado passase adelante hasta que yo embiasse á dezir que caminassen. Entré en el lugar con las personas que me paresçió que seria bien que viniessen comigo, y luego fuí á reconosçer el sitio que podria hauer para hazer alguna fortificaçion que se diesse la mano con la Goleta. Mandé repartir el Aloxamiento del exerçito por quarteles dentro en la çiudad. Víneme á esta alcaçaua y ordené que entrasse, como entró, á Aloxarse en la dicha çiudad y entendí que el Duque de sessa, que, como escriuí á V. Mg.d desde la fauiñana quedaua con quatro galeras en Palermo, era llegado con ellas, al qual despaché luego que se viniesse aquí por el estaño sin perder tiempo.

El Gouernador y soldados questauan en esta fortaleza por el turco, entiendo que se han ydo al carvan, viserta y otros lugares conuezinos.

Este es el fin que con la gran xptiandad y buena ventura de V. Mg.d a tenido la empresa de Túnez en poco

mas que dos dias, por lo qual se deuen de dar infinitas graçias á nuestro señor, como yo no me harto de darselas. Quedaré mirando los puntos contenidos en la relacion que va con esta, y en auisando á V. Mg.ª de lo que en adelante subçediere, cuya S. C. R. persona y estado guarde nuestro señor con acrescentamiento de mas Reynos y señorios, como yo desseo. Del alcaçaua de Túnez á 11 de octubre 1573.

P. M.=*Como muy ruynes soldados han proçedido estos turcos, pues no esperaron assiquiera vernos, y pudieran çierto hazerlo y defenderse algunos mas dias de los que nos ymaginauamos. Yo estoy, en efecto, muy contento de que lo ayan hecho así; y V. Mg.ª deue estimar dando, como yo por mi parte doy á nuestro señor, muchas gracias por lo ganado, que es de harto mayor importançia y consideraçion que sin verse puede figurarse. Daré quenta á V. Mg.ª de lo demas que fuere paresçiendo acá que conuiene á su Real seruiçio, y acuerde que estoy muy sin dinero, y quanto conuiene suplir á tanta neçessidad que ay del. Guarde Dios á V. Mg.ª y delle las vittorias que pueda. D. V. Mg.ª hechura y mas humilde seruidor que sus Reales manos besa.*—Don Juan de Austria.—(Rúbrica) (1).

La relación del heróico D. Juan, que dejamos estampada, relata bien la parte militar y activa que el marqués de Santa Cruz tomó en aquella al parecer fácil empresa. No obstante, D. Álvaro de Bazán no fué partidario de ella. Cuando en la primavera de 1573, conocida la paz firmada entre

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 487.—(De la colección de Documentos históricos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

Venecia y el Turco, se trató del empleo que hubiera de darse á aquella armada de ciento cincuenta galeras y naves y á aquel numeroso ejército compuesto de mucha y lucida infantería, que se hallaba en las costas de Italia bajo la mano del bastardo imperial, hubo largo consejo presidido por el hermano de Felipe II, y, como siempre, encontradas opiniones. El marqués de Santa Cruz no disfrazó la suya. Aunque no consideraba todavía tan castigado al turco, que se viese en la necesidad de desistir de sus correrías hacia el Mediterráneo; aunque opinara que el objetivo esencial para España debía cifrarse en asegurar la costa frontera de su vasta ribera peninsular y de sus posesiones de Italia, creía que el golpe había de darse sobre Argel, pues tomada esta plaza, Túnez y Trípoli cederían después fácilmente al poder de España (1). Tan empatados estuvieron los votos, que la cuestión hubo de remitirse á Madrid, no sin consignar D. Juan sus escrúpulos de que «el parecer del duque (de Sesa), de D. García (de Toledo) y del marqués de Santa Cruz, fuese harto más prudente que acertado el suyo» (2); á pesar de que con él votaron por la empresa de Túnez con preferencia á la de Argel Juan Andrea Doria, D. Jorge

(1) D. Lorenzo Vander Hammen: *D. Juan de Austria, historia* (Madrid: por Luís Sanchez: 1639).—Lib. jv. Fol. 160.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Nápoles.—Leg. 450.

Manrique y D. Antonio Doria, sobrino del primero y como él de Génova.

El secreto de aquella diversidad de pareceres estaba en que los Dorias querían lisonjear á D. Juan en sus recónditas aspiraciones personales y Sesa, Fernandina y Santa Cruz miraban la cuestión como soldados y españoles. En efecto, Pío V había ofrecido al bastardo de Carlos V interceder con Felipe II para obtenerle un título de rey. Gregorio XIII había acentuado la promesa con la de la corona de Túnez, el mejor reino del África oriental y enfrente de la misma Roma. Esta idea había labrado una desapoderada ambición en el corazón fogoso y ardiente del de Austria. Toda su servidumbre íntima y el círculo de la extensa corte militar y política que le rodeaba la favorecía. Creyéndose en Madrid que su secretario Juan de Soto la fomentaba en el espíritu del joven príncipe, se le quitó de su lado, so pretexto de pasarle á mayor dignidad, y se nombró en su reemplazo á Juan de Escovedo como hombre de la confianza del príncipe de Éboli, Ruy Gomez de Silva, maestro de privados. Á estos estímulos se achacaba que Don Juan prefiriera aquella jornada, sin penetrar bien la trascendencia de los peligros que pudiera ocasionar.

Felipe II sometió la cuestión á la consulta de sus consejos. Muchas contiendas de opiniones hubo sobre el caso. Los que apoyaban los deseos

de D. Juan hacían ver la amenaza que pesaba, no solo sobre la Sicilia y la Cerdeña, sino sobre nuestras Baleares, si el turco con su numerosa escuadra, apoyándose en Túnez, venia á tomar sobre las posesiones de España la revancha de Lepanto. Las razones que se emitieron en este sentido parecieron de tanto peso que al cabo se determinó ir á Túnez, más con la condición de desmantelar aquella plaza y las fortalezas que la defendian, para evitar que en ellas los turcos encontrasen abrigo y quitarles la causa de enviar sus escuadras al Mediterráneo. Estas fueron las instrucciones que Felipe II trasmitió á D. Juan.

El biógrafo de este augusto caudillo, D. Lorenzo Vander Hammen, coincidiendo con el historiador de aquel rey D. Luís Cabrera de Córdoba, expresa que el consejo y traza de los lisonjeros impulsó á D. Juan á desobedecer las órdenes soberanas. Desde que con los dos mil y quinientos soldados viejos, «que hacian temblar la tierra con sus mosquetes», sacados de la Goleta de la disciplina de D. Álvaro de Pimentel, entró el marqués de Santa Cruz en la ciudad y en la alcazaba acompañado de D. Diego Enriquez y del castellano Salazar, en nada pensó menos el de Austria que en dejar de conservar el territorio que tenía por conquistado. Así, pues, dictó todas sus resoluciones para presidiar el alcázar y las fortalezas, incluso Biserta, que á consecuencia de la entrada de Tú-

nez, espontáneamente se le había entregado. Teniendo hechos todos sus preparativos para su entretenimiento hasta la próxima campaña, mandó licenciar naves y soldados, remitiéndolos á los alojamientos de Italia, mientras él volvía á Biserta y se disponía á invernar cerca del lugar de sus ambiciones.

Así su regreso como el de D. Álvaro de Bazán á Sicilia fué acompañado de horribles tempestades. Al marqués, después de haber navegado toda la noche con las galeras de su cargo y algunas otras flacas de chusma, le sorprendió á la alborada una borrasca tal, que fué dicha tomar á toda fuerza de remos la isla Fabriciana. Seis ó siete bajeles no pudieron arribar por entonces; pero después de haber fluctuado muchas horas, la tormenta arrojó allí parte de ellos y otros á Martitudo, isla enfrente de la Fabriciana y de Marsala. Ni aun aquí estuvieron los navegantes seguros: antes bien, pensaron perecer todos, porque cuantos vientos hay en la aguja de navegar en pocas horas corrieron y se mudaron. Hubo, pues, que estar siempre con los remos en la mano. Sin embargo, en medio de este rigor, no peligró nadie: solamente la galera *Lucero*, de la escuadra de Nápoles dió al través, pero sin perderse de ella más que el buque y las vituallas, pues lo demás, con la chusma, se salvó. Pasada la tempestad, el marqués de Santa Cruz mandó poner

proas hacia Trápani para refugiarse allí hasta que abonanzase. En Trápani se recogieron las pocas velas que quedaron dispersas, y reunidas todas, prosiguió luego su viaje hasta Palermo, donde, como siempre, entró en triunfo con la integridad de las naves y de los hombres puestos bajo su custodia.

La misma borrasca corrió D. Juan que se refugió en Puerto Farina, treinta millas de Biserta, hasta últimos de Octubre. Aquella tempestad desecha por remate de conquista tan fácil como la de Túnez, fué presagio de grandes desastres, como veremos luego.

XIII.

ÚLTIMAS CAMPAÑAS EN EL MEDITERRÁNEO.— LOS QUERQUENES.

Más desdichada en frutos inmediatos que las jornadas de Levante, fué la al parecer victoriosa de la Berbería Oriental. Aluch Alí, que en 1573 no salió de las aguas del Bósforo con sus escuadras, habiéndose dedicado á reparar y fomentar sus naves, en la campaña de 1574 proyectó bajar al Mediterráneo, sorprender desprevenida la última conquista de D. Juan de Austria, y tomar en Túnez y la Goleta las represalias de la derrota sufrida en el golfo de Lepanto. No dejóse de saber oportunamente esta resolución por nuestro embajador en Roma, á quien, habiéndola oído de venecianos, la comunicaron casi simultáneamente Marco Antonio Colonna y el cardenal de Como, hacia mediados de junio. No obstante, ó no se dió crédito á la noticia, ó no hubo medios de tomar determinación. D. Juan, que había deseado venir á Madrid á recibir los laureles de sus victorias

y á negociar personalmente con su hermano los títulos de infante de España y de rey de Túnez, á causa de las alteraciones promovidas en Génova por la facción de los Adornos y Fragosos, rivales de odio tradicional, tuvo que detener su viaje y establecerse en Vigebano, lugar de Lombardía, para tratar de la pacificación de aquellas dos familias y atender al mismo tiempo á los luteranos de Francia, de quienes se sospechaban intentos de levantarse contra su rey. En Vigebano recibió las cartas de Gabrio de Cervellón, de 18 de julio, informándole de la presencia de la armada y del ejército turco, amenazando la Goleta y el fuerte de Túnez.

El marqués de Santa Cruz, á quien llegó en el golfo de Nápoles más presto la noticia, envió inmediatamente á Mesina á su hermano D. Alonso de Bazán con cuarenta galeras de su escuadra, para hallarse más próximo al enemigo, vigilarle, infundirle respeto y estar pronto á lo que se dispusiese en favor de los establecimientos españoles comprometidos en África. Por su parte D. Juan, al saber el desembarco de los otomanos en las playas de la antigua Cartago y el peligro inminente de su última conquista y de su reino imaginario, mandó á D. Juan de Cardona y á D. Bernardino de Velasco, con sus respectivas divisiones navales, al socorro de la Goleta. Él mismo, sin esperar órdenes de la corte, pero comunicando á Madrid

lo que pasaba, corrió precipitadamente de Vigebano á Génova y de Génova á Nápoles para aproximarse al campo de la acción. El 14 de agosto llegó á la hermosa ciudad Parthenopea é inmediatamente reunió su consejo, compuesto del virey duque de Sessa, Juan Antonio Doria y su sobrino Antonio Doria, el marqués de Santa Cruz y D. Jorge Manrique. Como en todas las cuestiones que á las conquistas de África tocaban, los pareceres se dividieron. El marqués de Santa Cruz, que, como todos los políticos y consejeros de experiencia que rodeaban á D. Juan en Italia, ya había emitido su voto, un año antes, con el del ilustre D. Diego Hurtado de Mendoza, el cardenal Granvela y los duques de Alba y de Sessa, en favor de que se desmantelaran los fuertes de Túnez y no se construyese en modo alguno el del Estaño; insistió ahora en la necesidad de inutilizar las obras de este último, incapaz aún de abrigar los ocho mil hombres que había de guarecer, ni aun de oponer una seria resistencia al ataque del enemigo, y en que se recogiese en la Goleta el presidio de cerca de cuatro mil soldados que en él se hallaba y todo el material posible de guerra. Á este voto se agregó el virey duque de Sessa. Los Dorias fueron de dictamen que se enviasen refuerzos á los sitiados, exhortándolos á prolongar el asedio hasta el próximo equinoccio, pues los turcos se verían entonces

obligados á levantar el sitio y ampararse á sus naves. Pero D. Juan, y con él D. Jorge Manrique, se obstinaban en la necesidad de mantener á todo trance la Goleta y el Estaño, mandando á sus gobernadores respectivos D. Pedro de Puertocarrero y Gabrio de Cervellón que mutuamente se auxiliasen, mientras el de Austria, reuniendo el mayor número de buques que se pudiera, hacía alguna demostración que impusiera respeto en el ánimo de los agresores. El cardenal Granvela se adhirió á este dictamen.

D. Juan culpaba á los vireyes de Nápoles y de Sicilia de haber escatimado los materiales, la gente y las vituallas para las conquistas de Túnez, y Vander Hamnen, el biógrafo del glorioso bastardo, se aventura á afirmar que la causa de todo era el mismo cardenal, «por el poco gusto que tenía de acudir á D. Juan de Austria, envidioso de sus favores de Marte y de Venus» (1). Con el voto

(1) VANDER HAMMEN: *D. Juan de Austria, historia:*—Lib. jv., fol. 184. En cuanto al cargo dirigido á los vireyes, no era sin fundamento. TOMASO COSTO, en *La apologia istórica dal regno di Napoli* (Napoli, por Gio. Dom. Romaglioso: 1613), pág. 154, dice sin disimulo: «Era stata la Goleta da chè la conquistó Carlo V trentanoue anni della corona di Spagna, e tanti conti d'oro si stima esserle gosta in mantenerla: perniziosa, e per questo, é per l'incredibil danno fatto a'Regni di'Napoli e di Sicilia, da'quali v'andaua sempre tanta quantità di tutte la cossa necessaria al viuir humano, che ne cagionó penuria in quelli, non ostante la lor fertilitá, e, che è peggio, il caro, in che perdò vennero tutte le cose, vi rimase per sempre.» Además, desde que apareció en el mar Tirreno en 1566 la primera armada turca, mandada por Piali Bajá, sobre Nápoles y Sicilia se habían impuesto perió-

de Granvela acabó de prevalecer la opinión del bastardo de Carlos V, el cual dispuso ir personalmente á Sicilia, y aun se temió que abrigase otros pensamientos, pues el duque de Sessa escribió inmediatamente al rey Felipe II:—«El Sr. D. Juan, más por su parecer que por mi consejo, determina ir á Trapani. Véole inclinado á seguir la armada turquesa. Si lo hace es contra mi voto, y así quiero que V. M. lo sepa desde luego» (1).

El rey no se había descuidado en tomar resoluciones para prevenir el ataque de los turcos. Por consecuencia de los avisos de Roma, el virey de Sicilia D. Carlos de Aragón, duque de Terranova, le había comunicado en 23 de junio los designios del otomano, y á 30 de julio siguiente Felipe II le anunció que había resuelto que su ilustrísimo hermano fuese con brevedad á Mesina á juntar las galeras y proveer lo necesario en gente, vituallas, municiones y lo demás que conviniere (2). Remitidas por el rey estas órdenes por la vía de Milán, antes llegaron al de Austria las cartas de Cervellón que las de su hermano. Del efecto que las noticias le produjeron débese juzgar

---

dicos y onerosos donativos de millones de ducados, como los de 1566, 1568, 1571 y 1573, que tenían agobiados al Tesoro y al país. Por estas razones la conservación de la plaza de Túnez era mirada con malos ojos en Italia.

(1) *Archivo general de Simancas.* — Secretaría de Estado. — Sicilia. — Legajo 450.

(2) *Archivo general de Simancas.* — Secretaría de Estado. — Sicilia. — Legajo 1144.

por el sentido de sus comunicaciones al rey, á Cervellón, á los vireyes y á los generales. Á Cervellón escribía apesadumbrado: «Habeis de procurar, aunque sea aventurando algo de lo que teneis á cargo, sustentar entrambas fuerzas.» (1). Solo en caso de no poder sostener el Estaño le mandaba irse á la Goleta con toda la gente que pudiere. Sus cartas al rey están impregnadas de una profunda melancolía, elegíacos clamores como *Tristes de Ovidio.* En 23 de agosto escribía D. Juan á Felipe II, pocas horas antes de salir para Sicilia con treinta y tres galeras y la coronelía de infantería italiana de Segismundo Gonzaga, siguiéndole de cerca, con otras diez galeras de Sicilia, el duque de Sessa y el marqués de Santa Cruz: «si el cardenal hubiera en un principio enviado los 1.500 soldados de este tercio que le pidieron el duque de Sessa y el marqués de Santa Cruz, ó á lo menos se hubiera dispuesto que el conde Gerónimo Lodron y sus alemanes hubieran pasado allí, puesto que están alojados en las cuevas de Puzol, sin hacer nada y ganando sueldo de valde, no estarían las cosas en el aprieto que hoy están.» D. Juan procuraba seguidamente ejercer mayor presión en el ánimo de Felipe II, y elevándose á otras consideraciones políticas que habían de herir más di-

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Sicilia.—Legajo 450.

rectamente el imperturbable espíritu del monarca, añadía: «si lo que Dios no quiera, la Goleta se perdiese, será muy grande estorbo á las cosas de Flandes, pues es de creer que sabiéndolo los rebeldes y quedando allí el turco, cobrarán los enemigos de V. M. nuevo ánimo para continuar la guerra ayudándose los unos á los otros» (1). ¡Y sin embargo, esta carta tenía la fecha del 23 de agosto, y el 22, un día antes, la Goleta se había tenido que rendir! El Estaño se perdió luego el 13 de septiembre, y el duque de Sessa escribía al rey: «¡Entrambas plazas se pierden más por falta de soldados que por el valor de los enemigos!» Á esto añadía Marco Antonio Colonna en otra carta escrita al embajador D. Juan de Zúñiga desde su residencia de Pagliano: «Cierto, esta perdición se conocerá cada día más» (2).

El estrago de aquel descalabro ha sido harto ponderado en las relaciones del tiempo y en las páginas de todas las historias. Miguel de Cervantes Saavedra, aunque nunca aspiró á las alturas Clio, no solo lo narró sumariamente en su inmortal *D. Quijote de la Mancha*, sino que reprodujo dos sonetos dedicados á las víctimas heróicas del siniestro. Hé aquí su contextura:

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Sicilia.—Legajo 450.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Legajo 450 y 1142.

Á LOS QUE MURIERON EN LOS FUERTES DE TÚNEZ.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas, por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
A lo más alto y lo mejor del cielo;
Y ardiendo en ira y en honroso celo
De los cuerpos la fuerza ejercitastes;
Que en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino y arenoso suelo;
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que, muriendo,
Con ser vencidos, llevan la victoria:
Y esta vuestra mortal triste caída
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da y el cielo gloria.

El otro soneto de Miguel de Cervantes dice así:

Á LA PÉRDIDA DE TÚNEZ Y LA GOLETA.

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
De estos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivos á mejor morada.
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin de pocos y cansados
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:
Mas no más justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes (1).

(1) Miguel de Cervantes Saavedra: *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*.—Part. j.—Cap. xxxjx y xl.

El alférez Pedro de Agüilar, citado por el mismo Cervantes, y que quedó cautivo en la Goleta, también dedicó otros sonetos muy sentidos así á la pérdida de nuestros fuertes, como á su cautiverio y al de su amada esposa. Uno de estos sonetos, con honores de elegía, dice así:

A LA PÉRDIDA DE LA GOLETA DE TÚNEZ.

SONETO.

Excelso monte do el romano extrago
Eterna mostrará vuestra memoria;
Soberbios edificios cuya gloria
Aún permanece de la gran Cartago;
¡Ah incierta playa, que apacible halago
Fuiste llena de triunfos y victoria!
¡Despedazados mármoles, historia
A do se ve cual es del mundo el pago!
Arcos, anfiteatros, vano templo,
Que fuisteis en un tiempo celebrados,
Y agora apenas vemos las señales,
Gran bien es á mi daño vuestro ejemplo:
Que como el tiempo pudo derribaros,
El tiempo derribar podrá mis males (1).

Con la pérdida de Túnez quedó paralizada por algún tiempo nuestra política en África, ciertamente sin haber conseguido las ventajas materiales que se esperaron, con razón, de aquella larga campaña de cuatro años, que dió motivo á tantas

(1) Pedro de Aguilar: *Memorias del cautivo de la Goleta de Túnez.*—(Madrid: por Suc. de Rivadeneyra, 1875.)—Pág. 117.

victorias y desastres. D. Juan de Austria todavía quiso salir al mar en persecución de los vencedores, «jornada que no era para su persona ni para que la hicieran galeras de España», como escribía el duque de Sessa al rey. Por lo demás, era preciso en lo sucesivo atenerse al consejo de los políticos experimentados: al del cardenal Granvela, que escribía á Felipe II representándole el deber de poner los ojos en lo venidero, «pues es de creer que el enemigo no se contentará con lo que ha hecho, sino que querrá seguir la victoria» (1); y al del no menos experto Marco Antonio Colonna, que en su carta al embajador D. Juan de Zúñiga decía: «Lo mejor sería fortificar los lugares de nuestros puertos de Sicilia, Nápoles y Cerdeña, recoger nuestra escuadra acrecentándola y apercibiéndola para el año que viene, y mirar lo que nos queda en Flandes de acabar. Mientras S. M. tiene otras ocupaciones y esté con tantos gastos, y es solo contra tan gran enemigo (el turco), no tengo por bien trazar con este perro ninguna pendencia. Lo que creo puede aprovechar es tomar y desolar á Berbería, por quitar las ocasiones al enemigo de ofender los estados de S. M. y con las incursiones procurar hacer á los moros

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Sicilia.—Legajo 450.

intratable é inhabitable la costa, que mira á los estados de S. M.» (1).

Por fortuna, para emprender esta política, acreditada por la experiencia, había cambiado para el ardiente D. Juan el objetivo de sus ambiciones desde que, desvanecida la esperanza del suspirado reino de Túnez, D. Felipe su hermano le abrió los horizontes de Flandes á la muerte del comendador mayor de Castilla, D. Luís de Requesens, gobernador de aquellos estados. Casi exclusivamente al marqués de Santa Cruz quedó encomendada desde entonces la custodia del Mediterráneo. En ella se portó con la habilidad y el acierto que eran términos inseparables de la superioridad de su espíritu. Con un ojo sobre Génova, como en 20 de septiembre de 1515 escribía desde Nápoles al embajador de España en Venecia, Guzmán de Silva (2), ponía el otro, y toda su alma, en la reparación y aumento de la escuadra que comandaba, acudiendo al armamento de las galeras, á la organización de la gente y á la disposición de las cosas, de modo que en 3 de abril de 1576 volvía á escribir al embajador Guzmán de Silva que, después de haber empleado en esto gran trabajo, «ya

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Sicilia.—Legajo 1.142.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Diversos de Venecia.—Leg. 1.516.

tenía en orden las galeras, mejor y más sanas que nunca» (2). Lejos de temer la bajada de la escuadra turca que se anunciaba con sesenta ó setenta galeras, el animoso D. Álvaro de Bazán esperó su arribo á las costas de la Calabria. Los dejó desembarcar, y cogiéndolos entonces de improviso cayó sobre ellos, con gran pérdida y escarmiento. Recorrió después las costas de Berbería, subió hasta el mar de la Morea con cuarenta galeras; volvió á Sicilia; recogió allí cuatro mil soldados españoles; pasó á Malta, donde aumentó su armada con cinco galeras más y su ejército con algunos caballeros, y dirigiéndose á la isla de los Querquenes, albergue de piratas berberiscos y próxima á la costa de Trípoli, desembarcó en ella. No satisfizo su deseo la retirada de los isleños detrás de los pantanos para excusar su vista. Reconoció que se podían vadear entrando en el agua hasta el cinto, y mandando que con él pasasen dos mil arcabuceros y quinientas picas, y que los demás esperasen, para preservarlos de que con el agua se desluciese y maltratase el rico armamento y vestuario que llevaban, se propuso atravesar aquel paso peligroso.

Sin perjuicio de su obediencia, ninguno de sus soldados permitió dejar de tomar parte en aquella

(1) *Archivo general de Simancas.* — Secretaría de Estado. — Diversos de Venecia. — Leg. 1.518.

hazaña. Salvadas las lagunas, el bizarro marqués derrotó á los enemigos, cautivó mil doscientos moros, tomóles rico botín y señoreó la isla. En el reparto de la presa dejó generoso á sus soldados la parte que le correspondía, para manifestarles así su satisfacción y recompensarles por las pérdidas que habían sufrido. Sin embargo, no tuvo un hombre muerto ni un herido, y regresó, victorioso como acostumbraba, á invernar en Nápoles y Sicilia, dejando escarmentados á los africanos de la costa (1).

En premio á tan grandes servicios á fines de aquel año fué nombrado el marqués de Santa Cruz capitán general de las galeras de España. Aunque se le encargó viniera luego á la posesión del nuevo cargo, él demoró su arrivo á Barcelona hasta Mayo de 1578. De allí pasó á Cartagena, desde donde socorrió de nuebo á Orán, el Peñón de Velez y Melilla, que tantas veces habían sentido el amparo de su victoriosa espada.

(1) Mármol Carvajal: *Descripción general de África*, tom. ij, fol. 289.

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

XIV.

CAMPAÑA DE PORTUGAL.

AN aciaga como para España fué para Portugal su política conquistadora en el reino de Marruecos. Si casi un siglo entero de costosas tentativas y sangrientos descalabros debieron advertir á España que el límite de sus ambiciones en el continente líbico estaba señalado por el dedo del destino allí donde terminaba la natural demarcación de las avanzadas y defensas estratégicas de nuestras fronteras, Portugal, aun poseyendo varios establecimientos militares sobre el Atlántico y aun sobre el Mediterráneo, á la entrada del estrecho, parecía contrariado por la providencia y lanzado por el arcano impulso de la suerte á empresas de éxito más positivo, aunque más lejanas, en otras regiones del mismo África, en las del Brasil, en América, y en las de la India y el Asia meridional. El rey don Juan I, vencedor de Aljubarrota, habia sido con-

quistador glorioso de Ceuta en 1415. En 1471, D. Alfonso V, tomando á Tánger y Arcila, vengó los desastres del rey D. Duarte en 1436, y aun el suyo propio en la infortunada expedición de 1464. D. Juan II, bajo cuyo cetro se descubrieron los reinos del Congo y de Benin y se dobló el cabo de Buena Esperanza, hizo sus tributarios á los sheriffes mahometanos de la inmediata frontera de Marruecos. Bajo el ilustre rey D. Manuel, en cuyo tiempo se descubrieron y conquistaron la costa oriental de la Ethiopía con casi todas sus islas, el reino de Malavar, las costas del Brasil, los reinos de Narzinga, Quiloa, Cananor y Cochin, y las islas de las Maldivas y de Ceilán, y las armas lusitanas triunfaron de Ormuz en el golfo pérsico, y de las islas de Súmatra y de Goa, tomando posesión de la península de Malaca y obligando al emperador de China á abrir sus cerrados puertos al comercio portugués, y aun á consentir la fundación de Macao, á veinte leguas de la ciudad de Canton; se ganaron y fortificaron también las plazas de Mazagrán y de Azamur. Pero ya en Don Juan III la suerte se mostró más esquiva, aunque al morir este monarca sintiera no vivir diez años más para engarzar á su corona la de los reinos de Fez y de Marruecos. Á su hijo póstumo, el tan infortunado como animoso D. Sebastián, los azares de la ambición africana fueron más caros, puesto que rindió á su codicia las esperanzas de

la vida, aun apenas salido de la edad juvenil (1).

Había heredado este monarca, también nieto de Carlos V por su madre la infanta doña Juana de Austria, hermana de Felipe II, la sangre heróica que difundió el Cesar por las venas de todos sus descendientes. Llegó á la mayoría de la edad y al goce de la corona con el alma llena de románticas aventuras. Comunicólas con el rey de España, su tío, que en su entrevista con el joven príncipe, celebrada en Guadalupe el 24 de Diciembre de 1576, trató de disuadirle del arriesgado proyecto de conquistar á África, le pronosticó mal del éxito de aquella temeraria expedición, y no logrando persuadirle á desistir de ella, ofrecióle magnánimo aquel concurso moral y efectivo con que al cabo el desastre funeral de Mazalquivir en 1578 resolvióse en una misma derrota y en un mismo duelo para las dos coronas peninsulares. Bien había previsto Felipe II las graves consecuencias del esperado siniestro. La pérdida del ejército portugués en África podía envolver la muerte del joven monarca, quedando entonces la suerte de Portugal entregada á la am-

(1) Fray Bernardo da Cruz: *Chrónica de El Rey Dom Sebastiam.*—San Roman: *Jornada y muerte d'el Rey D. Sebastian.*—Barbosa Machado: *Memorias del Rey D. Sebastiam.*—Luiz de Oxeda: *Comentario que trata de la infelice jornada de el rey D. Sebastian en la Berberia, el año* 1578: Mss. de la Bibl. Nac. de Paris: S. F. 940.—*Carta á hum Abbade da Beyra.*—Mss. de la Bibl. Real de Lisboa.

bición de multitud de pretendientes codiciosos de su soberanía, y gravemente comprometidos los intereses de España, así por radicar en Felipe II el primer derecho para la sucesión de aquel trono, cuanto porque en el estado general del mundo y en el número y poder de los enemigos que tenía la casa de Austria en Europa, era de temer que todas las fuerzas con que Felipe II luchaba en Italia y Flandes, en las costas del Mediterráneo y en el mar de Inglaterra, concertasen su unión para buscar en Portugal, en la misma frontera de España, campo común de batalla hasta entonces remitido á comarcas tan lejanas del corazón de la patria.

Todavía el rey D. Sebastián no había puesto el pié sobre las naves para dirigirse á África, cuando ya la admirable previsión y prudencia del rey español comenzó á tomar sus medidas ante las vicisitudes que pudieran ocurrir. Dos hombres habían logrado infundir en su espíritu la mayor confianza para depositar en ellos el peso de asunto tan grave, en el caso de que un desastre total del ejército que D. Sebastián gobernaba viniera á plantear el nuevo y arduo problema que habría que resolver. Ambos se habían distinguido en las últimas campañas de mar y tierra, así en los mares de Levante y en las costas berberiscas como en los campos de combate de los Países Bajos, bajo la heróica conducta de D. Juan de Austria. Ambos habían merecido el dictado común de *rayos de la*

guerra. Era el primero el héroe del mar, el águila de la navegación, el relámpago del combate, don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Era el segundo el vencedor de Moungh, el cooperador más eficaz que el bastardo de Carlos V contó en Flandes para la pacificación de los Países Bajos, el estratégico más consumado de su siglo, Don Sancho Dávila, el soldado del Albis y del sitio de Roma, el castellano de Pavía y de Amberes, el general de la caballería en Dahlen y Middelburgo y conquistador feliz del castillo de Hoogstrat y de las islas Dubelant y de Thistesphidant. Concluídas las guerras berberiscas en el Mediterráneo, ya hemos dicho cómo Felipe II quitó al marqués de Santa Cruz el mando de las galeras de Nápoles para darle el más importante de las de España. Hecha la paz de Gante y evacuada Amberes de las tropas españolas, pasó Sancho Dávila á la capital de Lombardía, donde el gobernador, marqués de Ayamonte, ya tenía cartas de Felipe II ordenando al denodado Dávila su venida á España. Aquí solo recibió el nombramiento de capitán general de la costa de Granada (1); pero la intención del monarca indudablemente tenía otros alcances.

(1) *Archivo general de Simancas.*—Contaduría del sueldo.—Leg. 38.—(Instrucción que Felipe II dió á Sancho Dávila para el gobierno de la capitanía general de la costa de Granada.)—*Archivo del marqués de Miraflores.*—Correspondencia política de Sancho Dávila.

Los primeros servicios que el marqués de Santa Cruz prestó como capitán general de las galeras de España para los asuntos de Portugal, se circunscribieron á la protección de los puertos portugueses de Berbería y al envío de buques á la costa de Arcila para recoger los restos del ejército derrotado. Gran parte de los soldados que no murieron en el combate, quedó dispersa, gran parte cautiva. De estos fueron muchos rescatados: entre ellos el conde de Barcelos, casi niño, pues solo tenía doce años, y uno de los más ilustres próceres de Portugal como segundogénito de los duques de Braganza. Recibido en la armada de D. Álvaro de Bazán con las consideraciones de su rango, fué conducido á Gibraltar, y de allí á Sanlúcar al lado de sus próximos parientes los duques de Medina Sidonia, después de haber sido el marqués de Santa Cruz el portador de los 40.000 ducados que costó á Felipe II su rescate y el del embajador de España cerca de la persona del malogrado D. Sebastián, D. Juan de Silva, también cautivo en el común desastre. No cogió, ciertamente, desprevenido al heróico caudillo del mar la ejecución de estos servicios, pues desde su llegada á la Península había empleado su infatigable atención, no solo á la limpia del puerto de Cartagena y á la construcción de los muelles de Gibraltar, sino al crucero de las costas de Andalucía contra los corsarios que salían de la de Fran-

cia á perseguir las flotas de Indias, y á la reforma, reparo y fomento de sus buques en los arsenales de Palamós, Cartagena, Tarifa, Cádiz y Sevilla. Para la protección de los portugueses en África el marqués de Santa Cruz se estableció en el Puerto de Santa María, y desde allí dirigió las escuadras, encomendadas á Pedro Venegas, para visitar con sus galeones y caravelas la costa berberisca, habiendo dispuesto le obedeciesen los capitanes, maestres y gente de mar que navegaba en estos buques (1).

A la muerte del rey D. Sebastián, los portugueses proclamaron al cardenal infante D. Enrique, hermano del rey D. Juan III y tío del que acababa de sucumbir en África, á pesar de su edad avanzada y de la jerarquía eclesiástica de que estaba investido. El problema para el monarca español quedaba planteado y su derecho á la sucesión de Portugal, como hijo de la emperatriz doña Isabel, la mayor de las hijas del rey D. Manuel, contrastado por los que representaban la duquesa de Braganza doña Catalina, hija del infante D. Duarte, hermano de la emperatriz; el duque de Saboya, como hijo de la infanta doña Beatriz, hija segunda del rey D. Manuel; Alejandro Farnesio, duque de Parma, hijo de la infanta doña

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Legajo 160 sin foliar.—(Correspondencia del marqués de Santa Cruz con S. M.)

María, hermana mayor de la duquesa doña Catalina; el prior de Ocrato D. Antonio, hijo bastardo del infante D. Luis, tercer hijo del rey D. Manuel, y finalmente la reina regente de Francia, Catalina de Médicis, como descendiente del rey Don Alfonso III y de la condesa Matilde de Boloña. Solo Inglaterra no presentó títulos á la herencia. Así y todo se consideraba dispuesta á prestar su cooperación á todo candidato osado que disputara á Felipe II su derecho preferente político y natural incontrastable. Ante esta situación quiso el rey de España sosegar los escrúpulos de su conciencia por medio de su leal consulta á los juristas y á los teólogos más hábiles de su tiempo, dirigiéndose con este fin á todas las universidades de la monarquía y á las órdenes monásticas más acreditadas por el cultivo de los conocimientos que prestaban á los dictámenes de la jurisprudencia el valioso concurso de la teología. Todos los pareceres se emitieron en su favor, lo mismo el de los teólogos dominicos, representados por el Padre Fray Diego de Chaves, que el de los maestros del derecho en las universidades del reino, representados por el Dr. Barbosa. Entonces solicitó por medio de sus embajadores en Lisboa que el cardenal rey le designase en su testamento como su único heredero. El valetudinario D. Enrique no quiso deferir á esta pretensión sin el concurso de las Cortes del reino. Pero el Parlamento congre-

gado para este fin acordó lo que Felipe II solicitaba, y entonces se hizo notoria aquella calificación suprema de su mejor derecho.

El brazo eclesiástico y el brazo noble de Portugal habían sancionado con su voto el deseo del monarca español; pero la opinión general en el pueblo se hallaba muy dividida. Los más querían monarca de cuna lusitana: quiénes designaban al duque de Braganza; quiénes al prior de Ocrato, D. Antonio. En este pleito era de presumir se llegase á la prueba de las armas, y Felipe II, que nunca se dejó sorprender por los sucesos, dióse prisa á organizar los elementos militares con que en último resultado habría de salir á la defensa de sus intereses. Inmediatamente mandó formar en la costa de Andalucía una armada de naos y galeras y otros bajeles que estuviera dispuesta, bajo la disciplina del marqués de Santa Cruz, para lo que se le ordenara. Á los vireyes de Italia y á los gobernadores de Lombardía y Flandes, del mismo modo compelia á la organización de las fuerzas auxiliares que trataba de traer á la Península, y en las demás coronas y Estados peninsulares ordenaba hacer levas de soldados prestos para la ocasión. Una carta dirigida con tal motivo desde San Lorenzo el Real, á 6 de Octubre de 1579, á D. Sancho Dávila, capitán general de la costa de Granada, disponía hiciese poner en órden tres compañías de 200 caballos, que habían de alojarse en Marbella

y Estepona y residir en ellas, para que desde allí pudiesen ir adonde conviniere, «haciéndolo con disimulación y destreza, sin que se entendiese habían de salir de aquella costa, para que no se deshagan, ni ausenten.» Casi simultáneamente el rey dirigía á aquel soldado de tanta experiencia una consulta sobre la guerra probable en Portugal á la muerte del rey D. Enrique, y antes de llegar la respuesta de Sancho Dávila ya le dirigía otra carta que á la letra dice así:

El rey.—Sancho Davila, nuestro capitan general de la costa de Granada: como sauedes, hauemos mandado formar en la costa del andaluçia vna armada de naos y galeras y otros baxeles, en que tenemos hordenado se embarquen asta catorze mil soldados españoles, y nueve mil italianos y çinco mil alemanes y los ducientos cauallos que como se os a scrito auemos mandado se pongan á punto y apresten, de los que siruen en la costa de ese Reyno, y otros ducientos que se an de tomar de la ciudad de Xerez de la frontera y asta otros treynta ó quarenta de la ciudad de gibraltar y asta quatro mil gastadores y cantidad de artillería y muniçiones con los artilleros y offiçiales conuenientes al seruicio della, y auemos dado cargo de la dicha Armada y del efeto que se a de hazer con ella al marques de sancta cruz, nuestro capitan general de las galeras de España; y á uos auemos nombrado para que seais nuestro maestre de campo general de toda la gente que della se sacasse y pusiere en tierra, en qualquier parte que fuere y que tengais y lleueis cargo de dicha cauallería y el manejo y buena disciplina della, de que nos a paresçido aduertiros para que lo tengais entendido. Y os mandamos

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA · Granada ·

que al tiempo el marques de Sancta cruz os auisare que lo es y conviene que vais á embarcaros en la dicha armada con la dicha cauallería, lo agays assi. Aquel os entregará el despacho nuestro que uereis y se os a de dar para el exercicio de dicho cargo: y en lo que tocare al tiempo que la gente de la dicha armada anduuiesse por la mar se ha de guardar lo que asta aquy se á acostumbrado. De aranxuez á 20 de Otubre de 1579.—Yo EL REY.—Por mandado de su mag.d—*Juan Delgado* (1).

La consulta á que antes nos hemos referido no tardó Sancho Dávila en evacuarla, conteniendo puntos políticos y militares muy discretos, en que coincidieron los proyectos formulados por el rey, ó que dieron la norma en la parte principal del plan con que se desarrolló la habilísima empresa de la ocupación militar del vecino reino lusitano. La consulta de Felipe II había de sujetarse á dos términos indeclinables: primero, al de que la guerra no podía ser larga por los muchos inconvenientes que se podían ofrecer, no solo por los gastos y pérdidas de gentes, sino porque Portugal tenía Indias y tierras en Berbería que habían de correr graves riesgos, S. M. muchos reinos, señoríos y fronteras que podían ser atacados, y en

(1) ARCHIVO DEL MARQUÉS DE MIRAFLORES.—*Correspondencia política de Sancho Dávila.*—Este documento se halla inserto en la pág. 242 de la *Vida del general español D. Sancho Dávila y Daza* (Madrid, por T. Sanchez, 1857), que escribió el mismo marqués de Miraflores.

consideración especialmente á lo vidrioso de los tiempos de religión y rebeliones que se atravesaban. Finalmente, Felipe II quería conocer la opinión de D. Sancho Dávila acerca de la persona á quién se debía encomendar el mando supremo del ejército, ya determinase ó no aquel monarca asistir personalmente á la ejecución de su plan.

El dictamen de Sancho Dávila era que el éxito de la empresa consistía: primero, en tener numerosa armada y fuerzas en el mar con que poder quitar los socorros de fuera de gente y vituallas; segundo, en que habiendo de venir armada de Italia con gente, vituallas y municiones, y llevando la artillería y gastadores que se requería con todos los demás pertrechos necesarios de todas suertes para ofender y defender y oficiales para combatir y expugnar y repasar las tierras, parecía que lo más conveniente para abreviar la guerra sería ir sobre Lisboa, como cabeza del reino, procurando ganar los castillos de la boca del Tajo ó por fuerza ó por maña, para poder tener nuestra armada y las vituallas seguras; tercero, en reconocer los desembarcaderos para el ejército, «y que el marques de Santa Cruz y otras personas muy pláticas estén muy satisfechos dellos, y quantos son y si son de calidad que con algun fuerte los puedan defender, ó aziendo trincheras, y particularmente desde Cascaes hasta el castillo de San Joan de Belen, que es donde paresce conuernia mas desembarcar. El

castillo de Cascaes, añadía textualmente el informe, se entiende que es de un cauallero y ques poca cosa, y conuernia ganalle por la via que se pudiese»; cuarto, en meter por la mar la gente en tierra, llegada la armada y gente de Italia, llevando las naos y otros bajeles «á jorro» con las galeras y con toda la presteza posible, y amenazando otras cosas con apariencias, para no encontrar opósito serio en la operación; quinto, en llevarlo todo hecho y ordenado, en lo que se pudiere, y pues iban gastadores en número, construir un fuerte ó trincheras para tener desembarcadero para nuestra gente y poder ordenarla y concertarla; sexto, en cobrar el castillo de la boca de la entrada de Lisboa, con lo que se rendiría la ciudad, para cuyo efecto habíase de juntar también la gente de tierra que fuese necesaria con la que hubiera entrado por mar; séptimo, en poner todo el esfuerzo en hacer la jornada por el mar desde un principio, toda vez que estuvieran asegurados los inconvenientes del desembarco, y que para la operación por tierra, después de asegurar también los aprovisionamientos, se dispusiera un ejército de veinticuatro ó veinticinco mil hombres, con la correspondiente caballería, con lo que seríamos superiores á ellos; octavo, llevar personas prácticas para los cargos y oficios militares y «acometer con quatro ó cinco mil hombres por la parte de Andalucia y de Galicia con buenas cabezas y cubrir nuestras demás fronteras

para las invasiones dellos, executando la guerra por mar y tierra, pudiendose».

Respecto á las fuerzas de mar, D. Sancho Dávila añadía en su informe: «el número de cinqüenta galeras me paresce que son artas para el opósito de las que ellos puedan tener, estando bien artilladas y bien armadas como conuiene. Las treinta naos tambien paresce que bastan, si están armadas, artilladas y tripuladas de los artilleros y marineros que an menester, y estos, si se entiende no los ay pláticos en España, que se traigan de Nápoles, y sauer si estas naues que se traen de leuante son apropósito para la mar y puertos de Portugal, y si son suffiçientes para traer las municiones y los veintemill hombres que han de venir de Italia; porque para esto seria menester mas Baxeles; y si ay en los puertos de España algunas naos de armada, se pueden embargar hasta ver como uienen las de Italia. Las galeras seria bien se despachen, pues el marques de Sancta Cruz las a pedido, que el saurá para el efeto que son; y se pueden juntar con ellas algunas pinazas, que las tengo por de mucho servicio para desembarcar gente y municiones.»

La entrada por tierra, «llevando cabeza tal qual conuiene», con los dieciocho ó veinte mil hombres calculados y dándose la mano con la escuadra y el ejército del mar, «se ha de hazer por tierra derecho á Lisbona, por ser la cabeza y don-

de están los concejos y todos los que gouiernan, caminando por la parte que vuiesse tierra mas llana para la gente y las uituallas, juntandose en extremadura, queriendo hazer la entrada por allí, ó si pareziese mejor por estotra parte del tajo por ciudarrodrigo por estar Lisbona desta parte; pero en caso que nuestra armada de mar, en que se haze quenta podrian yr doze ó catorce mil hombres, pudiesse passar y ganar la entrada del río de Lisbona y passar adelante della, paresce ser mejor entrada por tierra por la parte de Badaxoz ó Alburquerque.»

Prefería D. Sancho Dávila la infantería italiana y la de Orán, que se esperaba, á las levas de gente nueva; tenía por cierto que con la caballería, gente de armas y artillería que podía contar, había suficiente, y emitía el parecer de que con el marqués de Santa Cruz bastaba para el mando del mar, pues «con las galeras de Juan Andrea Doria y particulares y los mil hombres de Lombardia poco efeto se podría haçer; si ya no fuesse con inteligencia ocupar alguna plaza ó darle órden anduuiesse costeando contra nauios corsarios.» Finalmente acerca del jefe militar supremo de la expedición decía: «No auiendo de asistir su Mag.d en persona, se neçessita nombrar general de grande auctoridad y opinion; pues en lo que mas suele aprouechar é importar es en la guerra, y no sé que se pueda echar mano de otro que del duque

de alua por las razones que ay, y por la opinion tan general que tiene en todas partes, y aun quando su mag.d huuiesse de yr tampoco paresce conuendria yr sin él: mas en caso de estar impedido por falta de salud ó otra cosa, yo no sauría qué dezir, sino que su mag.d tiene muchos grandes señores en España, que encomendandolo con buenos consejos son para qualquier empressa, y particularmente los hijos del duque dalua, que tienen mucha plática y experiencia, y el prior don hernando esta en cargo y sin ympedimiento y se saue su sufficiencia y el conocimiento que tiene de los soldados (1)».

Disturbios domésticos ocasionados por el tercer matrimonio de D. Fadrique de Toledo, primogénito y sucesor del gran duque de Alba, D. Fernando, con su prima doña María de Toledo, hija de D. García de Toledo, marqués de Villafranca, y de la marquesa Victoria Colonna, habían causado el enojo del rey, que sin consideración á los heróicos servicios prestados por el duque al emperador su padre y á él mismo en tantos memorables mandos de Estados y de ejércitos triunfantes, envióle preso al castillo de Uceda, cerca de las montañas de Guadalajara. Por esta razón, y porque en la corte se entendía que el marqués de Santa

(1) Archivo del marqués de Miraflores: *Correspondencia política de Sancho Dávila.*

Cruz apoyaba la designación de otro prócer desairado, el marqués de Mondejar D. Íñigo López de Mendoza, en desagravio de habérsele relevado del gobierno superior político y militar de Nápoles (1), no podía dejar de ser motivo de contrariedad el dictamen de Sancho Dávila sobre el mando supremo del ejército de Portugal. Pero prevaleciendo en todos los ánimos las inspiraciones del patriotismo, entonces tan elevadas y tan puras, las cosas se resolvieron de la manera más satisfactoria. Consultó el rey al duque sobre el importante mando que le había de dar. Pospuso este el servicio al soberano y á la patria á sus propios padecimientos y lo aceptó sin vacilar, aun sufriendo el nuevo desaire de no dejarle llegar á la corte ni aun á recibir sus instrucciones.

Consultóse del mismo modo al marqués de Santa Cruz sobre su obediencia al duque de Alba, y en capítulo de carta de 29 de Junio de 1580, don Álvaro de Bazán manifestaba al rey su completa sumisión á este mandato, al darle cuenta de los

(1) Il duca d'Alva era giudicato da tutti per la migiore elettione che si potesse fare; ma non si credeua che il Rè douesse volerlo liberar della prigioni in che era. Il marchesse di Mondegiar, venuto del gouerno di Napoli, ambiua il carico e molti stimauano douesse conseguirlo per compensarlo il Rè della poca satisfattione che hauesse hauuto di essere leuato d'Italia.» Jerónimo de Franchi Conestaggio: *Dell'vnione dal regno di Portogallo alla corona di Castiglia.*—(Genova: per Girólamo Barloti, 1589.)—Libr. jv, página 162.

demás asuntos que concernían á la escuadra que gobernaba. Los términos de este curioso documento son los siguientes:

S. C. R. M.—Recibi la carta de V. M. de los veinticinco deste, y en quanto á la partida del Armada, haré lo que V. M. manda, y assi salí luego á esta baya con las galeras á hazer embarcar el aguada en las naos y algunas otras bituallas que les faltan por cargar que por auer hecho seis dias de leuantes y malos tiempos despues que escriuí á V. M. se a alargado el despacho de la dicha armada, y assi se ganará el que se ha perdido y con toda la priesa del mundo se embarcará el aguada y lo demas y partiré de aqui y el correo que vino con este despacho entretendré, para que uaya con auiso del dia que saliere, y á todo lo que hay que hazer el doctor Francisco Duarte, D. Hernando Hurtado de Mendoz y luis de varr.das me ayudan con mucha diligencia.

Las quince naos que V. M. a mandado vayan á las yslas de las açores á cargo de D. Alonso de baçan acaban oy de embarcar la artilleria que an de lleuar y toda la bitualla tienen dentro, y e encargado á Don Alonso de leyua que con las galeras de Sicilia les ayude á hacer el aguada. Falta la resolución de V. M. de los soldados que an de lleuar y con esto estarán en orden. De la gente que pensaua yo tomar de las naos, he entendido despues que aqui llegué que es mucha menos de la que crey que huuiera, y de la ynfanteria que se ha de leuantar de nuevo, me paresce que ay que hazer quenta porque tardará mucho en hazerse y venir á embarcarse, por la breuedad con que vendrán las flotas de las Indias.

En el Armada quedan veynte naos con las que se han tornado á recibir al sueldo de los licenciados y no

se pudo cumplir el numero de las veynte y quatro que V. M. manda, por no auellas. Para poder seruir no siendo todas las despedidas buenas para yr á la jornada, vna Arragozesa quedó, que está adereçandose y estará en orden de aqui á quinze dias, que es de ochocientas toneladas y muy buena nao y podrá yr tras el Armada con la vitualla que hubiere para embarcar en ella y embialla.

Advierto á V. M. que las galeras y las naos han de hazer differente nauegacion de aquí á Settubal, y assi con las chalupas, carauelas y varcones abré yo de yr á tierra y las naos á la mar, si ya el tiempo no terciase de manera que pudiesemos yr juntos.

En lo que V. M. manda que hasta juntarme con el exerzito no emprenda cosa alguna con el Armada y que cumpla órdenes que diere el Duque de Alua, lo cumpliré todo como V. M. manda.

Por ganar tiempo embio ocho galeras á seuiya y quatro á Sant Lucar por el vizcocho que en ambas partes tiene el factor y otras muchas cosas para el armada que por falta de varcos no las he podido hacer conduzir hasta á ora.

A la partida de Aqui se embiará á V. M. relacion de la vitualla que va en el armada que por lo que aora entiendo me paresce que es poco y que comberná que V. M. mande que no pare la fabrica del bizcocho y que tambien se prouean de los demás géneros de vituallas, para que se puedan ir embiando tras el Armada; y la misma prouision combendria hacer en galizia, que como he escrito á V. M. es breue y cierta nauegacion desde aquel Reg.° á lisbona y Settubal.

El factor Antonio Manso me mostró ayer una carta del capitan de çeuta que embio á V. M. por donde se entiende quan apretada y arriesgo de perderse está

aquella plaza, y tambien me ha dicho que si es la voluntad de V. M. que él la prouea, que lo hará, mandandole V. M. pagar lo que en ello gastare, porque los gouernadores de portugal a muchos dias que no le proueen dinero para ello. Guarde nuestro señor la S. C. R. persona de V. M. con el aumento de mas Reynos y estados que los basallos de V. M. desseamos. De la bayà de Cadiz á 29 de junio de 1580.—S. C. R. M. criado y basallo de uuest.ª mag.d — *Don Aluaro de Baçan* (1).

Las operaciones por mar que se dejan entender de la lectura del anterior documento, demuestran que así como Felipe II y el duque de Alba habían aceptado el plan de campaña propuesto en su informe por Sancho Dávila en lo concerniente al ejército de tierra, del mismo modo se seguía en lo relativo al mar el parecer del marqués de Santa Cruz. Este documento, que es de importancia y nunca se ha publicado, está concebido en los términos siguientes:

+ — *Relacion de la armada que se junta en el andalucia y de la gente que conuendria que lleue para los hefetos que paresce que se deuen emprender con ella en Portugal.*

—

ay treynta y siete galeras despaña, de las quales quedará vna que es muy vieja y ynauegable con los enfermos ynvtiles y podian seruir treynta y seis.

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Guerra.—Leg. 100.—(De la colección de Documentos históricos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

de sicilia an uenido 10 galeras rreforçadas de las 16 de aquel rreyno.

de nápoles vienen xx galeras rreforçadas de las 28 de aquel rreyno.

de Juan Andrea y particulares y de las del cayo de marçelo ay 23 galeras en esta costa, de las quales dexó dos en cartagena y tienen, en esta baya 21.

que son todas 87 galeras.

ay embargadas y puestas en orden para seruir en el armada 60 chalupas y barcones que han de seruir de lleuar cauallos juntamente con las galeras y mulas para tirar del artilleria, vituallas, ynfanteria y muniçiones.

Hase acordado que aya una armada de 30 naos y doze zabras. Las zabras apronta Juan Nuñez de rrecalde de vizcaya y las naos han de ser de las que an venido de Italia y se esperan con los alemanes en que abrá el número de las dichas 30 naos. Sobre este armada conuiene lleuar 30.000 infantes, 4 ó 5.000 gastadores y 500 cauallos, los quales están preuenidos, 200 del rreyno de Granada del cargo de Sancho Dávila y 200 de Xerez y çiento que se an de procurar sacar de galeras y para el cumplimiento dellos están preuenidos los duques de arcos y alcalá para que los embien.

Assi mismo conuiene lleuar la Artilleria neçessaria de vatir y campaña, para poner en tierra, que está tambien reunida y puesta en orden en la ciudad de Cadiz para poderla embarcar.

hanse de embiar desta armada á las yslas de bayona x naos con mill soldados para questén á cargo de don pedro de Valdes y las doce zabras que Juan Nuñez de rrecalde pone en orden en vizcaya, para que con estos veynte y dos baxeles, poniendo en ellos otros 3.000 soldados, que se han de hazer en astúrias y galicia, ande el dicho don pedro de valdés sobre las dichas yslas,

procurando de tomar los nauios que fueren con trigo á lisbona y á los puertos de portugal y estoruar qualquier socorro de gente extrangera que viniessen á aquel reyno en fauor de los portugueses.

Las naos rrestantes, chalupas y barcones, manda su mag.d que vayan á cargo de Don alonso de baçán, en compañia de las galeras que haurán de empezar luego la guerra de portugal: combendria que yo partiera con esta armada á los 12 ó á los 15 de abril á la corte del Algarue y que alli tomasse á villanueva de portoman, ques vna tierra cercada de mas de mill vezinos y con comarca de poderle venir socorro. El puerto capaz para el armada de galeras, chalupas y barcones y el mejor que ay en el algarue, aunque naos muy grandes no pueden entrar dentro; y sí combiene y es forçoso tenerle por de su mag.d

de villanueva á lagos ay dos leguas: es de mas de 2.000 vezinos, y por no tener puerto no abrá para que poner pie en él, sino passar cinco leguas mas adelante con el armada y ponerse sobre el castillo de sagres, que es en el cauo de san vicente; y es forçoso tenerlo por ser allí surgidero y buena estancia de leuada para doblar el cauo y nauegar la buelta de lisbona, que por ser ya descubierto del todo el oceano, doblando el cauo, arbola mucho la mar y es costa muy braua la otra banda del cauo. Yendo la buelta de lisbona conviene pasar las galeras muy cerca del cauo, y esto no se puede haçer sin dar fondo con el armada sobre el dicho cauo, para esperar el tiempo, como muchas vezes es forçoso hacerlo, sin tener el dicho castillo de sagres, y para tomallo conuiene sacar la artilleria y vatirlo y buen golpe de gente por el socorro que tiene.

tomado el castillo de sagres y doblado el cauo de san vicente con el armada, conuiene yr sobre settubal, que

es treinta leguas del cauo, de la buelta de lisbona, y lugar grande y con vn fuerte sobre la voca del cauo del rrio, capaz para todo la armada, y adonde pueden entrar tambien las naos grandes, y para tomar á settúbal conuiene sacar artilleria á tierra y la gente de la armada. Teniendo á settubal, puede el armada yr á sezimbra, que junto á ella ay vna estancia que llaman la rráuita, que es legua y media de settubar. Es puerto seguro para las galeras, chalupas y barcones, aunque no pueden entrar en él las naos, y en esta distancia no puedan enemigos hazer daño á la armada por ser despoblado.

de la rráuita á cascales ay siete leguas. Junto á cascales conuiene desembarcar la gente de la armada, caballos y la artilleria y yrse á poner sobre el castillo de S.n Juan que es en la boca del rrio de lisbona, que está á dos leguas de donde se desembarcare la gente y artilleria. Es plaça hecha á la moderna, capaz de mucha gente y bien artillada, aunque me dizen no tiene hecho el foso. Tomar este fuerte, á mi juicio, es muy importante para portugal, y assi conuiene hazer todo el esfuerzo possible en la expunacion dél, vatiendolo de tierra y por mar. Ganado el castillo de san Juan en tierra, el armada en el rrio de Lisbona yrá sobre los castillos de belen y caparica, que está enfrente el vno del otro, que á mi me paresce se tomarán con facilidad, y si á este tiempo hubiere..... (1) y la gente de los señores y ciudades como está repartida por ser distintos, viniendo al tiempo el exército sobre lisbona que estuuiesse ya el armada en el rrio, y apretando la ciudad por la vna y otra parte y embarazando el tumulto de la

(1) Roto el original.

rrestante del reyno con la gente que entrasse de los señores y ciudades, podria ser tener segura esperanza de señorear la ciudad, que es la caueza y mérito principal de aquel rreyno, con la qual seria forçoso que lo rrestante dél viniesse á la evidencia de su mag.d como forçosamente seria assi, por no poderles entrar socorro de gente extrangera, teniendo el rrio y los puertos, y andando en la costa el armada de naos, como porque tambien le faltarian el trigo que aora les biene por mar, sin lo qual no es possible sustentarse portugal, por ser tierra muy esteril, y proueida de lo necessario por mar.

Esto es lo que me paresçe se deue hazer con el armada y gente della por la noticia que tengo de la costa y rrio de lisbona.—*Don Aluaro de Baçan* (1).

Ahora veremos qué papel representan en el curso de los sucesos posteriores los informes que sobre la ocupación militar del vecino reino dieron generales tan experimentados como el marqués de Santa Cruz, general que fué de la escuadra de operaciones, y Sancho Dávila, jefe del estado mayor general del ejército que tan bizarramente mandara el gran duque de Alba.

(1) *Archivo general de Simancas*—Secretaría de Guerra.—Leg. 100—(De la colección de Documentos históricos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

XV.

LA RENDICIÓN DE LISBOA.

No es posible concebir un ejército más brillante que el que Felipe II reunió para entrar en Portugal y tomar la posesión de la corona que le deparaban juntamente el derecho y las exigencias del interés político y de la seguridad de su estado. Todos los dominios sobre que ejercía su soberana autoridad concurrieron para ser testigos á la vez que actores de su triunfo. D. Fernando de Toledo, gran duque de Alba, quedó nombrado general en jefe de la expedición. Sancho Dávila era el maestre de campo general. Los soldados venidos de Italia, bajo el mando de Francisco de Médicis, hermano del gran duque de Toscana, formaban las tres coronelías de Próspero Colonna, Vicenzo Caraffa y Carlos Spinelli. El conde Jerónimo de Lodron comandaba los alemanes, y los tercios españoles, cada uno de trece banderas, llevaban por maestres de campo á D. Rodrigo Zapata, D. Luís Enríquez,

Antonio Moreno, D. Gabriel Niño de Zúñiga, Pedro de Ayala y D. Martín de Argote, cuyos nombres bastaban para acreditar la acertada elección de caudillos que se había hecho. De la caballería cuidaba D. Fernando de Toledo, hijo del general en jefe, y de la artillería D. Francés de Álava, el mejor bombardero que tenía España. El duque de Osuna en Lisboa llevaba el hilo de la negociación diplomática con el embajador Don Cristóbal de Moura, mientras que, como una cintura de hierro, cerraban toda la frontera con sus gentes de guerra el conde de Lemos, D. Pedro de Castro, y el conde de Monterey, D. Gaspar de Fonseca, por la parte de Galicia; el conde de Benavente, D. Juan de Pimentel, y el conde de Alba de Liste, D. Diego de Toledo, por la provincia de Tras-os-Montes; el duque de Alburquerque, D. Beltrán de la Cueva, y el marqués de Villanueva, D. Fernando Enríquez, por Extremadura; el marqués de Cerralvo, D. Juan Pacheco, por la Vera de Plasencia, y por el Algarve el duque de Bejar, D. Francisco de Zúñiga, y el de Medina Sidonia, D. Alonso de Guzmán. Finalmente, por la parte de Andalucía subía hacia la desembocadura del Tajo y las murallas de Lisboa la gran armada que dirigía el marqués de Santa Cruz, D. Álvaro de Bazán, mientras que tapaba las bocas del Miño y del Duero D. Pedro de Valdés con todas las naos y zabras sacadas de los

puertos de Galicia, de Asturias y de Vizcaya. El mismo rey Felipe II, en persona, quiso presidir tan bien concertada acción político-militar; mas como advirtiéranse con oportunidad los inconvenientes de que él se expusiera á los riesgos de la jornada, contra cuanto demandaba toda razón de estado y guerra, plantó sus reales en Badajoz para salir á tiempo (1).

No es nuestra misión reseñar detalladamente las operaciones de esta empresa, sino la parte que en ella tomó el marqués de Santa Cruz, que estacionado en el Puerto de Santa María después de la rota del rey D. Sebastián en África, desde allí dirigía la acción de sus naves, ya en la vigilancia de uno y otro mar, ya en el auxilio á las playas portuguesas de África, ya en la reparación de las naves y fortalezas bajo su custodia, ya en la reunión de los buques, en el alistamiento de la gente y en la provisión de armas, municiones y vitualla para la gran empresa en que había de desempeñar un papel tan importante. En carta de 25 de Marzo dirigida á S. M., antes de que estuviese puntualizado ningún plan de guerra, decía que «lo de la ida con la armada á doblar el cabo de San Vicente para tomar la vuelta de Lisboa, le imponía la necesidad de ocupar antes á Villanova de Portimán y el castillo de Sagres. Hecho esto en Mayo, añadía,

(1) VANDER HAMMEN: *Felipe el Prudente, segundo de este nombre.*—Fol. 62.

podría doblarse el cabo de San Vicente, por saber por experiencia de muchos años que anduvo por aquella costa con la armada de galeazas y naos, que en dicho mes había buenos pasajes, que favorecían las operaciones (1). En vista de este y otros informes se le demandó su parecer, que ya dejamos publicado en otro lugar.

El nombramiento para el mando superior del ejército de Portugal no se expidió en favor del duque de Alba hasta mediado abril, cuando ya, obedeciendo las órdenes de S. M., se hallaba sobre la frontera de Andalucía (2). Franchi de Conestaggio, á quien siguieron Cabrera de Córdoba y Vander Hammen, refiere que el duque de Alba, por no haberle permitido el rey llegar á Madrid á tomar las instrucciones, *diceua che lo mandaua ad acquistar Regni strascinando le catene e i ceppi: tale era la seuerità di Filippo, e la obidienza di si gran ministro;* pero la carta que desde la Zarza escribió el duque al secretario Zayas, después de recibir el título de su mando, solo dice: «lo diré mientras uiua, por tener cada ora mayor contentamiento de uerme buelto en la graçia de su mag.d que es lo que yo mas e desseado y sentido en mis

(1) *Archivo general de Simancas*—Secretaría de Guerra: mar y tierra.—Legajo 100.

(2) La minuta original de este título, enmendada *manu propria* por Felipe II, tiene la fecha del 7 de abril.—(*Archivo general de Simancas.*—Secretaría de guerra: mar y tierra.—Leg. 95.)

trauajos, el auelle dado ocasión de disgusto» (1). Dos días después, desde Llerena comunicaba que había despachado correo al marqués de Santa Cruz para que fuera á conferenciar con él y á ponerse de acuerdo sobre las operaciones combinadas que habían de realizar uno y otro ejército. También remitía la resolución del tiempo en que se había de mandar caminar la infantería, á lo que acordase con el marqués de Santa Cruz, «porque hasta entonces, aunque yo tengo hecho el itinerario, no conuiene sacarla de sus aloxamientos» (2). En otro despacho al rey decía que «la venida del de Santa Cruz era muy neçessaria, para ganar tiempo, porque en muchos dias, con ydas y vennidas no se pudiera acertar el casamiento de la mar y de la tierra».

El marqués de Santa Cruz llegó, en efecto, á Llerena el día 26, y aun en carta del 27 el duque comunicaba á Felipe II: «comenzamos á negociar luego y esta mañana boluimos á la plática con resolucion de acuarla esta tarde. Dióle un poco de calentura: no le a dexado de negociar.» En otra carta al secretario Juan Delgado también le manifestaba el duque que en todo lo tratado se hallaban de acuerdo, sin más punto de diferencia sino que el marqués de Santa Cruz se proponía

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 43.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Guerra: mar y tierra.—Legajo 97.

tomar á su paso por la costa del Algarve el castillo de Sagres para asegurar la operación de doblar el cabo de San Vicente, y el duque creía que no había de parar en el Algarve una sola hora, para concurrir casi simultáneamente los dos en Setubal (1). Santa Cruz, de vuelta al Puerto de Santa María, trató de activar los preparativos para el embarque, aunque el 17 de mayo escribía á la vez al rey y al secretario Delgado dándoles cuenta del estado en que se hallaba la armada y representando al primero y advirtiendo al segundo «que si no estaba más adelante era por la falta de dinero» (2). Á pesar de todo, el 26 volvía á noticiar á S. M. que había ordenado descubriesen la carena y limpiasen seis naos de la armada, para andar más, por si era conveniente enviarlas á las Azores á esperar la flota de Indias ó á practicar cualquiera otra operación. Todavía desde la bahía de Cádiz en 4 de junio se lamentaba con el secretario Juan Delgado de la detención de la armada, así por no haber llegado las naves que de Italia conducían Juan Andrea Doria, D. Juan de Cardona y D. Alonso de Leiva, como por la carencia de dinero, que paralizaba su actividad en los arsenales y en los almacenes. Lo de la seguridad de la

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 413.—Secretaría de la Guerra: mar y tierra.—Leg. 97.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de la Guerra: mar y tierra.—Correspondencia.—Leg. 100.

flota de Indias debió agradar en la corte, porque sin duda con su aprobación ya noticiaba desde el Puerto de Santa María en 25 de junio que había puesto en orden quince naos al cargo de su hermano D. Alonso de Bazán para que fuese á las Azores, «cuyo golfo es grande y malo, añadía, por haberlo ambos pasado muchas veces» (1).

Las galeras de Nápoles y Sicilia se hallaban surtas en la amplia bahía de Cádiz desde abril. El marqués de Santa Cruz mandó meter en las que mandaba D. Juan de Cardona doscientos cuarenta y ocho barriles con ciento setenta quintales de pólvora, y en las de Sicilia del mando de D. Alonso de Leiva, por muerte de Fabricio Colonna que las sacó de Messina, ciento cincuenta y seis barriles con ciento tres quintales de aquella materia explosible y además ciento diez quintales de cuenta de arcabuz, ciento diez quintales de plomo, ciento cincuenta cofas, ciento setenta y seis zurrones de cuero para pólvora, veintisiete mazos de madera, ciento sesenta y ocho picos de hierro, cuatrocientos cinco azadones de pico y pala, doscientas diez azadas de hierro, trescientas veinte palas del mismo metal y dieciseis escalas para murallas (2). Por la

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de mar y tierra.—Leg. 100.

(2) «Relación que dió Andrés de Alba de las municiones que por orden del marqués de Santa Cruz se embarcaron en Cádiz en las galeras de Nápoles y Sicilia.»—*Archivo general de Simancas.*—Secretaría de la Guerra: mar y tierra.—Leg. 111.

misma fecha partía D. Francés de Álava de Sevilla con las barcas para los puentes, gastadores, artillería, municiones y lo demás de su cargo, y los maestres de campo Francisco de Valencia, D. Rodrigo Zapata y D. Martín de Argote con sus banderas respectivas se embarcaban y repartían en las cincuenta y una galeras y demás barcos menores que el marqués de Santa Cruz había de llevar bajo su disciplina (1); de modo que el 29 de junio ya el jefe de la expedición marítima pudo avisar al secretario Delgado su salida del Puerto para Cádiz, pues lo ocurrido en Lisboa y la insolencia del prior de Ocrato D. Antonio, obligaban á poner remedio en todo, para lo que estaba dispuesto á hacerse inmediatamente á la vela á fin de juntarse con el ejército, en cuya operación combinada obedecería las órdenes del duque de Alba como jefe superior (2).

Hasta el 8 de julio, sin embargo, la armada no levó anclas; mas el 10 ya vencía la barra de Ayamonte. Llevaba cincuenta y seis galeras y cuarenta y ocho chalupas, carabelas y barcones, y la orden dada para ir á Setubal; mas en Ayamonte saliéronle á recibir los duques de Medinasidonia y de Pastrana y el marqués de Gibraleon y D. Anto-

(1) Herrera (D. Antonio).—*Cinco libros de la historia de Portugal.*—Libro ij, párrafo lxv., fol. 60.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de la Guerra: mar y tierra.—Correspondencia.—Leg. 100.

nio de Castro, señor de Cascaes, D. Duarte de Castilblanco y otros caballeros fugitivos de Portugal. Con estos y con los capitanes generales de las galeras de Nápoles y Sicilia celebró D. Álvaro consejo, en el cual se acordó ir allanando los pueblos de la costa del Algarve. De esta manera fué reduciendo á Tavira, Faro, Villanueva, Portiman y Lagos, donde se hallaba el 14, y finalmente, el castillo de Sagres y las demás fortalezas que defendían el cabo de San Vicente, el *sacrum promontorium* de los antiguos, la punta SO. de Portugal y la última extremidad de Europa, cuyas tormentas en todo tiempo son muy peligrosas. Hasta el 21 no dió vista á Setubal, donde el ejército del duque de Alba había llegado dos días antes, produciendo quejas en el generalísimo no encontrar ya ancladas en su puerto las naves del marqués de Santa Cruz. Así, al menos, lo escribía al secretario Delgado el mismo día 19, aunque el secretario del duque, Albornoz, en sus cartas de 21 y 23 al ministro de la Guerra de Felipe II, tenía que decir: «No dirá v. m. que el marqués de Sancta Cruz no lo a echo marauillosamente. Todas las naues están ya dentro. Aora se atenderá con gran breuedad á todo. La fortaleza se a rendido: los galeones tambien»; y el mismo duque de Alba añadía al rey: «El marques estuuo á largo con el armada asta rendir los galeones: quedan rendidos á condicion de que se pueda yr la gente donde quisiere. Entró la armada en este

puerto y el marques de Sancta Cruz me uino á uer luego» (1). En efecto, antes de entrar la escuadra en el puerto vino á rendírsele, según Herrera, el galeón portugués que mandaba el capitán Ignacio Rodríguez, donde se encontraron treinta piezas de bronce, y en el puerto tomó el marqués otras dos galeras con ochenta piezas, casi todas de bronce, con las que se favorecía la defensa del castillo de Setubal, cañoneado ya por D. Francés de Álava, y que se rindió apenas le faltó aquel auxilio. Inmediatamente después de esta breve victoria, el marqués de Santa Cruz, acompañado de Cardona y Leiva y los gobernadores portugueses que tomó á bordo en Ayamonte, saltó á tierra y fué á cumplimentar al duque de Alba. Después de las cortesías celebráronse otras dos consultas sobre la prosecución de las operaciones combinadas para ocupar á Lisboa. A la primera, puramente militar y política, asistieron el duque, el marqués, D. Antonio de Castro y Sancho Dávila; á la segunda, esenciamente militar y técnica, asistieron el duque, el marqués, D. Pedro de Médicis, D. Juan de Cardona, D. Alonso de Leiva, los veedores Luís de Barrientos y Pedro Bermudez y Luís Ovara (2).

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 413.—Secretaria de la Guerra: mar y tierra.—Leg. 78.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Sicilia.—Legajo 413.

En el último de estos consejos, habiéndose planteado la cuestión sobre la entrada de la armada en el rio de Lisboa, se consultaron dos pilotos prácticos portugueses, preguntándoles lo que harían para defender la desembocadura del Tajo si ellos estuviesen á las órdenes del prior de Ocrato, y además á los ingenieros Joan Baptista Antonelli y Felipe Tercio sobre el modo de batir las fortalezas. Ni los dictámenes de estos ni el parecer de los cabos congregados, inspiraron al duque de Alba otra resolución que la idea de embarcarse él mismo y ponerse con el ejército á la otra parte del río. Así lo comunicaba al rey, al darle cuenta de aquel consejo de guerra, y encariñándose con su proyecto se quedó con el prior, su hijo, D. Hernando, el marqués y Sancho Dávila, para discurrir profusamente sobre el pró y el contra de tamaña resolución (1). Estas juntas, que diariamente se tenían, quedaron reducidas á tres únicas personas: el duque de Alba, el marqués de Santa Cruz y D. Antonio de Castro, uno de los gobernadores y testamentarios del cardenal rey D. Enrique, á quien, fugitivo de la ira del pueblo de Setubal y refugiado en Ayamonte, trajo de esta ciudad á bordo D. Álvaro de Bazán. Tres eran también los planes de acción sobre que se discurría: ir de

(1) *Archivo general de Simancas.*— Secretaría de Estado.— Leg. 413.— Cartas del duque al rey, del 25 y 27 de julio.

Setubal á Santarem, forzar la barra del Tajo y desembarcar en Cascaes. Esto último pareció menos dificultoso, y fué lo que se acordó. Á causa del temporal hubo que prorogar hasta el 30 el embarque de la gente; pero habiendo amanecido este dia terso el mar, se publicó la orden para la gente que había de desembarcar en Cascaes y se levaron anclas (1).

Á la penetración política de hombres tan superiores como el duque de Alba y el marqués de Santa Cruz, no podía dejar de alcanzarse, identificándose con los deseos del rey, que la celeridad de las operaciones era la suprema garantía del éxito. La cuestión de Portugal había tomado las proporciones de lo que hoy se llama una cuestión europea. Todas las naciones rivales de España estaban interesadas en diferir la consumación del hecho de la conquista, mientras se reunían medios materiales con que dificultarla, en lo que principalmente consistían las esperanzas del pretendiente D. Antonio. Inglaterra ofrecía naos, Francia hombres de guerra, y todos contaban con apoderarse de las flotas de las Indias para obtener dinero. Pero mientras los hombres y las naos se enviaban en auxilio del prior de Ocrato, se acudía á todos los medios sagaces de la astucia para envol-

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Guerra: mar y tierra.—Legajo 101.—Secretaría de Estado.—Leg. 413.

ver la acción de España en el tejido de combinaciones dilatorias que habría de dar por resultado debilitar la fuerza del derecho, y rendir la ya segura victoria á las vicisitudes versátiles del tiempo. Ya venía camino del campamento de Felipe II el cardenal Alejandro Riario á interponer la autoridad del Papa Gregorio XIII entre la causa del rey y los intereses hostiles de Europa representados por el pretendiente D. Antonio. Ya se procuraba entablar negociaciones de monarca á monarca entre el prior de Ocrato y Felipe II, sus ministros y generales, cuyas consecuencias hubiesen sido el reconocimiento implícito del menguado derecho del hijo bastardo del infante D. Luís y de la hermosa judía Violante Gomez, á quien en su tiempo se conoció con el sobrenombre de la *Pelicana* (1). Las operaciones militares no se interrumpieron por esto, y el 1.° de agosto ya podía el duque de Alba comunicar al secretario Albornoz la toma de Cascaes, su castillo y el fuerte de San Antonio, la prisión y castigo de D. Diego de Meneses, que, como en Elvas, defendió la plaza, el número de cañones cogidos al enemigo y la sumisión de Cintra y Colares (2). El honor de

(1) Manuel de Faria y Sousa.—*Epitome de las historias portuguesas.*—Part. iij, Cap. xvij, pág. 564.

(2) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Guerra: mar y tierra.—Legajo 97.

En la carta de 30 de julio del duque al rey, en que le comunicaba la

esta expedición había sido enteramente del marqués de Santa Cruz, cuya diligencia en el embarque y desembarque de las tropas conducidas por Sancho Dávila había merecido elogios universales.

Si después de la rendición de Setubal el partido de D. Antonio había disminuido notablemente, la entrada de nuestras tropas en Cascaes y la fuga del pretendiente á Lisboa acabaron de resolver á muchos indecisos. Continuado cordón de nobles portugueses dirigíase diariamente á Badajoz á prestar al rey Felipe los homenajes de su obediencia. La mitad del reino se hallaba ya en poder de los españoles. Muchas ciudades enviaban comisiones al duque de Alba ofreciéndole la sumisión tan pronto como hiciera su entrada en Lisboa. Á Don Antonio, á pesar del entusiasmo efímero con que en la capital le recibió la *infima variabilis plebs*, faltáronle la mayor parte de los comprometidos en su causa cuando trató de formar en Belem ejército para resistir. Entre sus mismos consejeros el

rendición de Cascaes, decía: — «El maestre Tramontana que nos a perseguydo estos dias, nos apretó tanto que quasi le paresçió al marqués de Santa Cruz ynposible poderse haçer; pero con esperança que auia de calmar. Al marqués le paresçia muy difficultosa cosa tomar la tierra de acá con tan gran viento por proa, y biniendo las galeras tan cargadas y con remolcos todas, á las onçe y media de la noche nos dixo que estaba con gran temor; pero diçiéndole yo lo que importaua no se difiriesse mas la execuçion, le pusso los ombros y proejando toda la noche y la mañana asta un ora de sol nos allamos tan çerca de la costa que dentro de ora y media arribamos á ella.» — *Archivo general de Simancas.* — Secretaría de Estado. — Leg. 413.

entusiasmo había decaído. Manuel Silva, uno de los principales promovedores de la ficticia popularidad que D. Antonio gozaba, le aconsejaba ahora la negociación para un arreglo; Diego Botelho le inclinaba á dar batalla, no porque abrigase la esperanza de ganarla sino para que, en la necesidad de ceder, cayese bajo el peso del infortunio, no bajo el deshonor de la fuga; solamente veían las cosas de otro modo el obispo de La Guardia Don Juan de Portugal y su hermano D. Francisco, marqués de Vimioso, que, llevando el hilo de la negociación diplomática, esperaban insurrecciones y tumultos en Italia, Aragón y Navarra, agresiones del turco en las costas de Nápoles y del pirata argelino en las de Valencia y Granada, una rebelión en Castilla, agobiada por los impuestos, indisciplina en el mismo ejército por la poca puntualidad de las pagas, y, finalmente, que Don Antonio recibiría pronto socorros de Francia, Inglaterra y parte de Alemania, con cuyo auxilio militar, reanimándose el decaído espíritu de la nación, se produciría un movimiento uniforme para expulsar al invasor.

Todo el mundo, no obstante, en Portugal, era de la misma opinión que el duque de Alba, el cual, rendido Cascaes, escribía al rey á Badajoz desde su campamento de Nuestra Señora de Guía (30 julio): «V. M. dé gracias á Dios: que si fué servido darle el derecho de este reino, hoy lo ha sido

de entregarle la posesión de él; que, cierto, con lo que se ha hecho yo entiendo esto de la manera que lo digo á V. M.» (1). El día 1.º le recomendó la parte que en la operación había tomado el gobernador del reino por el rey D. Enrique, Don Antonio de Castro, de quien decía: «çierto sirue á vtra. mag.d con toda afiçion del mundo y su paresçer a sydo por donde yo me e gouernado para benir al estado en que aora nos hallamos. A sido muy atinado en todas las cosas que me a dicho y todas las e allado de la misma manera que me las ha pintado.» El 5 comunicaba la rendición de la ciudad de Beja, Miranda y otras poblaciones, y el 8 el tumulto ocurrido en un barrio de Lisboa, donde salieron por las calles obra de dos mil personas, hombres y mujeres, gritando:—*¡Real, real por el rey Felipe! ¡No queremos ser degollados y saqueados!* Reunidas todas las naves del marqués de Santa Cruz para entrar en el Tajo, el duque movió el 11 su campamento hacia el castillo de San Julián (2), y el 12 lo ocupó militarmente el maestre de campo D. Gabriel Niño de Zúñiga con trescientos soldados de su tercio. El 13 el marqués de Santa Cruz escribió una carta al

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 413.

(2) En los documentos españoles del tiempo, á este castillo se da el nombre de *San Juan*, *San Joan* y *San Gian*. La fortaleza todavía se conserva á la orilla derecha del Tajo, próxima al mar, y se llama *Fuerte de San Julião*.

alcaide de la torre de Belem, mas habiéndosela enviado con una fragata no le fué recibida. Á la noche llegó á la capitana un emisario con otro papel en que el alcaide se disculpaba de su desaire, por haberse hallado presente Gaspar de Brito, general de las galeras portuguesas. Comunicábale se hallaba presto á entregar la torre á la obediencia del rey Felipe. Entonces D. Álvaro de Bazán mandó otras dos fragatas, una suya y otra de Leiva, y en ellas á Rodrigo de Benavides y otro caballero. Hicieron la señal, tirando una pieza sin pelota. Los de dentro respondieron con muchos arcabuzazos y palabras feas. El duque dispuso entonces batir la fortaleza. «El dia fue tan bueno, escribía Jerónimo de Arceo, otro secretario del generalísimo, al secretario de estado, Zayas, como no le e uisto jamas: porque todo fue lanza y adarga y espada fina.» El duque, á pesar de su edad, «estuvo tan gallardo ocho horas á caballo sin parar momento.» Pero el 21 la torre se hallaba en poder de nuestras armas. Los prisioneros que en ella se hicieron decían «que les hacian venir á *pelejar por forza*» (1).

El 24 en la noche se dió la orden para el ataque general del ejército de D. Antonio y la rendi-

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Correspondencia del duque de Alba.—Leg. 413.

ción de Lisboa (1). Aquella misma noche Don Francés de Álava emplazó la artillería para batir la plaza de armas de D. Antonio, que se había atrincherado en Alcántara con ventaja de sitio y ánimo de morir ó vencer; si bien en la ocasión, como escribe Vander Hammen, no supo hacer lo uno ni lo otro (2). Los cañones del general de la artillería habían de hostilizar también la orilla del rio, el puente y el rastrillo, para desembarazar su paso y ponerse en situación de favorecer las operaciones simultáneas de todo el ejército y de la escuadra, donde se mandó meter mil arcabuceros, mitad españoles y mitad italianos, con orden al marqués de Santa Cruz de pelear con la enemiga cuando le fuese hecha señal (3). Al amanecer del dia 25, las naves de Bazán, sesenta y dos galeras y veinticinco navíos, estaban á punto, cortadas las proas de las galeras y sin árboles, puesta la empavesada y toda la gente en sus lugares, como el duque había mandado (4). Al salir el sol comen-

(1) Este documento lo insertó íntegro ANTONIO DE HERRERA en sus *Cinco libros de la historia de Portugal y conquista de las islas de los Azores en los años 1582 y 1583*, lib. iij, fol. 122.—También se ha publicado recientemente original y en castellano en el *Tagebuh* de ERICH LASSOTA VON STABLAU.—(Halle: por G. E. Barthel, 1866.)

(2) VANDER HAMMEN: *D. Felipe el Prudente, segundo de este nombre:* folio 64.

(3) FRANCHI CONESTAGGIO: *Dell'unione del regno di Portogallo alla corona di Castiglia:* Libr. vij, pág. 267.

(4) HERRERA (D. ANTONIO DE): *Cinco libros de historia de Portugal*, libro iij, fol. 124.

zó á establecerse el órden de la batalla. El duque de Alba dividió el ejército en tres cuerpos: dos de infantería y uno de caballería, que marchaban casi en línea paralela y cerca unos de otros, á distancia de un tiro de bala, conforme lo permitían los accidentes del terreno. Iba en la batalla el mismo duque, con la mayor parte de la infantería española y algunas picas tudescas, ordenada en cuatro escuadrones. En el segundo cuerpo, á la derecha de la batalla, formaron los italianos y el resto de los alemanes con algunas compañías españolas, llevando por maestre de campo á Próspero Colonna. Á la izquierda la caballería, mandada por el prior D. Hernando de Toledo, hijo del duque, con los arcabuceros, lanzas, caballos ligeros y hombres de armas, protegía aquel ala, mientras que desde la ría prestaba ayuda á la opuesta el marqués de Santa Cruz, cubriendo el flanco sobre la ribera del Tajo (1), con sus galeras y embarcaciones, «puestas en fila á tiro de mosquete» (2). Próspero Colonna por la parte que él y los otros coroneles y el conde Jerónimo de Lodron les tocaba arremetió, pasó el puente con su arcabucería y comenzó el combate, que en pocos momentos se hizo general. Entonces lanzó el duque de Alba

(1) Franchi Conestaggio: *Dell' unione del regno di Portogallo alla corona di Castiglia*, lib. vij, pág. 268.

(2) Faria y Sousa: *Epitome de las historias portuguesas*, part. jv, cap. 2, pág. 573.

á Sancho Dávila con siete mangas de arcabucería para envolver todas las trincheras del enemigo. El momento fué supremo, y Franchi Conestaggio, testigo de la batalla, dice que el duque de Alba, mientras la operación se practicaba, observándola desde la altura de un molino de viento derruído, sufrió momentos de gran ansiedad é incertidumbre, pues temía que Sancho Dávila, dejándose llevar de su natural colérico y estimulado por la emulación de los italianos, que tan heroicamente se batían, no tuviese paciencia para realizar la operacion, sin romper con el contrario hasta cogerle el flanco, sin lo que era fácil frustrase el objetivo estratégico. «*Staua il Duca*, añade Conestaggio, *a vedere ciò che douesse far Sancchio d'Avila sicurissimo che, si egli lo vbidiua, tutto l'essercito enemico douesse rompersi.*» En efecto, Sancho Dávila obedeció, y el duque de Alba dió la jornada por vencida (1). Así escribía luego entusiasmado al rey Felipe II, haciéndole la relación de la batalla, que Sancho Dávila con las siete mangas de arcabuceros que la orden dice, ganó las trincheras donde los enemigos tenían hechos fuertes, y les hizo volver las espaldas, desalojándolos y ocupándoles sus plazas de armas, y añadía: «Dejaré que diga todo el ejercito lo que hoy le ha visto hacer:

(1) Franchi Conestaggio: *Dell' unione dil regno di Portogallo alla corona di Castiglia*, lib. vij, pág. 271.

yo, como parte interesada, no sé decirlo» (1).

Entre tanto el marqués de Santa Cruz, falto de viento y de marea, no había podido avanzar por la ribera del Tajo; mas el duque de Alba le mandó cerrase contra la escuadra enemiga con las galeras solas. Él acometió con el valor que solía. Tiró la armada portuguesa muchos cañonazos; pero dada la señal de nuestra victoria en tierra, Gaspar de Brito, el almirante portugués, hizo la señal de rendirse, abatiendo su estandarte. El marqués de Santa Cruz mandó ocupar sus navíos por nuestros soldados, y enarbolando el pendón de Castilla, la ancha ría resonó con inmensas aclamaciones de *¡Victoria! ¡Victoria!* á las que los portugueses contestaban: *¡Real, real por D. Felipe!* En la relación del duque de Alba al rey, así decía el generalísimo del ejército de Portugal sobre el heroico caudillo de las galeras de España: «el marqués de Santa Cruz ha servido á V. M. como siempre lo suele, con mucho valor, mucho cuidado y mucha diligencia.»

El pretendiente D. Antonio se retiró del puente de Alcántara y se dirigió á Santarem; de allí pasó á Coimbra; de Coimbra á Aveiro y por último á Oporto, donde se embarcó para Francia.

---

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Correspondencia del duque de Alba con el rey.—(Lisboa 25 de Agosto de 1580.)—Legajo 473.

Sancho Dávila le persiguió sin descanso; mas las ciudades donde aquel buscó refugio le ahuyentaron de sus muros y se apresuraron á prestar fidelidad á D. Felipe.» Con la huída del prior de Ocrato, dice un escritor contemporáneo, no hubo en Portugal tierra que no obedeciese al rey de España. «Felipe II hubiera deseado coger prisionero al fugitivo, y Vander Hammen culpa al prior D. Hernando de Toledo de no haberle alcanzado con su caballería, como le fué posible. Si el hijo del duque de Alba observó en su conducta las instrucciones de su padre mejor que los deseos del rey, hay que confesar que fué más político abandonarle á la vergüenza de la huída que exaltarle en el crédito popular bajo el prestigio de los padecimientos y de la opresión del cautiverio. El éxito completo de la campaña de Portugal se debió á la forma como se verificó la entrada del ejército victorioso en ciudad tan populosa y opulenta, á pesar de las licencias que á los soldados permitían las costumbres del tiempo. Por eso el duque, al enviar al rey con su sobrino D. Fernando la relación de la batalla, le decía: «todo lo que se pretendía en esta jornada era que se hiciese poca sangre y se excusase el saco de Lisboa: lo uno y lo otro está hecho.»

Después de la entrada del ejército en la capital, Felipe II, no vestido el arnés de guerra, sino la toga del derecho, como escribe Faria y Sousa, pe-

netró en su nuevo reino, juntó las Cortes de Thomar, prestó y recibió el recíproco juramento de fidelidad y se dirigió á Santarem, desde donde, á bordo de las naves del marqués de Santa Cruz, se encaminó hacia Lisboa para entrar solemnemente y con los honores triunfales en la hermosa ciudad del Tajo, señora del Brasil y de la India, de las islas de Madera y de las Azores.

XVI.

BATALLA NAVAL DE LA ISLA DE SAN MIGUEL.

Los que soberbios asisten
Sobre las islas Terceras
Al marqués de Santa Cruz
Muestran las rebeldes fuerzas.
Mas el famoso Bazán
Levantando la bandera
Del segundo rey Felipe,
Así dice, así pelea:
¡Cierra, España! ¡Cierra! ¡Cierra!
A la Cruz de su apellido
Las confiadas banderas
No tremolan por el viento,
Mas tremolan porque tiemblan.
Disparó la capitana,
Responde el mar á las piezas,
Y el marqués sobre la popa
Dice, en la dicha otro César:
¡Cierra, España! ¡Cierra! ¡Cierra!

LOPE DE VEGA: Tragicomedia de *La nueva victoria del marqués de Santa Cruz.*

EL auxilio que en la Península esperó en vano el prior de Ocrato le prestasen las reinas Isabel de Inglaterra y Catalina de Médicis, madre del rey Enrique III de Francia, no fueron aquellas potencias tan reacias en concederlo cuando, expulsado por la derrota y la ira plebeya D. Antonio del reino, ofreció el desquite al

ilusorio favor que le prometían en aquel grupo de islas situadas en medio del Océano, que servían de escala de refugio y de refresco á las flotas que hacían largo corso entre la península y una y otra India Oriental y Occidental, y que llevaban por nombre el de las Terceras ó el de las Azores.

Ya á mediados de junio de 1580 había prevenido el rey Felipe II al marqués de Santa Cruz, que aun perfeccionaba en Cádiz los preparativos navales para la expedición de Portugal, pusiese en orden quince naos que embarcaran dos mil quinientos soldados además de la gente mareante, y que saliesen con aquella derrota, llevando por general á su hermano D. Alonso de Bazán. Debían ir á las Terceras, por tener noticia que de Lisboa habían salido hacia aquellas aguas diez buques bien armados y artillados, que amenazaban secuestrar las naos de las Indias. El mismo reparo fué preciso hacer al año siguiente, con noticia que enviaban nuestros embajadores de París y Roma, de que en varios puertos de Francia y de Inglaterra se disponía la salida de buques corsarios á sorprender y robar las flotas de la plata. Organizóse una armada cuyo mando se confió al mismo D. Pedro de Valdés, que durante la invasión militar del reino había operado con los buques gallegos, astures y cántabros, en las bocas de Miño y Duero, y en 5 de abril de 1581 se le dieron las instrucciones de lo que ha-

bía de hacer en su expedición: esto es, vigilar y custodiar las costas de las Terceras, impedir el arribo de naves enemigas, asegurar la llegada de las flotas limpiando su carrera de corsarios, dirigir las de la India á Lisboa, á Sanlucar de Barrameda las de Tierra Firme y Nueva España, y finalmente, procurar la reducción de las islas que permanecieran rebeldes.

El 16 de junio mandó D. Pedro de Valdés levar el ancla á sus buques en la rada de Cascaes. A poco de haber navegado supo, por el encuentro de una carabela enviada por el gobernador de la isla de San Miguel, Ambrosio de Aguiar, que las Terceras y el Fayal eran las que permanecían insumisas y en tratos con D. Antonio y con el rey de Francia. El 28 llegó á San Miguel y el 30 tomaron puerto las dos galeras y cinco carabelas que conducía. El 1.º de julio se le comunicó que en breve recibiría un nuevo refuerzo de naos y carabelas en número de doce, mandadas por Don Galcerán Fenollet y llevando á bordo dos mil doscientos infantes españoles y alemanes y alguna artillería al mando del maestre de campo D. Lope de Figueroa. Mas ávido de laureles y sin esperar la llegada de estas fuerzas, Valdés emprendió la jornada á la Tercera, pensando reducirla antes de que arribase un general tan renombrado, que en caso de victoria habría de alzarse para sí con el honor de la campaña. Aunque enarbolaba bande-

ra de paz y pedía plática, al llegar al puerto de Angra, capital de la Tercera, fué recibido á arcabuzazos y no se le quiso oir. Entonces meditó una arriesgada acometida y conato de desembarco por el puerto de Playa, con los trescientos treinta arcabuceros y piqueros y los veinte artilleros mejores de la armada, al mando de su hijo el capitán D. Diego de Valdés y del intrépido D. Luís de Bazán, sobrino del marqués de Santa Cruz. El resultado fué tan funesto que los isleños dieron con ellos, valiéndose de la estratagema de unos quinientos bueyes y vacas acosados contra los que desembarcaron sobre la misma orilla del mar, y allí perecieron todos, á excepción de unos pocos que pudieron ganar las naos á nado. Con la afrenta de esta derrota, que el 28 comunicaba D. Pedro de Valdés al rey desde el mismo puerto de Angra, quedó esperando el paso de las flotas, que el 10 de Agosto llegaron en número de cuarenta y tres velas, bajo la conducta de los generales Francisco de Luján y D. Antonio Manrique. Á las expediciones de la Nueva España y de Tierra Firme se habían agregado las naos de la Isla Española. Negáronse sus almirantes á prestar auxilio á Valdés para una nueva tentativa sobre la isla Tercera, y salieron, bien aseguradas sus naves, para España. Valdés permaneció en espectativa hasta el 25 de septiembre, en que se le incorporaron los buques y fuerzas que traían en su socorro

D. Lope de Figueroa y D. Galcerán Fenollet. Mas ya no pudo pensarse sino en volver á la península, por lo adelantado del tiempo y el peligro de aquellos mares tormentosos en la otoñada.

En Francia é Inglatera ni cesaban las negociaciones con el prior de Ocrato, ni los preparativos para la pirática expedición que se proyectaba. En Dieppe celebraba D. Antonio conferencias con los embajadores de Enrique III, y después de enviar á la Gran Bretaña á Felipe Strozzi á pedir socorros y hacer ofrecimientos de reciprocidad, iba el pretendiente á París á ponerse bajo el amparo de la reina regente Catalina de Médicis, que parecía la más interesada en la causa del pretendiente portugués. En los alistamientos de la Isla de Francia consignaban los nombres de sus personas y buques navegantes y señores de la mayor cuantía en Inglaterra: Francis Drake, Hawkins, Frobisher, los condes de Leicester, de Oxford, de Pembroke y de Warwick, y á Burdeos acudían para acompañar en su embarque á D. Antonio otra multitud de caballeros, capitanes y aventureros franceses, inducidos los más por recomendación de la reina. De todo esto venían á la corte del rey Felipe continuados avisos de París, de Londres y de los confidentes de los puertos de Francia, al par que de Milán, Bruselas, Nápoles y Messina llegaban noticias alarmantes de la actitud de los rebeldes de Holanda, exhortados por el príncipe

de Orange y el duque de Alenzon, de la inminencia de insurrecciones y revueltas y de los preparativos de Aluch-Alí para afligirnos por el lado del Mediterráneo, á pesar de la paz que aparentemente existía entre España y las dos naciones rivales, que fomentaban y favorecían todos estos multiplicados conflictos.

No permanecía, por su parte, ocioso el rey Felipe, y entre tanto que en Lisboa y en Sanlúcar preparaba los elementos de una gran armada expedicionaria á las Terceras, enviaba bien aderezados buques al mando de Diego Flores Valdés á custodiar el Estrecho de Magallanes y las costas del Brasil y otros con Ruy Díaz de Mendoza para estacionarse en Santo Domingo y vigilar el mar de las Antillas, y daba orden al conde de Lanzarote de apercibir los puertos de las Canarias al recibimiento que habían de hacer á cualesquiera clase de buques franceses y rebeldes de Portugal que á sus islas llegaran, y al duque de Medinasidonia para que enviase á la isla de San Miguel en las Azores mil hombres del ejército de Andalucía á cargo del capitán Juan de Urbina. De Lisboa zarpaba con dirección á las mismas islas la expedición de Pedro Peixoto da Silva, compuesta de cinco navíos portugueses, y de Sanlúcar salía Ruy Díaz de Mendoza con instrucciones de auxiliar á aquel antes de dirigirse á los mares antillanos. Por último, el 13 de enero de 1582 expidió el rey en favor del mar-

qués de Santa Cruz el nombramiento del mando superior de la armada que se disponía en las aguas del Tajo y del Guadalquivir, y con la misma fecha se le comunicaron las instrucciones generales y otras secretas para lo que había de hacer en todas las eventualidades de la difícil misión de que desde aquel momento se hacía cargo (1). Con tal despacho y tales instrucciones marchó luego don Álvaro de Bazán á las mayores jornadas para Cádiz y Sanlúcar de Barrameda, y de paso en Sevilla trató con Antonio de Guevara sobre la necesidad de acelerar los aprovisionamientos y juntar cuanto antes la gente de guerra. A García de Arce, capitán general de Guipúzcoa, se había dado órden de embargar las naos que hubiese en Pasajes y de que las enviase á Santander. El mismo mandato se había expedido sobre las de Cartagena, Alicante, Valencia é Ibiza, que se enviarían á Cádiz. El duque de Terranova haría lo propio con las de los puertos catalanes, y en Lisboa se embargaban con idéntico propósito y por iguales medios las urcas de Flandes, las de Italia que habían venido con el trigo y bizcocho de Nápoles y Sicilia, y varias otras, tomadas á sueldo, arraguesas, venecianas y levantiscas. Por último, cuarenta barcas chatas se construían á toda prisa en

(1) *Colección Navarrete:* tomo XLI.—Fernandez Duro: *La conquista de las Azores.*—Documentos y apéndices, pág. 234.

Lisboa y otras cuarenta en Sevilla, para complemento del servicio de la armada, que D. Francés de Álava cuidaba de artillar poderosamente. Todo se hacía con celeridad prodigiosa, pues el rey Felipe, en su instrucción al marqués de Santa Cruz, textualmente le decía: «Finalmente, os encargo que por vuestra parte procureis y pongais gran esfuerzo y diligencia en que toda la dicha armada, barcas y galeras, bastimentos y lo demás que se ha de proveer é ir en ella, esté junto, presto y en orden, de manera que puedan partir para el dicho fin del mes de marzo que viene, antes que puedan ir allá los navíos que se tiene aviso que se aprestan en Francia para ir al socorro de ella, ni se puedan fortificar los de tierra.» Respecto á los extranjeros que hallase en las Azores, la instrucción secreta decía: «Si hubiese en la dicha isla Tercera y la ciudad de Angra alguna gente extranjera que se haya metido en ella para su socorro, hareis ahorcar á todos los extranjeros, como son franceses é ingleses, y lo mismo los que hubiere en la isla del Fayal, en la de San Jorge ú otras.»

En los primeros días de julio levó ancla en la bahía de Cádiz la escuadra de D. Alonso de Bazán, de veintiuna galeras, donde iba embarcada toda la infantería, así del tercio de Andrés Moreno como las cinco compañías de Flandes y tres que trajeron de la Gomera. El día 10 salió de las

aguas del Tajo el marqués de Santa Cruz con otras veintiocho naos. La navegación de la armada fué copiosa en accidentes; pero el animoso general al cabo daba vista el día 20 al Morro de la isla de San Miguel. El 22 fondeó en la ensenada de Villafranca, y todavía no había terminado la operación de la aguada, cuando los vigías de la capitana dieron cuenta de irse descubriendo por Punta Delgada las velas del enemigo. D. Álvaro mandó inmediatamente hacer un reconocimiento, encontrando que la armada anglo-franco-portuguesa componíase de unas sesenta naves grandes y pequeñas. Sin titubear un instante dió la señal de reto, arbolando el estandarte y disparando una pieza. Los enemigos aceptaron el desafío; mas cuando las dos escuadras se disponían á embestir, calmando el viento antes de ponerse á tiro de cañon, quedaron inmóviles. Llegada la noche, mandó el marqués tomar la vuelta de la mar para escoger mejor posición, que en parte compensara la excesiva inferioridad numérica en que su armada se encontraba, de la que oponían sus adversarios. Entonces, por una pinaza que á media noche abordó la capitana y que traía cartas del gobernador de Punta Delgada, supo la tentativa que siete buques franceses, á cuyo bordo iba D. Antonio, habían hecho para apoderarse de la ciudad y del fuerte, lo que no habían conseguido, á pesar de la cobardía y atolondramiento del almirante Peixo-

to, por el valor con que se había portado la gente de la tierra y la guarnición, quienes con una compañía de ciento cincuenta arcabuceros pudieron formar una columna de quinientos hombres que se batió bizarramente con los invasores. La noticia no pudo dejar de ser grata para el marqués de Santa Cruz, porque habiendo sabido aquel puñado de valientes conservar para España la llave de la isla de San Miguel, aquel baluarte y aquella ensenada tan apetecida por el enemigo prestaban aún refugio cierto para las eventualidades del combate.

Todo el día 23 pasáronlo las dos armadas en bordadas paralelas, á regular distancia una de otra. Á la tarde volvió á encalmar el viento, y á la amanecida del 24 la situación respectiva era la misma, dando bordadas ambas escuadras entre las islas de San Miguel y Santa María, con viento flojo del SO. Por la tarde, la enemiga, en tres columnas, cayó sobre la retaguardia de la española, en que estaba con cinco naos guipuzcoanas el ilustre general Miguel de Oquendo. Hubo fuego vivo y certero de una y otra parte, y aunque los franceses se apartaron á poco para tomar la vuelta de la isla de Santa María paralelamente con nuestra línea, como observa muy bien el Sr. Fernandez Duro, quedó demostrado que el enemigo no solo tenía la superioridad numérica, sino la táctica, por la igualdad y ligereza de movimientos de

sus naos, condiciones que no alcanzaba la nuestra por las diferencias de construcción y de porte.

Un siniestro ocurrido en la nao de D. Cristobal de Eraso, general de la armada de barlovento y destinado á sustituir en el mando al marqués de Santa Cruz en caso de accidente, fué el principal suceso del dia 25, en que amaneció la armada francesa sotaventeada y en desorden, por remediar las averías que sufrió en el combate del día anterior. Pero el 26 vinieron al fin á las manos franceses, portugueses y españoles, en una de las batallas navales de mayor consideración que registran los anales de la marina. Así la describe el autor que mejor y más técnicamente lo ha estudiado hasta el día:

«El 26 de julio amanecieron las armadas á distancia de tres millas una de otra, y dieciocho de la isla de San Miguel. El viento entabló por el Oesnoroeste á las ocho de la mañana, y ambas siguieron la vuelta del Norte mura á babor, la francesa á barlovento. Como llegara el medio día sin hacer movimiento, se creyó que tampoco se combatiría. Acaso en esta creencia, pues no consta la razón, navegando nuestra armada en buen orden y remolcando todavía la capitana la nao de D. Cristóbal de Eraso, salió á barlovento el galeón *San Mateo*, que era ligero de vela, donde iban el maestre de campo general D. Lope de Figueroa y el veedor de la armada D. Pedro de Tassis, apartándose mucho de la línea, si bien estaba en su mano incorporarse brevemente arribando. El enemigo creyó poder cortarlo antes que fue-

ra socorrido, y repentinamente fueron sobre él la capitana, la almiranta y tres galeones, cinco naves las más fuertes que tenía, ayudando á su plan el mismo Don Lope de Figueroa, porque juzgó tal vez poco digno volverles la popa para tomar su puesto en la armada. Aguardó aislado, sin disparar un tiro hasta tener á tocapenoles los contrarios, que entonces á la vez les envió descarga general, ó *ruciada*, segun su expresión, repitiéndola con asombrosa rapidez. La capitana francesa le abordó por la mura de babor, la almiranta por la banda opuesta y los galeones le batieron por la popa y aleta, aunque sin aferrar, como los otros.

Era el *San Mateo* buque de seiscientas toneladas, con dos baterías, alta y baja, y llevaría (que no consta) veintiseis á treinta cañones de bronce; á bordo iban, entre marineros y soldados, doscientos cincuenta hombres, que se repartieron en los castillos y corredores del alcázar por ambas bandas, poniendo tiradores escogidos en las gavias, de donde no solo disparaban mosquetes y arcabuces, sino que arrojaban una nube de piedras y dardos. Cada uno de los cinco asaltantes tenía tanto ó más porte y artillería que el *San Mateo* y mucha mas gente, que les iban renovando de refresco otros bajeles. Dos horas se sostuvo en esta disposición, menudeando los disparos y batiendo el arma blanca, con verdadera carnicería de parte y parte, como no podía menos de suceder estando mano á mano. De los bajeles franceses le arrojaron alcancías y otros artificios que prendieron fuego en diversos lugares hasta veinte veces, inutilizando mucha gente; recibió en el casco más de quinientas balas de cañón y no hubo hombre que diera muestra de desaliento ó cansancio, antes tuvo D. Lope que decir á voces á sus capitanes, que mataran al que intentara entrar en la capitana ene-

miga, que se rendía, por quedarle tan poca gente que, distraída, la hubieran entrado los otros navíos.

Generalizado un tanto el combate, fueron los franceses sobre la línea, que se mantuvo en buen orden, y dejándola el marqués de Santa Cruz largó el remolque que llevaba, virando en socorro del galeón. Lo mismo hizo el grupo de reserva de la retaguardia, llegando á las dos horas de comenzado el cañoneo, antes que el marqués: el capitán Garagarza abordó entonces bizarramente á la capitana francesa con la nao *Juana*, Villaviciosa lo hizo con la almiranta, y como acudieran otras francesas que se amarraron á las últimas, se formó una piña, ó más bien un volcán en que el humo no permitía distinguir amigos de enemigos. Entonces Miguel de Oquendo metió la proa á toda vela entre el galeón *San Mateo* y la almiranta francesa, á la que hundió el costado con el choque y la descarga á boca de jarro. Rompió al mismo tiempo las amarras, deshaciendo el grupo y se aferró con la almiranta separada, que por la proa continnuaba batiendo Villaviciosa.

Cuando llegó D. Álvaro de Bazán halló tan bien empleadas sus naos, dominando á la capitana y almiranta francesas, por haberse alejado prudentemente los tres galeones (al parecer ingleses) que no quiso quitarles la gloria del vencimiento, virando de la otra vuelta hacia los más apurados y destrozando de paso con certeras descargas á cuantas naos se le oponían. Con admirable sangre fría observaba la situación particular de cada bajel, sin perder movimiento: así vió que la capitana de Strozzi se desembarazaba del *San Mateo* y en el momento la abordó por una banda, haciéndolo al mismo tiempo por la otra el capitán La Bastida con la nave *Catalina*, con tanto ímpetu ambas que antes de una

hora rindieron al enemigo, aunque había renovado su gente con otra de refresco.

El suceso sirvió de señal para que se pusieran en fuga y dispersión todo los navíos franceses que no estaban empeñados y podían hacerlo; de modo que al amanecer, la mar, cubierta de despojos, quedó por los nuestros, que se reconcentraron, reparando las averías, sin perseguir á los contrarios; habiendo durado el combate poco más de cinco horas» (1).

---

(1) FERNÁNDEZ DURO: *La conquista de las Azores*, pág. 38.—La relación de esta batalla entre los escritores españoles ocupa muchas páginas en MOSQUERA DE FIGUEROA, *Comentario en breve compendio de disciplina militar*, y en ANTONIO DE HERRERA, *Cinco libros de la historia de Portugal y conquista de las islas de los Azores*; entre los extranjeros en PABLO MAZIO, italiano, *Relación del combate naval junto á las Azores*, de los archivos Caetani de Roma, y en el *Diario* (Tagebeuch) que escribió el soldado alemán (silesiano) ERICH LASSOTA DE STEBLAU, de los cuatro años que sirvió en España, en Portugal y en las islas Terceras, desde 1580 á 1584 (traducido por F. R.—Madrid: por Medina 1880). En este se contiene original en latín la *Relación del combate de la isla de San Miguel*, que el embajador Stanislao Togelveder envió desde Madrid al rey de Polonia, Estéfano Batory.—En el *Archivo general de Simancas*.—(Secretaría de Estado.—Portugal.—Leg. 429, fol. 2, 3 y 4) constan varias *Relaciones del combate*, y el Sr. FERNÁNDEZ DURO, en el libro antes citado, publica las de D. MIGUEL DE OQUENDO y D. LOPE DE FIGUEROA, dirigidas al rey y coleccionadas entre los *Documentos* de SANS DE BARUTELL y de FERNÁNDEZ NAVARRETE del *Archivo central de Marina*, además de una popular en seis hojas en folio que el mismo año de 1582 se publicó y reprodujo en las prensas de Madrid, Zaragoza y Sevilla.

De esta última, que fué la que el marqués de Santa Cruz envió al rey Felipe con su sobrino D. Pedro Ponce de León, son las noticias siguientes:

Las personas principales que venian en el armada francesa y las que en ellas se perdieron y murieron y los que se huyeron:

Felipe Strozi, general del armada. Prendióse herido de un arcabuzazo, de que luego como le trajeron delante del marqués, murió.

El conde que llamaban de Vimioso. Prendióse herido de arcabuzazos y una estocada, de que murió en la Capitana otro dia despues de la batalla.

El conde de Brissac, lugarteniente de Felipe Strozi: unos dicen se salvó en un barquillo de la nao,

Todos los escritores, así del tiempo como los que posteriormente han hablado de esta batalla, han ponderado su extraordinaria importancia,

viendo ya la rota, otros que le acabaron de un arcabuzazo: no se sabe lo cierto.

Mr. de Beaumont, maestre de campo general del ejército: murió en la batalla.

Los ocho cabos de otros tantos regimientos que dicen los franceses presos que venian en esta armada y en ellos 6.800 soldados comprendidos los aventureros: de unos dicen que son muertos y otros heridos.

Los señores de villas y castillos que se tomaron en el armada vivos y presos.

Mos de Bocamayor, señor de la Rusela.
Mos Juan de Latos, señor de Heria.
Guillermo de San Cler, señor de San Cler.
Luis de Clen, señor de Brons.
Pierre de Ubi, señor de Quenes.
Gilbert de la Vuel, señor de la Vuel.
Pierre de Bian.
Mos de Gal, señor de Gal.
Mos de Gifardi, señor de Gifardiel
Mos de Onet, hijo mayor del señor de Gressol.
Odouart de Langert, señor de la Piel.
Fabio Ganzet, hijo del señor de Gancete.
Mos de la Uda, señor de la Uda.
Mos Franzonis, señor de Montilla.
Mos Jaques Bay, hijo mayor del señor de Riopales.
Mos Robere de Lella, hijo del señor de Vegoli.
Mos Guillermo Mason, señor de Falla.
Mos Rigart de Piloat, señor de Mantari.
Mos Beltran de Amigat, señor de Estrujas.
Mos Pierre Jailato, señor de Sans.
Mos Felipe Menteti, señor de Sabrusa.
Mos Juan de Bocamaya, señor de Rosila.
Claudio de Pomolin, señor de Populin.
Jacobo Lasareau, señor de Lasareau.
Mos de Mondoc, señor de Mondoc.

Los caballeros prisioneros, no señores de villas y castillos.

Pierre de Nos, hermano del señor de Gresol.
François Fuslo, hermano del señor de Hersaus.
Claudio de Ardalla.
Antonio de Coblal.
Menserey.
Pierre Jubin.
El capitan Jaques.
Martin de Tubelli.
Jacobo de Lun.
François de Xantonele.
François Pietre.
Mateo Lupi.
Benit Forga.
Pierre Boonom.
Nicolao Vitar.
Tomas de Laneros.

pues ni antes ni después, hasta la de Trafalgar, presenció otra más memorable el Océano. Por ambas partes se peleó con el valor de la desespe-

Juan de Brugman.
Robert de Bavassert.
Guy de Muhusu.
Jorge de Boas.
Pierre de Maribay.
Claudio de Musu.
Roni de Sant Martin.
Antonio Bordel.
Miguel de Brusa.
Guillermo Menat.
Limesce.
Pierre Leprobor.
Alessie de la Rivièra.
François Pense.
Mos Antonio de Busio, capitan de infantería.
Pierre Jorquete, capitan de infantería.
Claudio de Plomanen, teniente de Mos de Beaumont.
Lapueli.
Menseroy.
Bondios.
Camer.
Mateo Puy.
Pierre de Maribau.
Jauberdeo.
El protomédico Mos Abraham.
François Bueceli.
Carles de Santaretu.
Saubat de Licecs.
Tomas de Lone.
Pierre de Calamardier.
Luis de Neust.
Claude Nainoet.
Doribar, capitan de infantería.
Eliat de Sayan.
Ano de Trevillo.
Demás destos hubo prisioneros, entre marineros y soldados, 313.

Los muertos y heridos que hubo en la armada de S. M. el dia de la batalla.

	Heridos.	Muertos.		Heridos.	Muertos.
En el galeon *San Martin*, que sirve de capitana.	70	15	En la nao de Oquendo.	24	17
En el galeon *San Mateo*.	74	40	En la nao *San Antonio de Buen Viaje*. . . .	16	15
En la nao *María de Guipúzcoa*.	52	45	En la nao *Misericordia*.	13	6
En la nao *San Vicente*.	28	27	En la nao *Nuestra Señora de la Peña de Francia*.	13	6
En la nao *Santa María de Iciar*.	17	5	En la nao *San Miguel*.	7	»
En la nao *Buenaventura*.	5	6	En las demás naos de la armada.	190	20
En la nao *Juana*. . .	27	13			
En la nao *Catalina*. .	17	13	TOTAL. . . .	553	224

La Relación del marqués de Santa Cruz dice sobre las pérdidas de los franceses:—«Hazese quenta que en la capitana francesa se degollaron 400

ración, y Luis Zapata en su *Miscelánea*, haciendo justicia al heroísmo de los adversarios franceses, refiere el hecho siguiente:—«En la batalla naval de San Miguel, á las islas de los açores, donde el marques de Sancta Cruz izo maravillas en armas, que con veynte nauios rompió, destroçó, desuarató, y vençió sesenta navios gruesos de los contrarios, peleando çinco dias y noches sin cessar, izo un alferez françes, enemigo, una señalada hazaña á lo Gentilicon romano, mas no conforme á buena xpiandad: que quando ya vió la batalla

hombres, porque son los que ella traya y los que le entraron de socorro: se entiende que pasarian de 700 los que pelearon en ella; y en la almiranta que la dexaron medio anegada las tres naos que la tenian embestida, se saue murieron mas de 200 hombres, y de una de las naos que se fueron á fondo se aogaron 300 hombres que no escapó dellos mas que su capitan. De las demas naos se degollaron muchos, especialmente de una que rindieron dos naos de las de Guipuzcoa, que porque á la una la habian muerto algunos vascongados, los degollaron ellos á todos; y á esta quenta paresce que de los enemigos serian muertos hasta 1.200, sin los heridos, que son muchos, demas de los que lo irian en las naos que huyeron. Cobraranse muchas mas naos enemigas, á tener las nuestras mas espacio y sobra de marineros para poderlas dar cabo; mas con esto les dejaba ir sin gente y desamparados, y así se vió que la Almiranta que se dexó medio anegada, y otras quatro ó cinco naos auian dado al traués en la misma isla de San Miguel, y lo mismo se tiene por cierto que habrán hecho otros en otras partes.» —«D. Antonio se habia ido con un patage y otra nao la noche antes de la batalla.»—El marqués de Santa Cruz elogiaba como los más ilustres héroes del día á D. Cristóbal de Eraso, Miguel de Oquendo, el marqués de Villafranca, los maestres de campo D. Lope de Figueroa y D. Francisco de Bobadilla, los capitanes Martín, Pedro de Garagarza y Rodrigo de Vargas, el veedor general D. Pedro de Tassis, el piloto Miguel de Venesa y los capitanes D. Miguel de Córdova, Cristóbal de Paz, Pedro de San Esteban, Diego Colonna, D. Juan de Vivero, Acacio de Lora, Diego Suarez de Salazar y Juan de Bolaños, teniente de la artillería.

perdida y que su nauio se le entrauan, le vieron los nuestros poner en la proa de su nauio y enuuelto en su bandera, porque no biniesse á las manos del enemigo, echarse dentro en la mar.» No por esto se ha de entender que todos pelearon con la misma bizarría, y un escritor moderno, el vizconde Guy de Bremond D'Ars, escribe en la vida de *Jean de Vivonne* que «al lado de los valientes Strozzi, Brissac, Beaumont, Borda, La Chataigneraie, es necesario citar los cobardes ó traidores Saint-Soulaine y Jumée, que debieron morir de vergüenza al poner el pie en tierra francesa.»

El complemento de esta victoria lo constituye el horrible castigo que el marqués de Santa Cruz infligió sobre los caballeros y soldados franceses que habían caído prisioneros. Apenas tomó tierra al anochecer del día 30, enfrente de Villafranca, después de tres días de andar dando bordas, sin poder tomar el abrigo de la isla, dispuso formar un consejo de guerra al cual sometió la suerte de aquellos desgraciados. La sentencia fué horrible, aunque ajustada á las instrucciones secretas que á D. Álvaro se le dieron al nombrarle para el mando supremo de la expedición. Como documento curioso á continuación la transcribimos. Dice así:

«El Marques de Sancta Cruz, Capitan General de las Galeras de España, Armada y Exercito de S. M.—Por quanto auiendo pazes entre su Mag.d y el Rey de Françia, salió y uino armada de aquel Reyno en fauor de

D. Antonio, prior del Crato, á tomar y señorearse de la isla de San Miguel, tierra de su Mag.d, como lo hizo con intento y conçierto de acometer y offender otras yslas y tierras y señoríos de su Mag.d, en quebrantamiento de las dichas pazes que ay entre su Mag.d y el Rey de Francia, y dió batalla á su Real armada, y fué Dios seruido que la françessa fué rota y vencida por la de su Mag.d de que soy capitan general, y hauiendose muerto mucha gente, de los enemigos franceses fueron presos veynte y ocho señores y cinquenta y dos caualleros y los demas que ay pressos marineros y soldados; y porque tan gran delicto no quede sin punicion, para castigo de los quales contrauenidores á las dichas pazes y exemplo de los demas que supieren y vieren y oyeren, Ordeno al lic.do Martin de Aranda, auditor general de esta felice armada haga luego degollar y degüellen á los dichos señores y caualleros públicamente, á uista de esta armada y exército, en el cadahalso que para este efeto se ha hecho en la plaza de Villafranca de la isla de San Miguel, publicandose primero en alta voz esta mi orden, y los demas soldados y marineros y gente de la dicha armada, de 17 años arriba, se ahorquen de manera que los unos y los otros naturalmente mueran y los de 17 años abajo hayan la pena que fuere mi voluntad, porque assi combiene al seruicio de dios y de su mag.d y á la paz, concordia y confederacion de su mag.d y del dicho rey de Francia. Dada en el galeon *San Martino* sobre Villafranca á primero dia de mes de agosto de 1582.—*D. Alvaro de Bazan.*»

Publicada esta sentencia en alta voz, fueron degollados en el tablado los veintiocho señores y cincuenta y dos gentiles hombres, y la demás gente se fué ahorcando en la isla y en las entenas de

los navíos. El castigo fué tremendo. El embajador de Polonia en Madrid, en su relación al rey Esteban Batory, decía: «*Nero tam crudelis non fuisset*»; pero era necesario imponer el respeto de tan sangriento castigo á la falta de lealtad de Francia contra España.

XVII.

CONQUISTA DE LAS AZORES.

Después de la relación particular de la batalla de la isla de San Miguel que el marqués de Santa Cruz envió al rey con su sobrino D. Pedro Ponce de León, el 4 de agosto siguiente escribíale una carta de plácemes, en que al mismo tiempo imponia á Felipe II de la situación en que sus naves habían quedado, de la tardanza en llegar el refuerzo de la armada de Andalucía que mandaba Martínez de Recalde y de la necesidad que había de apercibirse para la próxima campaña, en atención á las declaraciones que poco antes de morir había hecho el conde de Vimioso. Algunos cabos de la escuadra y ejército se apresuraron también á enviar sus parabienes al rey. El maestre de campo D. Lope de Figueroa lo hizo por medio del secretario Mateo Vazquez de Leça el 3 de agosto; ya el 29 de julio escribió al secretario Juan Delgado sobre lo mismo el célebre guipuzcoano Miguel de Oquendo. Así en

Madrid como en Lisboa, y en todos los reinos de la corona de España, la noticia alcanzó un eco mágico de universal admiración hacia el heroico caudillo de la empresa. El duque de Medinasidonia así lo decía al rey desde Sanlúcar el 21 de agosto, y desde Génova Juan Andrea Doria dirigía norabuenas á S. M., en cuya sinceridad se adivinaba que la emoción del entusiasmo se hacía superior, en su gran ánimo, á las sugestiones rencorosas de una antigua emulación. Por su parte el rey desde Lisboa contestaba profusamente al héroe de la jornada, y al término de la epístola ponía de su mano: «Espero daros las gracias cuando vengais acá, de lo bien que lo habeis hecho y de lo que confío que más habeis de hacer» (1).

Lo más importante de lo que dos horas antes de que muriese declaró el conde de Vimioso, á persuasión del padre fray Francisco Maldonado, de la orden de los Descalzos, era lo concerniente á la disposición de Francia é Inglaterra á favorecer los designios del pretendiente D. Antonio, y sobre todo á hacer presa de las islas de las Azores, escala tan necesaria al refresco de las flotas que se dirigían á las dos Indias. Aunque en la batalla de

(1) Sans de Baturell: art. iv, n.º 648.—Navarrete: t. xlj.—*Real Academia de la Historia.*—Papeles de jesuítas, tomo lxxv, núm. 25.

la isla de San Miguel y en el sangriento castigo de los prisioneros de la victoria quedaron tan escarmentados los aventureros de Francia que formaban parte de la armada de Felipe Strozzi, la insistencia de la reina Catalina de Médicis en proteger aquella arriesgada tentativa hacía que en Francia no decayese el fervor con que se tomaba una empresa que ahora encendía el despecho y brindaba á una ciega represalia. El conde de Vimioso declaró que el rey Enrique y su madre tenían asentadas treinta urcas gruesas de Flandes con cuatro mil alemanes á cargo del coronel barón de Fuller, en las que además se embarcarían otros seis mil soldados franceses. La reina de Inglaterra también disponía numerosa armada, y se creía que para el mando de ella tenía elegido al famoso corsario Francis Drake. Por último, el mismo D. Antonio había logrado reunir en la costa francesa de Gascuña otro regimiento de portugueses expatriados, además de la gente de guerra que se mantenía en las aún insurrectas islas Tercera, del Fayal y San Jorge. Dinero no faltaba, pues aún le quedaba gran cantidad de joyas de mucho valor que empeñar, en las Terceras gruesas cantidades reunidas por las vejaciones del conde de Torres Vedras y con los productos de algunas expediciones piráticas y embargo de buques cargados de mercancías, además de abrigar confianza en la sorpresa de las flotas

de la plata, una de las principales ambiciones de los rebeldes y de sus aliados.

El marqués de Santa Cruz, no habiendo podido realizar el golpe de mano que en la carta del rey se le indicaba para apoderarse de la Tercera, dispuso su regreso á la península después de dejar bien guarnicionada la isla de San Miguel. No hay que decir que la entrada de la escuadra victoriosa en Lisboa fué uno de los acontecimientos más ruidosos de aquel siglo. El entusiasmo en la misma capital del reino anexionado fué extraordinario. Para recibirle, el rey, acompañado de su hermana la emperatriz viuda de Alemania, del cardenal archiduque Alberto y de la archiduquesa Margarita, salió en bajeles engalanados con flámulas, y la armada victoriosa entró en el puerto entre las salvas de la artillería disparadas por los buques en él anclados, por las baterías de tierra y por las de la torre de Belem. Remolcaba la capitana del marqués de Santa Cruz á la vencida capitana francesa, y decoraban las bandas del glorioso *San Martín* el estandarte real y las demás banderas de Francia ganadas heróicamente en el combate, abatidas y arrastradas sobre las aguas. Junto al estandarte real de Francia iba el marinero guipuzcoano Antonio de Sevilla, de la tripulación de la nave *Catalina*, que cuando esta acometió por el lado á la capitana francesa, estando peleando con ella el marqués de Santa Cruz, logró con-

quistar aquel trofeo de la victoria, aunque á costa de un brazo que le llevó una pieza de artillería. Con Antonio de Sevilla venía también otro soldado, Alonso Pérez, de la bandera del capitán Juan de Gamboa, del tercio de D. Lope de Figueroa, al cual se debió la prisión del conde de Vimioso. Finalmente, escoltadas por la escuadra triunfadora del combate de la isla de San Miguel, entraban al mismo tiempo las naves de la flota de la India que conducia el antiguo virey de Goa Hernán Téllez de Silva. El marqués de Santa Cruz, con todos los cabos de la armada que mandaba y que habían participado de los riesgos de la lucha, saltaron inmediatamente á tierra, dirigiéndose á besar la mano al rey y á los príncipes que formaban su corte. Hubo recíprocos plácemes y no escasearon los premios y dádivas en encomiendas, hábitos, pensiones de por vida y cargos superiores, que del mismo modo alcanzaron al marqués de Santa Cruz y á Oquendo y Recalde que á los últimos soldados de la expedición, como los mencionados Antonio de Sevilla, Alonso Pérez y Pedro de Ochotegui, de Vergara, que perdió una mano en la nao de *Villaviciosa*, el egregio proto-médico de las galeras de España, Cristóbal Pérez de Herrera, el soldado aventajado Rodrigo de Cervantes, hermano del glorioso manco de Lepanto y otros no menos distinguidos en la sangrienta jornada.

Apenas terminados los festejos del entusiasmo hubo que pensar de nuevo en la expedición futura, que había de producir, con más éxito que en Lepanto, la consecución de los frutos de la victoria. No se presentaba fácil la nueva empresa; porque desde la llegada á Francia del fugitivo D. Antonio, del conde de Brissac y de M. de Layneville con las naves que escaparon de la derrota, la ira de Catalina de Médicis había llegado á la desesperación, según comunicaba de París al rey el embajador de España en Francia Juan Bautista Tassis. Pretendió el rey Felipe ganar la partida por medio de una hábil política, á cuyo efecto despachó á la isla Tercera dos comisarios portugueses, Amador Vieira y Manuel de Magalhanes, con proposiciones pacíficas para que se sometiera á la obediencia. Ni aun oirlos quiso Manuel de Silva, condecorado por D. Antonio con el título de conde de Torres Vedras, carácter enfático, avaro, cruel y cobarde, que gastaba el producto de sus tiránicas exacciones en hacerse servir por gentiles hombres la comida, dándole de beber con la rodilla en tierra, teniendo en la mano una copa de oro para recoger el líquido qne vertía. Por otra parte, de Francia y de Inglaterra no cesaban de enviarse armas y refuerzos al capitán Charles de Bordeaux, que había quedado en aquella isla con el sargento mayor Baptiste entre los vestigios del ejército deshecho de Felipe Strozzi:

y como las nuevas de otras salidas de enemigos menudeasen, el rey se vió en la necesidad de apresurar los preparativos, confirmando al marqués de Santa Cruz para el mando superior de la segunda expedición.

Á 10 de febrero de 1583 se expidieron las instrucciones reales, así para la organización de la nueva armada como para su provisión y disciplina. En 6 de junio se ampliaron estas instrucciones para el gobierno del marqués de Santa Cruz en las circunstancias de la empresa; mas el 18 del mismo mes ya D. Álvaro participaba al rey tener lista la armada y que se disponía á salir á la mar. Componíase la nueva escuadra de dos galeazas, doce galeras de España, tres galeones de S. M., dos del marqués, siete naves arragucesas, tres catalanas, cuatro venecianas, dos genovesas, una napolitana, trece de Guipúzcoa y Vizcaya, un navío, ocho pataches de Castro, cuatro de Guipúzcoa, quince zabras de Castro, catorce carabelas de Portugal y siete barcas grandes chatas que habían de prestar el servicio del desembarco con las veintidos que estaban en la isla de San Miguel para el mismo efecto. Llevaban estos noventa y ocho barcos, que arqueaban dos mil doscientas diecisiete toneladas, dos mil setecientos ocho hombres para el remo, tres mil ochocientos veintitres marineros y ocho mil ochocientos cuarenta y un soldados repartidos en banderas: vein-

te del tercio de D. Lope de Figueroa, doce del de D. Francisco de Bobadilla, quince del de Portugal, cuatro de la coronelía de alemanes del conde Jerónimo de Lodron y tres de los italianos de Luís de Pignatelli. Los aventureros portugueses iban además, formando una lucida compañía al mando de D. Félix de Aragón. Los principales cabos de la expedición eran el marqués de Santa Cruz, capitán general; D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca y duque de Fernandina, por su suplente en caso de siniestro; D. Lope de Figueroa, maestre de campo general; D. Pedro de Padilla, capitán general de Orán; Don Jorge Manrique, veedor general de la armada y ejército; D. Cristóbal de Eraso, D. Juan Manrique, hijo segundo del duque de Nájera; Juan Martínez de Recalde, D. Francisco de Bobadilla, maestre de campo; D. Diego de Bazán, hijo del marqués de Santa Cruz; D. Pedro Ponce de León y D. Álvaro de Benavides, sobrinos del mismo; además D. Juan de Benavides y Bazán, canónigo de Salamanca, á cuyo cargo iban los hospitales, D. Francisco Perrenot, conde de Santa Cruz, sobrino del cardenal Granvela; D. Juan de Sandoval, hijo segundo del marqués de Denia, que iba por cabo de quince compañías del tercio de Portugal; D. Luís Venegas y el capitán Juan de Urbina, Marcelo Caracciolo, caballero napolitano; D. Jerónimo de Borja, hijo del duque de Gandía;

D. Hugo de Moncada, hijo segundo del conde de Aytona; D. Antonio Enríquez, hijo de D. Fadrique, mayordomo de S. M.; D. Felipe de Córdova, hijo de D. Diego, caballerizo del rey; Don Alonso de Idiaguez, hijo de D. Juan, secretario de Estado; D. Godofre de Mendoza, señor de Lodrosa, y otra multitud de caballeros cuya lista se haría interminable (1).

La escuadra española salió del puerto de Lisboa el 23 de junio, visitada y bendecida antes de levar anclas por el cardenal archiduque Alberto, y llegó el 5 de julio á la isla de San Miguel. Cerca de dos meses hacía que la francesa, confiada por Catalina de Médicis al comendador de la Chastre, se hallaba ya en las Azores, pues el 17 de mayo había zarpado del Havre de Gracia, fondeando en el puerto de Angra el 11 de Junio siguiente (2). Era M. de la Chastre comendador de la orden de San Juan, gobernador de Dieppe, hermano del duque de Joyeuse, de la fa-

(1) «Relacion de los bajeles de diversas suertes y de la gente de mar y guerra que van en la armada de S. M. que se juntó en el rio y puerto de la ciudad de Lisboa para la empresa de la isla Tercera de que va por capitan general el marques de Santa Cruz, la cual dicha armada salió del puerto de Lisboa á 23 de Junio de 1583».—*Real Academia de la Historia.*—Colec. de Salazar.—Leg. 3.

(2) «*Relations de divers voyages curieux qui n'ont point été publiées et qui on a traduit où tiré des originaux de voyageurs françois, espagnols, allemands, portugais, anglois, hollandois, persans, arabes et autres orientaux, données au public par les soins de feu M. Melchisedec Thevenot.*—(Paris: chez Th. Moette: 1696.)—Tomo ij.

lia real de Francia y gentilhombre del duque de Anjou, hermano único del rey Enrique III (1) el que quiso alzarse con la soberanía de Flandes.

La fuerza puesta bajo su mando consistía en tres mil cien hombres de armas, sin los aventureros franceses, y catorce navíos armados y cien piezas de artillería gruesa. Con esta y la de los portugueses, que cuadruplicaba en todo su número, más las naves de los corsarios Alonso Verdun, Juan Jouget y Robert Ransonet, debía Mr. de la Chastre ocupar la isla Tercera y el Fayal y mantenerlas en la obediencia de D. Antonio contra el ataque de los españoles. Desde su llegada puso el general francés todo su empeño en ocupar los fuertes y castillos; pero Manuel da Silva solo le permitió guarecerse en los recintos y trincheras donde se fortificaba, bajo el justificado temor de

(1) En las relaciones españolas de aquel tiempo, MR. DE LA CHASTRE es llamado indistintamente *Mos de Jata*, *Mos de Chaitre* y *duque de la Joyosa* el *duque de la Joyeuse*. MR. HENRI DE MARLE en *L'ordre observé á l'enterrement de François, Dvc d'Aniov, frere vnique du Roy Henry III, l'an de* 1584, pone en la comitiva de los Príncipes á monseñor el conde de Sainct Vallier, monseñor *el Duque de Joyeuse*, monseñor el duque de Mercæur, monseñor el duque de Guise, monseñor el conde de Soissons, monseñor el príncipe de Conty y monseñor el duque de Montpensier. También cita en el lugar correspondiente los seis gentiles hombres que tuvo el duque de Anjou, todos condecorados, como los anteriores, con el Gran Cordón de la orden del Espíritu Santo, y estos eran los señores *de la Chastre*, de Fargy, de Bonnivet, de Chasteauroux, de Saint Ligier y de la Vergne. (THEOD. GODEFROI: *Le ceremonial de France, ov description des Ceremonies, Rangs et Seances observées aux Couronnemens, Entrées et Enterrements des Roys et Reignes de France:* Paris: chez Abr. Pacard: 1619).—Páginas 566 y 579.

que, apoderado el extranjero de aquellos, tratase de consolidarse en la posesión de las islas, expulsando del mismo modo de ellas á los portugueses rebeldes que las tenían que á los castellanos ambiciosos que trataban de recuperarlas como parte de la corona que acababan de conquistar. Á pesar de todo, Mr. de la Chastre, con el grueso de las armas que mandaba, se encargó personalmente de la defensa de la Tercera, encomendando la del Fayal al capitán Charles de Bordeaux, apoyado, además de la guarnición portuguesa, con cuatro compañías francesas y una inglesa. En cuanto al puerto de Angra, se acordó defenderlo por medio de una línea formada con los navíos que Mr. de la Chastre había traído, haciendo desembarcar parte de su gente para aumentar el ejército de tierra. Como antes del combate de la isla de San Miguel, todos estos buques no permanecieron leales. Apenas de la isla del Pico se comunicó la presencia de la armada española, desertaron los navíos del general La Haye, *la Roberge* de Mr. de Sarlobret y los navíos de *Poupière* y *Le Roy*, pues sus capitanes protestaron de que no querían perderse, como antes de diez días les sucedería á todos los demás, siendo tan seguro el triunfo de los castellanos como la traición de los mismos portugueses.

El marqués de Santa Cruz, apenas llegó á la isla de San Miguel, mandó al veedor general

D. Jorge Manrique, siguiendo lo prescrito en las instrucciones reales que había recibido, á tomar muestra del tercio que en ella tenía el maestre de campo Agustín Íñiguez y á prevenir su embarcación. Verificado el embarque y favorables los vientos, dió el 22 la señal de la partida y el 24 colocóse en posición frente á la playa de la villa de San Sebastián de la isla Tercera, cerca de la artillería de los fuertes. Aunque fué recibido con muchos cañonazos desde estos y de las trincheras, envió luego con un trompeta un soldado portador del edicto de gracia que el rey le mandó publicar antes de emprender las operaciones de guerra. En él ofrecía en nombre de S. M. á todos los franceses y á los demás extranjeros que quisiesen salir de la isla, libertad, hacienda, armas, ropas y transporte hasta un puerto de Francia, y á los portugueses vecinos ó estantes en aquella, perdón general, seguridad de vidas y haciendas, y prohibición de saco y protección para la paz y el comercio. Mas este mensajero no fué recibido, ni aun otros dos portugueses prisioneros á quienes se puso en salvo. Entonces, protestando D. Álvaro de que sobre los contumaces caería la responsabilidad de los daños públicos, castigos de sangre y fuego, muertes y devastaciones que se causaran en defensa de los derechos y de la soberanía de la majestad real, metióse en consejo con los principales cabos de la armada y ejército, resolviendo acome-

ter la isla, cuyos desembarcaderos ya habían sido reconocidos, por la parte de una ensenada ó cala llamada de *as Molas*, como á dos leguas de la ciudad de Angra y una de la villa de la Praya. El 26, martes, á las tres de la mañana, empezó la operación general. Cómo fué ejecutada, con más autoridad que Antonio de Herrera, Luís Cabrera de Córdoba, y el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, brillantes historiadores del suceso, lo refiere la «*relaçion que a traydo Andrés de Morales secretario del Marqués de Sancta cruz, á quien el dicho marqués imbió á dar cuenta á su mag.d de lo subcedido hasta los 26 de jullio con su carta de creençia, que partió de la ysla tercera á los 27 del dicho mes:* 1583» (1). Dice así:

»A los 23 de jullio llegó el marqués de Sancta Cruz con el armada de naos, galeras, galeazas, pinaças, Pataches y los demas nauios sobre la villa de san seuastian que es en la isla tercera, por tener entendido que era la mas cómoda parte para hazer la desembarcaçion; y pareciendole que convenia entrar con el galeon á dar fondo junto á la costa por Reconocerla, hallóla por aquella parte con siete fuertes y trincheras con sus traveses de fuerte á fuerte y tan bien reparadas. Y entendido todo, que le pareçió muy dificultoso emprender la desembarcacion por allí, tirandole muchos caño-

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Legajo 429, folio 3. (De la colección de documentos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

nazos de todos los fuertes, á donde se mostró buen número de infantería en las trincheras, que corrian por los fuertes mas de vn cuarto de legua; y aunque la artilleria pasaua por alto del galeon y otras davan muy çerca del borde, no le pareçió apartarse, porque no entendiessen los enemigos que le desalojauan del surgidero. / ordenó que en el galeon calomassen quatro cables por desuiarse mas del artilleria, y no quiso, por justificar su causa tirar ninguna pieça á los fuertes, ni que tampoco la tirasen las galeras que vinieren luego en orden para ponerse á la bateria, y luego ordenó á algunos capitanes y personas particulares fuessen á Reconocer toda la ysla, y aquella noche los inquietó tocandoles arma por tres partes. Y otro dia por la mañana fue en persona á Reconoçer los desembarcaderos de la ysla, lleuando consigo al maestre de campo general y á los demas maestres de campo y al conde Lodron, coronel de los alemanes, y á don Pedro de Toledo, don Pedro de padilla, don xpoual de Erasso, Juan Martinez de Recalde y Juan de Vrbina, y halló que las dos partes de la ysla estauan fortificadas y atrincheradas y con número de artilleria en los fuertes que paresçió bien estar franceses en esta ysla: que son grandes hombres de fortificaçiones y reparos.

otro dia imbió á Don Pedro de padilla y don xpual de Erasso con los ingenieros y otros pilotos y marineros pláticos para que tornassen á reconoçer vna parte de la ysla, y assi mismo imbió por la otra banda á los maestres de campo y algunos capitanes, y no tornó el marqués á yr por estar embaraçado en ordenar la forma de la desembarcacion y las demas cosas neçessarias para la expunaçion de la ysla, á quien se hauia tocado tambien armada por differentes partes con baxeles de Reino. Y hauiendo conferido y platicado sobre

lo que hauian Reconosçido de la ysla sin la parte de la costa braua, que es implaticable, le paresçió que no hauia otro Remedio sino arremeter á sus fuertes con las galeras con vna buena Resoluçion, lleuando á rremolque los barcos en que hauian de desembarcarse los soldados, á la primera desembarcacion, que ordenó fuessen á 4ⅅ500 y que el resto fuesse en la segunda: y assy partió del surgidero donde estaua con las galeras, pinaças, barcas chatas y las de las naos á tiempo que llegó á la vaya del puerto de las muelas, por donde resoluió hacer la desembarcaçion al nazer del dia. Y luego tocaron armas la gente que estaua en los tres fuertes y trincheras, que hauia sobre los desembarcaderos y le empeçaron á tirar cañonazos á la galera Capitana en que el marques yba, y sin mirar esto entró por la vaya, batiendo al fuerte hasta llegar á menos de 200 passos del artilleria, sin tener consideracion tampoco á los cañonazos que le tirauan por traués de los dos fuertes. / fué nuestro señor seruido que ningun daño resçiuiesse, y que de la capitana se le desencaualgase vna pieça, la mejor que tenia, que fué de mucha ymportancia. Las demas galeras llegaron y empeçaron á ayudarle á la bateria, y luego ordenó que saliessen las barcas con los soldados en tierra á ganar las trincheras, y assy lo hiçieron con mucho ánimo; y aunque el desembarcadero era muy difficultoso, salió la gente en tierra y con el fauor de las galeras empeçaron á arremeter á las trincheras, las quales defendian los françeses valerosamente, y en media ora de tiempo ó poco mas las perdieron, habiendo muerto algunos franceses, y ellos al capitan berrugal, Valençiano, y al alferez de don Felix de Aragon y herídole á él y al Capitan Santisteuan y vbo otros 15 soldados muertos y 20 heridos. Los françeses se retiraron á lo alto, y los nuestros salieron tras

ellos, hasta que les bino el socorro, y el marqués hizo formar dos esquadrones vno de españoles y otro de alemanes guarneçidos con sus mangas de arcabuceros y Mosqueteros. vinieron el Comendador mos de Chartres y manuel de silua con su gente que era al pareçer de mas número que la nuestra, como se entendió de vn portugués que se passó de su campo al nuestro. Traúose vna muy Reñida escaramuza entre los nuestros y los françeses, de manera que fué menester que el marques marchase con los esquadrones para dar calor al arcabuçeria y mosqueteria de las mangas; ganando y perdiendo nuestros arcabuzeros vna montañeta quatro vezes, adonde y en otras partes fueron muertos mas de 300 françeses con poca perdida de los nuestros, aunque con 300 heridos. A medio dia se retiró el campo de los enemigos doscientos pasos á tras é hizieron alto sus esquadrones. El marques lo hizo con los suyos. Los maestres de campo general Don lope de figueroa, don francisco de bobadilla, agustin yñiguez y el conde de Lodron y don juan de sandoual á cuyo cargo vino el terçio de portugal, trabaxaron mucho en ponello todo en orden, conforme á las que el marques les daua. Don Pedro de Toledo y D. Pedro de Padilla estuuieron en las mangas de arcabuceros junto á los enemigos, de donde se trauaron las escaramuzas y siruieron á su mag.d muy bien y con mucho valor y ánimo y tambien lo hicieron muchos Capitanes y personas particulares de quien adelante dará el marques cuenta á su mag.d El viento y la mar estuuo tan quieto y lo está que pareçe cosa muy estraordinaria en estas yslas.

La armada que truxo á los françeses de socorro, que son doce naos y están en la terçera dentro del puerto de la çiudad, las tiene el marques puestas cuatro galeras de guardia que con esto y las calmas que hace Pa-

resçe que está aquello bien Reparado, mientras llega el exerçito y armada á la ciudad de angra.

A medio dia se vino al marques El portugués questá dicho á cauallo que no es de esta ysla, porque le tomaron en un nauio que venia de arguin. Es vezino de lisboa; dize que están con manuel de silva y el comendador Chartes mas de 7000 hombres y que todos estan Muy resolutos de morir peleando. Dize que entró el dicho mos de chartes con mil y quinientos soldados de socorro, buena gente, y pareçe se a bien, por que pelean con mucha gallardia y muy como soldados françeses con el capitan carlos.

Esta tarde an tornado á fazer acometimiento de cerrar con nuestros Esquadrones y despues truxeron mas de 600 bacas y bueyes delante los suyos trauando á un tiempo escaramuza con los nuestros con su gente de á cauallo, y el marques mandó que no se desconçertasse naydie con tirar á las bacas sino que si biniessen las dexassen passar, y al fin ni nos apretaron con ellas ni les paresçió acometernos; y con esto se acaua lo que oy se ha hecho. Puedense dar muchas graçias á nuestro señor pues en esta embarcaçion está el allanamiento destas yslas que todos temen las fuerzas de su mag.d Mañana le conuiene al Marques ganar vna agua con su exército que esta junto al de los Enemigos, y esto se cree que a de ser parte para que los exércitos combatan visto el ánimo con que an peleado y los enemigos, aunque siempre han lleuado lo peor.

ỹ porque manuel de Silva ni los suyos quisieron reçeuir la carta y protesto que el Marques les imbiaua con el entretenido manuel Rabelo y vn trompeta, se resoluió el marques de inbiar dos portugueses á la ciudad de angra con seis protestas para que las diesen á personas particulares y viniese á noticias de todos el perdon

que el Marques les hazia en nombre de su mag.d Proseguirá el Marques el allanamiento desta ysla y las demas y esperase en dios que dará Vitoria en lo que mas queda por hazer.»

Otras relaciones no menos curiosas se conservan en el archivo de Simancas que completan la narración de la conquista de la isla Tercera, principalmente la hecha por Domingo de Campos, que salió para la Península el 11 de agosto por mandado del marqués para traer al rey Felipe la noticia de la total rendición de aquella isla (1); pero es la misma que en sus colecciones respectivas recogieron Sans de Barutell y Fernández de Navarrete, y que Fernández Duro inserta en el número 70 de sus apéndices y documentos. La relación francesa de la colección Thevenot y la alemana del soldado silesiano Erich Lassota von Steblau, contienen algunas noticias que hemos de consignar.

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Portugal.—Legajo 429, folios 2 á 4.—Secretaría de guerra: mar y tierra.—Leg. 100.

En la *Real Academia de la Historia*, papeles de jesuítas, tomo LXXXIX, número 8, hay además una «*Relacion verdadera del suceso de la jornada que se hizo á la isla Tercera, siendo general de ella el marqués de Santa Cruz y maestre de campo general D. Lope de Figueroa*».—En el tom. LXXXVIII, núm. 501 de la misma colección otro «*Traslado de una carta que escribió el marqués de Santa Cruz desde la isla Tercera al proveedor Antonio de Guevara, dándole parte de haberlas rendido á la obediencia.*»—Otra copia de esta misma se halla en el tomo XCVI, fol. 246. Finalmente LUIS ZAPATA, en su *Miscelánea*, pág. 97, también dice «Que el gran marqués le escribió la toma de la Tercera, corriendo sangre, el mismo día que la había tomado, dándole cuenta de ello.»

En la primera se dice que al combate de la montaña en que se disputaba la posesión de una fuente, en un día en que la marcha, el excesivo calor y la briega de la pelea tenían los cuerpos fatigados, fué al arma blanca y sumamente sangriento, y entre las pérdidas que M. de la Chastre experimentó en él cita como muertos los capitanes Bourguignon, Armïssac y Espalingues; el teniente y alférez del maestre de campo; el teniente del capitán Campagnol; el alférez del capitán La Grave; el alférez del capitan Valade y el alférez del capitán Baptiste. Los heridos principales fueron el comendador Du Mayet, los capitanes Brevet, Laste, La Barre, Louis, el alférez del capitán Campagnol, el teniente y alférez del capitán Bourguignon, el alférez del capitán La Barre y el teniente y alférez del capitan Loys, además de muchos voluntarios, caballeros y soldados. Finalmente, la referida relación no solo motiva la capitulación del ejército francés de M. de la Chastre á los efectos de las protestas enviadas por el marqués de Santa Cruz y á cartas dirigidas por D. Pedro de Padilla y D. Agustín Íñiguez al general francés, sino á la insurrección de sus propios soldados, que quisieron matar á sus capitanes, que enviaron al campo español á un capitán italiano para concertar el rendirse, y que tirando los arcabuces, rompiendo las espadas y gritando muchos: — *Vamos, vamos á galeras: que preferible es á que nos cuel-*

guen, obligaron al comendador Du Mayet á pedir la capitulación, la que obtenida en principio del marqués de Santa Cruz por la intercesión de Don Pedro de Padilla, fué negociada por el maestre de campo D'Angarnagues, bajo condiciones que el general español no quiso extremar para dar con su indulgencia mayor lustre á su victoria.

También en Simancas hay documento especial de los últimos hechos ocurridos en las Terceras desde la comunicación que trajo Andrés de Morales. Es una *Relaçion de lo que refiere Domingo de Campos de la freguesia de san P.º de Alfama de esta çiudad de lisboa que partió de la ysla Terçera á los xj de Agosto* 1583, *en vna barca de Pescadores y llegó á esta ciudad lunes á xxij del mismo á las onçe de la noche*. El documento á que nos referimos es del tenor siguiente:

dice que partió de la dicha isla el dicho dia de los xj en conserua de las xij galeras que alli estauan, de que venia por capitan mos Medrano, de que mostró una certificaçion suya: y que auiendo partido aquel dia, el siguiente tuuo tan grandes calmas que no pudo seguir las galeras y que assi le fué forçado quedarse por quatro dias atras, hallandose como quatro ó çinco leguas de la terçera, y que leuantandose vn norte reçio tomó su derrota la via de Portugal, paresçiendole que las galeras trayan el mismo camino; las quales á su paresçer deuen aver llegado al cabo de San Viçente dos ó tres dias á esta parte.

Refiere que el dia siguiente despues de la desembar-

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

caçion de la Armada, que fué á los xxiij del pasado, paresçió que los françeses y gente de la ysla se auian retirado á la sierra, de donde los françeses imbiaron á pedir partido al marqués de Sancta ✠ y que el marqués los resçibió con que dexassen las armas, muniçiones y banderas que eran 18, sin las doce del Fayal, y que solamente lleuassen sus espadas, y dize que los bió emtonces en çinco ó seys naues guipuzcoanas, segun dizen la buelta de san sebastian, en guipuzcoa, para que de allí passassen á françia. Y para seguridad de los nauios quedaron por rehenes en la terçera quatro personajes, el uno de los quales era el comendador Chastres.

dize mas que quatro ó çinco dias despues de aver entrado el marqués en Angra embió las galeras con los Patajes la buelta de la ysla de Fayal y que yua en ellas Don Pedro de Toledo, y que aviendo en la dicha ysla peleado los françeses, que dizen eran número de 800, se retiraron al Castillo, y entregados los truxeron á la terçera en las galeras: y quedauan embarcados con los demas.

que las islas del Pico y San Jorge se vinieron á entregar sin hazer defensa ninguna.

que se prendió á manuel de silua en un camino trasvestido, aviendole descubierto vna mulata, el qual traxeron á las galeazas donde le tuvieron dos ó tres dias, y pasasdos estos le cortaron la cabeza en la plaça públicamente, hallandose presente el dicho domingo de Campos, que lo refiere; y que pusieron la cabeça en el mismo lugar donde estaua otra de vn hombre que el abia mandado degollar por aberse declarado por el seruicio de su mag.d y juntamente degollaron á Manuel de Serrador que fué á saquear á cabo verde y á otro que abia lleuado una embaxada de la isla de san miguel á

la dicha de la tercera, y assi mismo aorcaron á otras onçe personas particulares, cuyos nombres no supo.

que Doña Violante (1) se abia metido en vn monasterio de monjas, segun oyó deçir y que el marques la mandó poner guardas.

preguntado si tenian algunas nueuas de las naues de la india ó indias, dixo que el marqués enviaua çiertos patages la buelta de la isla del Cuerbo; pero que no entendió cosa particular.

que entendió que el marques abia de partir con la armada lunes á los xv deste mes de agosto» (2).

Los historiadores contemporáneos, principalmente Mosquera de Figueroa y Cabrera de Córdoba, dramatizan brillantemente el acto de la rendición del ejército francés: — «Antes que llegase al lugar donde todos habían de rendir las armas, escribe Cabrera de Córdoba, se despojó Mos de Chastres del coselete que traía y le envió al marqués, quedando solo con la espada y algunos musiures; y luego los alféreces llegaron con dieciocho banderas de las viejas de Francia, inclinadas y recogidas, y las rindieron y entregaron, y treinta y

(1) En la instrucción secreta dada al marqués de Santa Cruz el 10 de febrero para la jornada de la Tercera, se dice en el párrafo jx: —«asi mismo hareis prender y traer presa á D.ª Violante de Castro que por ser persona principal y rica, y muy aficionada á D. Antonio, anima á los de la dicha isla á que tengan su voz y devocion y le sirvan, y es mucha parte en ella y en las demas islas, para que tambien mandê lo que se hará della.»

(2) *Archivo general de Simancas.* — Secretaría de Estado. — Portugal.— Leg. 429, folio 2.—(De la colección de documentos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

seis portuguesas con letras indignas de toda disciplina militar y valentía, y en vituperio de los castellanos; pero emblemas sin artificio ni sustancia. Los atambores entregaron las cajas sordas y destempladas, con los pífanos, y desarmando dos mil doscientos franceses y mil ochocientos portugueses de sus mosquetes, arcabuces, picas y alabardas, se apartaron despojados de toda gloria soldadesca y casi desconocidos por estar desautorizados y carecer del ornamento de sus personas. Quedaron en profunda tristeza, aunque el marques por su natural humanidad no permitió pasasen por las haces de sus escuadrones. Movia á compasion mirarlos, porque ademas de venir avergonzados y rendidos, que es última calamidad para los ánimos amigos de la gloria, estaban rotos y maltratados; y como el semblante es habla callada del corazon, manifestaba su congoja, á que se juntaba el ser desfigurados por la hambre y falta de sueño padecida en la compañia. Advirtióse que casi los mas honrrados llegaron lastimados y heridos; dió lugar el profundo silencio para contemplar el humano estado y mudanza en la guerra que en un punto los libres y gallardos suelen quedar casi muertos y los vencidos levantar corona: ¡el ser vencido y sujeto se debe sentir mucho, pues aun lo sienten las bestias!

»Por la ciudad entraban franceses y portugue-

ses delante del ejercito del rey castellano, desarmados y sin orden, resultando consideracion de la justicia y ejemplo para los indómitos, y desobedientes, y gozo grande con semblante reverencial y buenos pensamientos con suceso tan honroso en los leales y no menos de reputacion que tanto se deve estimar en la guerra para la magestad real y gloria de su general con que se hizo tan ilustre y clara la victoria. Venian juntamente muchos isleños rendidos de aquellos contra quien no se habia procedido, ¡Cosa es no leida en las historias el ver ejército tan numeroso y tan dispuesto para resistir al de Castilla, tan sobrado de armas y municiones, encastillado en tierra montuosa y fortificada, brevemente domesticado! Proveyó Pedro de Heredia, marchal de logis, con cuartel separado á todos los franceses alojamiento con cuanto habian menester, bien tratados y medicinados; su general, alfereces y caballeros fueron regalados del maestre de campo general. Los maestres de campo, sargentos mayores y capitanes franceses besaron las manos del marqués y recibióles con mucha cortesia y alegre semblante, mostrando que los hechos de la guerra tanto son mas gloriosos cuanto son mas conformes á virtud. Queriendo humillarse Mos de Chastres como prisionero, el marques le alzó y abrazó con blando acogimiento, y haciendole sentar, platicaron de diversas cosas. El francés se mostró discreto y de toda tole-

rancia y disimulacion y de no poco valor» (1).

El marqués de Santa Cruz se apresuró á dar noticia de todo al rey por medio de su sobrino D. Pedro Ponce de León, enviado á Madrid con dicho objeto. La conquista de las Azores súpose en la corte con transportes entusiastas de júbilo, y en carta de gracias que el rey Felipe envió al vencedor por la victoria, le decía de su mano:—«Aunque aquí se os dan las gracias por el servicio que me habeis hecho, no he querido dejar de daroslas Yo aquí de mi mano.» — En otra carta del 5 de setiembre ya le habia dicho: — «La relacion que enviastes del buen acabo del subceso de la dicha isla Tercera y las demas he visto, y oido al dicho D. Pedro Ponze de Leon lo que me refirió sobre ello, y os doy muchas gracias por ello, como merecen tan buenos servicios, y es segun lo acostumbrais siempre y confiaba de vos; y á D. Pedro de Toledo, D. Lope de Figueroa, D. Pedro de Padilla, D. Jorge Manrique, D. Cristobal de Eraso, Juan Martinez de Recalde, D. Juan de Sandoval, y los maestres de campo D. Francisco

(1) En la relación francesa de la colección Thevenot se dice: «El comendador fué directamente al alojamiento del marqués, que le recibió cumplidamente, y después de decirle que extrañaba mucho cómo un hombre de su valor y condiciones se había arriesgado en paraje tan lejano de su patria con tan poca gente, le hizo mucha reverencia y le invitó á comer; llevándose los capitanes españoles á los franceses á sus respectivos domicilios á lo mismo.» Extracto del Sr. FERNANDEZ DURO: *La conquista de las Azores*, pág. 499.

de Bobadilla y Agustin Iñiguez y las demas personas que decis se mostraron y me sirvieron bien en ello, les dareis las gracias dello de mi parte, y me queda memoria desto, para hacerles la merced que hubiere lugar.»

XVIII.

ÚLTIMAS EMPRESAS Y MUERTE DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Fueron despojos de la conquista de la Tercera, con que el egregio marqués de Santa Cruz ilustró los lauros de la victoria, cuarenta y cuatro fuertes, de ellos treinta y uno de fábrica, con aljibes y pozos en aquella isla; cerca de trescientas piezas de artillería, de bronce, algunas de las mejores y de mayor calibre, con la circunstancia particular, que hace observar un autor, de tener esculpidas las armas del rey cristianísimo juntamente con las del gran turco. De la armada que la reina Catalina de Médicis puso á las órdenes de M. de la Chastre se ocuparon catorce naos; cuatro francesas y dos inglesas corsarias y todas las de la escuadra que envió el prior de Ocrato para saquear las islas de Cabo Verde, represando además algunas vizcainas y castellanas con más de noventa cañones. En el Fayal se rindió la fortaleza con dieciseis piezas grandes de

artillería y más de otras cuarenta en las murallas, y se entregaron cuatrocientos franceses con seis banderas, armas y cajas. Finalmente, completó la victoria del marqués de Santa Cruz la sumisión de las islas de San Jorge, de Flores, el Pico, el Cuervo y Graciosa, con que ni al pretendiente, ni á sus auxiliares, quedó un palmo de tierra portuguesa desde que cimentar en adelante sus ambiciones. Cádiz y Madrid decretaron, al regreso del heroico general, los honores del triunfo, en forma como hasta entonces jamás los había gozado en España ningún otro caudillo de pindáricas hazañas. Entró el 13 de Setiembre en la hermosa bahía de la ciudad gaditana, como un año antes en Lisboa, con los mayores honores militares, entre el zumbar de los cañones del puerto, de los fuertes y de los buques surtos en aquella, y de toda Andalucía acudió un sin número de señores y caballeros á darle la bienvenida. En Madrid, adonde el rey le llamó, salió del mismo modo á recibirle toda la nobleza y Felipe II abrazóle al llegar á besar su mano y le mandó cubrir de grande: premio que el marqués de Santa Cruz mucho deseaba para su casa (1).

(1) En la *Miscelánea* de LUIS ZAPATA, pág. 400, se refiere que «caminando en cierta ocasion con el Rey el buen marqués de Santa Cruz iba descubierto, y de verle apiadado su mag.ª, que hacia mucho calor, mandóle que se cubriese. Él fué á besarle las manos por la merced, porque el man-

No hubiera querido el marqués de Santa Cruz ver reducido el éxito de sus victorias á las conquistas alcanzadas. Castigado el turco y el argelino en el Mediterráneo, sometido el portugués, derrotada Francia en sus naves, en su ejército y en sus mejores generales, desde la misma ciudad de Angra, aún humeante la sangre del combate, escribió al rey en 9 de agosto, induciéndole á que le permitiese completar la humillación del mahometano en el Atlántico por medio de la conquista de Larache, y á intentar jornada contra Inglaterra, cuya política artera era el principal estímulo de las guerras inextinguibles que España sostenía en los Países Bajos: «No pierda V. M. esta ocasion, le decía, pues se halla tan armado y con ejército tan victorioso, y crea que yo tengo ánimos para hacerle rey de aquel reino, y aun de otros.» El propósito de Bazán era evitar que, como establecía una perniciosa costumbre, durante la invernada, que ya se adelantaba, se disolviese la escuadra y el ejército sometido á su ejemplar disciplina, pues luego costaba ímprobo trabajo y sumas de consideración volver á reunirlo y organizarlo. «Dandome nuestro señor victoria en Alara-

---

dar los reyes cubrir á los señores es la postrer honra que se les puede hacer. Su mag.d, guardando esto para en otro tiempo, para que con mayores servicios se madurase, como despues se hizo, dijo al marqués: — *Por el sol, por el sol.*»

che, decía, como haya puesto en órden lo de allí y encaminado la fortificacion, dejaré la infanteria deste ejército durante el invierno en esta plaza, si se toma, en Arcila y Tanger, para que no se deshaga; y podré ir á besar las manos á V. M. y á concertar lo demás de la jornada.» En corroboración de esto pedía al rey mandase desde luego á los vireyes de Nápoles y Sicilia enviar alguna cantidad de bizcocho y comprar en España mucho trigo, vino y aceite de la cosecha; apresurar la construcción de los galeones en Portugal y Santander, el asiento con las naos de Vizcaya y la fundición de la artillería. —«Torno á suplicar á V. M., añadía para concluir, se anime y emprenda esta jornada: que yo espero en Dios salir de ella como de las demas que he hecho en servicio de V. M. De alli se tendrán muy ciertas las esperanzas de allanar lo de Flandes.»

No era la vez primera que el rey Felipe II trataba de invadir las costas de Inglaterra. El maestro Vicente Espinel, que, como todos los novelistas y escritores de su tiempo, introdujo en las *Relaciones de la vida y aventuras del Escudero Marcos de Obregon* multitud de datos históricos concertados con los hechos en que personalmente tomó parte, dice que en el otoño de 1574 ya se formaba en el puerto de Santander armada de más de trescientas velas y veinte mil hombres de desembarco al mando del intrépido y heroico general

Pedro Melendez de Avilés, adelantado de la Florida, cuya misión secreta y reservada no era otra que la de caer de improviso sobre los estados de la reina Isabel (1). Frustróse aquella expedición por la peste que, asolando el Norte de España y principalmente la costa cantábrica, se cebó en el ejército y armada reunidos en Santander, y de la que fué víctima aquel ilustre general cuyas hazañas fueron dignas de la lira majestuosa de Píndaro y Homero. La propuesta del marqués de Santa Cruz diez años más tarde, indudablemente hería en el ánimo de Felipe II uno de los deseos más ardientes de su corazón; pero acostumbrado á resolver las cuestiones arduas con extremada lentitud de pensamiento, solo contestó al ínclito conquistador de las Terceras en 23 de setiembre:—«Os agradezco mucho todo lo que me decis en la carta de vuestra mano, ofreciendoos á nueva empresa y cual la proponeis para otro año. Mando hacer, por si ó por no, lo que os parece necesario, y gente á Flandes para que esté más á la mano para lo que decis; mas ya se irá mirando en ello para cuando haya lugar y de la resolucion que tomare os mandaré aviso á su tiempo como es razon.»

(1) Vicente Espinel: *Relaciones de la vida y aventuras del escudero Marcos de Obregon.*—(Madrid, por Juan de la Cuesta: 1618).—Rel. j.—Desc. xxj.—Barrientos (M.)—*Vida y hechos de Pero Melendez de Avilés, Adelantado de la Florida.*—(Ms. inédito de 1578.)

Después de recibir los plácemes generales, la merced para sí del cargo de capitán general del mar Océano y de un hábito de Santiago para su primogénito y heredero el cuarto D. Álvaro de Bazán, dedicóse el marqués de Santa Cruz á algunos cuidados domésticos, siendo el primero el de la fundación del mayorazgo que instituyó en 15 de enero de 1584, incorporándolo al ya establecido por su padre D. Álvaro de Bazán, el Viejo, y su mujer doña Ana de Guzmán (1). Á esta incorporación agregó cuantiosos bienes, pues como Luís Zapata dice muy bien en su *Miscelánea*, hablando de los que de poca hacienda llegaron en aquel tiempo á prosperísima fortuna, «el clarísimo marques de Santa Cruz del claro linaje de Bazan, descendiente de hermano de la casa del conde de Miranda é hijo del famoso D. Álvaro de Bazan, heredó cuatro mil ducados de renta, y por su valor y bondad,—ved si acrecentó bien su militar talento,—dejó castrenses cuarenta mil ducados de renta y esto con mucha fama con cinco vvvvv, *virtud*, *valor*, *valentía*, *vergüenza* y *verdad*. Tambien formaron parte de esta institucion los mejores despojos de sus campañas: primeramente dos arneses de su persona labrados en

(1) En el mayorazgo de los Bazanes la villa del Viso, que perteneció á los comendadores de Calatrava, se vendió en 22 de marzo de 1539 por el emperador-rey Carlos V á D. Álvaro, el Viejo; y la de Santa Cruz de Mudela fué donación de la corona el año siguiente de 1540.

Alemania y dorados, con todas las demás armas, artilleria y arcabuces que tenia en su casa en la villa del Viso y el estandarte real con las armas reales y la figura del apostol Santiago que él llevaba en la popa del galeon *San Martin* cuando la armada francesa fué sobre la isla de San Miguel, dia de Santa Ana de 1582; las armas de Filipe Strozzi, mariscal de Francia y capitan general de la armada de 63 naos de alto bordo que lucharon aquel dia con los 25 navios del marques de Santa Cruz, quedando por estos derrotadas, y el estandarte real de la capitana francesa, de seda y tafetan blanco con las lises de oro, que á Filipo Strozzi le dió para aquella empresa el rey Enrique III; las armas de Monseñor de la Chastre hermano del duque de Joyeuse y cuñado del dicho rey de Francia (1), capitan general de la infanteria y ejercito francés y portugués, que estaban en guarda de la isla Tercera y las demas circunvecinas llamadas de los Azores, á las que el marqués de Santa Cruz venció en el campo, allanando las islas y reduciendolas al servicio del rey; las sesenta banderas de infanteria, de tafetanes de colores, que traian los capitanes franceses y portugueses con el estandarte de la caballeria de damasco blanco; dos venablos uno de monseñor de la Chastre y otro de mon-

(1) Estaba casado con una hermana de Luisa de Lorena, mujer de Enrique III.

señor d' Angarnagues, maestre de campo general de aquel ejercito; el baston de capitan general que tenia Manuel de Silva, conde de Torresvedras, gobernador y capitan general de todas las islas de la corona de Portugal por el intitulado rey D. Antonio, prior de Ocrato; cuatro fanales del rey de Francia que traia en su nao la capitana de Portugal cuando se rindió su armada en el rio de Lisboa; otro de Lambaza, nieto de Barbaroja, capitan general que fué del emperador Soliman, regalo que habia sido de la señoria de Venecia al famoso Ali-Baba-Arrux y que D. Alvaro de Bazan tomó en Navarino á vista de las dos armadas de la Liga y del Turco en la galera de Mahomet Bey, nieto del famoso corsario, y finalmente otro ganado del mismo modo á los turcos en la campaña de 1571; todas las cajas de tambores y pífanos de la infanteria francesa en las Azores; doscientos mosquetes, doscientos arcabuces y doscientas picas de las armas que se le rindieron cuando los venció en el campo, y por último, una espada gineta guarnecida de esmaltes de oro con que el primer D. Álvaro de Bazan, abuelo del marqués de Santa Cruz, habia servido á los reyes católicos en la guerra de Granada» (1).

(1) *Archivo general de Simancas.*—Contaduría de mercedes.—Juros del reinado de Felipe II.—Leg. 245, folio 47.—(De la colección de documentos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

Otra de las cuestiones domésticas que distrajeron la atención del egregio marino durante el breve interregno que dió á sus gloriosas hazañas el descanso que sucedió á la conquista de las Terceras, fué el de la ornamentación del magnífico palacio que se había hecho construir en la villa del Viso, centro y asiento de sus estados señoriales. Hállase enclavada esta población en una cañada muy suave, á poca distancia de las faldas de Sierra Morena. En la actualidad pertenece á la provincia de Ciudad Real, de cuya capital dista diez leguas, partido judicial de Valdecañas, audiencia de Albacete, diócesis de Toledo y capitanía general de Madrid. El palacio construído por el marqués de Santa Cruz para su ordinaria habitación es todo de mármol, con gran fachada principal en toda la extensión del edificio, del orden toscano, con pedestales y columnas de exquisito mármol blanco. En la galería inferior del patio, adornada con pilastras del orden dórico con base ática, están representadas, en magníficas pinturas al fresco de admirable perspectiva, las ciudades de Gibraltar y Ceuta, vistas por la parte de España, Navarino, Túnez, Lisboa y la ciudad de Angra en la Tercera. Al piso principal se sube por una espaciosa y magnífica escalera monumental de alabastro, proyectada bajo la traza de aquellos maestros que dejaron tan elevado concepto de la arquitectura española en el clásico renacimien-

to á que dió nombre el siglo espléndido de Felipe II. En los descansos de los dos ramales aún se levantan colosales y augustas dos soberbias estatuas de mármol. Representa la primera al dios Neptuno dominador de los mares, y en su rostro se dibujan las facciones que en vida individualizaron á aquel D. Álvaro, el Viejo, que, en su tiempo, se tuvo por rey de los navegantes. La otra es el retrato del tercer D. Álvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz. En la galería del piso principal, del orden jónico con balaustres y pasamanos, las pinturas representan pasajes heróicos de las historias mitológicas, y en las paredes y techos de las habitaciones toda la genealogía de los marqueses de Santa Cruz. Por último, encima de las puertas de los aposentos dejó colocados en graciosas hornacinas construídas al efecto, varios hermosos fanales de los que su padre y él conquistaron en las naves apresadas á turcos y argelinos, franceses y britanos, en más de tres cuartas partes de siglo de historia militar y marítima.

El cargo de capitán general del mar Océano para el que, como premio á sus relevantes servicios, fué nombrado el marqués de Santa Cruz, pronto le obligó á dejar de nuevo su palacio del Viso y la corte del rey Felipe para fijar en Lisboa su residencia. Toda su atención desde entonces estuvo puesta en la política de Inglaterra en lo que concernía á España. De allí partía el rayo

que alimentaba el incendio permanente de Flandes; de allí las audaces correrías piráticas que desde 1562, haciendo funestamente célebres para los navegantes los nombres de John Hawkins, Francis Drake, Thomas Cavendish y Walter Raleigh, los convertía en símbolos de pavor por las vastas llanuras del océano y motivo de perpetua inseguridad en toda la extensión de nuestras dilatadas colonias del Nuevo Mundo. Esta intranquilidad en breve se hizo extensiva á Portugal, en cuya legítima posesión España encontraba tema de continuos sobresaltos. No bastaba el inmenso desasosiego que producían las varias apariciones de los fingidos D. Sebastián, cuyas novelas, interesando el corazón del pueblo, le disponían á una actitud de prevención y odio contra España que se traducía en hechos de una profunda é incesante perturbación (1). El nombre y la supuesta legitimidad del vencido D. Antonio era otra causa de desastrosas incertidumbres, hábilmente explotadas bajo la esperanza de que fuertemente favorecido por la reina de Inglaterra, de improviso desembarcaría en unc de los puertos de la nación vecina y produciría con su presencia un levantamiento general del

(1) El ilustre diplomático Sr. Miguel D'Antas, ministro que ha sido de Portugal en España, es el que mejor ha escrito de esto en su obra *Les faux Don Sebastien: étude sur l'histoire de Portugal:* Paris: Aux Renou et Maulde: 1866.

pueblo portugués, que, á pesar de las extraordinarias franquicias y mercedes que del rey Felipe recibía, se obstinaba en considerar su soberanía como el yugo despótico de una intolerable servidumbre.

Naturalmente la reina Isabel era favorable á la política que alejaba las cuestiones candentes de su propio territorio, y que atribuyéndola el papel de superioridad que siempre arguye la protección, permitía á su naciente marina ejercitarse en los triunfos del mar sin grandes riesgos que correr para el brillo y autoridad de la corona. Sus marinos adquirían crédito, su Tesoro ganancias imponderables, y mientras sus corsarios se amaestraban en la guerra del pillaje y del robo, la corona seguía el curso de sus relaciones pacíficas con las naciones á quienes sus naves piráticas acometían, disimulando la dirección tácita de estas empresas con estériles protestas sobre el papel, como las dirigidas á Flandes al duque de Parma, Alejandro Farnesio, en censura de las audacias y rapacidades de sus corsarios (1). No desconocía esto el egregio marqués de Santa Cruz; mas vino en esto el año 1585. Supiéronse así en Lisboa como en Madrid

(1) Estrada (Fabián): *Guerra de Flandes desde la muerte del emperador Carlos V hasta principios del gobierno de Alejandro Farnesio:* (Colonia: 1682.)—Tomo iij.

los grandes aprestos marítimos que en Plymouth se hacían para una expedición vandálica que había de hacer objeto de sus agresiones y de sus rapiñas las costas del Noroeste de España, las de Portugal, las islas Canarias, Madera y Cabo Verde, las de Puerto Rico y Santo Domingo, las costas de Tierra Firme y aun la Florida. En 26 de junio el marqués de Santa Cruz volvió á escribir al rey Felipe sobre la alarma que producía la venida de Francis Drake, y la necesidad no solo de poner á cubierto nuestras provincias y posesiones de sus sangrientas correrías, sino de salir á castigar su armada y de pasar á Inglaterra á herir en el corazón á aquellos rapaces milanos de los mares. El marqués de Santa Cruz proponía despachar carabelas con avisos á los vireyes y gobernadores de las Indias y noticia del peligro que corrían para que estuviesen apercibidos á la defensa. Pedía que en Sevilla se aprestasen galeones; que á Cataluña y Génova se pidieran marineros, como para la armada de la Tercera; que en Andalucía y otras provincias se levantasen seis mil soldados de infantería; que de Vizcaya se hiciesen venir veinte pataches y veinte galeras; que á Portugal se pusiera en estado de defensa, levantando en aquel reino otros cuatro mil soldados, y finalmente, que á los señores de estados limítrofes á aquel reino se les comunicara para que acudieran al socorro, así por la parte de Extremadura y el Algarve como

por la de entre el Duero y Miño (1). El rey mandó salir á favorecer las posesiones del Nuevo Mundo al general Álvaro Flores de Valdés con una armada de diecisiete galeones, cuatro pataches y tres mil soldados de infantería á cargo de Juan de Tejeda, antiguo soldado de Flandes de la disciplina del duque de Alba. Mas ya Francis Drake había salido de Plymouth con su escuadra, y aunque en la isla de Bayona, de Galicia, fué rechazado por la gente de la tierra, conducida por el animoso y gallardo joven D. Diego Sarmiento de Acuña, señor de Gondomar, que pudo reunir siete banderas, y aunque rechazado también valerosamente en las islas Canarias, cayó sobre Cabo Verde, donde tomó dinero y artillería de los fuertes; pasó á Santo Domingo, que no pudo defender el presidente de aquella audiencia Cristóbal de Ovalle; recayó luego hacia San Juan de Puerto Rico, donde cometió todo género de atrocidades, y fué á parar á Cartagena de Indias, apresando al paso naves de comercio, apoderándose de caudales y mercancías y sembrando por todas partes el pánico de su nombre.

Dolía al rey el desastre de los indianos, como

(1) Tapia y Rivera (D. Alejandro).—*Biblioteca histórica de Puerto Rico*. (Puerto Rico: por Marquez, 1854).—Pág. 397.—«Discurso del marqués de Santa Cruz sobre la venida de la armada inglesa.»

dice Cabrera de Córdoba (1), cuando nuevas cartas del marqués de Santa Cruz llegaron á reanimar sus ansias de represalias. «Teniendo yo entendido esto, expresaba en una de 13 de enero de 1586 á Felipe II, cuando tuve la victoria de la Tercera en el año de 83, escribí representando á V. M. la buena ocasion que tenia para emprendello, hallándome con armada y ejército victorioso.» Y después de describir el cuadro de nuestras afrentas, del millón y medio de escudos en que se graduaban los daños sufridos por los vasallos de España en la sola campaña de 1585, del auxilio prestado á los rebeldes de Celanda y Holanda y de la persecución dirigida principalmente á arruinar nuestro comercio marítimo en todas partes, añadía para justificar la lealtad de sus propósitos: «No me mueve á esto desear jornadas ni nuevas victorias, ni otro ningun fin; sino solo el servicio de Dios y de V. M. á que tengo tanta obligacion.» Sintió el rey la obligación de acudir al pronto remedio de los males y sobre todo á la necesidad de refrenar en la cuna la soberbia osadía de Inglaterra. Desde Gandía, á 24 del mismo mes, pidió al marqués de Santa Cruz el proyecto y plan para la empresa que aconsejaba. Á pesar de sus cuarenta y cuatro años de experiencia en materias de

(1) Cabrera de Córdoba: *Historia de Felipe II, rey de España*, tomo iij, libr. iij, cap. viij.

guerra y mar, consultó el mismo Bazán muchos papeles, y al cabo en 22 de marzo dirigió al rey, recomendado por el secretario Idiaquez, su proyecto, advirtiendo: en primer lugar, que la primera condición de su acierto sería la brevedad en disponerlo todo; segundo, que aunque no se aceptara la idea de verificar un desembarco en Inglaterra, convenía para cualquier accidente que ocurriese que S. M. se hallara armado.

Según el marqués de Santa Cruz, había que formar una escuadra de ciento cincuenta naves gruesas, con cuarenta de Ragusa, Venecia, Sicilia y Nápoles y demás costa de Levante hasta Cartagena; veinticinco de S. M. de Sevilla y Cádiz; veinte galeones y navíos de Portugal; treinta y cinco naves guipuzcoanas y vizcaínas, y treinta más esterlinas y alemanas. En Lisboa y Setubal había que embargar además cuarenta urcas para trasportar bastimentos, armas y municiones, á las que se agregarían otros trescientos barcos menores y del mismo género; es decir, de Cataluña y Valencia cincuenta saetías y corchapines y cincuenta carabelas de cubierta, barcones y chalupas de las pesquerías de Málaga hasta Ayamonte; otras ciento de Lisboa y Oporto; cien zabras, pataches y navíos y chalupas venaguesas de las cuatro villas de la costa del mar, Asturias, Vizcaya y la provincia, y veinte carabelas pequeñas de las llamadas en Portugal mexariquerias y

mandatos. Para dotar esta inmensa armada era preciso traer ó levantar 11.075 marineros, 3.611 grumetes, 1.846 pajes, 190 contramaestres, 190 pilotos y 1.900 oficiales. Finalmente, á todo esto había que añadir veinte galeras de España, catorce de Nápoles y seis de Sicilia con 3.200 hombres de cabo y 7.000 remeros, seis galeazas con 720 hombres de cabo y 1.800 remeros, veinte fragatas de Italia, veinte falúas napolitanas y doscientas barcas chatas fabricadas en los arsenales de Lisboa y de Sevilla. Esta armada gigantesca, que con razón se apellidó *invencible* desde su génesis, debía llevar á bordo un ejército de desembarco compuesto de 28.000 españoles, 15.000 italianos y 12.000 alemanes (1).

Pero mientras en la corte del rey Felipe se estudiaban y hacían objeto de universal admiración los proyectos del marqués de Santa Cruz, cada día eran más aflictivas las noticias que llegaban de las rápidas y devastadoras hazañas de los piratas

(1) Relación de las naos, galeras y galeazas y otros navíos, gente de mar y guerra, infantería, caballería, gastadores y oficiales y personas particulares, armas y municiones y los demás pertrechos que se entiende podrán ser menester para en caso de que se haya de hacer la jornada de Inglaterra y los bastimentos que serán necesarios proveer para ella, y los precios á que podrán costar y las partes donde lo uno y lo otro se podrá proveer y lo que todo ello vendrá á montar, haciendo cuenta que la armada y ejército que se ha de llevar para la dicha empresa ha de ir proveido y bastecido para ocho meses.—Fernández Duro: *La armada invencible:* (Madrid: Rivadeneyra: 1884.)—Tom. j.—Documentos.—Páginas 250 á 319.

británicos (1). El allanamiento de Puerto Rico y Santo Domingo por los cinco mil hombres de guerra que llevaba Drake, en sus veintidos naos y galeones, habia traído á la Península los clamores generales de las Indias angustiadas. El 2 de abril el rey escribía á Bazán: «la primera cosa que he hecho es poner los ojos en vos.» Y de su propia mano añadía: «Muy cierto estoy de vos que me servireis en esto como lo habeis hecho siempre en todo lo que se ha ofrecido.» Del mismo modo y en la propia fecha le expresaba también el secretario D. Juan Idiaquez, encareciéndole la confianza de S. M. «lo que de su brazo se promete», añadiéndole que aquella jornada no desviaba la inclinación del monarca de la de Inglaterra, que se haría después, para que fuese «eslabonando victorias». Por último, el presidente del Consejo de Indias, Hernando de Vega, le escribió también sobre el mismo asunto y le decía que «todo lo esperaba de su mano, que tan poderosa, experimentada y util es para todo.» En 9 de abril el marqués de Santa Cruz contestaba al rey ofreciéndosele enteramente: «quedo con mucho contentamiento de esto, le decía, y de hallarme en

(1) ZARAGOZA (D. JUSTO).—*Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América Española desde el siglo* XVI *al* XVIII, *deducidas de las obras de* D. DIONISIO DE ALCEDO Y HERRERA. (Madrid: por G. Hernández, 1883.)—Pág. 74 á 96.

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA · Granada ·

disposición de poder servir y lo haré con la misma voluntad todo el tiempo que la vida me durare». La noticia de su aceptación «hubo de henchir de buenas esperanzas y de alegria á todos», y el rey estimulaba el patriotismo del ilustre caudillo diciéndole: «paresce que es muy buena fuerza la que podreis llevar y bastante con tal capitan para deshacer cualquiera que el enemigo tenga por mucha que fuese.» Por su parte el secretario Idiaquez, ponderando la satisfacción que había causado en todos la noticia de su nombramiento para deshacer á los corsarios de Francis Drake, le escribía: «cierto que en esta parte debe V. S. mucho al mundo.» Y para que no creyera que la empresa menor sería rémora de la gigantesca en que Santa Cruz pensaba desde 1583, añadía: «las relaciones sobre la empresa de Inglaterra parecieron extremadas, como de V. S.»

Don Álvaro Flores de Valdés, y Miguel de Oquendo, que salió con otra pequeña escuadra á perseguir al corsario y avisar su paradero, tardaron en dar cuenta de la situación de Drake. Este, disparado como una flecha, sin itinerario ni rumbo conocido, aquí de súbito aparecía, allá de improviso se presentaba, siempre inopinadamente, siempre de sorpresa, desconcertando todo cálculo é impidiendo toda medida de previsión. Así, despues de robar varias comarcas de América, surgió de repente delante de Cádiz, donde quemó y echó

á pique dieciseis bajeles dentro de la propia bahía, de la que se llevó también presas otras seis; así sorprendió á Lisboa, amenazando con verificar un desembarco en Cascaes, lo que habría realizado sin la heroica actitud de la gente de la tierra y de D. Alonso de Bazán, que con las galeras de su mando impuso respeto al inglés foragido de los mares. El marqués de Santa Cruz, entretanto, no pudo salir en semejante ocasión á la defensa: ¡estaba imposibilitado de poner en movimiento sus buques por falta de gente de guerra! ¡Eterna imprevisión de España en todo tiempo, pues siempre tuvo que improvisar su defensa, sin temor al peligro hasta que llegó!

Había llegado mayo de 1587 en estas perplejidades é inconcebibles irresoluciones. El rey le instaba á salir en persecución del corsario; pero la infantería de Nápoles que Bazán esperaba no llegó hasta el 10 de julio, y entonces tuvo que satisfacerse con ir á correr el mar con treinta y ocho navíos, los veintisiete gruesos, y cinco mil infantes, acompañado del duque de Francavilla, del conde de Paredes y sus hermanos y algunos hijos de señores y caballeros, sin más éxito que el de volver escoltando en salvo las flotas de la India. ¡Pequeña empresa para tan gran capitán! Quísose apresurar entonces la expedición á Inglaterra, aun sin tener terminados los preparativos; y para que todo fuese completo en el cuadro de de-

sastres que iba pronto á comenzar á desarrollarse, levantóse en opósito á las grandes intenciones del marqués de Santa Cruz una emulación personal siniestra, en un poderoso enemigo de sus glorias, de ilustre y antigua alcurnia de héroes españoles, señalado en el mar, donde primero bajo la disciplina de D. Juan de Austria prestó grandes servicios como aventurero en Grecia, en Túnez y en Flandes, y desde altos puestos oficiales después en la conquista de Portugal bajo la mano del gran duque de Alba, quien creía haber encontrado en él, según escribió al rey el mismo día de la victoria, un hombre de verdadera utilidad. Este era el nieto del famoso Antonio de Leiva, D. Alonso Martínez de Leiva, hermano del príncipe de Asculi y en la actualidad capitán general de las galeras de Nápoles.

Todas las dificultades que se oponían á la terminación de los preparativos militares para la empresa de Inglaterra, según el marqués de Santa Cruz, surgían á la vez de las negligencias estudiadas del duque de Medina Sidonia en Andalucía y de la oposición tácita ó solapada del duque de Parma en Flandes. Bazán se quejaba al rey de las incesantes rémoras que dificultaban el que todo quedase presto en breve para salir á la mar. El rey, por su parte, culpaba al marqués de Santa Cruz. Agentes estipendiados en Madrid procuraban crear en el ánimo del monarca un fondo de

viles desconfianzas y prevenciones contra el noble caudillo que tantas glorias había dado á la corona. El principal de todos fué D. Alonso de Leiva, á quien se atribuía la ambición de sustituir á Bazán en el alto mando de la *Invencible*. Ello es que, hiriendo las legítimas susceptibilidades del marqués de Santa Cruz, logró Leiva en 9 de julio que se le comisionara en Lisboa, Sevilla y Cádiz, para activar los armamentos, y que de vuelta en Madrid, según Cabrera de Córdoba, «calumniaba la intención y diligencia del marqués, deseoso de ir él con la armada, como tenía menos que aventurar de reputación y fortuna» (1). Al regreso de las Azores, Santa Cruz creía que era ya tarde para emprender por los mares tempestuosos del Norte la jornada de Inglaterra: Leiva, por el contrario, sustentaba su posibilidad, y en la corte decía á los ministros del rey que «el marqués no quería salir con la armada, aunque estaba aprestada, porque de mala gana iba á seguir las órdenes del duque de Parma, por lo que convenía enviar á Lisboa quien le diese de las espuelas y viese cómo estaba la armada.»

En este pugilato, al cabo, pudo más la intriga que la virtud. Los cargos acumulados sobre el ilustre marino causaron, en su noble espíritu in-

(1) Cabrera de Córdoba.—*Historia de Felipe II, rey de España*: tomo iij, libr. iij, cap. v, pág. 267.

mensa pesadumbre. Su última carta al rey, llena de aquella respetuosa moderación tan propia de la lealtad de sus sentimientos, rebosa, sin embargo, profunda melancolía. Escribióla el 16 de enero de 1588 y decía así:

«Señor: syempre e qumplydo con la confyança que buesa mag.d a hecho de my y dello dy por testigo al cyelo y á buesa mag.d y al mundo, y confyo en nuestro señor que me dará fuerça para hazerlo assy myentras me durare la vyda, la qual emplearé en el servycyo de buesa mag.d como buen basallo y cryado: y el escrebyr á buesa mag.d otras cosas no fué para desvyarme desta boluntad, la cual ninguna ocasyon me la podrá quytar; y assy suplyco á buesa mag.d lo crea y tenga por çyerto y que en todo lo que açetase serbyrle lo haré sin myrar otro ningun respeto.

en lo del armada escrybo por consejo de estado lo que v. mag.d mandará ver. dyos guarde la catolyca persona de buesa mag.d en lysbona á 16 de enero de 1588 ·/.=*el marqués de santa cruz*» (1).

En efecto, mortificando de nuevo la altiva susceptibilidad del general ilustre, el rey Felipe envió á Lisboa al conde de Fuentes, D. Pedro Enríquez de Guzmán, con el objeto de dar prisa á la salida de la armada. La reconvención que esta visita argüía á espíritu tan delicado hirió tan hon-

(1) *Archivo general de Simancas.* — Secretaría de Estado.—Legajo 431, folio 24. (De la colección de documentos históricos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

do al marqués de Santa Cruz, que cayendo en cama con unas fiebres ardientes, apenas tuvo tiempo para disponer su testamento el 8 de febrero, dejando de existir al siguiente día: de modo que el conde de Fuentes, al dar cuenta de su misión pocos momentos después que espiraba el generoso caudillo, decía al secretario de Estado D. Martín de Idiaquez:

«✠ No escriuo á S. M. porque lo hace su Alt.ª y por quedar tan apesadumbrado con el fallesçimiento del marqués, que Dios tenga en el cielo, con que quedan las cosas de aqui con arta necessidad de dueño que las entienda y sepa manejar, y otras de breue remedio; porque auiendo tenido avisso oy del gobernador de lagos que en aquella costa an aparesçido treynta belas inglesas, si la nueua es çierta, como se entiende, y el Armada a de salir y seguir su viaje, si el cosario saue que este puerto queda sin fuerças, que le puedan offender, sería possible que se atrebiesse á entrar en él. Y escriuo sobre ello y otros particulares al señor D. Juan de Idiaquez á que me remito. Guarde nuestro señor á v. m. como yo deseo. de lisboa A 9 de hebrero de 1588.—*El conde de Fuentes*» (1).

El cardenal archiduque Alberto, gobernador de Portugal, el mismo día 9 también comunicó la funeral noticia al rey con expresiones encomiás-

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 431, folio 71. (De la colección de documentos históricos de D. Juan Pérez de Guzmán.)

ticas del gran soldado que España había perdido, y en igual forma el primogénito del marqués y su heredero, el cuarto D. Álvaro de Bazán, lo hacía con aquel lenguaje que correspondía al inmenso dolor que experimentaba. En el rey y en su corte, en Madrid y en España entera causó verdadero desconcierto. Muchos consideraron aquella gran desgracia como fatídico presagio de mayores pérdidas y daños. Muchos, no obstante, estimaron que el marqués había muerto con gloria y oportunidad. Luís Zapata en su *Miscelánea* acerca de esto escribía: «Á cuan buen tiempo para su honra murió el marqués de Santa Cruz, y á cuan malo para la nuestra, todo el mundo lo sabe, sin haber él recibido revés de la fortuna contraria. Elegido por general en la mayor empresa del mundo, como conquistar á Inglaterra, y sin ninguna duda de todos que la conquistara, dió el alma á nuestro señor en Lisboa, estando para embarcarse para la jornada, con sentimiento de todo el mundo, con sospecha y despues con certeza de que su muerte por su experiencia había de hacer notoria falta. Asi que, vivo, no podía hacer mas que lo que de él se esperaba, y, muerto, ya en la opinión del mundo había hecho la jornada.» La opinión comparó su vida á la de los Africanos, Germánicos, Agrícolas, Scipiones y Torcuatos de la antigüedad. El poder soberano se satisfizo con nombrar sucesor para su cargo, nunca para su

genio y su heroismo, porque esto es siempre don singular de espíritus selectísimos: y en cuanto al héroe muerto, cubrió sus aún calientes cenizas con el frío manto de un cortés pésame oficial, que así decía:

El rey.—Por vuestra carta del 9 deste e entendido el fallesçimiento del marques vuestro padre, que lo e sentido mucho por las causas que para ello ay. Sus serviçios tengo muy presentes y de vos quiero creher que aureis de procurar paresçerle y que correspondereis á vuestras obligaciones. De mi podeys esperar que en lo que se offreciere terné con vos y vuestros ermanos y las cosas que os tocaren la cuenta y memoria que merecen los servicios de vuestro padre. de madrid 15 de hebrero de 1588.—Yo el rey.—*A D. Álvaro de Bazán* (1).

(1) *Archivo general de Simancas.*—Secretaría de Estado.—Leg. 431.—Publicado por el Sr. Fernandez Duro: *La armada invencible.* (Madrid, por Rivadeneira: 1884, tom. j)—Documentos.—Núm. 52, pág. 413.

XIX.

LA HISTORIA, LAS LETRAS, LA OPINIÓN Y LA POSTERIDAD.

Cuando los pueblos han de realizar un alto destino en la historia, los hechos grandes, las hazañas maravillosas y los nombres ilustres se eslabonan en una larga sucesión de acontecimientos que parecen tejidos por la mano de la Providencia para que confluyan á aquel apocalíptico acontecimiento. Bajo la anárquica monarquía de D. Juan II y de Enrique IV de Castilla, que parecía dar el tono á la situación de España durante tres cuartas partes de siglo en el xv, ¿quién había de esperar el reinado brillante de los Reyes Católicos, al concluir aquella centuria y al marcar la dirección soberana y al imprimir el sello de grandezas que había de caracterizar todo el siglo siguiente? No había en la Península, en los remotos tiempos á que nos referimos, nada de lo que constituye la base fundamental de lo que iba después tan ampliamente á desarrollarse. Reyes sin grandeza, grandes divor-

ciados entre sí, insumisos á la superioridad del poder real y encerrados en el enfático concepto de su personalidad omnipotente, gobierno sin autoridad, hacienda sin recursos, ejércitos sin disciplina, ciudades estragadas por las discordias civiles, mares desiertos de buques, campos sin cultivo, caminos perdidos para el comercio é inundados de bandoleros, estados circunvecinos en perpetuas guerras de religión ó de política, amenazando de continuo disminuir las fronteras de Castilla; tal era la situación de esta corona bajo el cetro del rey de los trovadores y del rey de las eternas incertidumbres.

Vinieron los Reyes Católicos; robustecieron el edificio nacional con la unión de las dos coronas; vencieron en Toro las dificultades de los intereses extraños, derrotando á Portugal y sus aliados; llamando la atención de los nobles hacia las conquistas granadinas, imprimieron una dirección de unidad á las varias miras de emulación y de ambiciones que los corroían; con los sucesos triunfales del reino alhamerita despertaron en el pueblo la fe, la admiración y el entusiasmo; organizaron un ejército, cuna y fuente de los héroes europeos de dos siglos; echaron la base del edificio civil en el aparato majestuoso de sus sabias leyes, y elevado el concepto y la confianza de la nación en sus propias fuerzas, la dispusieron en propicia coyuntura para acometer aquellas empresas colosales que se

llaman el descubrimiento del Nuevo Mundo y las conquistas de Navarra y Nápoles, que nos hicieron representar *ipso facto* el primer papel en el dominio de los mares más remotos é inexplorados, y el primer papel también en la balanza política de Europa. Las catástrofes que ocurrieron acerca de la sucesión del trono no fueron bastantes á contener el movimiento iniciado por estas sublimes determinaciones. La grandeza de la patria estaba firmemente cimentada. El fuego de la unidad nacional, con todas las naturales expansiones emanadas de la segura conciencia de su fuerza, inflamaba todos los espíritus. La poderosa acción expansiva que de él se derivaba, del mismo modo nutría la mente de los secuaces de Colón en el Nuevo Mundo, que la de los compañeros del Gran Capitán en Italia y la de los aventureros del generoso cardenal Jiménez de Cisneros en África. El nido de los héroes se habia hecho prolífico. Los dioses de aquel Olimpo habían fecundado su glorioso tálamo, y á los nombres esclarecidos de las jornadas patrias de Granada, Viana, Orán y el Garellano, sucedieron otros nombres iguales en espléndida grandeza que decoraron el tiempo del animoso emperador Carlos V, compartiendo con él las coronas triunfales de las batallas de Alemania y Francia, las de la conquista de Túnez en el mar de África y las de Hernán Cortés, Francisco Pizarro y Vasco Nuñez de Bal-

boa en los dos mares que lamen las fértiles costas de una y otra parte del continente americano.

No degeneró esta raza ni se interrumpió esta ilustre generación de héroes y semidioses bajo el cetro de Felipe II. Los soberbios capitanes que habían acompañado al César en sus campañas homéricas diéronse la mano con otros no menos ilustres de su brillante cohorte, destacándose las figuras de arrebatadora magnificencia del gran duque de Alba y del heroico bastardo del César, y á par de ellos, entre los intrépidos caudillos del mar, aquellos ínclitos Bazanes que, después de haber descendido desde las montañas navarras hasta las llanuras de Andalucía de batalla en batalla sangrienta y de conquista en conquista patria, cayeron sobre la costa mediterránea del extinguido reino árabe de Granada, para tomar en el mar de los antiguos y eternos destinos de la civilización el cetro permanente de los dos océanos. El tiempo ha devorado, sin merecerlo, la reputación grandiosa que debiera acompañar perpetuamente el nombre de aquel D. Álvaro de Bazán, el Viejo, que en la difícil ciencia del mar y su dominio ocupó en su siglo el primer puesto, cautivando hacia su persona la atención de los sabios y el entusiasmo de los poetas (1); pero las hazañas de su

(1) *Libro y prime|ra parte de los victoriosos he|chos del muy valerosso ca|uallero don Aluaro de|Baçã: señor de las vi|llas d'l Viso y Sacta|Cruz. Capita|general de|*

hijo, el primer marqués de Santa Cruz, fueron, como queda relatado, de brillo más seductor, y á su esplendente llamarada quedaron anublados los

---

mar Oce|ano. Dirigido al muy illustre señor|don Luys Çapata. Señor de las villas de Al|buñol y de Torbiscon|con sus partidos|Cõpuesto por Balthasar d'|l|Hierro| Año de M.D.L.X.I.—Col.— Aqui haze fin el presente tractado. El|qual fue impresso cõ licecia en la muy|noble ciudad de Granada: en ca|sa de Rene Rabut junto á|los hospitales del cor|pus Christi.

Este poema es un breve compendio épico de las hazañas de D. Álvaro de Bazán, el Viejo, y de sus dos hijos D. Alvaro y D. Diego hasta 1560, y está dividido en seis cantos; el primero trata de «como, despues de dexadas don Aluaro de Bazan, el viejo, las galeras y armadas con que ganó inmortales triumphos, segun por sus historias paresce, Don Aluaro de Bazan, su hijo, entró en las galeazas por mandado del Emperador Carlos quinto para asegurar el mar Occeano, y cómo acompañó la magestad del Rey Phelippe, su hijo, á Inglaterra y de las maravillas que Don Diego, su hermano, hizo.» —Los siguientes cantos comprenden diversas navegaciones y hazañas del futuro marqués de Santa Cruz en los mares de Canarias, en la persecución de los corsarios franceses y bretones, en el salvamento de las flotas del Perú y en la guarda del Oceáno. El elogio de D. Alvaro, el Viejo, se hace en el siguiente soneto del autor Baltasar del Hierro.

AL MUY VALEROSO CABALLERO D. ÁLVARO DE BAZÁN.

SONETO.

Perdona, excelentísimo guerrero,
Pues que sin tú perder, mi flaca pluma
Puede, como en la mar la blanca espuma,
Andarse señalando sobre Homero:
Porque él, por tu respecto caballero,
Con todos los demás, mi breve suma
Trairán, porque jamás no se consuma,
Encima de las palmas por lucero.
Mostrando el resplandor por todas partes
Haber con mortal brazo eternizado
El nombre de cosarios tan temidos.
Y en supremo dirán: figura es Marte
De este que es natural de aquel pintado:
Que Marte de Bazán es traducido.

El ejemplar consultado, único que se conserva, pertenece á la biblioteca del Excmo. Sr. Conde de Banahavis, que galantemente nos lo ha facilitado.

reflejos de toda otra grandeza en las conquistas inmediatas de los mares europeos.

En aquella gran resurrección y desarrollo de medios que caracterizaron la época reorganizadora de Carlos V y la época conquistadora de Felipe II, toda la historia de la marina militar española puede decirse se encarnó en el nombre glorioso de estos dos ilustres paladines. Representó D. Álvaro, el Viejo, el saber y la experiencia; el marqués de Santa Cruz la alta estrategia y la rápida acción. Aquel inventando el galeón como unidad táctica en el Gran Océano y organizando la formación de las escuadras para hacer el comercio y prevenir la defensa de las remotas posesiones de América en sus relaciones con la Península (1), y este conduciendo la galera, nave de guerra del Mediterráneo, á sostener el rango de su

(1) El *Archivo de Indias* posee los documentos relativos á tan importante materia, y entre otros, los *Capítulos* que desde Valladolid (7 octubre 1549) dió D. Alvaro de Bazán «sobre la armada de las galeazas que debian hacer el comercio de las Indias»; el *Parescer* que emitieron los officiales de Sevilla (Francisco Tello y Diego de Zárate); otra *Carta* de Alonso de Illescas, Fernando López y Juan Iñigo, prior y cónsules de la Universidad de los Mercaderes, dirigida al Emperador en 2 de marzo; el *Parescer* de D. Bernardino de Mendoza; un segundo *Memorial* de D. Alvaro de Bazán; otra *Carta* del mismo al Emperador, de Setiembre del año referido; y finalmente, el *Capítulo* de la Carta del Emperador al Consejo de Indias, fecha en Bruselas en postrero de junio, y de otra dirigida á los serenísimos rey y reyna de Bohemia acerca de la resolución de tan importante asunto. Don Alvaro de Bazán se ofreció á construir por su cuenta, mediante ciertas indemnizaciones y privilegios, una escuadra de doce galeazas en el espacio de cuatro meses y en astilleros nacionales.

importancia militar en medio de las encrespadas olas del Atlántico, tuvieron la gloria de resolver los problemas más arduos que respecto al régimen, disciplina y eficacia de las fuerzas marítimo-militares plantearon en aquel tiempo las necesidades impuestas á la marina de guerra por los nuevos descubrimientos geográficos, por las nuevas aplicaciones científicas, por los nuevos horizontes abiertos á la navegación y al comercio universal, y por la nueva disposición también de las cosas que habían establecido el naciente equilibrio político del mundo.

El carácter de este trabajo, puramente histórico y literario, nos exime de la obligación de tratar de estas materias en el terreno técnico de la ciencia militar y naval. De la relación de los hechos del marqués de Santa Cruz que dejamos consignados, fácilmente se deduce que durante el gran siglo de Carlos V y Felipe II no hubo empresa marítima militar, á excepción de las que dieron por resultado los descubrimientos y las conquistas de América y de Oceanía, en que no interviniera el nombre de los dos Bazanes. Fueron las guerras marítimas de Felipe II de mayor sustancia y extensión que las de Carlos V, habiendo tenido por teatro de sus hazañas así el Mediterráneo como el Océano, y en los intereses en cuya defensa se lidiaron aquellas batallas, no solo el objetivo de la posesión de la costa vecina de

África como defensa de nuestras fronteras y la de la costa atlántica del imperio de los sheriffes como establecimiento estratégico para proteger nuestra navegación por el Océano. La supremacía de España sobre el Mediterráneo; la humillación del turco, que desde el lejano dominio de Oriente meditaba imperar sobre todo el antiguo mar del Lacio; la dominación sobre el Atlántico; la conquista de Portugal y la conservación de sus islas y colonias como complemento político de la unidad suspirada de la patria; el mantenimiento y defensa de las costas y ciudades marítimas de Holanda como base estratégica en los mares del Norte, para impedir desde allí el peligroso y creciente incremento de la marina militar de Inglaterra, fueron cuestiones de una importancia muy superior á las que el César Carlos V llevó con la victoria á la conquista de Túnez y con el magnánimo aliento de su espíritu á la derrota de Argel.

En todas estas empresas ya hemos visto qué papel representó desde los primeros esbozos de su juventud más lozana el heroico marqués de Santa Cruz. No le sumaremos como propias las contiendas de 1544, en que lidió con su padre contra las naves francesas en los mares del NO. de España. En su expedición á Inglaterra, acompañando á Felipe II en 1554 para el casamiento del rey, no le atribuiremos otro papel que el simplemente cortesano que otra vez representó en Madrid

en 1585, después de sus románticas hazañas de Portugal y de las islas Azores, cuando con el almirante de Castilla, el comendador mayor Don Juan de Zúñiga y otros muchos caballeros salió á recibir á Amadeo de Saboya, hermano bastardo del duque Carlos Manuel, que vino á la corte de España á concertar las bodas de aquel potentado italiano con la infanta doña Catalina, hija de Felipe II. Ni aun el mando de la pequeña escuadra que se le dió para asegurar las costas de Andalucía y la navegación de las Indias desde 1555 á 1560, ni aun la que tuvo bajo sus órdenes desde 1561 para custodiar el Estrecho de Gibraltar y las costas del Poniente, son datos que resumiremos como efemérides de las más ilustres, entre las muchas que enaltecen su carrera (1); porque aun-

(1) El poema de BALTASAR DEL HIERRO, que dejamos referido, no solo expresa el viaje de D. Alvaro, el Joven, á Inglaterra custodiando la armada que conducía al rey D. Felipe á su matrimonio con María Tudor, sino que hace un minucioso elogio de sus primeras empresas marítimas. Así describe en el Canto primero el ingreso de D. Alvaro en el servicio naval:

Después que el padre de este valeroso
Dejó de inmortal fama rodeado
El reino de Neptuno cavernoso
Y todo lo demás al mundo dado;
Que quiso recogerse á dar reposo
A su preclaro cuerpo tan cansado,
Dejando con memoria esclarecida
Eternizados hechos de su vida;
Ya después de ganadas las banderas
De turcos y de moros y franceses,
De haber asegurado las fronteras
Y desmallado y roto mil arneses;

que ya en estos cargos mostró las condiciones de su superioridad en actos como el apresamiento de los navíos ingleses en el cabo Aguer, que hacían el contrabando de guerra con el reino de Fez, todavía estos hechos singulares no pueden consi-

---

Después de haber quemado las galeras
Que han sido á su Don Carlos descorteses,
Al hijo el rey mandó que en mar entrase
Y todo el Océano asegurase.
Y para este seguro ya tenía
La galeaza vieja y muy famosa
Que como el pensamiento discurría
Por l'agua plateada y espumosa,
Y ventaja extremada es la que hacía
A la que muy más fuese belicosa;
Porque por si quería allí pasaba,
Y todo lo posible sujuzgaba.

En el Canto segundo del poema de HIERRO se cuentan luego los grandes recibimientos que se hicieron al valeroso D. Alvaro y su armada en Canarias, y como después partió de allí y fué limpiando los puertos y haciendo maravillas hasta topar con la armada de Indias y traerla seguramente á Sanlúcar de Barrameda.

El Canto tercero trata cómo vuelto D. Alvaro de Bazan á su flota partió con ella de Sanlúcar, y discurriendo una noche muy clara, encontró con la galeaza francesa á la cual, con solo la insistencia, D. Alvaro siguió gran cantidad de leguas; y como estando los dos para combatir los enemigos de miedo se rindieron, á los cuales, por ser ladrones, ahorcó y echó en galeras y lo que más le avino.

En el Canto cuarto se cuenta la cruda y peligrosa batalla que entre las dos armadas hubo, y como al fin D. Alvaro de Bazán venció y desbarató los franceses. Y prendiendo al general de ellos (Mr. de Leth) y á cuatro más, siguió su viaje y lo que en la vuelta hacia Laredo le acaeció.

El Canto quinto cuenta de cómo D. Alvaro de Bazán salió de Cádiz y trajo su armada de Indias á Barrameda y lo que en la ida le aconteció y cómo después trajo y sacó otra de una emboscada grande de enemigos.

Finalmente, el canto sexto y último trata de cómo por una extraña aventura vino la corona de roble (que es fortaleza) á ponerse en la cabeza del excelente caballero D. Alvaro de Bazán.

derarse sino como el preludio de aquellos otros á que posteriormente pudo ya imprimir el sello de la perspicacia de su espíritu, de la impavidez de su ánimo y de la fortaleza de su voluntad.

Y sin embargo, á pesar de que era subalterna su acción en el socorro de Orán y Mazalquivir en 1563, ya sobre sí llamaba la atención de su monarca, que en 16 de Agosto le escribía: «El cuidado y diligencia con que nos servistes en esta jornada os tenemos en servicio, y así la boluntad con que somos cierto lo habeis hecho, que es lo que siempre habeis acostumbrado, de lo cual tenemos memoria para faboreceros y haceros merced como es razon.» Salazar en su *Hispania victrix*, Mármol en su *Descripción general de Africa*, ponderan los méritos del joven D. Álvaro en la conquista del Peñón de los Vélez por D. García de Toledo y la obstrucción del río de Tetuán en 1564; pero el elogio directo y personal del rey consta en aquella otra carta de 22 de Setiembre de aquel año, en que le agradecía «el cuidado y diligencia que habeis puesto así en que subiese y metiese en el Peñon la artilleria y otras cosas que quedaron fuera cuando se vino nuestra armada, como en lo que mas se ha ofrecido en esta jornada y os ha ordenado de nuestra parte D. Garcia de Toledo, que es como sabeis hacer.» Dióse en aquel tiempo á la conquista del Peñón de Vélez, así como al socorro de Malta, al que en el mismo

año asistió de idéntica manera D. Álvaro de Bazán, una importancia casi tan grande como á la de la reciente victoria de San Quintín y á la posterior de Lepanto. Así, cuando el año de 1585 fué el rey Felipe, de vuelta de Zaragoza y Barcelona, á celebrar Cortes y á jurar al príncipe en Valencia, en los arcos triunfales levantados en la puerta de Serranos para la solemne entrada del monarca, conmemorábase en bizarros motes en verso, debidos á la pluma del capitán D. Cristóbal de Virués, soldado de Lepanto, y de su hermano D. Jerónimo, soldado de las Azores, aquella conquista africana entre el paso del Estrecho y el reino de Tremecén. Uno de estos motes decía:

Al africano bárbaro importuno
Que en el Peñon de Velez se retira,
Creyendo que subir no puede alguno
A lo mas alto que en la cumbre mira,
Ni le defiende el foso de Neptuno,
Ni la aspereza del lugar que admira,
Ni entrambas cosas pueden impedirme
Que plante y quede mi estandarte firme.

El otro möte era el siguiente:

Visto que Soliman se desmandaba,
Muerto el invicto Carlos y Fernando,
Que la potencia del tirano brava
Fueron diversas veces refrenando;
Felipe por la crin la ocasion traba
Y sus ligeras velas reforzando
Llega al Peñon, cuya grandeza es tanta
Que el sitio y fortaleza de él espanta.

Mas ni el mar que le cerca á la redonda,
Ni el lugar asperísimo y altura,
De la cual no hay galera que se esconda,
En la noche mas lóbrega y oscura,
Impiden que al deseo corresponda
Lo que Felipe nuestro rey procura;
Pues que su gente á la mas alta nube
Del soberbio Peñon triunfando sube (1).

El papel personal de D. Álvaro en el más alto concepto de la historia comienza ciertamente desde el momento en que el rey Felipe II decretó aquella gran distribución de mandos político-marítimo-militares, de que á Bazán cupo el superior de las galeras de Nápoles, para colocar á su hermano bastardo, D. Juan de Austria, en el puesto de capitán general de la mar que para este creó, con el objeto de que se fuera ensayando en el mando y dirección de las grandes empresas. D. Álvaro, instituído á la vez consejero de Estado en el referido vireynato, fué llamado á Cartagena, asiento y corte de D. Juan, para servirle también inmediatamente en los consejos de su cámara. Entonces surgieron las rebeliones moriscas de Andalucía; á poco los grandiosos conflictos de Venecia en el mar de Morea y de toda la cristiandad enfrente del poder ominoso del otomano. De

(1) Henrique Cock: *Relacion del viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia, publicada de Real orden por Alfredo Morel Fatio y Antonio Rodriguez Villa.* — (Madrid: Rivadeneyra, 1876). — Páginas 228 y 232.

una y otra empresa quedó D. Juan por caudillo, y mientras D. Luís de Requesens, otro de sus consejeros, fué á las costas de Granada y á las sierras de las Alpujarras á prestar al joven bastardo imperial el auxilio eficacísimo de su experiencia, á Bazán se le confió la vigilancia de todo el Mediterráneo para impedir que desde Constantinopla y desde Argel recibiesen los moros insurrectos de España el apoyo que pudiera dar á aquella guerra proporciones peligrosísimas de una gravedad abrumadora. Desde entonces el nombre de D. Álvaro se hizo preciso é indispensable en la historia. El simple auxilio prestado á las galeras dispersas de la escuadra de Requesens en los mares de Italia, junto á las Baleares y sobre las costas de Cataluña, obligó al ilustre historiador Don Diego Hurtado de Mendoza á consignar la primera de sus ínclitas hazañas en su libro inmortal de clásico estilo de la *Guerra de Granada* (1).

La participación del marqués de Santa Cruz en la guerra de Chipre, como uno de los principales jefes de aquellas expediciones, cuyo éxito se condensa en la batalla de Lepanto, ofrecióle esfera de acción suficiente para que pudiera desplegar con amplitud las más conspicuas condiciones de su genio y de su carácter. Desde este momento el

(1) Hurtado de Mendoza: *Guerra de Granada* (Lisboa, 1627).—Libro ij, fol. 130.—Libr. iij, fol. 164.

hombre de mar y de guerra se completó con las condiciones del hombre político y de Estado. No asumió nunca la dirección superior de los sucesos cuyo resultado y trascendencia constituían el nudo fundamental de la historia en el vasto manejo de los negocios. Pero inspirando con su consejo, con sus iniciativas y con sus actos las resoluciones supremas que argüían el conocimiento profundo de las mayores cuestiones de su tiempo, reveló elocuentemente poseer en grado máximo estas supremas dotes de su gran capacidad. Los historiadores generales del siglo XVI, así nacionales como extranjeros, no alcanzan á tratar la cuestión de la guerra de Chipre sin tener que reconocer el papel importante que en todas sus determinaciones tocó representar al ilustre marqués de Santa Cruz. Gozó y aún goza aquel interesante acontecimiento el raro privilegio de que sobre él se hayan escrito y escriban muchas historias particulares y muchos libros de viva controversia, que, como los recientes del padre Alberto Guglielmotti (1), y del teniente general Benedetto Veroggio (2), han tendido á revindicar para los ge-

(1) GUGLIELMOTTI (P. ALB.): *Marcantonio Colonna alla bataglia di Lepanto.*—(Roma y Florencia, 1862).—La obra del provincial de la Orden de Predicadores, teólogo Casanatense, fué impugnada en España por el presbítero D. MIGUEL SÁNCHEZ en su lindo libro *Felipe II y la Liga de 1571 contra el turco.*—(Madrid, 1868).

(2) VEROGGIO (GEN. BENEDETTO).—*Giannandrea Doria alla bataglia di Lepanto.*—(Génova, 1886).—Esta obra es refutación de la de GUGLIEL-

nerales italianos el honor de la jornada, hasta aquí universalmente reconocido al animoso bastardo imperial D. Juan de Austria y en término sobresaliente al arrojo, oportunidad, valor y perspicacia del ínclito D. Álvaro de Bazán en sus audaces maniobras y en sus oportunos socorros. Mas aunque sea para disputar la supremacía personal en la victoria, ningún autor niega al último de estos caudillos una participación de primer orden, que los escritores más próximos á los sucesos de todo punto le reconocen como evidentemente la principal después de la del augusto hermano del rey Felipe II.

Era inherente á la condición natural de las cosas que las fábulas del tiempo personificasen todas las maravillas de tan sublime día en aquel impávido joven que tan sólidamente había heredado las cualidades heróicas de su egregio progenitor. Pero la historia, que, con sentido menos cortesano, ha investigado, analizado y formado mejor

---

MOTTI, *Storia della marina pontificia*. El propósito de Veroggio es adjudicar á Doria el honor de la victoria que Guglielmotti atribuye al general de Pío V, casi despojando enteramente de él á D. Juan de Austria, al marqués de Santa Cruz y á los españoles. Veroggio reconoce en D. Alvaro de Bazán «la perizia per la quale si atteggiaba ad emulo di Giannandrea» (cap. IV, pág. 177); pero á pesar de «lo spiccato antagonismo del Marchesse di Santa Croce verso di Giannandrea» (pág. 193); sigue la opinión de los escritores italianos que han querido conciliarlo todo, diciendo que el lauro del triunfo «dovessi al Doria, anzichè al Marchesse di Santa Croce.» La opinión de Veroggio aspira á un principio de justicia; pero no es la justicia.

Granada DE ANDALUCIA

sus juicios posteriormente en el rico venero de los datos y documentos contemporáneos, si ha dado pábulo á las controversias que hoy tan enérgicamente anima el celoso espíritu nacional que en Italia se despierta (1), ha discernido con entera justicia á cada cual su mérito y otorgado á cada memoria el glorioso laurel que le pertenece. Los del marqués de Santa Cruz fueron tan notorios, aunque el general Veroggio hoy tardíamente trate de someterlo al crisol de cierta oscura emulación con el famoso Juan Andrea Doria, de que hasta aquí ningún otro escritor, ni aun Brantome, había hablado, que igualmente decantaron sus altos merecimientos la historia, la musa popular y la poesía lírica y épica, tan abundante entonces en ricas producciones y que venían á constituir

(1) La bibliografía italiana de la *Batalla de Lepanto*, antigua y moderna, exigiría casi un volumen para contener el título de las obras que la componen: Duodo, Sansovino, los dos Contarini (Juan Pedro y Gaspar), Uberto Foglieta, Paolo Parutta, el florentino Graziano, Caracciolo, Morosini, Mambrini Roseo, Dionigi da Fano, Doglioni, Solo Adriani y Bizaro son del número de los que han escrito monografías especiales. El doctor de la Universidad de Lovaina Rohrbacher y Hammer, entre los alemanes, han hecho también prolija crítica de aquel suceso histórico, conmemorado últimamente por M. Jurien de la Gravière en *Les Marins du XV et du XVI siècle* (Paris, 1879) que se ha inclinado al partido de los italianos. En España la *Historia del combate naval de Lepanto*, de D. Cayetano Rosell (Madrid, 1853) y la obra de D. Miguel Sánchez, *Felipe II y la Liga de 1571*, han dejado las cuestiones controvertidas victoriosamente resueltas, con el auxilio de los *Documentos de Simancas* y de las mayores autoridades de aquel tiempo.

ante el tribunal del tiempo la autoridad, la opinión y el entusiasmo.

Resumen de este movimiento universal del público sentimiento puede considerarse el testimonio de la poesía, después que en el curso de este trabajo ya hemos compendiado el dictamen respetable de los más ilustres historiadores. Los romanceros anónimos y los romanceros ilustrados que escribieron Pedro de Padilla y Miguel de Madrigal, uniformemente convienen en que á D. Álvaro de Bazán tocó el segundo lugar en la gloria de aquel día, y que en él más que en el mismo Don Luís de Requesens estuvo encarnado durante aquella empresa el espíritu intrépido, audaz y valeroso que caracterizaba á los españoles de aquel siglo (1). Juan Rufo Gutiérrez en su famosa *Austriada* (2); Pedro de Acosta en *Los cantos de la batalla Ausonia* (3); el canónigo de Toledo

(1) Además de los *Romanceros* de MADRIGAL y PADILLA y de la *Silva de varios romances*, conmemora á Lepanto, á D. Juan y al marqués de Santa Cruz, la *Verdadera historia de la batalla naval que el serenísimo príncipe D. Juan de Austria dió al gran turco, en la cual se hallarán los mejores romances que sobre ella se han hecho.—El romance primero es de cómo el señor rey D. Felipe II entregó su estandarte real al Príncipe D. Juan de Austria y el acompañamiento que le hizo á la salida de la villa de Madrid y avisos que le dió sobre su general de la Liga.* (Madrid, por Francisco Sánz, s. a.)

(2) JUAN RUFO: *La Austriada* (Madrid, 1584).—Dirigida á la sacra cesárea real magestad de la Emperatriz de Romanos. (Madrid 20 de marzo de 1582.)

(3) PEDRO DE ACOSTA: *Los cantos de la batalla Ausonia.*—Mss. coetáneo, autógrafo é inédito.—Dedicado á D. Pedro de Toledo, quinto marqués de Villafranca.

D. Pedro Manrique en *La Naval* (1); y el preceptor de gramática de la catedral de Santiago de Guatemala, Francisco de Pedrosa en *La Neumachia* ó *La Austriaia* (2), confluyen en autoridad de opiniones con la de los romanceros. Pero el caballero portugués, fidalgo de la casa del rey, Hyerónimo de Corte Real en su *Felicisima victoria concedida del cielo al señor D. Juan de Austria en el golfo de Lepanto* (3), resuelve mejor estas cuestiones, no solo en los elogios que dedica al marqués de Santa Cruz en los cantos VII, XII y XIII de su poema, sino en el resumen del XV, en el cual, pintando el júbilo de Messina al regreso de la armada vencedora, se expresa en los términos siguientes:

---

(1) PEDRO MANRIQUE: *La Naval.*—Poema inédito en XX cantos.—Mss. de la Bibl. Nac.—M. 244.—Del marqués de Santa Cruz trata en los cantos I, II, VI, VII, VIII, XV, XVI y XX.

(2) FRANCISCO DE PEDROSA: *La Austriaia ó La Neumacchia,* poema latino inédito escrito en Guatemala en 1576 y que fué elogiado en lindos versos laudatorios por el Doctor Alonso Heliz de Caso, Pedro de Liébana, dean de Guatemala, Fernando de Salazar, que, así como Francisco de Pedrosa, era natural de Madrid, y Pedro de Salazar y Carrillo, sobrino del anterior y residentes todos en la capital de aquella provincia de la América Meridional.

(3) *Felicissima ſvictoria concediſda del cielo al señor don Iuan d' Ausſtria, en el golfo de Lepanto de laſpoderosa armada othomaſna. En el año de nuestraſsalvacion deſ1572ſCompuesta por Hyerónimo Corte Realſ*cauallero Portugueſ. Impressa con licencia y approbaciónſ1578ſ. § *Col.*—Fvé impresso enſLisboaſpor Antonio RiberoſAño deſMDLXXVIII.—Dedic. á la mag.d del Rey Philippe.—Aceptó el Rey la dedicatoria en carta de 8 de noviembre de 1576, suscrita por el secretario Gabriel de Zayas.

La gente popular, unos al Doria,
Otros al gran Colonna, otros al Zúñiga,
Otros al que allí mas, se han inclinado,
Alaban y con prontos ojos miran;
Mas todos al Bazan experto y fuerte
Marqués de Santa Cruz vuelven los ojos.
Oyese, cuando pasa, un rebullicio,
Y confuso rumor de varias voces.
Dicen que ha socorrido la galera
Real, y la atajó el mortal peligro,
Y que á él se debia muy gran parte
De aquella insigne y célebre victoria;
Y que á muchos bajeles belicosos,
Llenos de osada, fuerte y armada gente,
Rendido habia, siempre peleando
Con fiero corazon y ánimo vivo.

. . . . . .

. . . . . .

La sabia musa escribe todo cuanto
Por vera informacion halla conteste;
Y porque al mundo quede siempre vivo
El famoso suceso, alto, admirable,
Puso en la principal parte del templo
Que á la inmortalidad es dedicado,
Unas latinas letras en bruñido
Oro que dicen: — Juan ínclito de Austria!
Y luego, abajo del Príncipe invicto,
Con letras de un azul ultra marino
De plata perfiladas, puso el nombre
De aquel Bazan, Marqués, tan señalado.
Puso mas por sus grados allí escritos
Con letras de colores variadas
Los más nombres de aquellos valerosos
Ilustres y prudentes capitanes.
Puso los caballeros y los fuertes
Soldados que más se han aventajado;
Mas solo el General doradas letras
Y el Marqués perfiladas las tenía.

Teniendo en cuenta lo que para llegar á la capitulación de la Liga había hecho personalmente el

marqués de Santa Cruz en el aumento de las galeras de la escuadra de Nápoles, el concurso que prestó, después de Lepanto, á D. Juan de Austria en la expedición á Túnez y á Biserta, y las proezas singulares con que impidió en los Querquenes que del todo se frustrase la miés de las pasadas victorias para contener al turco y sojuzgar al argelino, casi no hay necesidad de acudir á otros antecedentes de aquel tiempo ni á los cuidados que posteriormente puso desde Lisboa con el duque de Alba en la solución de los asuntos militares del África occidental para penetrar en el fondo de sus opiniones acerca de nuestra política africana. Jamás se podrá, con el criterio de los intereses actuales, involucrar los puntos de vista que el problema entonces ofrecía con los que reviste en nuestro siglo; pero siendo asunto de un interés permanente y basado en principios permanentes también, sus ideas sobre la materia constituyen un tema de notoria importancia en hombre de su experiencia, que conviene no dar nunca al olvido. La arrogancia nacional, condición de carácter ingénita en nuestra raza, pretendía en aquel tiempo, en que éramos tan poderosos, como lo pretende hoy mismo, que no somos tan fuertes, disipar la eficacia de las fuerzas nacionales en ambiciones empíricas que siempre han solido lanzarnos, con la esperanza, más allá del punto adonde hemos podido llegar con los hechos. Los españoles del tiempo de

Felipe II, que, como los del tiempo de Carlos V, tenían la mente henchida del ansia del imperio universal (1) creían que con adquirir una vasta

(1) Después de la conquista de Túnez por Carlos V, abundando en la idea del imperio universal, así escribía el egregio poeta D. HERNANDO DE ACUÑA al emperador en el siguiente magnífico

SONETO.

Ya se acerca, Señor, ó ya es llegada
La edad gloriosa en que promete el cielo
Una grey y un pastor solo en el suelo,
Por suerte á vuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo celo,
Y anuncia al mundo para más consuelo
Un Monarca, un Imperio y una Espada.
Ya el orbe de la tierra siente en parte
Y espera en todo vuestra monarquía
Conquistada por vos en justa guerra,
Que á quien ha dado Cristo su estandarte,
Dará el segundo más dichoso día,
En que, vencido el mar, venza á la tierra.

En los mismos pensamientos coincidió, después de la victoria de Lepanto, otro poeta y capitán no menos ilustre, FRANCISCO DE ALDANA, aquel que con el rey D. Sebastián murió en la costa de Arcila, y que decía al rey D. Felipe, exhortándole á la idea del imperio universal, deducida de los triunfos de D. Juan de Austria:

SONETO.

Desde la eternidad, antes que el cielo
Amaneciese al mundo el primer día,
Nombrado, ¡oh gran Felipe! Dios te había
Por rey universal de todo el suelo.
Y así, como esparció con tanto celo
Bautista la venida del Mesía,
Así Don Juan de un polo al otro envía
Tras su fama inmortal tu cetro á vuelo.
Ha seis mil años casi que camina
El mundo con el tiempo en consagrarte
La grey diversa convertida en una;
¡Oh cómo en ti pasó la edad más digna
Bien dignamente, y van tras tu estandarte
La gente, el mundo, el tiempo y la fortuna!

banda de fortalezas marítimas por toda la extensión de la costa africana de uno y otro lado del mar, desde las Canarias hasta Egipto, podríamos contener la expansión del mahometismo, que, aunque arrojado de la península por la espada de los Reyes Católicos, aún sostenía un imperio tan poderoso en el antiguo derruído de Oriente. Además de la equivocación política que en esto se cometía, cuando en la misma Europa se levantaban contra nuestro poder tantas abrumadoras emulaciones, había un error más craso y más funesto en la dilatación de aquella cadena de plazas fuertes litorales, amenazadas siempre por la espalda por los salvajes y feroces habitantes de las faldas del Atlas y de las fronteras del desierto. Nunca pudimos penetrar en aquellas comarcas, erizadas de dificultades y pobladas por una multitud fanática é indomable. Nunca logramos establecernos de una manera tan sólida sobre las mismas plazas que disputamos al fanatismo muslímico que lográsemos echar sobre la mayor parte de ellas la base de una dominación permanente, ni librar á Europa con nuestra presencia militar en aquellas costas de la injuria de la esclavitud cristiana. El Papa nos empujaba hasta la reconquista de la Tierra Santa, restaurando las sangrientas expediciones de las Cruzadas. ¡Sin embargo, ni en Túnez nos pudimos sostener por un año!

El marqués de Santa Cruz trató de imbuir en

el ánimo de nuestros políticos la idea de que lo que en África España necesitaba no era un vasto territorio de dominación, sino la conquista de una limitada frontera de seguridad para nuestra península. Estimaba que no consistía solamente esta en el dominio de algunos puntos avanzados y fuertes sobre el mar, sino en la adquisición de una faja interior de terreno que comprendiera los países de aquende el Atlas. La ambición de lo imaginario frustró la realización de lo positivo. Nada fundamentalmente sólido logramos perpetuar de nuestras miras seculares y de nuestras luchas heróicas con nuestros vecinos de la antigua Libia, y mientras disipamos la eficacia de tantos sacrificios en empresas empíricas y de menguado aliento, dejamos á pueblos más venturosos coger, en la fácil hora de la oportunidad, el fruto de nuestros afanes, y erigir opulentas colonias donde nosotros no pudimos levantar una tienda permanente para abrigo de nuestros soldados.

Á pesar de todo, cuando el marqués de Santa Cruz dejó ya para siempre sus mandos en el Mediterráneo y se dirigió su admirable experiencia, su infatigable celo y su valerosa acción á la política del otro mar, no podían considerarse estériles los sacrificios hechos bajo su mano para imponer el respeto de nuestro nombre sobre el mar Tirreno y de Trinaquia, y desde Trípoli hasta el Estrecho de Gibraltar. Jamás ya bajaron de las

orillas de Stambul las formidables escuadras otomanas á poner temor y espanto sobre las riberas protegidas por nuestro glorioso pendón. El turco tuvo que desistir para siempre de su propósito de extender su poderío más allá de la costa oriental del Adriático, y si la piratería africana, alentada por la protección de los Estados europeos rivales de España, no pudo en mucho tiempo quedar extinguida, tampoco el agareno logró establecer frente á las costas de Sicilia ni á las de España ninguna monarquía poderosa y bien organizada que le hubiera podido constituir con el tiempo en una peligrosa vecindad. El problema no estaba resuelto, toda vez que España no había recogido, como debiera, el fruto natural de sus victorias; pero tampoco quedó indeciso, puesto que en lo sucesivo jamás la media luna consiguió ya ser una amenaza seria ni para España ni para Europa en el mar de la civilización.

Pero si tal vez el marqués de Santa Cruz vino á hacerse cargo de las galeras de España primero y después de la armada del Océano, sintiendo en el corazón el vacío de no dejar completamente apuradas estas conquistas, el nuevo campo que se le abrió en la empresa de Portugal y la perspectiva que á su imaginación ofreciera la jornada sobre Inglaterra, fueron temas que neutralizaban enteramente en el espíritu de Bazán la amargura de no haber roto del todo el poder del turco y haber

fundado sólidamente el de España en África, como bien se colige de sus cartas al rey concertadas con el duque de Alba desde Lisboa, acerca de los negocios, á la sazón palpitantes, de los moros de Fez y de Marruecos. Era la conquista de Portugal una de las ambiciones más queridas de los reyes y de los políticos de España desde que con el casamiento de los príncipes de Aragón y Castilla y la unión de las dos coronas se formó en el espíritu de la nación el concepto aventajado del inmenso poder que en el equilibrio político del mundo representaría España siempre, mediante la completa unidad de la política peninsular, ya en una perfecta asociación de Estados autónomos, como los que existieron durante los dos siglos que rigieron el cetro los reyes de la casa de Austria, ya en una absoluta concentración de poder, que borrase en pró de la unidad nacional todas las fronteras históricas, como con Aragón y Castilla sucedió al advenimiento de la dinastía de los Borbones. Sumadas las fuerzas respectivas y dirigidas por el impulso uniforme de una jefatura única hacia los fines sublimes de una amplia aspiración nacional; colocados con extensísimas riberas en la conjunción de los dos mares que habrán de ser perennemente para la humanidad el teatro de la historia y el centro de la civilización; reunido en un solo aparato de expansión y de prosperidad el cúmulo preponderante de sus respectivas posesio-

nes coloniales, fácil era el común engrandecimiento, la inevitable supremacía, si operándose dulce y fraternalmente una generosa compenetración de sangre, de intereses, de afectos y de miras, España alcanzaba poder deshacerse enteramente del vasallaje secular, moral y político que sobre ella ha pretendido ejercer siempre la Francia vecina, y Portugal el ominoso yugo con que servilmente la arrastra por la corriente aciaga de sus intereses la sagaz Inglaterra. Los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel, el emperador Carlos V, abrigaron constante y cariñosamente siempre esta sublime aspiración como el complemento de todas las ideas nacionales. Multiplicaron entre las dos familias reinantes los vínculos del matrimonio, á fin de que las resultancias del tiempo pudieran llegar al éxito suspirado, si tales eran al cabo los designios inexcrutables de la Providencia. Harto comprendían que el amor, y no las armas, debia ser el único agente activo para lograr tarde ó temprano una fórmula de derecho. La fórmula, en efecto, se planteó despues de la miseranda rota del rey D. Sebastián en Alcazarquivir, y Felipe II fué el llamado á reducirla al ambicionado hecho efectivo que tanta fuerza permanente había de dar al edificio de la nación.

Identificarse con estas ideas no era difícil para espíritus tan elevados como el del marqués de Santa Cruz, cuando tan vivas palpitaban en toda

la opinión del país. El fervor nacional refrigeró en su alma los instintos de su natural atrevimiento. Tomó la empresa con el entusiasmo espontáneo que caracterizó las hazañas de su juventud, y completando los pensamientos ilustres que para la gloriosa jornada concibió la diestra experiencia y la mirada perspicaz del gran duque de Alba, realizó sin grandes y aparatosas demostraciones de fuerza aquella continuada odisea que tuvo su principio en las aguas de Cádiz, al arrancar su armada en dirección á las costas de Portugal, y que, continuando por sucesivas etapas en la pacificación del Algarve, el embarque del ejército en Setubal, el desembarco osadísimo en Cascaes y la batalla naval en las aguas del Tajo, llegó á su debida plenitud en el famoso combate de la isla de San Miguel, la repetida liberación de las flotas de la plata y la conquista de las Azores, que completaron aquella bizarra serie de marítimas heroicidades. Aquí acabó también el marqués de Santa Cruz de imponer á la conciencia pública el sello majestuoso de su personal carácter. En vano los escritores de Francia y de Inglaterra, avergonzados, como siempre, de su derrota, han tratado de oscurecer los timbres de las hazañas del marqués de Santa Cruz en las Terceras, tendiendo el paño de un olvido deliberado sobre acciones tan esplendentes. Su nación y su siglo, la opinión y la posteridad, la historia y la poesía, elevaron desde el primer

momento á la cima incontrastable de una aureola inmortal las heróicas grandezas de sus hechos portentosos. Despertóse el entusiasmo nacional como en el día de la victoria de Lepanto. Un Herrera y un Mosquera de Figueroa dieron á la historia el tributo de sus proezas. El romance popular se hizo eco de los sentimientos generales. La poesía lírica tejió los laureles del genio. La trompa épica del gran Ercilla resonó con nuevos y homéricos ritmos, y el nombre del marqués de Santa Cruz quedó escrito desde aquel día entre el número de los más grandes paladines de su patria.

Uno de los cabos más ilustres de su armada, el teniente general de la artillería D. Juan Venegas Quijada, así exhortaba á los poetas de su tiempo para cantar las glorias del marqués de Santa Cruz con ocasión de la conquista de las Terceras.

SONETO.

El ingenio sutil, la docta musa,
Facunda lengua, estilo dulce y claro,
De aquellos á quien Febo por don raro
Juntarse con su lira no rehusa;
No canteis mas de Alfeo, ni Aretusa;
Dejad la antigüedad de Ovidio y Maro;
Pues hoy teneis sujeto tan preclaro,
Si no cantais de él, no os valdrá excusa.
Celebre en prosa y cante vuestra pluma
Al gran marqués D. Álvaro, que hoy dia
Su fama vuela de una en otra esfera;
Y si cantar quereis en breve suma
Su esfuerzo, su prudencia y valentía,
Mirad esta fortísima Tercera.

Á los elogios de sus compañeros de peligros y heroísmo unieron inmediatamente los suyos los vates más ilustres de su edad: Hernando de Herrera, el cantor de todas las cosas grandes; Luís Barahona de Soto, el médico y familiar del ilustre duque de Medinasidonia; el maestro Vicente Espinel, doméstico y protegido de los condes de Santisteban; el joven Lope de Vega, áulico á la sazón de la casa ducal de los Toledos; Pedro de Padilla, que ya había abandonado la espada milanesa y el lagarto de Santiago por la cogulla del fraile; D. Luís de Góngora y Argote, á la sazón oráculo de Valladolid y Salamanca, y los demás egregios cantores de las magnificencias patrias, en aquel tiempo inolvidable en que ningún nombre selecto, ningún sentimiento levantado, ninguna acción heróica ni ningún pensamiento sublime dejaba de merecer el respeto de la opinión, la consideración del trono, los aplausos de las musas y los honores de la inmortalidad.

Realizado con la conquista de Portugal el sueño más seductor de las aspiraciones patrias, ¿á qué nuevo y superior objetivo podría dirigirse la atención de un espíritu de los bizarros alientos del marqués de Santa Cruz? Háblase por los historiadores, así del tiempo como por los que florecieron después, de los proyectos de la conquista de Inglaterra, que algunos, y recientemente el Sr. Fernández Bremón, han atribuído á la iniciativa del

conquistador de las Azores, inducidos á tal error por la carta del marqués de Santa Cruz en que desde la ciudad de Angra, capital de la Tercera, ofrecía al rey Felipe II poner bajo su dominio el reino de la sangrienta Isabel. Ni la iniciativa de esta empresa fué de aquella ocasión, ni personal de D. Álvaro de Bazán, ni tenía por objeto una adquisición militar y positiva del territorio inglés para aumentar las coronas del rey viudo de María Tudor. Este pensamiento fué halagado por el rey Felipe muchos años antes de la jornada de Portugal, y ya en otro capítulo decimos que trató de someterse en 1574 á la dirección del adelantado de la Florida, Pedro Menendez de Avilés. En cuanto al objetivo militar en la época del marqués de Santa Cruz, debe mejor entenderse que el propósito era castigar y contener á la naciente potencia marítima de Inglaterra en los límites naturales de los mares hiperbóreos, á la manera como se había sujetado y contenido en los helénicos el preponderante del emperador Selim. Inglaterra, conservando buenas relaciones políticas con España, alimentaba, principalmente en Holanda y Flandes, las empresas subversivas de los rebeldes de aquella parte de los feudos y dominios españoles. Además, la organización y las intrépidas agresiones de sus corsarios, principalmente en las lejanas y vastas comarcas de América, causaban una perpetua injuria á nuestro poder, fuera de

los daños producidos contra nuestro Tesoro por la persecución de las flotas de Indias, y á los súbditos de la corona por el vandálico apresamiento de nuestras naves y mercancías. El ojo político del marqués de Santa Cruz claramente comprendió que la extensa monarquía de Felipe II jamás podría consolidar el goce de sus opulentas provincias y posesiones mientras no se desbaratase en su germen aquella fuerza naciente, indisciplinada, agresiva y audaz, que amenazaba tomar en los mares gigantescas proporciones. No cabía duda que la reina Isabel protegía á estos aventureros, toda vez que se les vió con frecuencia pasar á los más altos puestos de la milicia y del gobierno desde el mando extralegal de las embarcaciones piratas. De modo que aquella forma de hostilidad más bien parecía los efectos de un plan maduramente combinado contra nuestros intereses desde los altos consejos del Parlamento y la corona británica, que la disposición personal de unos cuantos caracteres aventureros, seducidos por la codicia del lucro en los despojos de la rapiña. El marqués de Santa Cruz adivinó con la perspicacia de su mirada certera, los peligros inminentes que de este estado de cosas surgiría para el poder de España. Ahogarlo, pues, en su origen era una sabia y patriótica aspiración.

A pocas empresas ha opuesto la fortuna más constantes é insuperables obstáculos. La muerte

arrebató en medio del estrago de la epidemia la vida de Menéndez de Avilés, en quien Felipe II había depositado toda su confianza en 1574 para la jornada de Inglaterra. También la muerte en aquella ciudad de Lisboa, en donde en poco tiempo habían sucumbido el duque de Alba, Sancho Dávila y otros eminentes caudillos, arrebató prematuramente al marqués de Santa Cruz en medio de una lucha irritante de emulaciones inconcebibles, cuando aceptado su plan para la campaña había logrado reunir todos sus elementos, venciendo las mayores dificultades; y cuando en todos los ánimos latía la esperanza del éxito por la seguridad que prestaba el prestigio de Bazán. Si eran estos signos fatídicos de la tremenda contingencia de la derrota, fácil fué entenderlo *à posteriori*, cuando, cometido el empeño al duque de Medinasidonia, á pesar de ir acompañado de los más diestros y acreditados capitanes de mar que produjo aquel tiempo, Martínez de Recalde, Oquendo, Valdés, Flores Valdés, Leiva, Hurtado de Mendoza, Bertendona y otros no menos ilustres, se sufrió aquel desastre colosal é ignominioso, que Felipe II atribuyó á las tempestades del mar, la opinión y la posteridad al aturdimiento del duque de Medinasidonia, y que ya es tiempo de que con mejores datos se reformen los juicios y se reconozca que sobre él pesó en su inmenso infortunio la ley superior de la historia,

que solo conoce y solo dirige el dedo de la Providencia.

Muriendo el marqués de Santa Cruz en tal situación y coyuntura, el dolor del desastre agigantó necesariamente los vuelos de su nombre. Entonces se estudió su carácter, se analizaron sus hechos, se hicieron las grandes síntesis de la crítica, y la opinión decretó que la pérdida de un hombre tan insigne había sido un duelo profundo para la patria. Al dar noticia de su muerte Cabrera de Córdoba, escribía: «Causó gran tristeza y falta por lo que había crecido su opinion y venturoso nombre entre las naciones enemigas, para ser tenido en todas por uno de los mas famosos capitanes cristianos que las historias celebran. Jamas se inclinó á regalo en que su generoso ánimo enflaqueciese, por no distraelle de la dignidad y severidad de la disciplina militar: cosa loable, mas dificil y peligrosa para mayor gloria suya y de los que la profesan como es la del mar y su navegacion y conocimiento de los tiempos, donde se rompen y desbaratan los altivos animos, en que á ninguno en su tiempo conocia superior. En su imitacion le siguió nobilisima juventud con amor y renombre de valeroso y prudente, bien afortunado, llegando su fortuna á tan feliz punto que jamas se vió en trance peligroso, aunque con desproporcion de enemigos, que no se prometiese firmes esperanzas de suceso. Ninguno estu-

vo debajo de su estandarte que no aprendiese á ser buen soldado, sufridor de trabajos fuertes, animoso, modesto y celoso del servicio de Dios y de su rey. Mostraba su magnanimidad y admirables dones de naturaleza y de fortuna, su gentil disposicion, proporcion y simetria de miembros, con aire y desemboltura; de severo y grave semblante, frente levantada, lisa, gallarda y clara, que manifiesta elevados instintos y con sus ojos representaba cuidadosa consideracion y buen acogimiento y en la forma de la barba templadamente cubierta y clara una imagen de Marte ó de los que nacieron en su constelacion. Aqui, por ultimo, añadía Cabrera de Córdoba, hallarán espacioso campo los historiadores y poetas incitados de tan gran sugeto, para celebrar con la fuerza de la elocuencia y alteza de su ingenio la gloria de tan insigne varon, y España eternizando su nombre, sacrificará en el templo de la fama inmortales coronas; justo premio del mas digno mortal que, por merced del cielo, nació para sustentar y exaltar la gloria de esta nacion vencedora» (1).

Mosquera de Figueroa, que tuvo ocasión de tratar tan de cerca y por tanto tiempo al marqués de Santa Cruz y de estudiar las cualidades sorprendentes de su persona, dice que en él «se re-

(1) Cabrera de Córdoba: *Historia de Felipe II, rey de España.*—Tomo iij, cap. vij, lib. iij, pág. 274.

presentaban todas las buenas reglas y discursos de la honra y disciplina del arte militar»; pondera sus virtudes en los mares y hace notar que «estas victorias navales merecen inmortal renombre, porque ninguna cosa hay mas cruel y digna de temerse que la batalla del mar donde los hombres, sobrepujandose á sí mismos en esfuerzo y osadia; mueren entre el fuego y el mar.» Añade que en todo el discurso de su vida «jamás volvió las espaldas ni le fué forzoso retirarse»; que poseía á par del ánimo brioso y de cierto extremo de atrevimiento nacido de su fortaleza natural, con arrebatos producidos por el deseo de la gloria, la disposición á aquellos afectos juveniles con que era á los soldados más agradable. Piadoso con la gente humilde, mostraba orgulloso y bizarro corazón con los grandes, y con todos era hombre magnánimo; así era idolatrado por toda la juventud de la milicia, á pesar de la desproporción de los años, y al olor de sus virtudes siempre desinteresadamente le seguían hijos y nietos y deudos de grandes y señores de España, amándole todo el ejército. Era compasivo con el soldado y no permitía que padeciese mucho tiempo prisión y miseria; aunque sin vulnerar por esto los fueros de la justicia. Mosquera de Figueroa completa estas ideas diciendo que «era de su natural el marques afable y blando con los inferiores, y compasivo y agradable con los prisioneros y rendidos. Deseaba

reducir á los que veia mal encaminados porque no creciesen sus culpas. Con ningun género de gentes fué soberbio, ni á nadie trató con desden; que es una cosa asperésima donde se rompen y desbaratan miserablemente los espíritus generosos.» Como no se ha visto en ejemplo de ningún otro capitán, hasta en el momento de la batalla miraba por el honor del enemigo con quien combatía, impidiéndole huir, obligándole á batirse y haciéndole desesperar para que se defendiera. Gozaba mucha salud corporal y una extremada agilidad de miembros (1).

Gabriel Lasso de la Vega pondera también lo invencible de su pecho, lo extraordinario de su osadía, lo admirable de su prudencia y sagacidad, lo sorprendente y loable de su industria, lo afortunado y maravilloso de su esfuerzo y lo igual y plácido de su carácter. Del mismo modo conviene en que tenía tan en poco los peligros del mar como era osado en buscar y acometer á los enemigos, sin medir el número ni la proporción de sus fuerzas, ni el peligro en la batalla, ni los riesgos del resultado, complaciéndose en desafiar con valor nunca visto las incomodidades y el trabajo, el peligro y la contrariedad, gozoso en alcanzar á la vez sus memorables triunfos venciendo los mayores obs-

(1) Mosquera de Figueroa: *Comentario en breve compendio de disciplina militar*, folios 58, 72, 150, 152 y 155.

táculos de los hombres y de la naturaleza. «Parecia, escribe Lasso de la Vega, que en las borrascas de mar y en lo mas fervoroso de los combates el espantoso estrépito de la artilleria y el confuso y desacordado son de las opuestas armas, hacian en su oido, en vez de causar alteracion, dulce y agradable armonia, mostrando tener á la fortuna por tutora propicia de sus causas, y tanto mas cuanto mas importantes y arduas las ocasiones; ¡tan entero y tan en sí estaba en ellas, como en la paz!» De sus cualidades morales dice el referido escritor que perdonaba con facilidad; que le gustaba ser solicitado y hacer favores á los que le eran aceptos y que oía las quejas y atendía á las disculpas de la ocasión, no castigando con severidad más que los hábitos viciosos. No fué colérico, añade, ni ejecutó dictámenes de la ira. Procuró ser más amado que temido, inclinado más á premiar los trabajos de sus gentes que á castigar sus descuidos, con lo que se cautivó el respeto y el amor de sus subordinados hasta el culto y la adoración (1).

Del mismo modo que los historiadores, los panegiristas y los escritores heráldicos que, como López de Haro (2) sintetizaron en sus libros los

(1) Lasso de la Vega: *Elogios en loor de los tres famosos varones D. Jaime, rey de Aragon, D. Fernando Cortés, marqués del Valle, y D. Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz*, folios 97, 106 y 114.

(2) Alonso López de Haro: *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*.—Tom. ij.—Libr. x.—Cap. xxxiiij.—Páginas 450 y 466.

elogios que dejamos consignados, extremáronlas á la vez los novelistas, los poetas y los demás escritores de su tiempo. D. Alonso de Ercilla y Zúñiga en el canto XXIV de la segunda parte de la *Araucana*, ya le describió en la batalla de Lepanto, habiendo socorrido la galera real:

Despues rabioso, sin parar, corriendo,
Por la áspera batalla discurria;
Entra, sale y revuelve socorriendo
Y á tres y á cuatro á veces resistia (1).

Vicente Espinel, en su poema de la *Casa de la memoria*, decía:

¿Ves el que de Neptuno va rompiendo
Las altas ondas en el Occidente,
Y con rumor de pólvora y estruendo
Rimbombar hace el húmedo tridente;
Que al lusitano y su furor rindiendo
El mar aplaca con francesa gente?
Es el Marqués de Santa Cruz famoso:
Diga la fama el resto, que yo no oso (2).

El tantas veces citado Baltasar del Hierro, exaltando, en los principios de su carrera, la noble

(1) ERCILLA Y ZÚÑIGA: *Primera, segunda y tercera partes de la Araucana, dirigida al rey D. Felipe, nuestro señor.*—(Madrid, por el licenciado Castro, 1591).—Fol. 304 vto.

(2) *Diversas rimas de* VICENTE ESPINEL, *beneficiado de las iglesias de Ronda: dirigidas á Don Antonio Alvarez de Veamonte y Toledo, duque de Alua y Huéscar, condestable de Navarra, marques de Coria, conde de Salvatierra y de Lerin, señor del valle de Corneja.*—(Madrid: por Luis Sánchez, 1591).—*La Casa de la memoria.*—Cant. ij.—Estrof. viij.—Fol. 41.

emulación que distinguía á D. Álvaro y su afán de gloria, escribió:

Y como por el mismo el valeroso
Don Alvaro Bazan por la mar fuese,
De conseguir gran fama codicioso
Y que otra cosa mas no presumiese,
Pensó Neptuno que era provechoso
En su reino tal hombre se perdiese,
Porque entendió muy cierto que sería
Júpiter que á su Europa se volvía.

En otro paraje le pinta herido después de un encuentro con los corsarios de Mr. de Leth, y así describe su emulación en el combate:

El general francés amedrentado
No sabe que se hacer ni do meterse:
El miedo le llevó donde ha topado
Soldados de quien no pudo valerse.
Y luego incontinente aprisionado
Le llevan á Bazan, que de ofrecerse
Con tanta voluntad á este debate
Estaba mal ferido del combate.
Mas por eso no quiere el valeroso
Dejarse de mostrar siempre primero:
Asi ha mandado luego el venturoso
Poner á buen recaudo el prisionero.
Y vuelto á un galeonazo poderoso
Se fué luego á embestir como guerrero
Con furia que parece que volase
Porque antes que él Don Diego no llegase (1).

Gaspar García de Alarcón escribió un poema sobre la conquista de las Azores, y también le

(1) BALTASAR DEL HIERRO: *Victorias y hechos de D. Alvaro de Bazan.*— Cant. jv.

pinta, con atractivos que merecen ser trasladados aquí, en los momentos en que era más sangrienta la batalla.

Un momento el marqués nunca paraba:
Que su propia persona iba y venia
A proa, banda, ó popa ó donde andaba
El combate francés: va do tenia
Necesidad; su gente remediaba
Como siente mejor que convenia,
Y sin perder razon ni coyuntura
Lo solicita todo y lo procura.
Tome brio mi pluma y luego escriba;
Mi memoria y sentido se desvele;
Haciendo que su fama siempre viva
De tan célebre gloria y se consuele:
Nuestra nacion cantando se aperciba
Porque de un polo al otro el hecho vuele,
Do Francia con deshonra lo ha sentido
Dejando al de Bazan enriquecido.
No andaba aqui el marqués un punto ocioso
Que al enemigo busca y le procura;
Da vuelta por el campo presuroso
Quejándose de Marte y su ventura.
Y puédese llamar bien venturoso
Aquel que de él se aparta, y gran locura
El que se viene á él enderezando,
Pues que es claro su muerte va buscando.
No fué el poder de Carlos arruinado
Por el gran santo Alfonso, ni á Numancia
Fué con mayor rigor asalto dado
Por el bravo Scipion, ni tal ganancia
Ha general ni Rey hasta hoy ganado,
Como ganó el marqués aquí de Francia,
Rompiéndole en el mar, en sierra y llano,
Junto con el isleño lusitano.
Con esto el de Bazan bien claro muestra
Su ánimo y valor donde se ha hallado,
Pues vemos que su fama tiene puesta
Adonde hasta hoy muy pocos han llegado.
Turquía dirá bien lo que le cuesta;

También otras naciones que ha domado
Nos darán de sus hechos relacion
Contando su braveza y discrecion (1).

Miguel de Cervantes Saavedra refiere en el *Quijote* la hazaña singular de Navarino y dice: «en este viaje se tomó la galera que se llama *la Presa*, de quien era capitan un hijo de aquel famoso corsario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada *la Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por

(1) *La vitoriosa conquiſta q̄ dō Aluaro Baçan Marques de Sancta Cruz ſGe neral del Armada y Exército de Su Mag.d hizo en las ſIslas de los Açores, el año de* 1583 *ſ* Dirigida al Illustriss. Señor dō Diego Hurtado de Mēdoça, Marqués ſde Cañete, señor de las ocho Villas, guarda de la civdad de Cvenca, Alſcaide mayor de sacas y cosas uedadas por Su Mag.d Cōpuesta por Gaſpar Garcia de Alarcon, natural de la civdad de Cvenca.—Impressa en Valencia, jūto al molino de la Rouella: 1585.

D. Bernardino de Mendoza, caballero del hábito de San Juan, elogió al autor y al poeta en el siguiente

SONETO.

La verdad con razón siempre loada,
La verdad solamente es quien sustenta
El vivir con quietud, y representa
El suceso de edad cualquier pasada.
Pues siendo la verdad tan esmerada
Segura correrá de haber tormenta
La verdadera historia, que la imprenta
La hará salir con láuro coronada.
No es ficción, ni es enredo, ni maraña
Lo que se trata aquí de la conquista
Que con Galia se tuvo, y la victoria
Que adquirió nuestra ilustre y fuerte España:
Don García de Alarcón la vió de vista
Y escribió con verdad la dulce historia.

D. Diego Fernández de Osorio, Pablo Gumiel, Manuel Fernández de la Chica y D. Diego de Zúñiga escribieron también otros versos laudatorios al poema de García de Alarcón.

aquel venturoso y jamás vencido capitan D. Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz» (1). Lope de Vega Carpio, en el segundo libro de la *Arcadia*, cuyo protagonista, bajo el nombre de *Anfriso*, era D. Antonio de Toledo, el nieto y heredero del gran duque de Alba, hace que *Danteo*, nombre poético también de su ayo D. Diego de Mendoza, muestre á su discípulo en una cueva del referido monte de la Arcadia tres sepulcros de tres famosos capitanes, que eran D. Gonzalo Girón, maestre de Santiago; el marqués de Santa Cruz y el duque D. Fernando. De estos sepulcros «el del valeroso Girón estaba adornado de mil varios despojos de aquellos moros que en las haldas de Moclin le quitaron la vida, tan á costa de las suyas, como lo mostraban los despojos de tantas cabezas, tocas, alfanjes y adargas. El del marqués era todo de una concha de nácar, cubierta de ramos de coral y racimos de perlas entre varias naves, galeras, jarcias, tritones, ballenas, focas y sirenas. Y el del famoso duque de cornerinas y ágatas cubierto de banderas flamencas.» No paraban aquí las alegorías de Lope de Vega en la *Arcadia*, sino que por industria de *Dardonio*, otro de los pastores de aquella majada, *Anfriso* logró ver los retratos y estatuas de los mayores héroes

(1) Cervantes Saavedra: *Don Quijote:* Part. j.—Cap. xxxjx.

que en todo tiempo hubo, y, después de mostrarle la de Hernán Cortés, *Dardonio* le decía, enseñándole otra:—«Aquel capitan valeroso coronado de coral y perlas, árbol y fruto del mar, que, como el laurel y encina para los de la tierra, ciñe las honradas frentes de capitanes marítimos, es D. Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, milagroso defensor de su divino título.» Por último, á cada una de estas estatuas Lope de Vega puso un mote poético, y así decía el del vencedor de las Terceras:

El fiero turco en Lepanto,
En la Tercera el francés,
Y en todo el mar el inglés
Tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
Dirán mejor quien he sido,
Por la Cruz de mi apellido,
Y por la Cruz de mi espada (1)

Lope de Vega, pasados muchos años después de la muerte del marqués de Santa Cruz, y habiéndose ya distinguido también con otras proezas marítimas su sucesor el cuarto D. Álvaro de Bazán, segundo marqués de aquel título, escribió á las hazañas del último la *Tragicomedia de la nueva victoria del marqués de Santa Cruz* (2), en que resu-

(1) Lope de Vega Carpio: *Arcadia:* prosas y versos.—(Madrid, 1604.)

(2) *Parte XXV perfecta y verdaderamente de las Comedias del Fenix de España* Frey Lope de Vega Carpio, *del hábito de San Juan, familiar del Santo officio de la Inquisicion, Procurador fiscal de la Cámara Apostólica, sacadas de sus*

citó otra vez la memoria ilustre de aquel caudillo, y en cuyo apoteosis, hablando *la Religión*, *la Victoria* y otras representaciones alegóricas, así refrescaban el recuerdo del vencedor del turco en Lepanto y del francés en las Azores.

La Victoria decía:

Yo coroné treinta veces
Á tu padre, que otras tantas
Venció batallas del mar
Por la religion cristiana.

Y la Religión añadía:

La religion soy, marqués;
Y este castillo es la patria:
Yo soy por quien tu gran padre
Tantas navales batallas
Venció, como agora muestran
Las paredes de tu casa;
Aquellos cuatro fanales
De Ingalaterra y de Francia.
África y Asia te muestran
Señas de victorias altas.

---

verdaderos originales, no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado.—Zaragoza: por la viuda de Pedro Vergés, 1647.—La *Tragicomedia de la nueva victoria del marqués de Santa Cruz*, es la quinta de este volumen.—En la segunda jornada, entre cuyos personajes se hallan el segundo Marqués de Santa Cruz, D. Antonio de Velasco, el capitán Ginés de Torres, el Conde de Benavente y el secretario Villegas, hay una carta al marqués en que se dice:—«No se puede encarecer el alegria que esta corte ha sen»tido con la venida de Sus Altezas los Príncipes de Saboya, ni otra cosa he »visto de mayor grandeza que su entrada; aunque me hizo venir á la me»moria el dia que entró en Madrid el marqués de Santa Cruz, padre de V. E., »á besar las manos á S. M. el rey Felipe, el Prudente; porque como venia »con tantas victorias, se me representó á Julio César cuando triunfante en»traba en Roma.»

Sobre su famoso entierro
Has visto banderas varias,
Desde el altar á la puerta,
Cubrir la máquina santa;
Como á capitan de mar
De velas pardas y blancas
Has visto entoldado el techo:
Todo se anima y levanta.

¿Qué mucho que con estos datos el más famoso escritor de cosas marítimo-militares de nuestro tiempo, D. Martín Fernandez de Navarrete, haya escrito que «la posteridad le contempla como el general más insigne de la marina española, que, prudente en sus empresas, intrépido en las batallas, magnánimo en las victorias, activo y celoso siempre en el servicio de su rey y de su nación, logró ensanchar su gloria y poderío, dejando vinculada á su ilustre nombre la idea de un modelo perfecto de lealtad y de patriotismo»?

Cabrera de Córdoba, Mosquera de Figueroa, Lasso de la Vega y López de Haro compendian todavía más el elogio del marqués de Santa Cruz en la enumeración de sus conquistas. «Ganó, dicen, ocho islas; rindió dos ciudades, veintitres villas y treinta y seis castillos fuertes. Venció ocho capitanes generales y dos maestres de campo, dos señores de titulo y veinticuatro de vasallos; treinta y cuatro caballeros soldados franceses y marineros. Rindió cuatro mil setecientos cincuenta y tres ingleses, setecientos ochenta portugueses, seis mil cuatrocientos cincuenta turcos, moros y mo-

ras. Hizo mayor número de esclavos y dió libertad á seis mil doscientos cuarenta y tres cautivos cristianos. Tomó mucho número de galeras y cuarenta y cuatro galeotas, veintiun bergantines, veintisiete galeones y naos de alto bordo, noventa y nueve caramuzales turquescos, siete cabos moriscos y una galeaza, ganando mil ochocientas catorce piezas de artillería.»

En su sepulcro de la villa del Viso, adonde, colocado en 1643 trayéndolo del convento de San Francisco, no lo dejó descansar el viento proceloso de la dominación francesa á principios del actual siglo, ni después el vendaval de la revolución, que perdió sus cenizas veneradas, Cristobal Mosquera de Figueroa dejó escrito el siguiente epitafio:

†

POSTERITATI.S.

ALVARUS BASTANUS PRIMUS MARCHIO MAGNUS COMMENDATOR ORDIN. D. IACOBI IN REGNO LEGION. NAUMACHIÆ APUD NAOPACTUM ASSERTOR PRÆCIPIUS SARRACENORUM TERROR YPRATARUM FORMIDO CHISTIANORUM DREUM SPLENDOR POST FELICISS. IN PAGANOS EXPEDITIONES GALLOS, ANGLOS ET OMNES ANTONIANÆ FACTIONIS REBELLES SPUGNAVIT DORMUIT COMPRESSIT SUOQ. REGI LUSITANIÆ DITIONIS INSULAS

AD OBSEQUIUM REDUXIT INDE MAGNI OCCEANI MAGNUS QUOD NULLI UNQUAM OBTIGIT DUX ET ARCHITHALASSUS A SERIS AD NOVUM ORBEM OB RES PROSPERI GESTAS SUÆ POSTERITATI ILLUSTRE HOC ANNIMOSYNON EREXIT ET QUAM NATURAM DENEGAVERAT AMÆNITATEM INDUSTRIA COMPENSAVIT CALEN. IAN. AN. CIↃ. IↃ. LXXXV.

Cristophorus Mosquera de Figueroa J. C. hanc inscriptionem consecravert domui excellentissimi Principis quæ in oppido El Viso mirificè constructa suspicitur (1).

(1) Hé aquí la traducción del epitafio: —«*Consagrado á la posteridad.*—Álvaro de Bazán, primero marqués de Santa Cruz, comendador mayor de la órden de Santiago, en el reino de León, de la batalla naval de Lepanto principal defensor, terror de los moros, espanto de piratas, esplendor de capitanes cristianos, después de sus dichosísimas jornadas contra infieles, así á franceses como á ingleses y á todos los rebeldes de D. Antonio combatió, dominó y sujetó. Trajo á la obediencia para su rey las islas del término de Lusitania, y después de esto fué, do ninguno llegó, gran capitan general del grande océano, su término desde la China hasta el nuevo mundo, y por sus prósperos sucesos, fabricó esta memoria ilustre para sus sucesores y vino á suplir con industria en este lugar la amenidad y frescura que le faltó por naturaleza. A primero de Enero de 1585.»